
3 1761 09544779 3

LAS GENTES DE BUENA FE.

LAS GENTES DE BUENA FE

MEMORIAS DE CUATRO PILLOS

POR

D. M. F. Y GONZALEZ



GALERÍA LITERARIA.—MURCIA Y MARTÍ, EDITORES.

LAS GENTES DE BUENA FÉ,

(MEMORIAS DE CUATRO PILLOS.)

Novela filosófica y de costumbres

POR

D. Manuel Fernández y González.

TOMO I.

MADRID.
IMPRENTA DE LA GALERÍA LITERARIA,
calle de la Colegiata, 6.
1869.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo se pierde una viva y se encuentra una muerta.

I.

Luis Sanchez de Leiva era un médico jóven, que habia pertenecido en otro tiempo á la armada.

Se habia casado con una hermosísima criolla, á quien conoceremos más adelante.

Habia sido muy desgraciado en su matrimonio, y éstas desgracias le habian traido á la miseria.

Habia elevado su habitacion gradualmente de un piso principal á un tercero, y de un tercero á una boardilla.

II.

Es una noche de invierno del año de 1855, estamos en la miserable boardilla á que habia relegado á Luis la miseria.

En esta boardilla no habia más que una mala cama, una mesa, y sobre la mesa un tintero y una vela de sebo

encendida en una palmatoria de hojalata; en una de las dos únicas sillas que allí habia, estaba sentado Luis macilento, sombrío como todo aquel á quien acosa la miseria.

Su traje se reducia á una levita negra abrochada hasta el cuello y harto raida, á unos pantalones negros muy usados y á unas botas en muy mal uso; un sombrero ya bastante viejo estaba sobre la otra silla.

Echada sobre la cama y vuelta de espaldas á Luis, estaba Clotilde.

Habia habido una ágria disputa entre los dos esposos.

Hacia ya dos dias que nada habian comido.

Clotilde gemia.

Hubo un momento en que se pintó una decision desesperada en el semblante de Luis, que miró con recelo, con desconfianza á Clotilde.

Y bien,—dijo levantándose y tomando el sombrero, —esto es demasiado, suceda lo que quiera.

Y se puso el sombrero, se fué á la puerta, la abrió, volvió la llave de dentro á fuera, cerró, se metió la llave en un bolsillo, y bajó el primer tramo de las escaleras, que estaba completamente oscuro, pero al llegar al tramo del tercer piso la escalera estaba ya alumbrada.

Luis bajó rápidamente y salió de la casa.

Al salir dió las diez el relój de San Anton, porque la casa donde Luis vivia estaba en la calle de Hortaleza, en Madrid.

III.

Luis iba á buscar á un amigo para pedirle dinero prestado.

Creia que se tiene amigos, que se puede contar con ellos hasta el bolsillo, pero se engañó. Su primera prueba le produjo una decepcion.

Un antiguo compañero suyo, un hombre que se llamaba su hermano, tuvo la frialdad de espíritu bastante para decirle conmovido, que no podia absolutamente sacarle del apuro en que se encontraba, que sus cosas iban muy mal, que no tenia ni un cuarto, que sus gastos sobrepujaban á sus ingresos, que vivia de su crédito, y que todo lo que podia hacer era dejarle su relój para que le empeñase. Ya se sabe cómo se hacen estas proposiciones: no hay hombre decente que las acepte, y, casi casi irritado Luis, estuvo por aceptar para obligarle á que se negase redondamente.

Pero, ¿qué derecho tenia Luis al sacrificio de un extraño? Ninguno; le habia considerado su amigo; y bien, esto habia sido un error de su buena fé.

Volvió á su casa, y subió á su miserable boardilla.

Encontró forzada la débil cerradura de la puerta.

Clotilde no estaba allí.

Pero en su lugar encontró sobre la mesa una carta.

Aquella carta era breve.

«Me voy,—decia,—porque no puedo vivir más á tu lado: no te amo, amo á otro; no me ocultaré de tí; he to-

mado una resolucion decisiva; estoy desesperada; mátame si te place.—Clotilde.»

IV.

Cuando á un hombre de corazon le acontece una desgracia tal, el primer momento es terrible; luego se suelta una carcajada de loco, se comprende nuestra insensatez, lo ridículo de nuestra buena fé, nos sentimos heridos en el amor propio; pero el amor del alma ha pasado, porque no se puede amar lo infame, y despues sobreviene la reflexion.

Una mujer tal como Clotilde, no merece que un hombre se comprometa por ella, ni aumente su deshonra con un escándalo: la venganza es demasiado cara y se prescinde de ella.

V.

Luis salió irritado, sombrío, terrible.

La infamia de Clotilde le habia vuelto loco.

Salió á la calle y adelantó sin saber por dónde iba.

En tal estado se encontraba.

Antes de llegar á la Red de San Luis, le detuvieron unos gritos ahogados que salian de la casa número 4, de la calle de Hortaleza.

Aquellos gritos decian:

—¡Que me matan! ¡Vecinos! ¡Socorro!

Los gritos se apagaron poco despues.

Luis se encogió de hombros, y dijo:

—¡Báh! Bastante tengo yo con lo mio.

Y siguió adelante.

Pero un sereno astur que habia acudido, le detuvo poniéndole el chuzo al pecho.

VI.

Verdad es que Luis ibá tan derrotado, que justificaba en parte la accion del asturiano.

Tenia Luis unas terribles trazas de hombre sospechoso.

Permaneció inmóvil.

VII.

No se oian ya los gritos.

Pero habian acudido muchos serenos al toque de aviso del que habia detenido á Luis, y todos miraban á lo alto de la casa, de donde aseguraba el sereno de la localidad habian salido aquellos terribles gritos de «¡que me matan, vecinos! ¡Socorro!»

Gritos como dijimos, ahogados, angustiosos, y como no dijimos, gritos de mujer.

El haber cesado aquellos gritos establecia una situacion pavorosa.

Algnos transeuntes se habian detenido al oir los pitidos de los serenos y al ver reunidos tantos.

Habian preguntado qué era aquello, y los serenos habian dicho que se habia cometido un asesinato, y que el presunto reo era aquel hombre de largos cabellos, de larga barba y vestido miserable.

A cada vez que le señalaban como reo presunto de un crímen desconocido, Luis decia con grande calma:

—¿Y qué importa? Yo no tenia que hacer ni adonde ir.

VIII.

Un sereno, habia corrido hasta la iglesia de San Luis, dando el aviso á otro que allí encontró y que corrió á su vez hácia la Puerta del sol, participando el suceso á otro que habia en la esquina de la calle de la Montera, yendo éste, por último, con el cuento al Principal, de donde en el momento habian salido un cabo y cuatro números.

IX.

Ya á este tiempo habian acudido el celador de serenos y el inspector del distrito con su ronda.

—Señores,—dijo el inspector, echando mano de dos de los curiosos, porque en Madrid hay siempre curiosos disponibles á todas horas;—para entrar en un domicilio, se necesita la intervencion de dos vecinos, y ustedes me parecen los más decentes.

Los menospreciados se callaron de miedo de que el inspector los llevase al cajon, y se contentaron con producir un murmullo sordo.

En seguida el inspector dijo:

—¿Dónde está el sereno de vecindad?

—Aquí, señor inspector.

—Abra usted. ¿En que cuarto le parece á usted que se ha cometido el crímen?

—No lo sé, señor don Pedro; pero me parece que con registrar la casa... debe haber sido en los últimos



A la vieja se le cayó la candileja de la mano.

pisos, porque las voces sonaron muy alto.

—Vecinos,—dijo el inspector,—tengan ustedes la bondad de venir conmigo, yo no quiero extralimitarme de la ley, de ninguna manera. A ver, cabo, con dos números adelante. A ver, usted, celador, con otros dos números traiga usted detrás de mí al presunto reo.

Agarraron á Luis, y entre toda aquella comitiva subió por las escaleras.

Se nos olvidaba decir que un sereno, el de vecindad, iba delante alumbrando.

Otros dos ó tres serenos cerraban la marcha.

Y otros dos con algunos guardias municipales que hacian entonces el servicio que ahora hace la guardia civil, se quedaron guardando la puerta.

X.

Al llegar al segundo piso, el sereno que alumbraba y el cabo, se detuvieron.

Bajaba una mujer larga, pálida, vieja, tiesa, rígida, una especie de espectro, con una candileja en la mano.

—¡Alto!—la dijo el cabo, poniéndole la bayoneta delante del estómago.

A la vieja se le cayó la candileja de la mano.

—Soy la portera,—dijo toda asustada,—y voy á llamar al médico para una pobre señora de la boardilla, que se ha puesto muy malita.

—Yo soy médico,—exclamó Luis.

—Todo esto es grave,—dijo don Pedro,—sabe Dios para qué se quiere ese médico: eche usted para arriba,

portera, y llame usted á la boardilla.

—¿Y á qué he de llamar yo á la boardilla? ¿Qué tiene nadie que hacer en la boardilla, donde está esa pobre niña enferma? Además, que yo tengo la llave, porque yo sola soy quien la cuido.

—Usted opone resistencia,—dijo el inspector,—luego aquí hay algo: ¡á la boardilla!

—Pues á la boardilla,—dijo la portera,—pero la pobre niña se va á asustar, está muy malita.

—No más réplica,—dijo el inspector,—adelante.

La portera trepó cuanto de prisa pudo, la siguieron todos, y al fin se detuvo en lo alto de las escaleras, en que habia tres puertas de boardillas habitables, y otras tres de boardillas trasteras.

Abrió la portera la puerta de una de estas boardillas trasteras, en la cual no se podia entrar sino bajando la cabeza.

Allí no habia más que una enferma en un gergon sobre unos ruedos, envuelta en una manta.

Su hermosa cabellera rubia era lo único que se veia de su cabeza.

—Vamos, Andreita,—dijo entrando la portera,—no se asuste usted hija mia; es que el señor inspector cree que esta noche ha habido en la casa la degollacion de los inocentes, y viene registrándolo todo.

La enferma no contestó.

El inspector, sacando la cabeza que habia metido en la boardilla, dijo:

Pues se han oido voces angustiosas que decian: «¡que me matan, vecinos! ¡Socorro!»

—¡Tá, tá, tá!—dijo la portera, saliendo y cerrando la puerta de la boardilla, donde quedaba la pobre enferma; —pues eso sucede á cada paso, siempre que el zapatero de al lado, el tio Picote, le atiza con el tirapié á la Pastrana, su mujer.

—¿Dónde vive ese zapatero?—dijo el inspector.

—Aquí en esta puerta de la derecha,—dijo la portera.

El inspector llamó.

Se presentó un zapatero viejo con el mandil puesto, porque estaba velando, y dijo:

—¿Qué se le ofrece á usted, señor inspector?

—Poca cosa,—dijo don Pedro.—¿Han salido de aquí gritos de: ¡vecinos! ¡que me matan! ¡socorro!

—No señor,—dijo el zapatero,—pero yo los he oido: sonaban abajo, en el cuarto principal, y no tiene nada de extraño, porque la señora que llí vive es una...

—La portera dice que esos gritos los ha producido su mujer de usted,—dijo el inspector,—porque la estaba usted dando una paliza.

—Pues la portera miente,—dijo una voz hombruna de mujer, que era la Pastrana;—porque yo soy muy honrada y muy limpia, y mi marido no tiene por qué tentarme las costillas; sí señor, sí; yo he oido tambien esos gritos, pero salian de abajo.

Se comprendia que la zapatera negaba de miedo de que si decia que su marido la habia zurrado, la zurrase despues más fuerte por haberlo dicho.

—Al cuarto principal,—dijo don Pedro, que era el inspector de mejor fé del mundo.

—Pero señor,—dijo la portera,—¿por qué se ha de incomodar á la señorita Dolores?

—Al cuarto principal,—dijo el inspector,—y que venga el presunto reo.

A pesar de las protestas de la portera, bajaron todos al cuarto principal.

La portera tiró con mano trémula del llamador del cuarto principal, gritando:

—¡Doña Dolores! ¡Doña Dolores!

XI.

Se oyeron precipitadas pisadas de buena moza, á juzgar por lo fuertes que eran, y se abrió de repente la puerta.

Una jóven como de veinticuatro años, alta, esbelta, bellísimamente vestida con una bata del mejor gusto, y admirablemente peinada, apareció ante el sereno, la portera, el cabo, los soldados y el inspector, que llenaban el descanso de la escalera.

—¡Oh! ¿Qué es esto?—exclamó,—¿qué situacion es esta tan inesperada?

—En nombre de la autoridad y de las leyes,—dijo gravemente don Pedro,—vamos á penetrar en el domicilio de usted, señora.

—¿Y por qué?—dijo con cierto retintin agresivo la jóven.

—Aquí se ha cometido un crímen,—dijo solemnemente y ahuecando la voz don Pedro.

—Usted se equivoca, caballero,—replicó la jóven.

—¿Y por qué está usted vestida á estas horas?

—¿Hay alguna ley que mande que las mujeres nos desnudemos antes de las once de la noche?

—De su cuarto de usted, señora, han salido terribles gritos de: ¡que me matan! ¡vecinos! ¡socorro!

—De mi cuarto no ha salido nada,—dijo con intencion la jóven.

—Señora,—dijo amostazado don Pedro,—franquéenos usted la entrada, y evíteme el cometer una repugnante violencia.

Don Pedro era y es, porque todavía no se ha muerto, muy redicho, muy remirado, y daba toda la solemnidad que podia al acto más mínimo y más trivial de su cargo de inspector.

Calcúlese hasta dónde llegaria su énfasis, creyendo que se encontraba en los umbrales de la mansion del crímen.

—No, no trato de mentir,—contestó la jóven,—busquen ustedes el cadáver, que yo no me opongo: pasen ustedes, esta es su casa.

Y volviendo violentamente la espalda, recorrió un pasillo corto, y se entró por una puerta, á través de la cual se veia el reflejo de una luz.

XII.

El cuarto era elegantísimo y estaba perfectamente amueblado.

A la izquierda de la entrada estaba la cocina, y en ella la despensa y otro lugar que no nombramos, y que fué registrado.

A la derecha el comedor, bastante bien puesto.

Más allá un cuarto, al parecer de criada, en el cual se vestia á toda prisa una, bastante linda.

Se registró debajo de la cama y no se encontró nada de provecho.

Se entró luego en una sala en que no habia más que los muebles.

Despues en un gabinete en que estaba la jóven junto á una chimenea encendida, á cuyos lados habia butacas, y entre ellas un velador, cubierto con un tapete de cachemir con estampaciones de oro, imitando bordados, y sobre él un candelabro con dos bujías encendidas, y pantalla larga que las comprendia á las dos.

En el gabinete no habia nada.

En una preciosa alcoba inmediata al gabinete, nada se encontró tampoco.

El inspector se habia puesto pálido, porque habia comprendido que estaba en ridículo.

Los serenos miraban de una manera estúpida; ya á Dolores ya al inspector.

Los vecinos honrados, que autorizaban la entrada en el domicilio, del inspector, y que tenian cara de pillos, se mordian los lábios.

El cabo de escuadra, que parecia muchacho fino, sentenciado al servicio de las armas por pobreza, hacia visajes por no reirse.

En cuanto á Luis, miraba á Dolores con los ojos dilatados de espanto, y al mismo tiempo vagaba en sus lábios una sonrisa nerviosa de infinita alegría.

—¡Ah!—exclamó para sí:—¡vive! ¡la noticia de su muerte fué falsa!

El celador de serenos hacia esfuerzos por sostener su gravedad.

—Y bien, señora,—dijo don Pedro, con el mismo acento anhelante con que un reo hubiera preguntado al escribano de su causa cuál era su sentencia.

—Y bien, señor inspector,—contestó Dolores con una gravedad caustina:—siento mucho no haya usted encontrado aquí un cadáver, y lo que hubiera sido mucho mejor, para que hubiera usted podido patentizar mejor su celo, un asesino: es una desgracia que aquí no haya sucedido ninguna.

Sobrevino una explosion general.

Se rieron todos ménos Luis y Dolores.

Luis temblaba: habia avanzado hasta el velador.

Dolores le habia visto.

Habia pasado por su mirada algo supremo, y temblaba tambien.

XIII.

El inspector se volvió omnipotente, airado, y dijo:

—A ver si llevo yo alguien al cajon, por desacato á la autoridad, y doy parte al señor gobernador para que pase el tanto de culpa al juez: esto ha sido una equivocacion muy disculpable; yo he cumplido con mi deber, el sereno con el suyo; por lo tanto, á los piés de usted, señora; siento mucho que el cumplimiento de mi deber haya causado á usted una incomodidad.

—No, de ninguna manera, caballero,—dijo Dolores, en cuya voz se notaba un cambio marcadísimo,—usted

no me ha causado incomodidad alguna, esta casa es muy de usted.

—Adios, señora, gracias; me ofrezco á usted como inspector del distrito, para todo lo que sea justo. Vámonos,—añadió volviéndose,—y usted tambien,—y se dirigió á Luis.

—Permítame usted, señor inspector, yo me quedo aquí; ¿no es verdad Dolores que yo me quedo aquí?

—¡Oh! sí, señor inspector, este caballero es un antiguo amigo mio,—dijo Dolores,—á quien no he visto hace algunos años, y á quien no creo se debe impedir el que esté libramente adonde le parezca.

—Un momento, señora, un momento,—dijo el inspector,—hágame usted el favor de quitarse el sombrero, amigo mio.

Luis se quitó el sombrero con extrañeza.

Don Pedro le cogió un mechon de pelo junto á una sien, y tiró.

—Pues no es peluca,—dijo.

—No, no señor,—contestó Luis,—tengo, á lo que parece, más pelo que usted, señor inspector.

Este, que se habia quitado el sombrero al ver que allí no habia crímen, habia descubierto una venerable y reluciente calva.

El inspector tragó saliva, y aun se atrevió á tirar á Luis de la barba.

—No, pues no es postiza,—dijo;—á ver,—añadió,—la cédula de vecindad.

—Desgraciadamente la llevo conmigo,—contestó Luis,—sí: como quien sale de su casa para no volver.

Y sacando de su bolsillo una cartera de piel de Rusia, la abrió, y de entre otros papeles sacó el documento que el inspector pedia.

Otro que no hubiera sido don Pedro, se hubiera convencido, pero ya hemos dicho que este funcionario era excrupuloso hasta la nimiedad en el cumplimiento de su deber.

Leyó: «Don Luis Sanchez de Leiva, médico, casado, edad treinta y cinco años, estatura alta, ojos negros, pelo negro, color moreno, barba cerrada, calle de Hortaleza, número cincuenta y dos, principal;» perfectamente, nada tengo que decir, páselo usted bien. A los piés de usted, señora.

Y se apresuró á salir.

Iba corrido y con las orejas ardiendo.

Se le habia subido á ellas toda la sangre.

Toda la demás gente, á excepcion de la portera, le siguió.

Muy pronto el ruido de las pisadas se perdió en el descenso de las escaleras.

XIV.

Dolores y Luis aún se miraban frente á frente de una manera intensa.

La portera cortó aquella situacion.

—Caballero,—dijo,—¿no es verdad que es usted médico?

—Sí, señora, sí, soy médico por mi desgracia.

—Pues entonces hágame usted el favor de subir á la boardilla, á ver á aquella infeliz que está muy malita,

muy malita, más de lo que parece, y me excusa usted de ponerme hecha una sopa, porque mire usted cómo llueve, y, ¿qué médico vá á querer ahora salir de su casa?

—Vé, Luis, vé, te espero,—dijo Dolores.

Luis siguió á la portera.

—A pesar de todo,—dijo Dolores dejándose caer sobre una butaca,—me ama todavía, y yo, yo, ¡ah! yo que creia haberle olvidado... ¡le amo! ¡le amo tambien!

Y Dolores inclinó la cabeza entre sus dos manos, y lloró.

CAPITULO II.

De cómo pueden creer que se aborrecen un hombre y una mujer que se adoran.

I.

Pasaron quince minutos.

Al cabo de ellos volvió Luis.

Le seguia la portera.

—¡Oh! ¡la miseria! ¡la horrible miseria!—exclamó Luis,—¡la soledad absoluta, la desesperacion, el frio y la fiebre del alma y del cuerpo! el castigo más expiatorio por la culpa de haber nacido: dáme dinero, Dolores, haré una vez una obra de caridad. Yo no tengo un cuarto; arriba no hay más que horror: y papel y tintero para escribir una receta. Y luego una cama, y tú, tú allí.

Dolores, que habia abierto un precioso secretaire de palo de alcanfor, volvió con las dos manos cerradas, y puso sobre el velador dos montones de monedas de cien reales.

—¡Has hecho suerte!—exclamó Luis.

Dolores inclinó la cabeza sobre el pecho, y no contestó.

—Te he pedido un pedazo de papel y una pluma.

La voz de Luis temblaba.

Era severa, pero sin cólera.

Vibraba en ella algo misterioso, algo que parecia la expresion de un sentimiento íntimo, profundísimo.

Dolores se volvió, y del mismo secretaire tomó un tintero blanco de riquísimo alabastro, guarnecido de oro, y una caja de maqué, dentro de la cual habia papel y sobres, timbrados con la cifra D. O.

Luis partió uno de los pliegos y arrojó á la chimenea la parte del papel que tenia timbre.

Despues escribió una receta apresuradamente, pero con letra muy clara.

—Que vaya tu doncella con la portera á la botica,—dijo Luis, dando á la portera la receta y un doblon.

Dolores llamó á su doncella y la mandó acompañase á la portera.

Las dos mujeres salieron.

—¡Ah! ¡perdóname!—exclamó Dolores, arrojándose en los brazos de Luis.

—Sí: te he perdonado,—contestó Luis separándola de sí dulcemente.

Luego se metió en los bolsillos el oro que Dolores habia puesto sobre la mesa.

Dolores fué al secretaire, tomó de él un esportillo casi lleno, y le puso sobre el velador.

—No, no más,—contestó Luis,—me basta con lo que he tomado.

Dolores se sentó de nuevo en una butaca y rompió á llorar.

—Bah, hagamos algo por nuestros semejantes,—dijo Luis, y se entró en la alcoba.

Habia en ella un magnífico lecho de bronce dorado, con colgaduras de raso azul y muselina bordada, y de grande extension.

—¡Ah! ¡qué estúpido!—dijo Luis,—es más fácil bajar á esa desgraciada que subir esto allí. Ven, Dolores.

Dolores se levantó y siguió á Luis, que habia tomado una de las bujías que estaban en el candelabro.

Salió á las escaleras, seguido siempre de Dolores, subió con ella á la boardilla, y empujó una puerta que estaba entreabierta.

—Señora,—dijo Luis, acercándose á la enferma, y seguido de Dolores,—vengo á trasladarla á usted al cuarto de esta señorita.

—¡Oh, Dios mio!—murmuró con voz á penas inteligible la enferma,—pues que, ¿hay todavía personas que se duelen de las desventuras agenas? ¡Oh! ¡sí! ¡la virtud no se ha perdido todavía enteramente! ¡aún queda algo de ella en la tierra!

Dolores se extremeció.

Luis se habia inclinado.

Habia envuelto completamente en la manta á la enferma, y habia cargado con ella, lo que le habia costado muy poco trabajo, porque la desdichada estaba tan flaca, que su peso era demasiado ligero.

Luis, para hacer esta operacion, habia dado su bujía á Dolores.

La esperma se habia derramado sobre la pequeña mano de la jóven, y la habia quemado.

La jóven, sin embargo, no hizo el más pequeño movimiento.

Hay situaciones, durante las cuales se domina todo lo no perteneciente á ellas.

—Vamos,—dijo Luis.

Dolores bajó, Luis la siguió cargado con la enferma, y entraron en el cuarto de la jóven.

Dolores tomó una pequeña palmatoria de plaqué cincelado, que estaba sobre la chimenea, con un resto de bujía, y entró en la alcoba.

Luis levantó de nuevo á la enferma, alzó las ropas del lecho, y la puso bajo ellas con la manta en que estaba envuelta.

—El frio de la cama la haria mucho mal,—dijo Luis, —cuando se haya templado, tú la desenvolverás, quitarás la manta, pondrás leña en la chimenea: que se eleve la temperatura; esa infeliz á penas tiene ya calor propio.

—¡Ah! pues estoy muy bien,—dijo la enferma,—Dios les pague á ustedes la caridad que han hecho conmigo; al ménos no moriré sola como un animal abandonado que perece en un desván.

—Lo primero que se necesita,—dijo Luis,—es la posible tranquilidad de espíritu; no seamos pues impacientes, reposemos, esperemos.

II.

Describamos á los tres personajes que tenemos á la vista.

Empecemos por la enferma.

No se la veia otra cosa que una pequeña cabeza muy rubia, muy blanca, muy pálida, con la impura palidez de la enfermedad.

Pero tenia unos ojos hermosísimos, rasgados, azules, apenados, y sobre todo jóvenes.

Por el resto del semblante no se podia deducir si era jóven ó vieja.

Tan destruida estaba.

Sus trenzas, que como hemos dicho, estaban casi deshechas, eran admirables, de un hermoso rubio dorado.

En cuanto á las formas de su semblante, por demacradas que estuviesen, aunque las cubriese una mortal palidez, aunque su piel estuviese arrugada, eran de una regularidad admirable.

La desgraciada parecia como que gozaba, como que revivia en la blandura de aquel lecho, bajo el suave calor de sus mantas inglesas y de su edredon.

III.

Dolores la miraba de una manera profunda.

Habia en los hermosísimos ojos garzos de Dolores tanto de bien como de mal.

Eran á un tiempo los ojos de un ángel y los de un demonio.

A veces en un sér humano se encuentra partida el alma por igual entre el bien y el mal.

Estos séres neutros obedecen á las impresiones del mundo que los rodea.

Ponedlos entre los buenos, y serán buenos hasta la exageracion.

Ponedlos entre canalla infame, y llegarán á la infamia, mucho más allá que la canalla que los rodea.

IV.

Dolores era hermosísima.

Una de esas criaturas que enamoran á todo el mundo, que todo el mundo codicia.

Alta, esbelta, gallarda, espiritual, dulce y terrible á la vez.

Un ángel humano, de esos que pasan por la vida dejando tras sí pasiones y desgracias.

Aparecia muy jóven, más jóven de lo que era en realidad, y excesivamente inteligente.

Era imposible suponer una cabeza más bella, una garganta más voluptuosa, más mórbida.

Unos hombros de más suave curvatura, ni un seno más deliciosamente virginal en sus formas.

Era tan alta como Luis, que lo era bastante.

Se desprendia, en fin, de ella una magia irresistible.

V.

En cuanto á la expresion de su semblante, era móvil hasta lo infinito.

Una especie de Proteo, que variaba de fisonomía en relacion con el estado de su espíritu.

Cuando se conmovia, cuando la parte buena de su alma dominaba, era un arcángel.

A veces, una mujer gastada, desalentada, que lo conocia todo, que protextaba de todo, que estaba resuelta á todo.

Otras veces la expresion de la ira, de la voluntaridad, del cinismo, hacian de ella un hermoso demonio.

A veces era la mujer en toda la extension de la frase, dulce, apasionada, tímida, suplicante.

A veces la mujer degradada con todas las prostituciones del cuerpo y del espíritu.

Dolores era uno de esos séres excepcionales, de los que se encuentran rarísimos indivíduos, y al ver los cuales seria de desear no existiese ninguno.

Extremecen, porque se concibe el poder que tienen.

Poder satánico, que no puede producir más que desgracias.

VI.

¡El espíritu humano, el incomprensible espíritu humano, compuesto de bien y de mal! cuando el mal está dominado por el bien; cuando el sentimiento no es exquisito, cuando ese espíritu se subordina á las costumbres, á los fanatismos, á las convenciones, entonces teneis al sér vulgar, al sér con quien tropezais por todas partes, que nada determina, que no hace otra cosa que ser una pieza simétrica del organismo social, que recorre una vida sin novela, sin grandes dolores ni grandes placeres, que cae desconocido en la tumba y se pierde sin historia, como un átomo que ha pasado arrebatado por el viento.

Teneis del otro lado el sér en que el mal predomina al bien, y que dá por resultado el crímen vulgar, el crímen sin novedad y sin disculpa, la perversion de un espíritu viciado por la mala educacion, por las malas costumbres, por las malas relaciones.

La navaja de un compañero; el presidio, el patíbulo, acaban con estas miserables degradaciones vulgares, que pasan tambien sin novela y sin historia, porque todo lo que han hecho es vulgar.

VII.

Pero cuando un alma se parte entre la virtud y el sentimiento supremo, y el egoismo y las maldades supremas;

Cuando la luz y la sombra se dan en ella una recia batalla;

Cuando ilumina este alma una grande inteligencia;

Cuando llena este corazon un gran sentimiento.

Cuando todo en estos séres es exagerado, la caridad y el egoismo, el agradecimiento y la infamia, el sér y el no sér;

Cuando esta alma, cuando este corazon están encerrados en un hermosísimo cuerpo de mujer;

Cuando la dignidad lucha con la degradacion, la altivez con la sumision, la ira con la debilidad, lo poético con lo miserable;

Cuando aparecen á un tiempo la niña encantadora y la mujer prostituida, la vanidad y la sencillez, resulta un sér contradictorio.

Un sér que no podeis despreciar.

Una tragedia viviente.

Una novela, cuyo autor es Dios, superior á todas las novelas, producto del ingenio humano.

Una historia, espantosa de lágrimas y de carcajadas insensatas.

Resulta, en fin, un ángel que se confunde con un demonio.

Un demonio que se diviniza en un ángel.

La ola tremenda de dos mares.

Un poema espantoso.

Resulta Dolores.

VIII.

Estos séres no terminan ni en el presidio ni en el patíbulo.

Se pierden como átomos en lo infinito cuando pasan.

Huyen muy pronto.

Su vida es una concentracion, una inflamacion.

Su actividad es espantosa.

La pobre materia no puede resistir la actividad de aquel espíritu.

Con estos séres excepcionales acaba muy pronto la tísis.

Dolores estaba pálida y un tanto demacrada.

La tísis la habia acometido ya.

Pero amorosa, leve, enamorada, por decirlo así, embelleciendo á su víctima, coronándola de flores, haciéndola irresistible.

La tísis es una enfermedad poética.

Generalmente, el resultado del desquilibrio del espíritu con la materia.

El frágil vaso se rompe, no pudiendo resistir su contenido.

¡Ah! ¡La terrible actividad del espíritu, que vicia la sangre, que la irrita, que la inflama, que irregulariza la circulacion y ulcera los pulmones!

¡Oh, la tísis, la tísis!

Por eso son tan simpáticos los tísicos.

Son desterrados que pasan rápidamente por el lugar de su destierro, y á quienes Dios debe perdonar porque han sido mártires.

No habreis conocido un tísico que no haya tenido una gran inteligencia.

Que no haya sentido de una manera poderosa, salvo en los casos en que la tísis es un resultado de una mala contestura, y aun así, la tísis, que nos atrevemos á llamar una enfermedad del espíritu, espiritualiza las criaturas.

Las hace dulces y tristes.

En una palabra, poéticas.

IX.

Luis era otra cosa.

Un sér enérgico, terrible.

Fuertemente impresionable.

Avaro de todas las sensualidades del espíritu y de la materia.

Soñador vehemente, conocedor de todo, y protes-

tando sin embargo contra todo lo infame y todo lo miserable, y cerrando los ojos para no verlo.

Otra excepcion, en una palabra, con el mal no habia podido la tísis, á pesar de cuanto habia sufrido, porque tenia una gran fuerza en su imaginacion que lo embellecia todo, que lo poetizaba todo, hasta el dolor.

Uno en fin, de esos séres excepcionales, que moririan de hastío si no sufriesen.

Que viven mejor cuanto más sufren.

Que se quejan, sí, contínuamente de su desventura, y son sin embargo los séres más felices de la tierra, porque lo idealizan todo con su eterna buena fé, con su empeño en realizar, en tocar lo que no existe, y que todo lo ven á través del arte que lo embellece todo.

X.

Respecto á la pobre enferma, no podia decirse cuál era su carácter.

En aquella ruina, en aquella postracion, no se veia nada.

Patológicamente, se veia que su enfermedad nada tenia de comun con la tísis; aunque se la parecia mucho.

Porque era un aniquilamiento.

Sin embargo, en el corte de su cabeza, en un no sé qué vago que habia en sus gruesas trenzas rubias, y el color, por decirlo así, mórbido, confortable de aquel rubio, se comprendia á un sér débil; todo virtud, todo resignacion, todo bien.

No hay una parte del sér humano que no revela en

su inflexion, en sus accidentes, el espíritu que domina á su todo.

Un mechon de cabellos cortados, puede revelar todo un carácter.

No á los ojos de la multitud, que no vé más que lo vulgar, pero sí á los ojos del pensador ó del filósofo.

XI.

Dolores salió de la alcoba, fué á la chimenea y aumentó inmoderadamente el fuego.

Despues se sentó preocupada, pensativa.

Al cabo fijó una mirada suplicante, indolente, triste, anhelante en Luis, que se habia sentado frente á ella.

—Quita ese dinero de ahí, y guárdalo,—dijo Luis, señalando el esportillo que aún estaba sobre la mesa.

XII.

Permanecieron algun tiempo en silencio Dolores y Luis; él mirándola entre extasiado y terrible: ella abstraida, irritada, sombría.

Sonó entonces una llave que abria la puerta exterior.

Luego una jóven que dijo:

—¡Señorita!

Dolores se levantó y salió hasta llegar al pasillo por donde se llegaba á la puerta.

Estaban allí, la portera con una botella en la mano, y María la doncella de Dolores.

Dolores se volvió al gabinete.

María se metió en su cuarto.

La portera siguió á Dolores, puso la botella sobre el velador, y sobre la receta cuatro duros.

—Me han llevado veinte reales,—dijo;—sin duda llevan más caro de noche que de dia, porque á mí me parece mucho un duro por una medicina: ahí está la vuelta: ¿se necesita algo?

—Sí, un vaso: á más de eso, que hagan al instante sustancia de pan,—dijo Luis.

La portera salió.

Dolores y Luis quedaron de nuevo frente á frente y en silencio.

María trajo en una bandeja dos copas.

Luis llenó la mitad de una de ellas con un líquido incoloro como el agua, pero fuertemente aromático.

—¿Qué es eso?—dijo Dolores.

—Un confortante, un tónico enérgico,—contestó Luis.

—¿De qué padece esa desgraciada?—repuso Dolores.

—De consuncion por hambre.

—¡Oh Dios mio! ¡Y hay mujeres que se mueren de hambre siendo bellas!... porque antes de llegar á ese estado, esa infeliz ha debido ser muy bella.

—Hay de todo en el mundo,—contestó lacónicamente Luis.

Y entró en la alcoba y dijo á la enferma:

—Vamos, hija mia, tome usted esto que la refrigerará y la producirá á usted un buen sueño.

La enferma quiso incorporarse, pero no pudo.

Luis se vió obligado á levantar su cabeza, y acercó la copa á sus lábios.

La enferma bebió con el ánsia de un niño sediento.

—Gracias,—dijo despues de haber bebido,—esto es muy bueno.

—Parece que hemos entrado un poco en calor,—dijo Luis.

—Sí,—contestó la enferma,—esto es muy bueno; arriba hacia mucho frio: y la desesperacion, señor... abandonada de todo el mundo ménos de esa pobre portera, que nada podia hacer...

—Vamos, vamos, tranquilícese usted, repose usted. Ven acá, Dolores.

Dolores entró.

—Ha llegado el momento,—dijo Luis,—de que la desenvuelvas de esa manta: múdala de camisa, pero calienta antes la que la pongas.

Luis y Dolores salieron, y ésta última abrió una preciosa cómoda, y sacó de ella una camisa de batista, bordada, y la calentó en la chimenea.

Despues entró en la alcoba.

Su semblante tenia entonces algo de ángel: iba á hacer una huena obra.

XIII.

Antes de descubrir á la enferma, puso bajo la almohada la camisa para que no se enfriara.

Luego, sin levantar la ropa, ahuecándola, la desenvolvió de la áspera manta, y la arrojó al suelo.

Se encontró despues con una camisa rota, rígida, pegajosa por la suciedad.

Acabó de rasgarla, y desenvolvió de la camisa á la enferma, como la habia desenvuelto de la manta.

Luego, con sumo trabajo, la puso la camisa limpia.

—¡Oh, qué bueno es esto!—dijo la enferma,—¡qué buena es usted, señora!

Y se echó á llorar.

A Dolores se le saltaron las lágrimas: estaba bajo una dulce influencia, y era entonces buena.

XIV.

La enferma era casi un esqueleto: al ponerla la camisa, una mano de Dolores tropezó con un objeto redondo que la enferma tenia pendiente del cuello por un cordon.

—¡Ah! un relicario,—dijo Dolores.

—Un relicario á medias,—dijo la enferma,—porque de la una parte tiene la imágen de la Vírgen de los Dolores, de la otra el retrato de mi madre, y dentro un rizo de su pelo y un pequeño pedazo de *lignum crucis*.

—¿Es usted huérfana?

—Sí, desde hace dos años.

—¿No tiene usted parientes?

—No.

—¿Qué edad tiene usted?

—Diez y seis años.

—¿Y no ha tenido usted quien la proteja?

—No he querido que me proteja nadie.

Dolores no se atrevió á preguntar mas: acabó de cubrir á la pobre niña, la besó en la frente, salió, se sentó de nuevo junto á la chimenea, y quedó inmóvil.

A poco corrieron de sus ojos silenciosas lágrimas. Lentamente, su respiracion se fué haciendo difícil.

Se levantó, cayó de rodillas delante de Luis, reclinó la cabeza sobre sus rodillas, y entonces su llanto se hizo congojoso, desesperado.

Luis le levantó con una mano la cabeza, y reteniendo aquella mano en la frente de Dolores, la miró de una manera profunda.

Se oian los latidos del corazon de Luis.

—No ha querido que nadie la proteja,—exclamó Dolores entre sus lágrimas, señalando con una mano temblorosa á la alcoba;—¡oh, si yo hubiera tenido el valor que ella! ¡Perdóname!

Luis quitó la mano de la frente de Dolores, la asió con ambas manos las mejillas, la besó en la frente, y exclamó:

—¡Ah, Dolores, Dolores de mi alma!

Dolores tomó de sobre la chimenea un papel que parecia de teatro, y le arrojó á la chimenea.

—¿Qué has hecho?—dijo Luis.

—He roto todo lo que me ligaba á mi vida pasada: renuncio á todo; á las riquezas, á la gloria: soy tuya, para tí solo.

—Es tarde:—dijo Luis:—allí (y señaló en direccion á lo largo de la calle de Hortaleza), está mi honor hecho pedazos, mi familia disuelta; aquí, mi corazon roto, mi buena fé burlada, mi sentimiento escarnecido: no me queda más que aquello (y señaló á la alcoba).

—¡Aquello!—dijo Dolores, en cuyos terribles ojos ardió una llamarada de cólera;—¡aquello! ¿y qué es aquello? una niña de diez y seis años, que si se salva puede recobrar su belleza: una niña, á quien segun dice, nadie

ha protegido: otra ilusion, otra tontería, otra como todas.

—No, aquello no es eso,—dijo Luis,—aquello es la caridad.

—¿Y yo? ¿y yo?—exclamó Dolores.

—Tú, has muerto.

Dolores se dejó caer sobre la butaca, y rompió de nuevo á llorar. Pero movia uno de sus piés de una manera nerviosa, lo que representaba su cólera.

—¡Ah!—exclamó,—como siempre, duro y terrible: pues bien, no lloraré más, no suplicaré más, no volveré á pedir un perdon que se me niega: mañana saldré de aquí; dejaré aquí todo lo que tengo, para que puedas seguir en tu obra de caridad: no volverás á verme, ya que por casualidad me has visto: ¿muerta, sí? pues bien, muerta.

—No soñemos, Dolores; sigue tú tu camino; yo seguiré el mio, ó más bien, el que tú me has abierto.

—¿Y quién tiene la culpa de tu eterna buena fé?—dijo en una explosion Dolores.—¿Quién tiene la culpa de tus sueños, de tus delirios? ¿Por qué te quejas, cuando tambien pudiera quejarme yo? Y sobre todo, ¿qué amor es el tuyo que no se sobrepone á todo? ¿Qué se ha hecho de tu buena fé?

—Ha caido sobre ella toda la tierra de una tumba.

Dolores inclinó la cabeza como bajo un peso inmenso, y dijo con voz ahogada:

—No he sido yo, no; no he sido yo, fueron ellos: y luego tuve miedo, no me atreví á revelártelo; no me hubieras creido.

—Cuando muere una mujer, sus amigos, sus cómplices, se sienten libres de toda obligacion; sobre todo, nada esperan ya, y la historia de la mujer infame aparece en todo su horrible esplendor: no es posible soñar; se perdona porque la muerte lo cubre todo, porque cae mucha tierra sobre un pobre cadáver; pero cuando esto ha sido una farsa, queda todavía la rebelde voluptuosidad que nos arrastra hácia la mujer hermosa, hácia la mujer satánica: pero el sentimiento, y la dignidad, y el amor, la rechazan.

Dolores cayó sobre el respaldo de la butaca accidentada: por su boca salia una espuma amarillenta.

—Como siempre,—exclamó Luis,—como siempre, la misma, su terrible cólera.

XV.

Se levantó, se acercó á ella, le limpió aquella espuma que fluia de su boca, la desajustó el corsé, la abrió la boca con la hoja de una pequeña navaja inglesa que sacó de su bolsillo, y vertió en aquella hermosa boca entreabierta, parte del mismo medicamento que habia dado á la enferma.

Luego sostuvo á Dolores.

—¡Oh! ¡Hermosa, más hermosa que nunca, pero siempre incomprensible, siempre formidable, siempre esta alternativa de bien y de mal, siempre el ángel y siempre el demonio!

XVI.

Dolores suspiró de una manera larga, poderosa; se contrajeron los músculos de su semblante; pareció como que las lágrimas querian brotar por todos sus poros, y al fin volvió en sí, rompiendo en un llanto desgarrador.

Luis la sostenia aún, pero en silencio.

Pasaron algunos segundos: Dolores se levantó, se fué á su lecho, y se acostó junto á la enferma, cuidando de no incomodarla.

La niña dormia.

Luis entró en la alcoba y observó.

—Ella dormirá tambien,—dijo,—y yo... yo no dormiré.

Se fué á la puerta exterior, echó la llave, la guardó en su bolsillo, y murmuró:

—No se irá.

Luego entró en la sala y se acostó en el sofá.

XVII.

Continuaba lloviendo de una manera ruidosa: zumbaba cada vez con más fuerza el viento, y se oia de tiempo en tiempo la voz medrosa de los serenos: de tiempo en tiempo tambien, se levantaba Luis, entraba en la alcoba y observaba.

Las dos jóvenes dormian.

Luego cuidaba de que se mantuviese el fuego de la chimenea de manera que determinase una temperatura conveniente: despues, volvia á echarse y á dar vueltas á sus desesperados pensamientos.

Por último, fatigado su cerebro, sobrevino una reaccion necesaria, y se durmió cerca del amanecer.

Le despertaron los rayos del sol que le daban en la cara, penetrando por la vidriera de un balcon, cuya vidriera habia quedado abierta.

XVIII.

Luis se levantó.

A través de la puerta del gabinete vió á Dolores pálida, ojerosa, desolada, sentada junto al velador, y escribiendo.

Luis entró en el gabinete.

—Mira,—le dijo Dolores, dándole la carta que acababa de escribir,—lee.

La carta decia:

«Señor director: Siento mucho que una indisposicion repentina y grave me impida, sabe Dios por cuanto tiempo, presentarme al ilustrado público de Madrid en su teatro; puede usted enviar los facultativos que guste si duda de mi buena fé: nadie más que yo siente se dilate la satisfaccion del más ardiente deseo de mi alma...

»Suya afectísima

»Dolores Orvigo.»

XIX.

—Y bien, ¿por qué abandonar la escena, para la que tienes tan inmensas facultades?—dijo Luis.

—Porque lo abandono todo.

—¿Todo?

—Sí, todo: voy á seguir el ejemplo de esa buena jó-

ven: voy á vivir sin que me proteja nadie; ni los hombres ni el arte.

—Se acabarán tus recursos: vendrá la miseria.

—No importa; me ampararé de ella.

—¿Y cómo?

—Por medio del trabajo.

—No saldrás.

—¡Ah, sí! te estarás á mi lado eternamente: ¿y para qué vivir junto á una mujer despreciable? junto á una mujer á la cual rechazan á un tiempo el sentimiento, la dignidad y el amor?

—Aún queda la caridad, que es siempre desinteresada.

—¡La caridad! siempre lo mismo: siempre arrojándole á una á la cara la palabra caridad: ¡qué insensatez! ¿no es más dulce, más persuasivo el amor?—y rodeó un brazo al cuello de Luis.

Luis se desciñó de aquel brazo, y arrojó la carta que Dolores habia escrito á la chimenea.

—Es decir,—exclamó Dolores,—que te conviertes en mi tirano; que ha de ser tu voluntad, no más que tu voluntad.

—Quiero que sea lo que debe ser: entre nosotros no puede existir el amor: tú no debes abandonar una noble profesion que te producirá oro y gloria: yo no te abandonaré: necesitas un espíritu fuerte que te sostenga: yo estaré á tu lado.

—¿Así?—dijo con desden la incomprensible Dolores, mirando de alto á bajo á Luis.

—No, así no; te avergonzarás: tengo los bolsillos lle-

nos de oro: hoy vivo de tí; durante muchos años tú has vivido de mí: ya vés que abdico para tí de mi altivez.

—¡Ah, Luis mio! abdica tambien de tu resentimiento.

—Mi corazon está roto: el lugar donde antes se albergaba el amor, ha sido destruido.

—Bien,—dijo Dolores,—cúmplase tu voluntad.

Y se sentó ceñuda y colérica junto á la chimenea.

XX.

Luis se fué á la cocina.

—Y bien,—dijo á María,—¿ha traido usted ya todo lo que se necesita para el gasto de la casa?

—Sí, señor,—dijo sonriendo María, que habia comprendido que aquel hombre destrozado era por entonces el amo de su señora;—ya vé usted, estoy poniendo el puchero; yo me levanto muy temprano, porque así es como se consigue comprar bien.

—¿Ha traido usted ave?

—Sí, señor, todos los dias traigo media gallina.

—Pues bien, ponga usted la mitad de esa media gallina en otro puchero, con cuatro cuartillos de agua, y que cueza hasta que se queden reducidos á tres.

—Eso será para la enferma, señor, ¿no es verdad?

—Sí, para la enferma; por lo mismo, eso es lo primero que debe usted hacer.

—Muy bien, señor; pero pondré jamon.

—No señora, no; debe ser muy ligero el caldo: en cuanto esté, lleve usted á la enferma una taza; á la hora, otra taza de sustancia de pan.

—Muy bien, señor.

XXI.

Luis se volvió al gabinete.

—Voy á salir,—dijo,—y te voy á dejar encerrada, como lo has estado esta noche: ¡ah!...—añadió Luis.

Y volvió á la cocina.

—¿Cómo ha salido usted,—dijo á María,—si yo dejé cerrada la puerta con llave?

—¡Bah, señor! hay dos llaves.

—¡Ya!—dijo para sí Luis,—como antes: encierra un hombre á una mujer, se vá á su casa lleno de buena fé en el recurso violento que ha tomado, y nada ha hecho; hay otra llave. Deme usted esa llave con que ha abierto usted esta mañana.

—Colgada está en un clavo junto á la puerta, señor.

Luis llegó á la puerta, tomó la llave, abrió, cerró por fuera, y bajó murmurando:

—Tal vez esto es inútil: puede ser que haya otra tercera llave.

CAPITULO III.

En que no se sabe si son el amor, la conciencia ó la vanidad lo que hacen una santa á Dolores.

I.

Pasaron tres dias.

Habia habido una trasformacion en los tres personajes que hemos presentado.

Andrea, que así se llamaba la huérfana, la enferma, habia dejado el lecho.

Dolores la habia arreglado, ó la habia hecho arreglar, por lo pronto, algunos trajes suyos.

En cuanto á Dolores, se habia vestido sencillísimamente de luto, por decirlo así, porque no rompia lo rigorosamente negro de su traje, mas que una golita y unos puños blancos.

Luis se habia cortado el pelo, se habia arreglado la barba, se habia equipado completamente, y con una americana de lana, un pantalon y un chaleco del mismo

color, estaba hecho un buen mozo; pero un buen mozo desesperado.

Dolores le miraba con ansia, pero á hurtadillas, y observaba de una manera celosa si Luis miraba á Andrea.

Pero Luis no miraba ni á Andrea ni á Dolores: parecia como que esquivaba el mirar á esta última, y como que tenia miedo de mirar á la otra: porque Andrea, algo repuesta, bien peinada, vestida, era una hermosura ideal.

Luis se habia extremecido; habia soñado á la vista de la niña; creía haber encontrado un ave fénix; un imposible.

Su situacion era demasiado difícil: no le permitia consagrarse á otra mujer sino de una manera reprobada, y Andrea era una mártir de la virtud; habia nacido con temperamento de mártir; porque cada sér nace con una propension y con un destino.

Así es que abundan los fenómenos sociales: la dignidad natural conservada, á pesar de una perversa educacion, y la perversion infame, á pesar de una educacion excelente.

II.

No habia tercera llave, ó si la habia, no habia querido Dolores usar de ella.

Tampoco habia representado Dolores; no porque se hubiera opuesto á ello Luis; no porque ella se hubiese obstinado en no representar, sino porque habia quebrado la empresa en cuyo teatro debia hacer Dolores su

debut, bajo el nombre supuesto de Adela Madreselva.

El director habia tenido la cortesía de dar parte á Dolores del fracaso, en la carta siguiente:

«Señorita: La salida de usted á la escena era una de las esperanzas de esta empresa, para resarcirse de grandes pérdidas; lo que indudablemente hubiera sucedido, si el público hubiera tenido ocasion de admirar á usted; pero ayer fué un funesto dia de quincena, y no habiendo podido hacer frente la empresa á sus compromisos, ha sobrevenido una sublevacion de actores, y por consecuencia una quiebra de buena fé. Esto se arreglará, sin embargo, y esperamos que dentro de poco tendremos la satisfaccion de presentar al público una actriz tan eminente como usted.

»Somos con la más alta consideracion etc.»

III.

Ni una explicacion habia mediado entre Dolores y Luis.

Nuestros lectores habrán comprendido sin duda que entre ambos habia una historia gravísima, unos amores violentos, que habian terminado de una manera casí fantástica.

Dolores anhelaba aquella explicacion.

Luis la temia y la excusaba.

Parecia ofendido gravemente y de todo punto desconfiado de Dolores.

Esta, sin embargo, se mostraba contenta de haberle encontrado, conmovida, ansiosa de reconquistar su amor.

Estaba alegre en la apariencia.

Tenia candorosas salidas de niño.

Apuraba, en fin, todos los recursos de la seduccion.

Habia renunciado á todo.

—Yo no viviré de aquí adelante,—habia dicho á Luis,—sino para hacerme digna de tí.

—Es ya tarde,—respondió Luis,—entre nosotros existe tu pasado, y hubo una mujer de la que me he visto obligado á separarme. Yo no puedo ser para tí más que un consejero y un protector, algo tirano, porque no me separaré un momento de tu lado; porque creo de mi deber impedirte el que continúes en tu desastrada conducta. La mia podria parecer absurda, cuando ménos, á un hombre severo, pero no puedo pasar por otro punto, moriria de inquietud si no te viera, si no supiera lo que era de tí.

—Bien, perfectamente,—habia dicho Dolores,—llegará un dia en que te convencerás de que yo no he sido más que una pobre loca, una pobre víctima de mi buena fé y de amistades peligrosas; por lo demás, yo soy muy feliz con que vivas á mi lado, con que me protejas, con que cuides de mí; ¿qué más union? Dices que te has visto obligado á separarte de tu mujer, por causas que te callas, pero que deben ser poderosas, porque tú eres muy bueno, muy indulgente: así no tendré que tener celos; nuestra union, aunque sea tan triste como ahora, durará lo que dure mi vida, y viviremos modestamente, pero tranquilos, sin apuros: un dia á la semana al teatro, otro dia al mes al campo, buenas lecturas durante las

primeras horas de la noche, y despues un sueño tranquilo. ¡Qué más felicidad!

Pero habia debajo de estas palabras, dichas con acento dulce y sencillo, acompañadas de una sonrisa celestial, una leve y punzante ironía.

IV.

¿Y dónde? ¿Cómo? podrá preguntársenos, los medios para aquella existencia tranquila y perpétua, durante la vida de uno de los dos.

Luis, que ejercia una influencia incontrastable sobre Dolores, la habia pedido las llaves de sus muebles.

Dolores se habia puesto pálida y se habia negado.

Luis habia insistido de una manera sombría, y Dolores, temblando, le habia entregado las llaves, y se habia sentado desesperada en un rincon del gabinete.

Luis abrió una tras otra dos grandes cómodas, despues un secretaire y un armario.

Y encontró, ¡oh! ¿quién podrá decir lo que encontró?

Una correspondencia epistolar, que se guardó muy bien de leer.

Todas aquellas cartas estaban escritas, á juzgar por el carácter, por hombres, é infinitos habian sido los que habian escrito á Dolores, atendida la diversidad de los caracteres.

Todas aquellas cartas fueron al fuego.

Dolores permanecia replegada en su rincon, é impasible.

De improviso se alzó y asió una mano de Luis, en el

momento que iba á lanzar al fuego un paquete atado con una cinta negra.

Le arrancó el paquete, le besó, y le retuvo.

Luis se puso pálido de cólera, de celos, de dolor.

—¡Ah! no, éstas no,—dijo Dolores,—son tuyas.

—Pues porque son mias, porque son simplezas, delitos de mi buena fé, porque representan lo que nunca ha existido, deben ir al fuego.

—¡Ah! no, no por Dios,—exclamó Dolores,—seria para mí muy mal agüero éstas cartas quemadas por tu mano, seria como si quemaras el amor que me has tenido, y que ha sido mi único consuelo en medio de mis desventuras. No, Luis, no; éstas cartas no son otros tantos pecados de tu buena fé, son tu corazon, tu buen corazon, que tanto me ha amado. ¡Si vieras cuánto las he leido desde el dia funesto en que con una audacia infinita te anunciaron mi muerte! ¡si vieras cuánto he sufrido, Luis mio! ¡cuánto he soñado contigo! ¡cuán desesperado te he visto! ¡de qué manera me he informado indirectamente de tu existencia!

—Ni una palabra más, Dolores, ni una palabra más; no quiero oir revelaciones, no quiero saber nada. Dame ese paquete.

—¡Ah! no.

—Dámelo, Dolores.

La voz de Luis se hizo amenazadora, y la jóven tembló.

—Espera, espera un momento,—dijo.

Y desató el paquete.

—¿Para qué eso?—dijo Luis.

—Dentro hay un rizo de cabellos tuyos, y no quiero que se quemen. No, no; me dejaré matar antes; quiero conservar este rizo, y lo conservaré.

Y sacó de su seno un medallon guarnecido de brillantes.

Le abrió.

—¿Qué contiene ese medallon?—dijo con una ansiedad celosa Luis.

—Un pobre rizo de cabellos negros entrecanos,—contestó tristemente Dolores,—de cabellos de mi madre; á estos cabellos se unirán los tuyos, es todo lo que me queda en el mundo.

—¿Y qué retrato es ese?—dijo con la misma viva ansiedad Luis.

—¡Ah!—dijo con una deliciosa coquetería Dolores, ocultando el medallon entre sus dos manos,—gracias, Luis mio, porque me dejas conocer tus celos; y quien tiene celos, ama.

—¡Celos! ¿y de qué?—dijo con una cruel ironía Luis, —desesperacion, puede ser; ¿á quién has amado tú para que yo pueda tener celos? Tú no comprendes el amor, tú no has nacido para el amor, has incurrido en el gravísimo pecado de vanidad, de enamorarte de tí misma. No, yo no puedo tener celos, lo que tengo es desesperacion.

—Mira,—dijo Dolores abriendo las manos, y presentando en la palma de una de ellas un retrato en fotografía, colorido al óleo en miniatura,—mi madre, mi pobre madre. ¿Tienes celos ahora?

V.

Luis sonrió de una manera involuntaria, á impulsos de una alegría infinita.

—¡Ah! por el bien que te he hecho,—dijo Dolores,—indulta á estas pobres cartas, no destruyas lo único que me ha consolado en mis momentos más acerbos de amargura, porque yo á cada momento aún estoy soñando. Los hombres no tienen corazon, son interesados, ó materia pura; él, solo él, él sí que me amaba; y me ponia á leer tus cartas, porque leyéndolas aspiraba tu amor, le sentia, brotaba para mí de cada una de tus letras. ¡Ah! no me las quemes, por Dios, Luis.

VI.

Luis estuvo aquel dia, que fué el siguiente despues de su encuentro con Dolores, á punto de dar al traste con su severidad y con su dignidad.

Dolores se habia colocado en un buen terreno de ángel, y estaba lo más peligroso del mundo, porque el ángel era terriblemente encantador.

Luis perdonó sus cartas, se las dejó á Dolores, pero continuó en su registro.

Encontró una multitud de retratos en fotografía, todos con dedicatoria á la espalda; retratos de hombre, entre los que habia muchos de mujer.

Luis no vió ninguno de aquellos retratos, no los miró.

Sus ojos se nublaban.

Los retratos fueron al fuego, excepto uno que le arrebató Dolores.

Era su retrato.

Tampoco disputó aquella prenda Luis á la jóven.

VII.

Encontró en la primera cómoda, á más de las cartas y los retratos, una gran cantidad de riquísima ropa blanca y muchos abanicos de gran precio, cajas de guantes llenas aún, cajas llenas de perfumería para mucho tiempo, y algunos aderezos de gran precio.

En la segunda cómoda encontró otra gran cantidad de alhajas, otra gran cantidad de ropa blanca, pero ni un solo papel, ni un solo retrato.

El armario estaba literalmente lleno de riquísimos trajes, de prendidos, de un equipaje, en fin, como podria desearle la mujer más elegante.

En el secretaire encontró en billetes de banco y oro, una cantidad próximamente de diez mil duros.

Aquella cantidad y todas las alhajas, fueron puestas por Luis en el velador.

—Esto es un dinero muerto é inútil,—dijo,—estas alhajas no las necesitas para nada, tú no puedes lucirlas mas que en el palco de un teatro, y allí las señalarán con el dedo, y habrá quien diga: «aquel aderezo de esmeraldas, me costó tanto.»

Dolores se cubrió el rostro con las manos, se sentó en el suelo y rompió á llorar.

—No alborotes,—le dijo Luis,—esa pobre niña duerme, no la despertemos, no la hagamos luchar por refle-

xionar cosas que sin duda no comprende. Hablemos muy bajo; levántate, no gimas.

—Me estás tratando de una manera cruel,—dijo Dolores levantándose.

—Siempre has querido aparecer á mis ojos pura, digna, espiritual, pero has cuidado muy poco de cubrir las apariencias; tengamos alguna vez juicio, que no es el amante ni el amigo quien te dice esto, es el médico que cumple con su deber, es el padre que cuida de su hija loca: ¿cuánto crees, repito, pueden valer estas alhajas?

—Han costado mucho; no sé lo que podremos obtener por ellas.

—Esto es muy sencillo,—dijo Luis,—escribe.

—¿A quién?

—A F... el joyero más rico y más favorecido.

—¡Oh! me conoce.

—Pues tanto mejor, escribe.

Dolores, á quien dominaba de una manera absoluta Luis, puso sobre el velador un recado de escribir, y escribió lo siguiente, que le dictó Luis:

«Señor F...: Deseo deshacerme de mis joyas; algunas de ellas las conoce usted, porque han salido de su casa; espero venga usted ó envie persona que las aprecie, si es que quiere adquirirlas. Su afectísima,—Adela Madreselva.»

Cerró esta carta, la puso el sobre, y María fué á llevarla.

VIII.

A la media hora estaba allí un hombre grueso, del que rebosaba la expresion del industrial millonario, que ha viajado, que sabe mucho acerca de lo que le conviene, que ha perdido el corazon, y que no ha conservado otra creencia que la de que el oro es el todo, es Dios omnipotente, lo infinito.

—¡Oh, mi querida amiga!—dijo al entrar, asiéndola las manos,—vengo consternado; ¿qué es esto? cuando una hermosura tan de moda como usted vende sus alhajas, hay que pensar en algo semejante á una defuncion.

—Señor F...,—contestó Dolores,—yo no queria esas joyas, sino porque pensaba seguir aquí la carrera de artista, que empecé en América, donde usted me conoció. He variado de proyecto; me retiro, y realizo.

—¡Ah! se casa usted y se hace usted una santa; bien pensado, muy bien pensado, hija mia; usted se retira muy á tiempo, cuando aún es usted muy jóven y muy hermosa.

IX.

Como es de suponer, Luis no estaba delante.

Le ocultaban las colgaduras de la puerta del dormitorio.

Afortunadamente, Andrea dormia.

El señor F... continuó, poniéndose los quevedos y examinando las alhajas:

—¡Ah! aquí tenemos el aderezo de esmeraldas que hace un mes, aún no se habia montado. Es del mejor gusto,



El señor de F... continuó, poniéndose sus quevedos, examinando las alhajas.

y de una forma muy moderna; costó, creo, seis mil duros; rebajaré á usted únicamente el interés del dinero y el de la industria, y algo más por otras razones; en fin, rebajaremos...

—Basta, basta, señor F...,—dijo Dolores,—yo me entrego á la probidad de usted.

—¡Oh! gracias; usted me hace justicia, y se lo agradezco, porque en estos tiempos hay que agradecer el que se nos conceda que somos hombres de bien: ¿y quién es el felicísimo que ha logrado que usted se retire tan pronto?

—La felicísima,—dijo Dolores,—ó más bien la pobre, porque quien me obliga *á retirarme*, como usted dice, es mi conciencia.

—¡Oh! ya lo decia yo: la señorita Adela nos vá á dar un dia un chasco, ustedes no la conocen, ustedes no la estiman en lo que vale; ¡oh! se van á volver locos, hija mia, y la van á ofrecer á usted fortunas fabulosas; si esta retirada es falsa, la declaro á usted el general más hábil del mundo.

—Por Dios, señor F..., por Dios,—dijo Dolores con un acento tal, que obligó á F... á exclamar asombrado:

—Puede ser, puede ser que sea verdad, más vale así; lo siento, ¡qué diablo! por usted pierdo una cuenta anual á lo ménos de veinticinco mil duros.

Luis estuvo por salir.

El señor F... era un demonio tentador.

Dolores habia tomado su partido, y se mantuvo firme.

—Tengo ansiedad, señor F..., por saber lo que poseo.

F..., mientras hablaba, habia examinado los aderezos, las sortijas, los abanicos, todas las alhajas, en fin.

—Dentro de media hora,—dijo,—mi cajero traerá á usted sesenta mil duros.

—¡Cómo!—exclamó Dolores, rebosando de alegría y de vanidad,—¿yo poseo sesenta mil duros? Han estado locos, señor, porque esto habrá costado, dispénseme usted, el doble á lo ménos.

—No tanto, no tanto,—se apresuró á decir el señor F...,—poco más; yo podré ganar diez mil duros á lo sumo; el interés del dinero, el interés industrial, y aun así muy bajo.

—Lléveselas usted, señor F..., lléveselas usted, no quiero verlas más,—dijo Dolores.

El señor F... fué cerrando los estuches y guardándolos á medida que los cerraba en los bolsillos de su paletot y su levita, y murmurando á medida que los guardaba:

—Es una lástima, verdaderamente es una lástima; podria usted centuplicar su fortuna, pero es verdad, la conciencia, la conciencia, sí, la conciencia es una gran cosa; ¡qué lástima! ¡qué actriz perdemos! ¡qué mujer se nos escapa! Repito: dentro de media hora estará aquí Pelayo con esa cantidad. A los piés de usted, Adelita; consérvese usted buena, y adios.

—Adios, señor F...

X.

Apenas salió el joyero, se abrieron las cortinas de la puerta de la alcoba, y apareció Luis, pálido como un cadáver.

—¿Quieres más?—le dijo Dolores.

—Has cumplido con tu deber,—contestó Luis.

—Siempre, siempre el deber, jamás el sacrificio, nunca lo meritorio; esto es terrible, insoportable,—dijo Dolores, entregándose á uno de sus accesos de furor.

—Silencio, duerme,—dijo Luis, señalando á la alcoba.

Una mirada indefinible de Dolores partió de sus ojos al lugar donde dormia Andrea.

Tenia celos: ¿de amor ó de vanidad?

No lo sabemos.

Acaso por todo á la vez.

XI.

El señor Pelayo acudió exactamente á la media hora.

Traia bajo el brazo, bajo su abrigo un legajo.

Aquel legajo le componian trescientos billetes de banco de á cuatro mil reales.

—Esto acaba de darme para usted, señorita, mi principal,—dijo Pelayo, á Dolores, que le recibió sola;—hágame usted el favor de poner en un pedazo de papel lo siguiente, y por bajo su firma.

—¿Y qué he de poner, señor mio?

—Recibí lo convenido.

—Con mucho gusto.

Adela escribió:

«Señor F....: Su cajero de usted me exige ponga en su conocimiento que estamos al corriente. Suya—Adela Madreselva.»

Pelayo tomó el papel, le leyó, lo dobló, saludó respetuosamente á Dolores, y se fué.

XII.

Aún era hora de bolsa.

Luis tomó cincuenta mil duros, y los otros diez mil los unió á los diez mil que tenia en dinero y billetes Dolores.

—¿Y para qué ésto?—dijo ésta.

—Para hacernos una casita de campo.

—Bien, muy bien,—dijo Dolores,—el campo me gusta mucho. ¿Y ese otro dinero para qué?

—Para hacernos una renta de setenta mil reales. Las acciones de carreteras producen el siete por ciento.

—¡Ah! bien, somos rentistas, me alegro.

Luis, que como hemos dicho, se habia equipado bien. aunque en ropería, se fué á la bolsa y compró al contado, á buen precio, quinientas acciones de carreteras de á dos mil reales, que llevó á la caja general de depósitos.

Por aquella vez no habia encerrado á Dolores; la encontró ceñuda, contrariada; no tenia fuerzas para disimular el sacrificio que acababa de hacer.

—Toma,—la dijo Luis, entregándola la póliza de la caja general de depósitos,—esto es tuyo.

—Doña Dolores de la Peña de Orvigo. ¿Y por qué á mi nombre, por qué no al tuyo?

—¡Ah no!—exclamó Luis,—basta con que yo parta contigo la vida, porque es necesario que yo esté á tu lado, porque me sentencio á una guardia contínua, porque

he roto todos los lazos que me unian con el mundo, y solo existo para tí.

XIII.

A Luis se le puso una cama en el comedor, del cual se hizo su cuarto.

Los muebles del comedor se acomodaron como se pudo en la sala.

¿Qué importaba?

No habia que recibir visitas, y sobre todo aquello era transitorio. Con tres mil y quinientos duros de renta y veinte mil en efectivo, no se vive en un piso cuarto, sin excederse se pueden ahorrar escaleras.

La familia se componia de tres, contándosé en ella á la pobre huérfana.

Dolores, que para todo servia, tanto en la esfera del bien como en la del mal, se convirtió en madre de la pobre niña.

No sabemos si de buena voluntad ó cediendo á la influencia de Luis.

Por eso hemos visto bellamente vestida, bellamente peinada, y levantada del lecho, es decir, salvada, á la pobre Andrea.

Lo que nosotros no podemos explicar y no podia explicarse tampoco Luis, era por qué Dolores se habia vestido un traje de luto, modificado solo por el cuello y por los puños blancos.

Luis no pretendió esclarecer aquel enigma.

Le importaba mucho más el aspecto patológico que le presentaba el semblante de Dolores.

Estaba muy pálida.

Sus ojos habian adquirido una lucidez extraña.

Un velo de profunda melancolía se habia extendido sobre su semblante.

El médico estaba entre dos enfermas.

La una se salvaba.

La otra avanzaba lentamente hácia una situacion funesta.

CAPITULO IV.

Lo inmaculado y lo podrido.

I.

Andrea, la pobre niña, estaba muy triste.

Se comprendia que en su poca edad habia sufrido mucho.

Se la habia salvado del hambre, porque el hambre habia sido la enfermedad de Andrea.

Estaba aún muy debil, pero comia ya.

Luis habia visto con placer, porque era caritativo, ó por lo ménos compasivo, que se habia acudido á tiempo, y no se habia resentido la organizacion de Andrea.

—Esto será cosa de algunos dias,—la dijo, sentado entre las dos en la chimenea,—dentro de un mes estará usted como lo haya estado en sus mejores tiempos.

—¡En mis mejores tiempos!—dijo Andrea,—yo no puedo decir que he tenido mejores tiempos, sino cuando vivia mi pobre mamá; hemos sido muy desgraciadas,

mucho; desde que me acuerdo, solo he visto miseria y afan en mi casa, no he oido contar más que dolores á mi madre; mi madre trabajaba asíduamente de dia y de noche, estaba enferma; yo trabajo desde mis diez años; al principio ayudaba á mi madre, despues hacia tanto como ella, luego yo lo hacia todo.

II.

Los ojos de Andrea se llenaron de lágrimas.

—Continúe usted, hija mia,—dijo Luis,—puesto que lo que acaba usted de decir es un principio de historia.

—¡Ah! sí,—dijo Dolores,—oigamos á lo ménos una historia.

—Sí,—contestó Luis,—hay historias que pueden y deben oirse, en cambio hay otras que deben ignorarse, y que sin embargo se conocen, salvos los detalles y los nombres de las personas.

Dolores se mordió los lábios, y creció su palidez.

—Se venga, se venga de una manera cruel,—dijo para sí.

Y la amargura de aquel pensamiento, dió á sus ojos una expresion sombría.

Andrea, que estaba pensativa, concentrada en sus recuerdos, no reparó en aquello.

Tenia la mirada fija en el fuego de la chimenea.

Le parecia que en el centro de una llama azul veia á su madre.

Las imaginaciones vivas ven figuras entre las brasas, en los desconchados de la pared, en un pavimento manchado, en la pasta de un libro, en el follaje de los árbo-

les, en la corriente de las aguas, en las nubes, entre las tinieblas, ven fantasmas luminosos, y de la misma manera cuando cierran los ojos y se los oprimen.

La pobre niña veia á su madre en todas partes.

La estaba viendo á traves de aquella llamita azul pálida, inmóvil, fija; por eso no habia podido reparar en la grave mirada, en la palidez biliosa de Dolores.

La situacion de Luis era candente.

Estaba colocado entre una conciencia y un corazon gastados, entre una conciencia y un corazon vírgenes, entre la desesperacion y la esperanza, entre lo puro y lo impuro, entre un infierno y un cielo, entre dos dolores, desesperado y blasfemo el uno, dulce y resignado el otro.

Las dos mujeres que representaban aquellas dos situaciones, no tenian á nadie más que á él sobre la tierra.

A espaldas de Luis, y casi olvidado por él, habia un demonio que fijaba en él una mirada sombría.

Aquel demonio era hermosísimo, y se llamaba Clotilde.

Delante de Luis estaba el porvenir incierto.

Tal vez la regeneracion de una nueva Magdalena, tal vez la perdicion ó la desventura de un ángel.

Luis vivia una vida poderosa.

Se habia decidido á cumplir una gran mision sobre la tierra, y arrostraba con valor aquel sacrificio.

III.

—Mi historia,—dijo Andrea,—es muy dolorosa, pero muy sencilla, muy vulgar; por todas partes se encuentran historias parecidas; voy á empezar por lo que me contó mi madre llorando, algunas horas antes de morir.

Mi madre se llamaba Enriqueta, era hija natural de una gran señora, que jamás la habia llamado hija: el resultado de un crímen horrendo, el adulterio.

—¡Cómo!—exclamó Luis,—¿usted conoce lo candente de la vida?

—Yo lo conozco todo,—dijo con la tranquilidad de la pureza, Andrea,—me he educado en un colegio, he vivido en una casa de vecindad, y he trabajado en un taller.

Luis no contestó.

Acababa de experimentar una decepcion de su buena fé.

Habia creido de todo punto inocente á Andrea, y se encontraba con que aquella niña que parecia tan poética, conocia la vida; tal vez la pureza que habia soñado su buena fé en ella, era tambien mentira.

Una sonrisa de triunfo vagaba por los lábios de Dolores.

IV.

Andrea continuó:

—Afortunadamente para mi abuela, pudo encubrir los resultados de su adulterio, durante una larga ausencia de su marido, encargado en el extranjero de una mision

diplomática: mi madre nació en Arechavaleta; allí la dejó mi abuela encargada á una buena familia, que la crió y la tuvo consigo hasta los cinco años. A los cinco años fué á Arechavaleta una mujer, que parecia señora, con una carta de mi abuela, mediante la cual, la familia que la habia criado la entregó á aquella mujer.

Mi madre fué conducida á Burdeos, donde la pusieron en un colegio, en el que estuvo hasta los quince años; al cabo de este tiempo fué sacada del colegio y llevada de nuevo á la honrada familia de Arechavaleta que la habia criado.

Mi madre habia sido mantenida con lujo en el colegio, pero se le habia dicho que era hija natural, hija secreta, lo cual empezó á labrar en mi madre un carácter triste, impresionable, sensible, á la menor cosa.

Al poco tiempo de volver á Arechavaleta, preguntó á su segunda madre, á su nodriza, el nombre de su madre natural.

—¡Cómo!—contestó la buena Gertrudis,—¿pues quién te ha dicho que no eres hija nuestra?

—Me lo han dicho en el colegio,—respondió mi madre.

—¿Y te han dicho quién es tu madre?—preguntó Gertrudis.

—No; pero usted me lo dirá.

—Yo no puedo decírtelo,—respondió Gertrudis,—era una señora muy hermosa que vino á Arechavaleta, y solo estuvo aquí quince dias, durante los cuales te dió á luz, y se fué á penas restablecida; un criado que la acompañaba te trajo á casa; yo acababa de dar á luz á

tu hermana Isabel, y me encargué de criarte; quise saber quién era tu madre, y el criado me respondió:

—Es un secreto, mi señora es casada: la ha sucedido una desgracia, y hay que guardar el secreto. Usted, de quien ha oido hablar á las gentes del pueblo, la inspira una gran confianza; puede usted contar con quinientos reales mensuales, hasta que Enriqueta, que así quiere mi señora se la ponga por nombre, cumpla los siete años; de entonces, hasta que cumpla doce, recibirá usted mil reales, de allí en adelante dos mil, y cuando mi señora muera, ó cuando Enriqueta encuentre un hombre con quien casarse, quedará asegurada su fortuna.

Pero á los cinco años han venido por tí, te han llevado á Burdeos, y durante ese tiempo nada he recibido mas que tus dulces cartas, en que siempre me has llamado madre, á pesar de que has sabido que no eres mi hija; ahora te me devuelven, y he recibido una letra de dos mil reales y una carta sin firma, en que dicen: «La adjunta cantidad corresponde á los alimentos de Enriqueta durante el mes de la fecha.»

Gertrudis no pudo decir más á mi madre.

Ella ignoraba, y yo ignoro de dónde provenimos.

Solo sé que mi abuela era muy rica, muy hermosa y gran señora, á juzgar por las apariencias.

V.

En el país vasco, la buena fé es una cualidad característica, y lo era mucho más, segun he oido decir, antes de la guerra civil.

Aquello era patriarcal, á nadie se le podia ocurrir

que podia estafar á otro; ningun hombre pretendia á ninguna mujer, sino con fines honestos; y si antes de casarse sobrevenian relaciones graves, muy pronto el matrimonio cubria la falta.

Dolores miró profundamente á la niña.

Aquella mirada parecia querer decir:

—¡Ah! no es inocente.

Luis arqueó las cejas.

Andrea no vió ni la mirada de Dolores ni el gesto de Luis, porque tenia los ojos fijos en la llamita azul, en la cual veia, por efecto de su imaginacion, la cabeza de su madre.

Pero como para justificar su conocimiento de las realidades de la vida, añadió, sin dejar de mirar á la chimenea:

—No extrañen ustedes las palabras que acaban de oir; he estado en un colegio, como he dicho, y á los colegios van hijas de familias poco cuidadosas, que las abandonan á los criados, y que alguna vez por desgracia las dan muy mal ejemplo: despues he ido á trabajar en un taller, al que iban cien muchachas muy mal educadas, que los dias de fiesta se pasaban la noche bailando en Capellanes; he estado dos años despues de la muerte de mi madre, sola y desamparada, y lo sé todo, todo, si no por experiencia propia, por el relato y por el mal ejemplo ajeno. Continúo, pues. En el país vasco bastaba y aun basta con que se dé á una jóven palabra de casamiento, para que esta jóven se considere casada.

En las pequeñas localidades como Arechavaleta, las jóvenes van solas al campo, hacen pequeños viajes de un

punto á otro para vender frutas, huevos, hortalizas; son completamente libres: no se cuida de ellas, porque el cuidado es inútil, no hay peligro.

VI.

Pero vá un forastero, el habitante de una ciudad que sale de un círculo corrompido, y hace una ó más víctimas con suma facilidad, abusando de la buena fé de las jóvenes vascongadas, pero cuida de irse á tiempo para evitar una terrible venganza.

Mi madre, fué víctima de uno de estos advenedizos.

¿Quién fué mi padre?

No lo sé.

Mi madre no lo sabia tampoco, segun me dijo.

Aquel hombre sin duda se habia provisto de un nombre supuesto, porque se le buscó por la direccion que habia dado á mi madre para que le escribiese, cuando se separó de él, y no se le encontró.

VII.

Desde entonces empezó el martirio de mi madre.

Murió en campaña el marido de Gertrudis, víctima de su fanatismo político.

Gertrudis no le sobrevivió mucho tiempo: la pena la arrastró al sepulcro.

Quedaron solas, abandonadas, mi madre y su hermana de leche, Isabel.

Ella no tenia pariente alguno.

La guerra civil los habia exterminado.

Su pequeña herencia fué vendida para pagar deudas,

y con algun dinero que las procuró la caridad de los vecinos, se fueron á Bilbao, con una carta de recomendacion para un fabricante de cigarros.

Hacia tiempo que mi abuela no enviaba á mi madre la pension prometida: sin duda mi abuela habia muerto, y habia llevado á la tumba su secreto.

Gertrudis no habia podido decir á mi madre quién era la suya, lo ignoraba.

Las pobres huérfanas se encontraron sin recurso alguno, y ganando muy poco como aprendizas de cigarreras.

La miseria, el dolor por la muerte de sus padres, mataron á Isabel.

Cuando mi madre me contaba esto, se conmovia.

—¡Pobre niña! ¡Pobre hermana mia!—exclamaba,—ella pudo salvarse, pero prefirió la muerte de la miseria y del dolor, á la vida por la infamia. Era hermosa como una ilusion, y habia un hombre muy rico que estaba loco por ella. Pero aquel hombre era casado. Isabel hizo bien en dejarse morir.

VIII.

Andrea pronunció con una solemne conviccion estas palabras.

Dolores se extremeció.

Luis arqueó de nuevo las cejas, notando el extremecimiento de Dolores.

Andrea continuaba mirando, no la llamita azul que ya habia desaparecido, sino la enorme brasa de encina que la habia alimentado.

Allí creia ver tambien la cabeza de su madre, pero roja.

—En Bilbao me dió á luz mi madre, en el hospital, abandonada de todo el mundo, mal mirada, como una muchacha perdida; porque no se cree en la desgracia de una mujer cuando es de éste género; lo que se cree es que ha perdido el pudor, que se ha hecho indigna de la estimacion del mundo, que es una miserable. ¿Qué disculpa tiene el olvido de una mujer? El mundo juzga por las apariencias. Mi madre no se habia vendido, habia amado, su buena fé la habia perdido.

IX.

Volvió á temblar Dolores.

Sus ojos se cargaban de lágrimas.

Lágrimas por sí misma y que Andrea que por acaso la miró creyó de buena fé resultado de la conmocion que la causaban las desgracias de su madre.

—¡Oh! Gracias, gracias, señora,—dijo Andrea.—¡Qué buena es usted!

Las gentes de buena fé, determinan á veces crueles castigos.

Supongamos á un filósofo ó á un moralista en una de nuestras reuniones en que todos saben de memoria la historia de los demás, enderezando de buena fé, á una casada liviana y como en tésis general, una filípica contra el adulterio, ó hablando como si hablase con un hombre de honor, de la infamia de un juez que vende la justicia como un juez prevaricador é impuro.

Y es de ver como la adúltera y el ladron apoyan lo

que el moralista dice y sudan y trasudan porque saben que los demás concurrentes están gozando del grato espectáculo de una paliza despiadada sacudida de buena fé.

Estos terribles castigos son inevitables, se somete á ellos el que falta á la moral convenida, á las costumbres en fin y á las creencias de la sociedad en que vive.

No puede suponerse ninguno de estos, vengadores providenciales, sino es suponiendo en ellos un exceso de buena fé.

Por que no hay nadie que á ciencia cierta se atreva á tanto.

Hay ocasiones en que esto se hace de intento, pero es necesario una gran serenidad unas grandes facultades para representar la comedia.

X.

Andrea hablaba de buena fé.

No habia visto más que dulzura y caridad en Dolores, porque como ya hemos dicho, Dolores era mitad ángel, mitad demonio.

Solo el ángel se habia presentado á Andrea.

Ésta creia esposos, hermanos, ó cuando ménos parientes á Luis y á Dolores.

Se hablaban de tú y se amaban.

Esto se lo habia dicho su instinto á la pobre niña.

Veia mas claro que ellos porque juzgaba por medio del sentimiento.

No habia preguntado, porque no habia sentido curiosidad.

Y además porque era discreta.

Hacia además muy poco tiempo que estaba junto á ellos y la mayor parte de aquel tiempo postrada en el lecho y sufriendo.

XI.

Andrea continuó su sencillo relato.

—Cuando mi madre salió del hospital,—dijo,—pidió limosna, llevándome en sus brazos.

Mi madre lloraba al referirme esto y se encendia de vergüenza.

—Las gentes me despreciaban,—decia,—al verme jóven y hermosa y con una criatura en los brazos. Parecia como que conocian en mi confusion que yo no era casada.

Al fin encontró una señora caritativa que habia ido á pasar la estacion de los calores á Bilbao y que acababa de dar á luz una niña.

Se conmovió al ver la juventud y la desgracia de mi madre, la interrogó.

Mi madre se lo confesó todo llorando y aquella señora le confió su hija para que la criase, porque mi madre era muy robusta y podia muy bien criar dos niños.

Así vino mi madre á Madrid.

Pero tenia consigo un enemigo terrible, una inmensa desgracia en su grande hermosura.

Al poco tiempo de estar en la casa de su señora se vió obligada á abandonarla.

El marido, el jefe de la familia, corrompido y miserable se apasionó de mi madre y esta creyó en peligro su pudor y su dignidad.

Declaró á su señora sin decirla la causa, y á pretexto de su salud, que si no buscaba pronto una nodriza para su hija, se veria obligada á salir de la casa sin pararse en consideraciones.

Aquella señora creyó ingrata á mi madre y la arrojó en el mismo momento de su casa.

Entonces empezó la dolorosísima prueba de la virtud de mi pobre madre.

Entonces la miseria empezó la obra de consuncion que acabó con ella.

Entonces empezó una larga lucha de la virtud contra la tentacion.

Mi madre me lo dijo antes de morir:

—Haz lo que tu madre ha hecho, tu madre ha preferido morir contigo á que tuvieras un dia que avergonzarte de ella, ó á que su mal ejemplo, si hubiese sucumbido, te hubiese hecho tan miserable, tan despreciable como ella.

¡Ah! yo he respondido al santo consejo de mi madre.

Pero aún no ha llegado el tiempo de que me ocupe de mí misma.

XII.

La costura de mi madre era nuestro único medio de subsistencia y ya se sabe cuál es la miserable subsistencia que produce la labor de una mujer, y eso cuando hay trabajo, cuando no le hay, el hambre; el compromiso de no poder pagar la miserable habitacion en que se vive, el temor de ser arrojada á la calle con una pequeña hija.

¡Oh! ¡cuánto debo á mi madre y, cuánto la amo!

Prescindo de los detalles de año tras año pasados en esa horrible miseria que mata lentamente.

Que prueba hasta qué punto es fuerte la organizacion del sér humano.

Mi madre cuando habia trabajo se entregaba á él con ardor de dia y de noche.

Desempeñaba al mismo tiempo las necesidades de la casa.

Dormia dos horas y volvia al trabajo.

Aprendía cuantos oficios podia.

Lavandera, planchadora, pero siempre desgraciada.

Siempre sumida en una semi-indigencia.

La peor de las indigencias.

Y así pasó un año tras otro hasta que yo cumplí mis doce años y pude llevar mis dos reales diarios de aprendiza de sastra.

No quiere decir esto que mejoráramos porque cuando yo empecé á trabajar, mi madre estaba tan débil que apenas podia dedicarse al trabajo, que arrostraba asesinándose.

Que parecia un cadáver viviente al que solo quedaban la piel y los huesos.

¿Y qué hacer? ¿Qué partido tomar?

Niña aún, me ví acometida por el vicio que me presentó las manos llenas de oro.

Infames mujeres me importunaron y resistí, no por virtud sino por repugnancia invencible al cieno en que querian arrojarme.

¡Ah! ¡Vender el amor! ¡Ser la esclava degradada de un libertino! No, mil veces no. Es mas barato ménos

doloroso morir; disculpad á la pobre jóven que sucumbe á una hábil seduccion, compadecedla, pero apartaos de la infame que se degrada voluntariamente.

XIII.

Nunca necesitó tanto valor tanta presencia de espíritu Dolores.

Luis estaba aterrado.

No se atrevia á cortar la situacion con un pretexto por temor de que Andrea sospechase la verdad de la posicion de Dolores.

Andrea era demasiado inteligente, demasiado precoz la habia alucinado la desgracia.

El mundo la habia dejado oir su palabra impura.

Parecia protegida por una virtud fuerte.

Pero conocia ya á sus diez y seis años el bien y el mal.

XIV.

Andrea continuó:

—Yo me afanaba, me aplicaba. trabajaba sin descanso, soportaba con dolor mi miseria pero me desgarraban el corazon los sufrimientos de mi madre.

Enferma, calenturienta iba á ganar una peseta como ayudanta de planchadora.

Al fin y apenas pasado el año de haber empezado el oficio se me declaró oficiala.

Podia trabajando mucho ganar diez reales.

Esto era para nosotras una fortuna inmensa.

Era comer todos los dias caliente, pagar sin apuros la casa, tener buena cama y vestir con aseo.

Pero no salimos de miseria, Dios no lo quiso.

Mi madre cayó al fin rendida, exánime, mortal.

Lo que yo ganaba se gastaba en médico y en botica y aun así no bastaba.

Tenia que abandonar á mi madre á las ocho de la mañana, despues de haber pasado cuidándola, la noche en vela.

Algunas veces una vecina me hacia la caridad de dar una vuelta hasta la una en que yo salia del taller debiendo volver á las dos.

Compraba un poco de pan y queso, á veces, pan solo.

A las dos volvia al taller, trabajaba llena de ansiedad porque mi madre estaba muy mala.

Porque cada vez que me separaba de ella temia encontrármela muerta al volver.

Un dia, desesperada, me atreví á una inmensa valentía.

Era sábado, como de costumbre habia recibido mis jornales de la semana, antes de llegar á mi casa encontré á una ciega que iba vendiendo decimos de la lotería moderna y ofreciendo á todo el mundo la fortuna.

Sentí una terrible tentacion.

Me parecia que Dios me decia: juega que vas á ganar.

Jugué; gasté veinte reales.

El siguiente lunes se hacia el sorteo.

Tenia yo el número trece mil, el funesto número trece.

Pasé muchas horas de remordimiento, de arrepentimiento.

Mi madre estaba infinitamente peor, no me habia alcanzado el dinero para pagar las deudas contraidas durante la semana, aquel duro hubiera sido preciso.

Llegó al fin la noche del lunes.

Cuando salí del taller me dirigí rápidamente á la lotería más próxima y me acerqué á la tablilla en que mal iluminada por las luces del interior estaba la lista de los números premiados.

Busqué el número trece mil y le encontré.

Estaba premiado con doscientos duros.

Se me nublaron los ojos.

Me latió violentamente el corazon, apenas pude contener un vértigo.

Me acerqué al mostrador y dije á un dependiente:

—¿Es cierto que ha salido premiado el número trece mil?

—Sí, sí, hija mia,—me dijo el lotero,—¿le tiene usted?

—Si señor, tengo un décimo.

—A ver,—replicó el lotero,—démelo usted.

Se lo dí, era un buen viejo que parecia muy compasivo.

Que se habia interesado por mí al ver mi conmocion.

Por la alegria que me habia producido aquella pobre ganancia, por mi sobresalto, por mi afan, habia comprendido mi miseria.

—No se acostumbra á pagar hasta mañana,—me dijo, —pero se conoce que le hace á usted falta el dinero; tómelo usted.

Y me dió cuatrocientos reales.

Yo dí las gracias á aquel buen hombre y salí á escape.

Me parecia que aquella ganancia habia de reanimar á mi madre.

Llegué, subí de dos en dos las escaleras, y en lo alto de ellas me detuvo una vecina.

—No pases,—me dijo.

Se me heló la sangre.

—¡Mi madre ha muerto!—exclamé.

—No, mujer, no ha muerto; es que ha querido que la confiesen, y está con el confesor.

Me habia dicho de una manera tan torpe estas palabras la vecina, que me confirmó en mi temor.

Dí un grito desesperado, y me desmayé.

XV.

Cuando volví en mí, me encontré dominada por una fiebre intensa, pero en el uso de mi razon, en el pobre lecho de una vecina.

Era esta vecina la anciana que cuidaba de mi madre mientras yo estaba en el taller.

—Quiero ver á mi madre,—la dije.

—¿Y para qué?—me respondió,—para ponerte peor; ya no tiene remedio; á los muertos se les reza, se les llora...

—Quiero verla por la última vez.

—No puede ser,—dijo la señora Blasa, que así se llamaba la vecina,—ya se la han llevado; porque recuerda, eran las ocho y media de la noche cuando llegaste, ahora

hace sol, has estado sin sentido, y luego desvariando muchas horas.

—¿Y á dónde se han llevado á mi madre?—exclamé.

—A la iglesia, hija mia, porque no se puede dar sepultura á los difuntos sino veinticuatro horas despues de su fallecimiento.

—Pues bien,—dije,—ya que no puedo verla, quiero que se la compre una caja, un hábito, que se la entierre sola en una sepultura, donde yo pueda ir á verla; tengo veinte duros.

—Sí,—me contestó la señora Blasa,—ya lo sé, al desnudarte para meterte en la cama, la Picaza y yo hemos encontrado en el bolsillo del delantal veinte duros, y se los hemos entregado al señor Simon para que te los guarde.

El señor Simon era un tendero, que por la parte interior de su habitacion comunicaba con la casa de vecindad.

Este señor Simon, que era un viejo repugnante, soltero, sin familia y bastante rico, estaba enamorado de mí, y tenia que sufrir con mucha frecuencia la grosera expresion de su amor, que sin embargo, como él decia, era con muy buen fin.

—¿Y de dónde te ha venido á tí ese dinero, Andrea? —me preguntó severamente la señora Blasa.

—Me ha tocado la lotería,—contesté llorando,—que pregunten en la de la plazuela de Anton Martin, y se convencerán. ¿Y para qué quiero yo ese dinero? Yo creia que con él podria aliviar á mi pobre madre, y solo me ha servido para enterrarla.

XVI.

Los primeros momentos que siguen á la pérdida de un sér amado, de lo único que teniamos sobre la tierra, y cuando este sér es nuestra madre, y una madre como la mia, el dolor que sentimos, la desesperacion que nos posee, la amargura que nos corroe el corazon son inmensos, infinitos, insoportables; una agonía horrible, una desesperacion sin consuelo, un infierno, del cual no podemos salir sino resignándonos, sometiéndonos á la santa voluntad de Dios, fortaleciendo en Dios nuestro espíritu.

XVII.

Andrea calló, como si aquel relato hubiera reverdecido su dolor por la pérdida de su madre.

—¿Y cuánto tiempo hace que sucedió eso?—dijo Luis, por decir algo, porque Dolores se hallaba abstraida, abismada en el caos de su pensamiento.

—Dos años,—dijo Andrea, sobreponiéndose á su dolor.

Luego continuó:

—Estuve mucho tiempo enferma, más de un mes; al cabo pude levantarme, y á los pocos dias salir á la calle, apoyada en la señora Blasa.

Yo no habia vuelto á hablar de mi madre, habia concentrado mi dolor, me parecia una profanacion pretender aliviarle quejándome, hablando de ella.

La señora Blasa y los vecinos, incluso el señor Simon, que iba á verme todos los dias, tampoco me hablaban de mi madre.

Pero el primer dia que salimos á la calle, era un hermoso y templado dia de invierno, dije á la señora Blasa:

—¿En qué cementerio está enterrada mi madre?

—En el general de la puerta de Toledo,—contestó.

—Vamos allá,—la dije.

—¿Y para qué hemos de ir allá, estando tan debil como estás, y tan lejos el cementerio?

—No,—dije,—el deseo de acercarme á mi madre me dará fuerzas.

—El médico ha dicho que solo dés un paseito al sol, y el cementerio está á media legua de aquí.

—¿Y quién puede impedirme que yo vaya á visitar á mi madre?—dije rebelándome.

—Nadie, hija mia, nadie,—dijo un poco picada la señora Blasa,—lo que yo te digo es por tu bien; si te empeñas, iremos, pero seria mejor dejarlo para otro dia, cuando estuvieses más fuerte.

—No, no; me siento fuerte, me siento bien, vamos.

—¿Pero á qué vas á ir, mujer?—me dijo perdiendo su irritacion, y sonriéndose la señora Blasa,—mejor seria que entrásemos aquí en San Lorenzo, y rezáramos por ella.

—Quiero rezar sobre su sepultura.

—Pero hija mia,—dijo la señora Blasa, haciendo un esfuerzo, y poniéndose sucesivamente pálida y encendida,—si tu madre no tiene sepultura.

—¡Cómo! ¡qué!—exclamé, sintiendo un dolor agudo, —¿pues no dije que se la comprara una caja, un hábito, y se la enterrase en una sepultura para ella sola?

—Hija, yo ni entro ni salgo,—me dijo la señora Blasa,—pero don Simon se opuso, y muchos de los vecinos dijeron como don Simon, que tu madre ya habia muerto, que no la hacia ya falta nada, que tú estabas enferma, muy enferma, y que se necesitaban los veinte duros para cuidar de tí. Y se han gastado hija, se han gastado, porque en una enfermedad se gasta mucho: el médico, la botica, la gallina, el jamon; se han gastado treinta duros más, que los ha puesto don Simon, que te quiere bien. Ya verás la cuenta, hija mia; todo lo lleva apuntado don Simon, porque yo soy pobre, pero honrada, y no quiero cargos de conciencia.

Sentí un dolor aún más agudo que el que habia experimentado cuando supe que mi madre habia muerto.

Nada me quedaba de mi madre, nada, ni aun el consuelo de saber el lugar fijo donde estaban sus restos.

Habia pasado, se habia perdido en la fosa comun.

Era hija de una cuna desconocida, y yacía en un lugar desconocido tambien.

La tumba era muy grande; un patio del cementerio.

La parte del patio fuera de las galerías, fuera de las sepulturas.

Esa zanja, donde van á podrirse confundidos los pobres, como perecen vivos en esa otra fosa comun, que se llama casa de vecindad.

XVIII.

Andrea, excitada por el candente recuerdo de la pérdida de su madre, rompió al fin á llorar de una manera desconsolada.

Dolores se levantó, la alzó de la butaca en que estaba sentada, la atrajo á sí, la puso sobre sus rodillas, y la besó, llorando tambien.

El ángel triunfaba por entonces del demonio.

Luis miraba aquello conmovido.

—¡Oh! ¡qué desgracia! Con otra educacion, con otra fortuna, con otro ejemplo, ¡qué gran mujer hubiera sido mi Dolores!—Y luego añadió en voz alta, aprovechando aquella ocasion:—No más, no más por hoy; se aflije usted demasiado, Andrea; aún está usted débil; un exceso de sufrimiento podia serle á usted funesto; es necesario distraerse, y se me ocurre una idea: el dia está hermosísimo, saldremos, nos iremos á un establecimiento de carruajes, y haremos que sobre la marcha nos dispongan uno; nos iremos al campo, á las ventas de Alcorcon, comeremos allí, y nos volveremos á la hora del teatro; en el Real se hace el Roberto, si se puede fiar en el anuncio del diario: despues cenaremos en un café, y nos volveremos á casa; es domingo, distraigámonos.

—Sí, distraigámonos, es necesario,—dijo Dolores, que estaba fuertemente conmovida.

Andrea la devolvia de una manera ardiente sus caricias.

El alma de la pobre niña se dilataba.

XIX.

Luis fué á su cuarto á vestirse.

Dolores y Andrea se vistieron en el gabinete.

Dolores puso á Andrea una capotita blanca con flo-

res, una manteleta de cachemir y un vestido negro de seda, de los que se la habian arreglado.

Ella se puso un pañuelo negro, un manto de gros negro, con velo y guantes muy oscuros.

Estaba hermosísima.

CAPITULO V.

De cómo puede encontrar una familia desconocida una hija de la Providencia, al pié de la tumba de su madre, á que se ha acercado por casualidad.

I.

Luis habia llevado á las dos jóvenes á un inmediato establecimiento de carruajes de alquiler, y por cien reales habia tomado para diez horas una carretela decente, con un tronco de yeguas viejas, pero todavía buenas mozas, y un cochero y un lacayo de mediana facha y mediana librea.

No podia pedirse más por cinco duros.

Fueron servidos al momento, y el carruaje partió.

En mal hora, Luis, que conocia mucho á Madrid y sus alrededores, se le ocurrió que en las ventas de Alcorcon solo habia perdices y truchas escabechadas, y que mejor partido podia sacarse en la fonda de los Carabancheles.

Mandó, pues, al cochero, los llevase á Carabanchel alto.

Se olvidó de que para ir á los Carabancheles por el camino más corto, es decir, por su camino, hay que pasar al pié del cementerio general de la puerta de Toledo.

Tan distraido estaba.

Parecíale que Dolores se iba regenerando, que aún no se habia perdido todo, que podia esperarse un gran dia, si Dolores se salvaba tanto de la enfermedad del alma como de la del cuerpo.

Creia además que Dolores le amaba, que le habia amado siempre, desde el punto que le habia conocido, que no habia amado á nadie más que á él.

Este pensamiento le hacia sentir un consuelo inefable á Luis, le hacia olvidarse de todas sus desgracias.

De Clotilde, de lo sufrido por la aparente muerte de Dolores, de su miseria, que no habia hecho más que cambiar de forma; de todos sus dolores, de todas sus terribles contrariedades.

La esperanza es una antorcha de luz resplandeciente y dulce, que rompe las horrendas tinieblas del dolor, que vivifica el alma aniquilada por el sufrimiento, y la dá una vida fuerte y jóven.

Luis adoraba á Dolores, y decia con mucha frecuencia para sí mismo:

—Me ha hechizado, de otro modo no puedo comprender lo que la amo.

De improviso Andrea dijo:

—¡Que paren! ¡que paren! ¡el cementerio!

Luis volvió de su abstraccion, y comprendió, aterrándose, su equivocacion.

El carruaje habia parado.

Dolores habia tirado con fuerza del cordon.

El lacayo habia abierto la portezuela.

Dolores y Andrea trepaban rápidamente por la subida del cementerio.

Luis las seguia.

No era ya tiempo de detenerlas.

—¡Haberme olvidado,—decia, siguiéndolas á paso largo,—de que para ir á los Carabancheles era necesario pasar por aquí! ¿Y por qué vá Dolores tan de prisa y tan conmovida, llevando asida por la cintura y casi en peso á Andrea?

Entraron en el cementerio, y al pasar su puerta, dijo Dolores:

—¡Tambien está aquí mi madre!

—¡Oh, Dios mio!—dijo Andrea,—¿pero usted sabrá dónde está?

—Sí, hija mia, sí,—contestó Dolores,—yo tenia mucho dinero cuando murió mi madre: tiene un panteon ostentoso: hace mucho tiempo no he venido á verle: he estado en América, he vuelto hace poco: una vida agitada, pasiones, desventuras, me han distraido; he faltado á mi amor de hija; he olvidado á mi madre; lo he olvidado todo.

II.

Andrea miraba con espanto á Dolores: no comprendia sus palabras; la lastimaban; ¿por qué una mujer tan

simpática, tan bella, que parecia tan buena, decia aquellas extrañas palabras? ¿qué significaba aquello de haberse olvidado de todo, hasta de su madre? ¿qué desgracias pesaban sobre aquella jóven y hermosa cabeza?

Dolores no era hipócrita; no estaba acostumbrada á ocultar nada; así es, que aunque en otro tiempo habia querido ocultar sus desórdenes á Luis, no lo habia conseguido: era la suya, la indolencia del alma, de la aceptacion de todo, como de una cosa convenida, y si habia pretendido aparecer otra á los ojos de Luis, era porque comprendia cómo la deseaba Luis.

La ficcion, cuando no la servia para hacer un negocio, la repugnaba; y aun así, los que la habian galanteado se quejaban de su altivez y de su dureza.

III.

Respecto á Andrea, no habia podido sostener su papel, y habia empezado á manifestarse: sin embargo, la habia contenido la expresion severa que habia aparecido en el semblante de la niña, al escuchar aquellas incomprensibles palabras.

—Vamos, vamos al lugar donde está enterrada su madre de usted,—dijo Dolores, en cuya voz se revelaba de una manera lánguida, el cansancio de su cuerpo, al par que el de su alma.

—¡Mi madre!... yo he paseado por el patio donde está sepultada; á lo largo de esa horrible zanja, aún no hace quince dias; ¿cuánto tiempo hace que no ha visitado usted la tumba de su madre?

—Cuatro años,—contestó con voz imperceptible Dolores.

—¡Ah! ¡cuatro años! es verdad,—añadió abriendo camino para una disculpa á Dolores,—ha estado usted fuera de Madrid... y, ciertamente, estas visitas son casi inútiles: la tumba de los séres que hemos amado, está en nuestro corazon, la llevamos siempre con nosotros: mire usted, yo siempre estoy metida con el pensamiento en esa terrible hoya; tengo sepultada mi alma en ella: casi casi creo que he dado con mi madre: he soñado que la habia visto incorrupta, bella, rodeada de niños, de pobres ángeles que habian pasado por el mundo de una manera muy rápida: yo creo en los sueños, señora, mucho antes de que mi madre muriese, cuando aún no habia peligro aparente, soñé una noche que la veia muerta; seis meses despues, murió.

—Yo he soñado tambien; he soñado que encontraba á un hombre que tenia la muerte en el corazon, que me creia muerta, y tras aquel hombre que miraba á una tumba vacía, he soñado tambien que veia un ataud muy humilde, un ataud cerrado en cuya cerradura estaba puesta la llave: he soñado que abría y que dentro del ataud me veia á mí misma, pálida, pero bella, vestida de blanco, con los cabellos tendidos, con una corona de siemprevivas y las manos cruzadas sobre una palma que se extendia á lo largo de mi cuerpo, ¡mentira y sarcasmo! no, no, la túnica blanca, no; la palma, no; no la corona de siemprevivas: un hábito de penitente, de arrepentida: la ceniza en la frente en vez de la corona.

IV.

Andrea comprendió por aquellas palabras en Dolores una existencia combatida por el dolor, un alma desesperada, una historia terrible.

Se le llenó el corazon de lágrimas, asió una mano de Dolores, la estrechó contra su corazon la besó y dijo:

—Valor, fortaleza: vamos, vamos á ver la tumba de su madre de usted; despues recorreremos la zanja donde está sepultada la mia.

Luis iba detrás y habia oido este diálogo: su terror por Dolores crecia, veia en ella, no una conversion, sino la insensatez de la desesperacion.

Habia perdido su fé en ella.

—Mi madre está en un patio á la derecha, por allí sin duda,—dijo con la voz alterada por el llanto.—¡Oh qué dias tan terribles, qué desengaños tan dolorosos!

Y marchando sobre las tumbas, esbelta, gallarda, lánguida, se dirigió á una puerta que estaba en el centro de una galería de nichos.

Por aquella puerta se pasaba á otro patio rodeado por otra galería cuyos nichos estaban llenos casi en su totalidad.

Dolores se detuvo.

En un ángulo del patio, cabalmente en el ángulo donde estaba el panteon de su madre, se veia un grupo de personas, entre ellas un sacerdote revestido con una capa de *requiem*.

Se oia un responso, en el que alternaban dos voces de harto distinto timbre, la grave y sentida del sacerdote,

y la sonora, vibrante é indiferente del monaguillo.

Dolores se acercaba lenta, fatídica, por decirlo así, como atraida por aquella salmodía fúnebre.

A medida que se acercaba, sus ojos dilatados, fijos en aquel grupo, detallaban las personas que lo componian; eran estas siete: el sacerdote, el monaguillo, cuatro de los sepultureros del cementerio con hachas encendidas, y un teniente de navío, á juzgar por las divisas que tenia sobre su frac azul, apoyado ó mejor dicho inclinado sobre el panteon, con los brazos puestos en su borde, con la gorra en la mano y entregado al dolor.

V

Habia mucho de magnético en la manera con que se acercaba Dolores á aquel grupo.

Llegó al fin á él y se arrodilló.

Andrea se arrodilló tambien.

Luis quedó á poca distancia, de pié, cruzados los brazos y con la cabeza inclinada.

Poco despues vaciló y al fin se arrodilló tambien.

Nada tenia esto de extraño: nadie vá al cementerio sino llevado por el dolor ó por la tristeza, ó por una extraña aficion á lo espantoso.

Nada significaba el que aquellas tres personas se hubiesen arrodillado, mas que su piedad.

El que tiene en la tumba séres queridos, es amigo de los compañeros de aquellos pobres séres: reinan allí la fraternidad y la igualdad de la muerte, y los vivos que sienten rinden el tributo de la oracion, de la compasion á todos aquellos séres que han finado.

VI.

Concluyó el responso.

El teniente de navío se irguió, y pálido y lloroso besó un nombre de mujer que estaba grabado en oro en el centro del mármol negro de un panteon del tercer anden.

Dolores ahogó un grito de asombro, de sorpresa, de dolor, de ansiedad, y se puso pálida hasta la lividez.

El teniente de navío que era un hermoso jóven como de veinte á veintidos años, habia besado un nombre grabado sobre la tumba de la madre de Dolores.

¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué habia besado aquel nombre?

VII.

—Gracias, señor capellan,—dijo el marino reteniendo su gorra galoneada de oro bajo su brazo izquierdo,—dispénseme usted si le hago algunas preguntas: la señora que aquí está sepultada era mi madre.

—Así lo he comprendido, señor marqués, dijo el capellan.

—No,—contestó el marino,—dispénseme usted; usted se ha equivocado, padre mio: mi madre era marquesa, pero yo no soy marqués.

—¡Ah! No es usted el mayor.

—No, la marquesa es una hermana mia cuyo paradero ignoro: dígame usted: ¿no ha venido por aquí una jóven que debe ser muy bella y muy distinguida, como de veinticuatro años?

Dolores, aunque no debiera haber permanecido casi

incorporada al grupo, oyendo la conversacion, permanecia, estaba agitada, dominada por una sensacion poderosa, indefinible.

—No,—dijo el capellan:—hace cuatro años se sepultó á la señora marquesa, y se ha cuidado de su panteon, se le ha puesto flores y blandones los dias de difuntos, y se dicen por el alma de esa señora dos misas á la semana, porque su hija dejó una respetable cantidad para que se hiciese esto.

—¿Conoce usted á esa señorita, padre?

—No, todo lo que habia que hacer en el cementerio lo hizo un criado.

—Esa señorita, padre mio, es mi hermana; ella es la marquesa de Nogueras; yo no la conozco, sé que existe, la busco y no la hallo; al encontrar la tumba de mi madre, para lo cual he tenido que recorrer todos los cementerios leer todas las inscripciones, he creido encontrarla.

—Pues no, nada puedo decir á usted, caballero,—contestó el capellan:—á esa tumba no se ha acercado nunca un pariente.

—¡Paciencia!—dijo dolorosamente el oficial,—hágame usted el favor de continuar haciendo por mi madre lo que encargó se hiciese, la marquesa.

Y entregó al capellan un pesado bolsillo.

—Y adios,—dijo,—hasta otro dia.

—Beso á usted la mano,—contestó el capellan.

El jóven pasó tan cerca de Dolores que no pudo ménos de verla.

—¿Qué hace aquí esta mujer?—dijo.

Y la miró con una insistencia que tenia algo de agresiva.

—Usted me conoce,—dijo Dolores,—no tengo duda de ello.

—Sí, conozco á usted mucho desde lejos,—contestó friamente el marino,—y mucho de oidas. Usted representaba con grande éxito en el teatro de Valparaiso; usted se llamaba creo...

—Sí,—dijo con amargura Dolores,—la Adela Madreselva; la actriz de moda, la mujer de moda: gracias, caballero por su recuerdo: hé aquí mi tarjeta.

El oficial miró profundamente á Dolores, y sin ocultar una gran contrariedad, sacó su cartera, y de ella una tarjeta que entregó á Dolores.

—A los piés de ustedes,—dijo dirigiéndose al par á Dolores y á Andrea.

—Beso á usted la mano,—contestó haciendo un esfuerzo Dolores.

El oficial pasó saludando friamente á Luis.

Dolores, inmensa, erguida, con la fiebre en la mirada siguió con ella al teniente de navío.

Cuando éste hubo desaparecido, Dolores se volvió, extendió los brazos hácia el panteon, se arrojó sobre él y exclamó llorando de una manera desgarradora.

—¡Oh, madre, madre mia!

Aquello causó un efecto formidable en el capellan, en los sepultureros, en Andrea, en Luis, hasta en el monaguillo.

Andrea y Luis corrieron hácia Dolores para sostenerla; estaba casi desvanecida.

—¿Es usted la señora marquesa de Nogueras?—exclamó el capellan,—en ese caso...

Y lleno de caridad, dió algunos pasos en la direccion que habia seguido el marino.

—No, no,—dijo Dolores,—hágame usted el favor, esto es un misterio; yo no soy la marquesa de Nogueras: debe ser alguna hermana mia á quien no conozco, yo no sabia que mi madre se llamase Matilde de San Julian, ni que fuese marquesa de Nogueras: yo no sabia quién era mi padre, no lo sé: aquí habia otro nombre: han rebajado el mármol; ¿no es verdad que aquí habia otro nombre? Sí el mármol está muy rebajado.

Y palpaba nerviosa, insensata la losa.

—Sobre el nombre destruido han puesto este otro: aquí decia María del Cármen de la Peña de Orvigo.

—Es verdad,—dijo el capellan:—dos meses despues de enterrada la señora marquesa, se me presentó un caballero anciano: «Hay que corregir una errata que se encuentra en un panteon de este cementerio,—me dijo,—ese panteon es el número cuarenta y cinco: el cadáver que está allí enterrado no es el de doña María de la Peña de Orvigo, sino el de la excelentísima señora doña Matilde de San Julian marquesa de Nogueras: por último, aquí hay un decreto de la visita eclesiástica, en que se manda se borre ese nombre falso y se ponga el verdadero: se ha probado suficientemente la falsedad, é importa deshacerlo á los intereses, al porvenir de una ilustre familia.»

—Hé aquí la historia de ese cambio, señora; yo cumplí con mi obligacion obedeciendo á la autoridad eclesiás-

tica; para mí, para la oracion por el eterno descanso de esa señora, para el cuidado de la tumba segun se me habia encargado, ha sido siempre una misma doña María del Carmen de la Peña de Orvigo y la excelentísima señora marquesa de Nogueras.

—Gracias, padre mio,—dijo Dolores, que apenas se podia tener de pié, y que estaba en un estado visiblemente febril:—¿y ese anciano caballero no ha vuelto?

—Sigamos, señora, sigamos, porque nos escucha demasiada gente,—dijo el capellan.

Y se alejó de la galería, dando el brazo, á pesar de su capa, á Dolores, para sostenerla y poder hablarla sin que fuesen oidos.

—Ustedes,—dijo á los sepultureros,—vayan ustedes á dejar las hachas en su sitio: tú á casa,—dijo al monaguillo.

Los sepultureros y el monaguillo marcharon.

Luis y Andrea se quedaron á una respetable distancia, asombrados, conmovidos. Andrea estrechaba fuertemente una mano de Luis.

La pequeña y flaca mano de la niña estaba fria, y temblaba.

VIII.

—No sé,—dijo en voz baja el sacerdote á Dolores,—quién sea el caballero que se me presentó con el decreto de la visita eclesiástica, en que se mandaba se variase la inscripcion de la tumba; pero debia ser padre, hermano ó esposo de la difunta, porque se vino aquí solo, se reclinó sobre el borde del panteon, como se ha inclina-

do ese jóven, lloró, y uno de los empleados del cementerio, que estaba en el fondo de una sepultura inmediata, le oyó decir, y me lo contó despues:

—¡Matilde! ¡Matilde! has abusado de mi buena fé, has manchado mis canas, has cubierto de dolor mi existencia; me has robado mi pobre hija, has desaparecido, y sola te he encontrado en la tumba: yo te perdono, Matilde, yo te perdono; ¡descansa en paz!

Cuando despues de esto, y antes de que yo lo supiese, salió del cementerio, entró en mi habitacion, y me dijo:

—Hágame usted el favor, padre mio, de rezar un responso por el alma de la marquesa de Nogueras: celebre usted mañana una solemne misa de *requiem* por ella, y treinta más en los dias que le fuere á usted posible.

Me dejó dinero, me besó la mano, que llenó de lágrimas, se fué, y no lo he vuelto á ver más.

Mi acólito, que estaba en la puerta del cementerio, me dijo que aquel caballero habia entrado en un carruaje muy bueno, que los caballos eran magníficos, muy lujosas las libreas de los criados, y que en la portezuela del carruaje habia un gran escudo de armas.

Despues, el dependiente que desde el fondo de una sepultura habia oido lo que aquel caballero habia dicho, me lo contó con extrañeza.

—¿Y no volvió ese señor para ver si se habia efectuado el cambio del nombre?

—No, señora; vinieron dos lapidarios enviados por él.

—¿Y no preguntó usted á esos lapidarios quién era aquel señor?

—No hubiera sido eso decoroso para un sacerdote: la pregunta vana é inútil, es un pecado, y socialmente, una indiscrecion: ¡ah! si yo hubiera sabido que podia ser útil alguna vez aquella pregunta, la hubiera hecho sin embargo: pudiera suponerse, sin temor de incurrir en una grave equivocacion, que ese señor es ó era padre, marido ó hermano de la marquesa.

—¿Qué edad, sobre poco más ó ménos, representaba ese caballero?

—Setenta años.

—¡Ah! mi madre murió á los cuarenta: bien pudo ser su hija: de la misma manera pudo ser su esposa; su hermana, no: una diferencia de treinta años en la edad de dos hermanos, es violenta, aunque bien pudiera existir: quince y treinta, cuarenta y cinco: no, hermana, no; esposa ó hija.

—Sea lo que quiera, yo creo,—contestó el sacerdote,—debe usted buscar al marqués de Nogueras.

—No, no,—dijo Dolores;—yo no buscaré á nadie, yo no puedo buscar á nadie; yo no tengo familia: yo,—añadió, fijando una mirada ansiosa en el sacerdote, una mirada bellísima, impregnada de dolor,—soy una mujer perdida; todo el mundo conoce mi deshonra; yo no tengo familia; yo he muerto para ella.

—¡Ah, hija mia! confíe usted en la misericordia del Señor: del Señor, que hizo de María Magdalena una santa, por el milagro de la fé: vamos, vamos, está usted muy agitada: reúnase usted á las personas con quienes ha venido; vuélvase usted á su casa, y sobre todo, valor resignacion y confianza en Dios.

Y el sacerdote se encaminó con Dolores hácia donde estaban Luis y Andrea, que acortaron la distancia, y sostuvieron á Dolores.

Ésta hizo un esfuerzo, y acompañados del sacerdote, llegaron á la puerta del cementerio, y esperaron allí á que el monaguillo avisase á la carretela que subiese.

Subió al fin.

—¿Habeis visto,—dijo Luis á los criados alquilones,—á un oficial de marina que ha salido del cementerio?

—Sí, señor; ha pasado en un carruaje,—contestó el cochero.

—¿Carruaje propio?—dijo Luis.

—Sí, señor; y muy bueno, muy de moda; con armas, y con un tronco de caballos ingleses como dos sierras, que podrian tirar de un monte.

—Es extraño,—dijo Luis,—no vimos ese carruaje al llegar.

—Estaba á la vuelta, tapado con las tapias,—saltó el monago.

—¡Ah! de ese modo... Adios, padre mio,—dijo al capellan, que aún hacia los honores del cementerio;—ya vendremos por aquí, y espero que no muertos, en mucho tiempo.

—Dios lo haga,—contestó el sacerdote.

—Tome usted, y hágame el favor de invertir este dinero en sufragios por las almas de las madres de estas dos jóvenes.

Y dió al sacerdote un billete de quinientos reales.

—Dios se lo premie á usted, contestó el capellan, y saludando por última vez, se fué á su habitacion.

Dolores, Andrea y Luis, se trasladaron á su casa.

Apenas entraron en ella, fué necesario meter en la cama á Dolores: la habia recargado la fiebre, y habia empezado á delirar antes de que la acostasen.

CAPITULO VI.

Dos locos de buena fé.

I.

No habia necesidad de llamar á un médico; Luis lo era, y bueno, y conocido; no se comprendia cómo habia llegado al miserable estado en que le encontramos.

Andrea habia encontrado al desnudar á Dolores, en uno de sus bolsillos, una tarjeta, en que se leia:

«El Teniente de navío,
»Estéban de Santiponce,
»Gravina, 6, principal.»

Luis guardó esta tarjeta en su cartera, murmurando:

—Es necesario que yo me vea con este señor, cuando pueda separarme de la pobre Dolores.

II.

A Andrea se la puso una cama en el gabinete.

La primera providencia de Luis, fué despedir á Petra, que era una doncella peligrosa.

Petra protextó, y dijo que se hacia aquello con ella, porque su señora estaba enferma; que su señora era la dueña de la casa, y que no le daba la gana de irse. Pero Luis la asió por un brazo, y la echó afectuosamente por las escaleras.

Petra solo dió dos ó tres traspieses, y la portera, aquella especie de caña humana, suplió para los recados la falta de Petra, y dos horas despues estaban allí dos hermanas de la caridad; la una jóven, fresca y bella; la otra, vieja y apergaminada; pero bellas las dos en cuanto á la parte moral.

Luis se consagró con un ardiente cuidado á la curacion de Dolores; pero ésta era muy difícil.

La enfermedad de Dolores estaba más en el alma que en el cuerpo.

Llegó un momento en que Luis se alarmó de una manera séria.

La excitacion nerviosa de Dolores habia llegado á tal extremo, que amenazaba una catástrofe.

III.

Habian pasado quince dias sin que se conociese mejoria en el atonismo de la enferma.

Habia enflaquecido, aparecia en el mismo estado que las personas demacradas por una lenta conmocion.

Andrea en cambio habia ido reponiéndose, y cada dia aumentaba su belleza y su frescura.

Luis no tenia ojos para esto.

No veia más que á Dolores.

No se separaba un momento de ella.

No se atrevia á salir ni por un momento, y le aquejaba ir á buscar al teniente de navío.

—Debe estar con licencia,—decia Luis.—¡Quién sabe si su licencia se cumplirá mientras dure este peligroso estado de Dolores, y marchará y se embarcará, sabe Dios para qué parte del mundo! Pero ¡ah! ¿cómo tengo la cabeza? ¡Torpe! Si yo no puedo ir á verle, él puede venir á verme á mí: tengo las señas de su casa.

IV.

Sobre la marcha, Luis abrió el secretaire de Dolores, y escribió en papel timbrado con la cifra de la jóven, porque no tenia otro:

«Señor don Estéban de Santiponce.

»Muy señor mio: Una gravísima enfermedad de una persona, que es para mí lo más querido que existe en el mundo, no me permite tener el honor de presentarme á usted, para un asunto que creo le interesa mucho. Creo haber encontrado á la marquesa de Nogueras, hermana de usted. Espero y deseo tenga usted la bondad de pasarse por esta su casa, esta noche de ocho á diez. Soy con la mayor consideracion su atento y S. S. Q. S. M. B.—Luis Sanchez de Leiva.

»Calle de Hortaleza, número cuatro, cuarto cuarto de la derecha.»

Luis entregó esta carta, para que la llevasen, á una maritornes asturiana que habia sustituido á Petra.

Era cerca del oscurecer, *anima circa,* la hora en que se come en Madrid.

—Debe estar en su casa,—dijo Luis.

La portera estaba en la cocina, haciendo hervir la sopa para servir la comida.

Las hermanas de la caridad y Andrea estaban sentadas en el gabinete, junto al fuego y en silencio.

En ese silencio que se guarda en la habitacion inmediata á la en que está un enfermo grave.

Luis entró de puntillas en la alcoba, y observó á Dolores.

Ahogó una exclamacion de alegría.

Dolores dormia tranquilamente.

Era la primera vez que sucedia esto despues de quince dias.

—Esperemos,—dijo Luis;—este sueño es de muy buen agüero, y nada, mejor, mucho mejor.

Unió su cabeza á la de Dolores, en cuyo hermoso semblante apareció una expresion de pena, y permaneció un momento inmóvil é indeciso.

Al fin acercó sus lábios á la frente de Dolores, la besó, sin tocarla á penas.

Luego salió pálido, conmovido.

—Duerme,—dijo en voz baja.

—¡Ah!—exclamó Andrea.

—Eso es muy bueno,—dijo en voz tambien muy baja la hermana de la caridad, vieja.

—Dios querrá,—dijo la hermana de la caridad, jóven.

Por si se nos ocurre nombrarlas otra vez, y para evitar tantas palabras, diremos que la vieja se llamaba la madre Petronila del Santísimo, y la jóven la hermana sor Eustaquia de la Gracia de Dios.

Tras este breve diálogo, se volvió al silencio.

La portera trajo luz, y anunció que ya estaba la comida.

Luis invitó á las hermanas de la caridad y á Andrea.

Salieron á la sala, convertida en comedor, se sentaron, y comieron en silencio, cuidando de no hacer ruido en el plato con las cucharas.

La comida terminó muy pronto, porque era sóbria, aunque buena.

Para los españoles en general, la mesa no es un placer, sino una necesidad, una faena.

Se volvieron al gabinete.

Las hermanas de la caridad y Andrea, se sentaron de nuevo junto al fuego.

Luis entró de nuevo en la alcoba, y observó á Dolores.

Continuaba durmiendo.

Volvió al gabinete, y como viese aún sobre el velador el papel que habia sacado del secretaire, se sentó junto al velador, y se puso á borronear el plano de una casa.

—En cuanto convalezca, me la llevo al campo,—dijo para sí Luis;—necesita una soledad poética. Y bien, ¿dónde encuentro yo una soledad poética en los alrededores de Madrid? No es esto fácil; lo que hay algo bello está acaparado por el ayuntamiento, el soto de Migas-

calientes y el plantel de la Villa; allí hay árboles que pueden llamarse tales, y grama, y verbenas, y una riquísima variedad de céspedes. Eh, ¡qué diablo! nos iremos un poco más allá de el soto de Migas-calientes, junto á la carretera de Castilla, entre ésta y el rio. Una casa completamente de labor, con su gran cocina con una magnífica chimenea de campana, lo que no impida que hagamos dos pabellones unidos entre sí por una galería, el uno para Dolores, el otro para Andrea, á quien hemos adoptado. Cada uno de estos pabellones debe tener recibimiento, salon, tocador, gabinete y cuarto de dormir. ¿Para qué más? Ornamentaremos de una manera muy bella el salon, los gabinetes y el cuarto de dormir. En el piso bajo pondremos, en el uno el comedor, en el otro el salon de verano; yo viviré en la casa rústica; me gusta todo lo que huele á antiguo, es el símbolo de la sencillez y de la buena fé de nuestros abuelos. Todo lo que es antiguo me parece romancesco; no me parece, lo es para mí. Fuera, en el corral, pondremos una cuadra para dos caballos y dos mulas, y una cochera para dos carruajes, uno fuerte de camino, y otro elegante de poblacion. Sobre esto, las habitaciones de los criados estrictamente necesarios, y la del jardinero, porque es de todo punto indispensable un bonito jardin. ¡Ah! se me olvidaba; en los pabellones destinados á mis hijas, falta en la parte intermedia, en vez de la galería, un salon de labor, al que corresponden los cuartos de las doncellas. ¡Ah! se necesita un establo, donde haya un par de vacas, dos ó tres cabras, y dos buenos pollinos, para que mis señoras paseen por el campo. ¡Ah! se necesita un foso para conejos, y un estanque

que sirva de depósito para el riego del jardin, y para que floten en él patos, cisnes y ánades. ¡Ah! no olvidemos los perros, son unos bichos que me gustan mucho, los mejores compañeros del hombre: haré que me pongan mi habitacion, mirando por una parte al jardin, por otra al corral, y con una escalera á la cuadra, la entrada por la casa rústica. ¡El diablo! se necesitan para todo esto, segun lo he ido pensando, sesenta mil piés de terreno. ¡Bah! yo no sé cómo tengo la cabeza. Más allá de la puerta de Hierro, el terreno no se vende por piés, sino por fanegas; dos fanegas de tierra pueden costar, cuando más, ocho mil reales; pero estoy loco; la cerca de estas dos fanegas costaria diez mil duros, y más de cuarenta mil la construccion del plano que he marcado, siempre soñando, siempre obligado á volverme á la realidad mezquina. Así, cuando yo encontré á Dolores, cuando la traté, cuando nos unimos por medio del amor, yo creia posible regenerarla, me lo propuse, me aferré en mi idea, la amé como se ama un ensueño, como se ama una buena obra, como se ama una esperanza de felicidad. Hice castillos en el aire, fuí víctima de una maldad refinada, y la amé más. Ahora, ¡quién sabe! puede ser que se haya efectuado la conversion; otro nuevo castillo de naipes. Aun cuando yo recuerdo que estuve á punto de volverme loco; que me llevaba las manos á la cabeza, como temeroso de que estallase; que resistia al sueño, temiendo ser sorprendido por la congestion. Cuando recuerdo aquellos sueños terribles, aquellos sueños fantasticos, aquellas monstruosas imágenes, y despues fué calmándose aquella situacion violenta, dulcificándose, con-

virtiéndose en un recuerdo triste, hasta que un dia otra mujer, Clotilde, mi vecina, mi deshonra; otro castillo en el aire. ¡Ah! ¡los soñadores, los que todo lo vemos á través de nuestra buena fé, estamos sentenciados á llegar al escepticismo, al extremo opuesto, á la negacion de la existencia de rudo golpe en rudo golpe; dejándonos el corazon despedazado en las asperezas de la vida, en el egoismo de los deseos. Y esa niña, esa pureza espiritual, aún es hermosa; creí que Dios, compadecido de mí, me indemnizaba; soñé: hé aquí mi buena fé; ¡siempre atribuyendo á los séres que me son simpáticos por la forma ó por los accidentes, cualidades que yo invento! ¡siempre creando en mi imaginacion séres imposibles, que se desvanecen en la realidad, y me dejan ver al desaparecer el traje ficticio con que yo los he cubierto, un esqueleto repugnante, una miseria horrible, una degradacion infame! No recuerdo uno solo de mis amigos que no me haya explotado; no recuerdo ninguno de esos ángeles soñados por mí, que en el momento de la prueba, y aún sin prueba, no se me haya convertido en un demonio más ó ménos vulgar. Clotilde... Yo salí desesperado, diez y ocho dias há, de mi casa, convertido en un sér miserable, sin dinero, medio desnudo, enfermo; creia que todo se habia acabado para mí, me encontraba resuelto á todo, y la casualidad me hizo encontrar á mi Dolores resucitada. ¿Cómo? No lo sé. ¿Pero por qué, por qué me es de todo punto indiferente Clotilde? ¿por qué me alegro casi de que me haya obligado á separarme de ella? ¡ah! es que no perdonamos una falta á la mujer que hemos obtenido, ¿para que hemos dado nuestro nombre, y lo

perdonamos todo á esos demonios que hemos pretendido sacar del fango? y es que no nos han engañado, que no han herido nuestro amor propio; es que sabíamos lo que eran, y que lo más lógico, debia ser siguiera agravándose en la enfermedad de que las habiamos encontrado poseidas. ¡Otro castillo en el aire! ¡mentira! es que no he amado á nadie más que á Dolores; es que el amor de raza pura, es la abdicacion de la voluntad, la abdicacion de todo. Es que hemos sido hechizados, que hemos enloquecido de una manera incurable; es que no podemos renunciar á ese amor maldito; es que somos idólatras de una mujer, y se lo perdonamos todo, todo, el asesinato de nuestra cuerpo y de nuestra alma; es que somos débiles é insensatos, y merecemos todo lo terrible que nos sobrevenga, porque no hemos tenido valor para sostener nuestra dignidad hasta el martirio.

V.

A este punto de su razonamiento íntimo llegaba Luis cuando oyó un leve siseo en la puerta de la sala.

Este era un modo de llamar de una manera leve porque Luis, como médico habia prescrito el mayor silencio y habia logrado que el ayuntamiento le permitiese enarenar la calle para que se apagase el ruido de los carruajes.

Luis acudió.

La que siseaba era la portera ó la señora Mónica, como la llamaban los vecinos.

—¿Qué hay?—dijo Luis.

—Ahí está,—dijo en voz baja la señora Mónica,—un

señorito muy bien puesto y muy guapo, que dice que es teniente de navío, ¿sabe usted lo que es teniente de navío, señor don Luis?

—¡Eh! Quite usted, estafermo,—dijo Luis empujando á la portera y saliendo al recibimiento donde en efecto estaba el jóven marino.

—Dispénseme usted,—dijo Luis,—si le recibo de una manera irregular, en mi cuarto hay un enfermo muy grave dominado por una afeccion nerviosa, le es muy perjudicial el ruido y creo tendremos para mucho tiempo.

—¿Qué importan las formas,—dijo Estéban que miraba fijamente á Luis,—cuando se trata de un asunto tan grave como del de que usted me habla en su carta?

—Gracias, amigo mio,—dijo Luis,—hágame usted el favor de pasar.

Estéban entró en el comedor convertido en dormitorio y que conservaba aún algo de su primer destino.

Dos aparadores cargados de loza y de cristalería embutidos en la pared á entrambos lados de la chimenea.

Estaba esta encendida.

Estéban ofreció una butaca al lado de la chimenea, y continuó mirando, cada vez con más insistencia á Luis.

—Dispénseme usted,—le dijo,—¿usted es facultativo?

—Si señor.

—¿Ha sido usted médico de la armada?

—Si señor.

—¿Hace ocho años servia usted en la *Ferrolana*?

—Sí.

—Ya, yo recordaba; hace ocho años servia como guardia marina en la misma fragata, despues he oido hablar

mucho de usted entre los compañeros, yo estuve muy poco tiempo á bordo de la *Ferrolana*, pasé ascendiendo á alférez de fragata á la *Perla*.

—Yo me retiré del servicio el año cincuenta y uno. Me habia enamorado en Cádiz de una mujer deliciosa y preferí el amor á las privaciones y á las necesidades del marino.

—Celebro mucho haber encontrado á usted. Es usted muy conocido en la armada, todos hablan de usted como de un hombre de espíritu, de corazon.

—Lo que es lo mismo que hablar de un desgraciado.

—¡Ah! no comprendo que se pueda vivir sin corazon, —contestó suspirando el marino,—no comprendo la vida vulgar, vivir para comer, para dormir, para mirar al cielo sin comprender la revolucion de los astros, para no conocer otra cosa que la generalidad prosáica de la vida, teniendo muerta la imaginacion. Pero dispénseme usted; me ha llamado usted ofreciéndome darme una noticia que me interesa de una manera extraordinaria, me ha hablado usted de mi hermana.

VI.

Quedóse mirando profundamente Luis al jóven oficial como si hubiera querido comprender su carácter, su alma, de todo punto.

—Señor don Estéban,—dijo,—vamos á entrar en una cuestion muy delicada, muy espinosa. Y á la verdad que no sé por dónde empezar.

—¿Que vamos á entrar en una conversacion espinosa tratándose de mi hermana?

—Sí, ¿no cree usted que Dios es un grande autor de novelas?

—Sí, á cada paso se encuentra en la vida la verdad con la forma exagerada de la novela, y no hay autor que pueda inventar una situacion que no exista en la realidad de la vida á no ser que invente un absurdo.

—Me parece entrever en usted un personaje de novela.

—Efectivamente,—dijo Estéban,—en mi existencia aunque no es larga hay mucho de extraordinario.

—¿Cree usted que en un hombre de espíritu, en un hombre de corazon puede confiar un jóven engrandecido en el espíritu por un largo trato con el amor, la mayor de las grandezas?

—¿Y por que no? Aunque no tuviese usted para mí la recomendacion unánime de los elogios de mis compañeros, me bastaria con lo que en su semblante de usted aparece para sentirme su amigo.

—Sí, debo parecer á usted un hombre muy franco, muy honrado, en una palabra, un hombre de buena fé.

—En efecto me parece usted el hombre que yo necesito para mi amigo.

—Gracias,—dijo el antiguo médico de la armada al jóven teniente de navío, alargándole la mano y estrechándole la suya con cariñosa franqueza,—pero, dígame usted, ¿no recuerda usted haberme visto hace poco tiempo?

—No señor.

—¡Eh! diablo, no siempre estamos en disposicion de apercibirnos de lo que nos rodea. Yo sí recuerdo haber-

le visto á usted hace algunos dias, no sé si en la calle ó en el café ó en el teatro, no recuerdo porque como aún conservo aficion á los marinos, siempre que veo uno reparo en él y usted se me hizo simpático.

—Gracias, don Luis, gracias.

—Recuerdo que hace ocho años me inspiró usted una gran simpatía, simpatía que aún subsiste, porque la he sentido esta noche en el momento en que he visto á usted.

—Me alegro mucho.

—¿Somos pues amigos?

—A fé de marino, y de caballero,—contestó Estéban.

—Permítame usted; voy á ver como está mi enfermo, con frecuencia tendremos estas interrupciones porque este enfermo me es muy querido y está en gran peligro.

—¡Oh! sí,—dijo Estéban,—me hace usted un favor en tratarme con entera libertad.

—Use usted por lo tanto de la misma, vuelvo, vuelvo al momento.

Luis salió y entró con el corazon agitado como entraba siempre en la alcoba de Dolores.

Continuaba durmiendo y sudando.

La misma melancolía suave de tristeza y de pesar que antes se extendia sobre su rostro encantador.

Las pesadas trenzas de sus cabellos castaños, estaban agrupadas fuera de las ropas, señal de que habia despertado y se habia movido.

Luis se volvió junto á Estéban.

—¡Oh! y cuanto se sufre, cuando está en peligro una persona á quien se ama,—dijo.

Estéban estuvo á punto de preguntar qué relaciones ó que parentesco existia entre Luis y su enfermo, pero se contuvo por miedo de incurrir en una indiscrecion.

VII.

—Vengamos si á usted le parece, amigo mio,—dijo Estéban,—al objeto de nuestra entrevista. Me ha sorprendido mucho el que usted me haya hablado de una hermana mia que nadie conoce ni aun yo mismo.

—La novela y siempre la novela, mi jóven amigo, por lo tanto no respondo á la pregunta de usted porque seria destruir el interés de la novela. Yo sé que tiene usted una hermana hija de la marquesa de las Nogueras, como lo sé no debo decirlo aún, la conozco ó no la conozco, no lo sé, para responder á eso necesito saber cómo es usted hermano de..... no sé cómo se llamará su hermana de usted.

—Isabel.

—¡Ah! Isabel, aquí puede haber un error. Pero, dígame usted, amigo mio, ¿cómo no apareciendo, no sabiéndose si existe ó no su hermana mayor, no es usted marqués de las Nogueras? Creo que no lo es usted porque no aparece este título en su tarjeta.

—No puedo serlo, no me corresponde ese título, ni aun el apellido de mi familia. A un caballero puede revelarse un secreto como á un confesor, escúcheme usted no casi en confesion, pero sí en confianza.

—Escucho,—dijo Luis.

Y se levantó, trajo de una mesa y puso sobre la repisa de la chimenea un cajon de cigarros, dió uno á Estéban tomó otro y le encendió.

Despues se reclinó en la butaca y se preparó á escuchar.

CAPITULO VII.

Historia de un jóven marino.

I.

—Recuerdo,—dijo Estéban,—á mi madre y á mi hermana, pero de una manera muy vaga, como figuras indeterminadas perdidas en la sombra.

Recuerdo una habitacion grande, medrosa, que despues unos hombres me arrebataron de aquella habitacion y me trasladaron á otro lugar.

Tenia yo entonces cuatro años.

Recuerdo que me acordaba perfectamente mucho tiempo despues de mi madre y de mi hermana.

Pero su recuerdo, en cuanto á las fisonomías se ha ido borrando.

Si hubiera encontrado viva á mi madre, no la hubiese reconocido, no reconoceria hoy si la encontrase á mi hermana.

II.

La casa á que me habian traslado, era una casa magnífica, grandiosa, solemne pero triste, sombría, era una casa antigua con salones entapizados de rojo y oro, con techos de madera escultados, ennegrecidos por el tiempo, con grandes retratos de familia denegridos tambien, con un mueblaje cuyo dorado denunciaba su grande antigüedad.

Era aquel en fin, un lujo extraordinario, un lujo monumental.

En aquella casa habia muchos criados, pero un solo señor.

Un señor sério triste, más que triste sombrio á quien nunca se veia reir, pero á quien muchas veces veia yo llorar cuando estábamos solos y me sentaba sobre sus rodillas.

Tenia cincuenta años.

Era general y se llamaba y se llama el marqués viudo de las Nogueras, y por sí mismo el duque del Hum-broso.

III.

Se me crió con lujo.

Halagaron mis caprichos.

Fuí el pequeño tirano de aquella casa que á pesar de tener dentro de sí tanta gente parecia deshabitada.

Pero afortunadamente para los criados, yo tenia buen carácter y mis tiranías eran buenamente tolerables.

A los doce años me envió el duque á la escuela de marina de San Fernando.

Fué un milagro que se me admitiese, porque el duque incapaz de una superchería presentó entre los papeles necesarios mi partida de bautismo tal como era: como hijo de padres desconocidos y con el apellido de un padrino muerto.

Así es que yo me llamo Santiponce porque no es costumbre que un hombre se llame Pedro ó Juan sin padres ó sin apellido.

IV.

A los catorce años pasé como guardia marina á bordo de la *Ferrolana*, y poco despues fuí promovido al grado de alférez de fragata con destino á la *Perla* en el apostadero de la Habana.

V.

Mi vida nada ha tenido de extraordinario durante seis años.

A los diez y siete y sin duda por la influencia del duque, ascendí á teniente de fragata.

A los veinte era lo que soy ahora; teniente de navío.

Me ha sobrado siempre el dinero para gastar sin temor.

El duque me enviaba con suma frecuencia fuertes cantidades.

Yo le escribia que no necesitaba tanto dinero y me contestaba siempre:

—No tengo pariente ni habiente á quien pueda buena-

mente estimar, mi hija se me ha perdido y tengo mi dinero para que tú te diviertas bien y para que cuando yo muera, mis malos parientes no puedan divertirse, son unos pillos, no los trato, cuando algun pelgar de ellos se atreve á entrar en mi casa, le arrojo á bastonazos; canalla.

Dejé pues de escribir á mi protector que no me enviase tanto dinero.

No podia gastarle y esto y la ociosidad me hicieron jugador por aburrimiento.

Pero abandoné el juego porque el medio que habia encontrado para librarme del peso del dinero, me puso en la situacion del pobre más aflictivo del mundo.

Tuve quince dias deudas, esto es, hasta que recibí un nuevo y cuantioso envio de dinero.

Podia decirse que el duque me enviaba las dos terceras partes de sus rentas.

VI.

Era muy jóven todavía para que fuese para mí un asunto grave el amor, y sin embargo renunciando al juego, ¿en qué diablos habia yo de invertir las sumas que me enviaba el duque?

No se me habia ocurrido imponer mi dinero en un banco.

Yo creia que el dinero no se habia hecho mas que para gastarlo.

Todo género de especulacion, me parecia, sino deshonrosa, humillante.

Ocuparse de cuentas, prestar, cobrar, girar, em-

plear, convenirse en la contratacion; el estar cavilando siempre en el cómo y en el cuándo para sacar un tanto por ciento más subido.

¡Báh! preferiría y prefiero mi paga extricta de teniente de navío y mi racion de á bordo.

La caridad es un noble empleo del dinero.

Pero en la isla de Cuba no hay ocasion de ejercer la caridad.

Allí no hay pobres porque los que se ven reducidos por un acaso á la miseria, perecen muy pronto.

La Habana es demasiado rica, es un país de lujo.

Me dediqué, pues, para gastar mi dinero, al amor.

Este medio me fué más funesto que el juego.

Me dí á concurrir á todas las casas donde habia mujeres bellas en las cuales me hice presentar.

Muy pronto me llamaron el galan de los diamantes.

No se podia dar á las hermosas criollas á mas de hermosas riquísimas, dinero en especie.

Esto hubiera sido una torpeza.

Hubiera producido muy mal efecto.

Pero se les podia hacer suntuosísimos regalos.

Las joyerias inglesas y francesas tuvieron en mí un consumidor respetable.

Como que su excelencia que habia contraido un verdadero furor por quedarse pobre, me enviaba todos los meses cinco ó seis mil duros.

VII.

Niño aún, extragué mi corazon.

Me hastié del amor.

Empecé á ver el mundo por su lado feo, por el lado del materialismo.

Ese amor de los cielos que sueñan los jóvenes, no existe.

Esa comunidad del alma de un hombre con una mujer.

Esa codicia de completar nuestro sér por el amor, es un sueño.

Y si tanta felicidad existe, debe ser rarísima.

Porque yo no la he encontrado entre las mujeres más hermosas y más impresionables del mundo.

Materia, materia, y no más que materia .

VIII.

Mi fragata pasó á Valparaiso á arreglar unas cuestiones entre el gobierno español y el chileno.

Los cañones de nuestras fragatas, obtuvieron muy pronto un buen acomodo.

Nuestras fuerzas navales se reconcentraron en Santiago de Chile, y como ya éramos amigos de nuestros hermanos renegados, todo lo que antes habia sido insulto, se convirtió en obsequio, y se nos dió á los oficiales de la escuadra un magnífico baile en el palacio del presidente, que nosotros pagamos á bordo de la *Perla* y la *Esperanza*.

Habia yo conocido en el baile que se nos dió por la República, una mujer, mejor dicho, una niña, en quien creia encontrar mi ángel soñado.

Tenia catorce años.

Era blanca, con una nitidez incomparable.

Rubia, con un rubio encantador.

Esbelta, hasta lo infinito.

Hermosa, pura, espiritual, y se llamaba Fanny.

Era hija de un empleado de la embajada inglesa.

De un hombre riquísimo, que habia acabado por establecerse en Chile, y habia trasladado allí toda su fortuna.

IX.

Hay predestinaciones.

Fanny y yo, en cuanto nos vimos, nos conocimos.

Parecia que durante toda nuestra vida, ó más bien, durante toda la suya, nos habiamos conocido, y aun algo más allá, en la eternidad.

—¡Ah!—dijo Luis,—las mujeres espirituales, los ángeles humanos, la muerte.

—Si la pasion terrible que se apodera de nosotros, que no nos deja, que nos enloquece, que envenena nuestra alma, que nos devora, que nos hace sufrir aun en medio de la felicidad. ¿Ha amado usted así, don Luis?

—Así he amado, así amo.

—Sí, es verdad. Hé aquí una de las condiciones de estos amores mortales, la perpetuidad, la agonía aún más allá de la tumba.

Estaba yo acostumbrado á conquistas muy fáciles.

Me habia hecho una especie de fanfarron del amor.

Las cubanas me habian educado muy mal.

Creí una presa segura á Fanny.

Una de esas presas, que se hacen sin disparar un solo cañonazo.

Pero me engañé.

Me encontré con un buque pirata, con un buque práctico, que me ganó el barlovento, y me obligó á ponerme en su demanda á todo trapo, y á todo vapor.

—¿Qué edad ha dicho usted que tenia Fanny?

—Creo que no he dicho más sino que era una niña, catorce años.

—¿Está usted seguro de que era rubia?

—Don Luis,—exclamó sonriendo Estéban,—unos cabellos como los de Fanny no se falsifican. Lleva usted su escepticismo respecto á las mujeres demasiado lejos.

—¡Ah! me han enseñado mucho. Capaces son ellas hasta de mudarse el color de los ojos; de cercenarse la edad; de parecer niñas, cuando son mujeres demasiado sérias; puras, cuando tienen ya el alma estragada, colocada en el prosaismo de lo positivo, envilecida por el interés, degradada por la vanidad. Dígame usted, ¿en las alternativas de esa jóven, llegó á ser actriz? Actriz cómica, porque actrices de la vida ya lo son ellas, y admirables.

—No, don Luis, no; por aquel tiempo habia en Valparaiso una mujer misteriosa, una actriz de un talento inmenso, y de una hermosura satánica.

Me defendió de ella el empeño que yo habia contraido con Fanny.

La ví solo desde lejos, dos veces, en el teatro de Valparaiso.

Otras tres ó cuatro en el de Santiago de Chile.

Pero esa mujer dejó en mi corazon una honda herida.

La pérdida de un amigo de colegio, primero, y despues de armas.

De un hermano. ¡Pobre Eduardo!

—¿Le mató esa mujer?

—Un amigo mio, Eduardo, era riquísimo, y sobre todo, bello é insinuante; tenia el alma más hermosa del mundo, y era el hombre de la mayor buena fé que he conocido.

Adela Madreselva estaba muy de moda.

Era la reina del amor y de la hermosura, donde quiera se presentaba.

Si yo no hubiera conocido á una mujer tan seductora como ella, lo repito, hubiera caido en sus redes como Eduardo, y aún hubiera perecido como él.

Luis estaba densamente pálido, aterrado; conocia á Dolores bajo el punto de vista de la degradacion, pero no bajo el punto de vista del crímen, y de repente aparecia un cadáver á los piés de Dolores.

Luis sufria un tormento horrible.

Disimulaba, sin embargo; pero no podia evitar la densa palidez que ya sentia sobre su semblante.

Estéban estaba tan dominado por su propia emocion, que no notó la de Luis.

—Adela mató á Eduardo, pero seria yo muy injusto si la acusase de aquella desgracia.

Ella fué la causa, pero causa inocente.

La culpa fué de esas, de las que no se puede hacer responsable á nadie.

Porque ella rechazó las pretensiones de Eduardo en cuanto se hicieron sérias.

Eduardo la creia un ángel como todos; como todos, la mujer más pura del mundo; nada habia que decir de la reputacion de Adela, á pesar de que aparecia sola, sin madre, sin parientes, y lo que es más, sin que pudiese asegurarse el país de donde era, aunque hablaba perfectamente el español.

Habia quien suponia que con la misma perfeccion hablaba el inglés, el francés, el aleman y el italiano.

Pero ésta era sin duda una exageracion, porque acerca de todas las personas notables se exagera.

Eduardo juraba que era española, andaluza; que no conocia otro idioma que el de su patria, y que le hablaba hechiceramente, con esa dulce languidez de las mujeres del Mediodía.

La catástrofe que sobrevino á Eduardo á causa de su amor á Adela, y sin culpa de ella, fué uno de esos sucesos que hacen comprender hasta dónde puede llegar la locura humana.

Un inglés, que estaba abonado á la localidad inmediata á la que ocupaba Eduardo, creyó notar que Adela saludaba á Eduardo desde la escena.

Ahora bien; el inglés habia contraido un spleen negro por Adela, y en la conciencia de su superioridad británica, no pudo sufrir que Adela prefiriese á un inglés un español.

Como si dijéramos, á un hijo del país, cuya existencia ignoran los ingleses, segun ellos dicen, y aún el mundo entero, hasta que vienen á él por casualidad, no sabiendo que vienen á España.

Se volvió á Eduardo, y le prohibió en mal español se dejase saludar por Adela.

Eduardo, que estaba medio loco, que no habia visto saludo ni ninguna señal de deferencia por parte de Adela, se irritó, y dió al inglés una puñada, que le alcanzó en un ojo, á cuya insinuacion el inglés se levantó para echarse sobre Eduardo.

Intervinieron algunas personas, pero Eduardo estaba ciego; empezó á repartir puñadas á diestro y siniestro, ansioso de extrangular al inglés, y por desgracia dió un terrible puñetazo á un filibustero anglo-americano, que, irritado por el dolor, y creyéndose en los estados de la Union, donde se hace uso del rewolver en todas partes, sacó el que llevaba en la cintura, y disparó, haciendo saltar el cráneo á Eduardo.

Entre la confusion escapó el filibustero, y quedaron solos Eduardo muerto, y el inglés con un ojo rebentado.

Súpose la causa de aquellas desgracias, porque el inglés, fuera de sí con el dolor, lo puso en conocimiento de todo el mundo.

Esto hizo más de moda á la Adela Madreselva.

Ella no era ciertamente culpable, pero habia sido la causa de aquella desgracia, y á mí se me hizo antipática.

X.

Al poco tiempo, la buena reputacion de Adela se fué á pique.

Viósela lucida públicamente, como querida, por un

indio millonario, por una especie de salvaje repugnante, y esto indignó á todo el mundo.

La venta de Adela no tenia ningun género de disimulo.

La única razon habia sido el oro.

No podia concebirse pudiese ni aun siquiera tolerar la vista de la especie de animal repugnante, de quien se habia hecho esclava.

Acabó de hacérseme antipática, y aunque hacia justicia á su admirable hermosura, hubiera huido de ella como de un reptil.

XI.

Luis sufria de una manera inaudita.

Se le iba haciendo imposible decir á Estéban:

—Esa Adela, esa mujer despreciable, esa es tu hermana.

XII.

—Nada habia, pues, de comun, entre Adela y Fanny, más que la hermosura.

Y en esta parte, fuerza es confesarlo, la aventajaba Adela.

Ésta sabia aparecer un ángel.

La otra lo era cuando yo la conocí.

Estaba con su padre en uno de los salones del palacio del presidente de la República, durante el baile con que se nos habia obsequiado.

La gravedad británica, la severidad glacial del buen Thompson Parry, que á pesar de todo su formidable as-

pecto, era un pobre diablo, impedia que nadie invitase á bailar á Fanny.

Yo he sido siempre audaz; desde el momento que la ví, comprendí, ó creí comprender, que era mi destino.

Desde el momento en que ella me vió, me dejó ver involuntariamente ese no sé qué, que dejan ver las mujeres, y más aún las que son inocentes y puras, al hombre que les agrada.

Yo no conocia á su padre; pero era necesario no haber visto nunca ingleses, para haber dudado acerca de la patria de mi hombre.

Tenia estereotipada á Inglaterra en el semblante.

O si se quiere, de su semblante brotaba el estilo inglés.

Un inglés, fuera de su país habla poco, sonríe rara vez, vá tieso, y no mira nada.

Parece que oye zumbar en sus oidos por todas partes, á su paso, el himno nacional de los ingleses.

El *Good sawe The King*.

XIII.

—Caballero,—dije en francés, á Mr. Thompson,—¿me permitís baile con esta señorita?

—De buen grado,—me contestó en español,—si á ella le parece bien.

—¡Oh! gracias, bien,—dijo deliciosamente en español Fanny, levantándose y tomando mi brazo.

¡Qué felicidad! Mi diosa, mi musa, mi ángel, mi esperanza, mi universo, hablaba hechiceramente el español, con esa dulce acentuacion, con esa indolencia, con

ese gracioso ceceo, con esa *gachonería* irresistible, en fin, de las chilenas.

Vacilé un momento, y al fin la dije con toda mi alma, convulso y contraido el semblante:

—Estoy loco por usted.

—Y yo tambien por usted,—me dijo trastornándome.

Hay que advertir, que una chilena ó una peruana requiebran al hombre que les agrada, de buenas á primeras, ni más ni ménos que un enamorado puede requebrarlas á ellas.

Esto no se extraña, porque está en las costumbres.

—¡Ay, niñito mio!—me dijo á seguida,—desde que le ví á usted, me quedé muerta.

Sabia yo demasiado que esto no queria decir otra cosa, sino que Fanny aceptaba conmigo un simple noviajo.

Me guardé, pues, de enredarme: bailé con ella todo lo que quise.

No me separé de ella hasta que terminó el baile, ó más bien hasta que tomé té con el padre y con la hija en su propia casa, porque me metí con ellos en su propio carruaje, lo que nada tenia de extraño, porque yo era el novio de la niña, y en el tiempo que estuvimos juntos nos enconfitamos á ternezas.

XIV.

Para que vea usted hasta qué grado de dulzura llegó nuestra conversacion, voy á decir á usted, con poca diferencia, parte de nuestro diálogo.

—¿Por qué no nos hablamos de tú, mi vida?—la dije

yo,—el amor se asusta de los tratamientos respetuosos, se encoge y no sabe andar.

—Lo mismo iba yo á decirte; vidita mia,—me contestó,—te adoro, tus ojos me embriagan.

—Los tuyos me irritan.

—¡Ah! no; no me amas tú á mí más que yo á tí.

—Mira, un volcan está helado, comparado con mi corazon.

—¿Me conocias, gloria?

—Sí, corazon mio: te he soñado muchas veces. Te pareces á mi ángel.

—¡Ah! yo estaba triste, y es que tú eras la mitad de mi alma, y no te habias acercado á la otra pobre mitad de la tuya.

—¿Nos casaremos, palomita mia?

—Díselo á papá; lo que yo te ofrezco es llorar mucho, hacer que me pongo mala, para que papá consienta.

—No me mates; no me hagas contraer temores de que tu padre puede negarse.

—¡Ay, alma de mi alma! mucho me lo temo. Mi padre es millonario, y avaro.

—¡Oh! yo sóy muy rico, luz de mis ojos.

—Díme, díme cuánto tienes, tesoro mio; no por mí, sino por calcular si eres una conveniencia para mi padre.

—Tengo sesenta mil duros de renta.

—¡Oh, qué desgracia, qué desgracia, hijito mio! mi padre se vá á encoger de hombros cuando le diga lo que tienes.

—Pues yo no renuncio á tí.

—Ni yo á tí.

—Si tu padre se niega, te robo.

—¡Ay, Dios mio! no me aflijas, amado de mi alma; no me digas esas cosas, porque moriré de pesar.

—¿Y por qué, ídolo mio?

—Porque creeré que no me amas. ¡Una fuga! ¡Ah! no, no; y no creas, mi padre me daria mi legítima, pero me obligaria á cambiar de apellido. ¡Ah! no, no; ¡pobrecito padre mio! no me vuelvas á decir eso, Estéban, que moriria de pesar.

XV.

Vea usted cómo á pesar de lo amoroso del lenguaje, de la expresion de la mirada, de la agitacion del seno, cuando se llegaba á lo reprobado, aparecian en Fanny el candor, la dignidad, y la virtud.

Aquello era terrible; yo estaba cada dia más enamorado.

—¿Lo está usted aún?

—No, no señor; no estoy enamorado, estoy desesperado, sediento de venganza.

—¡Báh, báh!—dijo Luis,—le salió á usted huero el huevo; el ángel se convirtió al fin en mujer, y en mujer vulgar; ¿no es esto?

—Partimos al fin de Chile,—dijo Estéban,—volvimos á la estacion de la Habana; habíamos tenido una tiernísima despedida, pero á distancia, don Luis, á distancia Fanny y yo: puedo decir á usted que me separé de ella dejándola inmaculada; hubo lágrimas, sollozos, desvanecimientos; lloré yo cuanto se puede llorar, temí fun-

dirme en lágrimas, ó por mejor decir, entonces no temí nada; todo esto lo he pensado despues: entré á bordo de la *Perla* muriéndome, llegamos á la Habana, escribí á Fanny, Fanny me contestó de una manera ardorosa; no podia leerse sin agonizar, aquella carta: yo me desesperaba; le escribí á su padre, se la pedí. Mister Thompson me contestó muy cortesmente, exigiéndome mi biografía, mis antecedentes, noticias de mi fortuna, y yo fuí muy franco; escribí á mister Thompson una calorosa carta diciéndole la verdad, creyendo que le conmoveria; mister Thompson me contestó ofreciéndome su fortuna entera, porque decia: «me parece usted un excelente jóven, un jóven apreciabilísimo, una excepcion, pero mi hija desciende del rey Arthus, y ni ella ni yo, dispénseme usted si me veo obligado á decirlo, podemos bastardearnos; si usted descendiera en la línea primogénita del Cid, ó de cualquiera de los héroes, que son la gloria pasada de España, yo transigiría un tanto en cuanto á la cuestion de interés, pero resulta que, siendo un poco turbio su orígen de usted, es de mi deber negarle la mano de mi hija; no, yo no daré lugar á que se me presenten irritadas las sombras de mis ascendientes; un Parry no puede ser ni más ni ménos que un Parry.

»No puede usted calcular el dolor con que contesto de tal manera á su peticion; es usted un jóven desgraciado, digno por sus cualidades de una nobilísima ascendencia.

»Mi hija, que no me engaña, me ha dejado conocer el extraordinario amor, el amor mortal que por usted siente, y éste es otro dolor para mí.

»Mi hija es desventurada, pero antes que todo es Parry; y cuando por la leal manifestacion de usted, ha conocido la posicion de usted, se ha echado á llorar, y me ha dicho: «Debo sacrificarme al decoro de mi fami-»lia; moriré, pero no importa; no tendrá usted que mal-»decirme, padre mio.»

XVI.

En Inglaterra, en ese país que cree ser el más liberal del mundo, no se prescinde de las cuestiones de raza.

El *gentleman* inglés, esto es, el noble, perecerá, se romperá el cráneo, el corazon, las entrañas, antes que manchar en lo más mínimo el lustre de su blason.

Inglaterra es el país de las contradicciones, de lo absurdo.

El siervo de la gleva es ciudadano, y las dos terceras partes de los ciudadanos ingleses son siervos de la gleva.

Esto es, censatarios del señor de quien son colonos, que pasan con el terruño al dominio del que compra el terruño.

El feudalismo subsiste en Inglaterra.

El ciudadano no tiene vida propia, es una parte del organismo inglés.

El estado absorbe al ciudadano y el estado está clasificado rígidamente, dentro de las condiciones feudales.

Allí duran en toda su energía el estado noble, el brazo eclesiástico, el estado llano.

Sin embargo hay una constitucion á la cual se subor-

dinan todos los ingleses desde el rey al miserable: y esto no impide la preponderancia de las clases.

En ninguna parte existe una aristocracia tan soberbia como la aristocracia inglesa.

Y á pesar de estos contrasentidos, Inglaterra está constituida de una manera fuerte.

Allí son imposibles las revoluciones.

La opinion pública lo domina todo.

Y sin embargo la opinion pública respeta con una especie de fanatismo lo viejo, lo tradicional.

Lo que quiere decir que lo absurdo es practicable, si todo un pueblo se conviene en respetar lo absurdo.

Inglaterra no se parece á nada, tiene una originalidad propiamente inglesa, permítasenos esta frase.

Allí se adquiere todo lo que se puede y no se destruye nada de lo que se tiene.

Inglaterra es el país de las novedades, y al mismo tiempo el país de las antiguallas.

Un inglés no es mas que inglés.

Y decimos esto, porque un inglés solo es comparable á sí mismo.

Si se quiere tener una idea de lo fanático en toda su intensidad, hay que ir á estudiar el fanatismo en Inglaterra y sin embargo es un país verdaderamente fuerte.

Que nos expliquen esto los reformadores, los oradores ó soñadores de *falansterios*, los remedos ridículos de Jesús que quieren hacer de la humanidad una familia, determinando como único sistema social la igualdad absoluta.

La humanidad está loca y la casa de locos más furiosos que conozco, es Inglaterra.

XVII.

—Pero, ¿y Fanny, amigo mio? ¿Y Fanny?—dijo Luis.

—Una bribona, amigo mio, una bribona.

—¡Oh!—exclamó Luis.

—Si señor, se casó algun tiempo despues con un indígena de color, con un hombre cobrizo que descendia en línea recta del Inca Atahualpa, y que poseia él solo medio Perú.

Yo me irrité, quise saber si Fanny se habia sacrificado ó no, y valiéndome de uno de mis amigos de Cuba que tenia bastantes relaciones en el Perú, logré que el negro mayordomo de Kin Kakop Atahualpa, le robase si las habia algunas cartas, que Fanny hubiese escrito al Inca antes de casarse con él.

En efecto, las habia y me las envió haciéndomelas pagar muy caras el leal negrito.

Escándalo, don Luis escándalo, tenian las mismas ternezas que las que ella me habia escrito.

Me fuí á ver á mi general.

Alegué que en Chile habia dejado negocios de consideracion.

Que me adeudaban bastantes sumas de dinero.

Que necesitaba ir allí algun tiempo.

Mi general era un excelente sugeto, y me otorgó una licencia.

Me fuí y llegué á Santiago de Chile la víspera de las bodas.

Me encontré con que mi sustituto era un magnífico ejemplar de la raza colorada, de seis piés y medio de altura, monumental, encubriendo apenas sus instintos salvajes con una ligera tintura de civilizacion americana.

No se quitaba la corbata blanca ni el frac, ni para dormir.

Le busqué y le encontré fuera de la poblacion en una pulpería, con cuatro indias y cuatro ó seis guagiros embriagándose con aguardiente de caña.

Conozco la invencible furia del leon, amigo don Luis, la he sentido pasar por mí mismo.

Me fuí á mi hombre y le dije:

—Pinto, ¿eres tú Kin Kakop Atahualpa?

Me miró de alto abajo con desprecio como escandalizado de que hubiese un hombre que se atreviese así á sus innumerables millones y á su régia sangre.

Eché mano á mi cuchillo de abordaje y si el indio no salta atrás como un tígre, le parto como un caballero de la tabla redonda á un gigante:

Pero aquello fué funesto para el Inca.

No habia contado con las paredes.

Habia creido que se encontraba en una de sus inmensas praderas, y al principio de su salto chocó de tal manera con la pared, que vino al suelo y no se levantó.

Los guagiros echaron mano á sus puñales, y hasta las indias vinieron contra mí.

Dí á diestro y á siniestro, ciego, gané la puerta de la pulpería, escapé á campo atraviesa, me metí entre los bambúes y los cactus de las haciendas, y con las brisas de la noche se me fué atemperando la furia leonina que

me habia acometido, y comprendí que, sin ganar lo que habia perdido, me habia puesto de una manera gravísima fuera de la ley.

Estaba en un país en que se aborrece de muerte á los españoles que no han renegado de su patria.

Tenia los bolsillos llenos de oro, pero oro inútil, porque no podia presentarme en poblado, sino con una grande exposicion.

No tenia más esperanza que tropezar con algun rancho de guagiros libres, emancipados, que no reconocen más ley que la fuerza, y aun así me exponia á ser robado y maltratado.

¡Qué diablo! Para las grandes situaciones son los grandes alientos.

Por la cuestion de subsistencias no habia que temer.

El banano, la piña, la palmera, me ofrecian por todas partes sus frutos.

El terreno era solitario y salvaje.

La estacion, buena.

Se podia dormir deliciosamonte al sereno.

Así anduve vagando tres dias, seguro de que ya no se me encontraba.

Sin embargo, yo no habia cumplido completamente la mision que me habia impuesto.

Habia impedido el casamiento de Fanny, pero no tenia á Fanny.

La amaba, y la amo de una manera delirante.

Es mi destino.

No hay medio de que rompa con ella; ella me tiene en Madrid.

Ella me llevará tras sí.

Ella es hoy mucho más despreciable que Adela Madreselva.

Ella ha llegado á todas las infamias.

Ella ha hecho célebre el nombre de Clotilde, de que se ha armado.

Luis dió un salto en el sillon, y volvió á caer desplomado.

—¿Qué es eso?—dijo Estéban.

—Nada, amigo mio, nada; un sacudimiento nervioso; continúe usted.

—Anduve tres ó cuatro dias perdido, orientándome de noche por las estrellas.

Una mañana, acababa yo de despertar debajo de un magnífico cocotero, cuando ví cerca de mí, en cuclillas, desnudo, sin más que unos andrajos que le servian de taparabo, el sér más terrible que he visto en los dias de mi vida.

Era un negro legítimo del Congo, de frente chata, de nariz gruesa y remangada, de ojos magníficos y de belfos imponderables.

Fuera de esto, su contextura hubiera humillado á Fidias, despues de haber terminado su Teseo del Parthenon.

No podia darse más magnificencia de desarrollo, más morvidez de formas, más acentuacion, más energía en los lineamientos.

Tenia todas las trazas de negro cimarron, ó de negro bandido; porque en Chile no hay esclavitud, y los negros que allí se encuentran son emancipados.

—¿Has descansado bien, niño?—me dijo.

Causóme una gran sorpresa aquella dulzura en aquel sér bravío.

—Bien, ¿y tú?—le respondí.

—Yo me he estado cuidando de tí, niño,—me dijo el negro;—andan por aquí unos guagiros que son muy malos, y que si te encuentran te dejan sin pellejo; chinito, ¿tú eres oficial de la marina española, no es verdad?

—Sí, hijo mio, sí.

—¿Y por qué andas tú á salto de mata, niño?

—Vamos á ver,—le dije,—¿eres tú capaz de ir á Santiago de Chile?

—Yo, no; porque si voy me ahorcan;—me contestó,—pero no faltará quien vaya. ¿Qué quieres?

—Robar un corazoncito que tengo allá.

—Ajá, la mujer; ¡válgame Dios! ¿por qué te crees que yo *estoy* cimarron?

Pues es por una palomita blanca como la espumita del agua; ¿lo oyes tú, chinito mio? Y su padre ser muy mio, y tenerme á mí esclavo, y ella enamorarse de mí, y yo robarla y escaparnos de Cuba en un barco contrabandista, y venirnos á Chile, y yo mantenerme y mantenerla á ella de lo que encontrarme por esos mundos.

—Ya, hijo mio.

—Y tenerme á mí sentenciado el juez de Santiago, á que me ahorquen donde me encuentren, y yo no ponerme adonde me ahorquen. ¡Pobre chinito! ¿Conque tú estar tambien enamorado?

En una palabra, conté á Pablito mi historia, que Pa-

blo se llamaba el negro, y él me llevó á un rancho de guagiros, en donde se me recibió muy bien.

A los ocho dias, algunos guagiros que se habian encargado de mi negocio, vinieron á decirme:

—La niña blanca y rubia está sola en la hacienda de la Cruz del Sur, y cuando quieras podemos sujetarte toda la gente de la hacienda, y que entres sin miedo en donde ella está.

En efecto, dos noches despues entré como un bandido en el aposento donde Fanny dormia descuidada.

La desperté bruscamente.

Despertó con sobresalto, me miró, y sonrió.

Yo me indigné.

—Eres una miserable,—la dije.

—¿Y por qué hijo mio?—me contestó,—¿qué te he hecho yo para que me trates de esa manera, para que desconozcas á tu Francisca (1), á tu Paquita de tu alma?

—¡Ah!—dije,—los nombres influyen en las criaturas; no he conocido una sola Paca que no tenga algo de excepcional; tú me has vendido.

—No, hijo mio, no,—me contestó sonriendo siempre,—yo no he hecho más que sucumbir á mi destino. Papá se opuso de una manera terminante, de una manera terrible, porque tú no conoces á papá; despues, Kin Kakop Atahualpa me vió, se enamoró, y papá me mandó que me casase con él.

—¿Y estas cartas?—la dije, sacàndo de la càrtera las que Fanny habia escrito al indio.

(1) Fanny en inglés significa Francisca.

—¿Y cómo querias tú, hijo mio,—me contestó con la mayor naturalidad,—que yo no pretendiese hacer creer al hombre con quien me obligaban á casarme, que le adoraba?

—Entonces, ¿cómo puedo yo fiar ni en tus palabras ni en las cartas que me escribias?

—¡Ah! no, hijo mio, no; no me digas eso, no me atormentes, no me hagas desesperarme, que ya sabes tú que toda mi alma es tuya, y que no puedo ser de nadie.

Y me rodeó los brazos al cuello, y me enloqueció.

Yo la creí.

La buena fé del amor y del egoismo.

Yo era el primer amante sério de Fanny; no me podia quedar duda de ello.

La creí, y me fascinó.

La propuse que me siguiese, y opuso algunas dificultades.

Pero cuando la dije que la hacienda estaba invadida y la gente de ella sujeta, afectó una grande alegría.

—¡Ah! es distinto; así mi padre no podrá culparme, y puedo ser feliz, porque en la situacion que nos encontramos, mi padre no podrá oponerse á nuestra union.

XVIII.

—Dispénseme usted, amigo mio,—dijo Luis,—hace mucho tiempo que no veo á mi enferma.

—¡Ah! ¿es enferma?—dijo Estéban.

—¿Enferma ó enfermo, ¿qué más dá?

—Ciertamente, pero una enferma siempre es más simpática que un enfermo; vaya usted, vaya usted.

Luis entró en el dormitorio de Dolores.

Estaba ésta despierta, pero en silencio.

Vió á Luis, le asió las manos, y se las besó.

—¿Cómo te sientes?—la preguntó Luis.

—Mejor, mejor, vida mia; me parece que he salido de un largo sueño fatigoso, que toda mi vida ha quedado envuelta en un sueño.

Aquel vida mia, tal como le pronunció Dolores, trastornó á Luis; sintió una felicidad inmensa, una vida nueva.

Creyó regenerada por el dolor y los desengaños, á Dolores.

—¿Qué haces? ¿dónde estás?—le dijo ésta.

—Estoy en mi cuarto con un grande amigo mio, que es muy desgraciado, y me está refiriendo su historia.

Luis no se atrevió á decir que aquel amigo era el oficial de marina, á quien Dolores habia encontrado en el cementerio, y que aquel oficial era su hermano.

—No te fíes de las historias de nadie, Luis mio,—dijo Dolores,—tienes el gran defecto de una buena fé incurable. ¡Oh! si tú no hubieras sido hombre de buena fé, ¡cuánto bien me hubieras hecho!

—¡Oh! es un excelente jóven,—dijo Luis.

—No te fíes; nadie cuenta á otro su historia, sino porque le conviene. Será necesario que yo te varíe, influyendo en tí, como tú me has variado, influyendo en mí.

—¡Ah! no, descuida; á mí no me engaña nadie.

—Siempre lo mismo; esa confianza ciega en tu corazon.

—No te agites, por Dios, Dolores de mi alma; estás muy débil.

—No, Luis, no; esto es extraordinario; he vuelto en mí como quien vuelve de un largo sueño; tengo la cabeza fresca, estoy ágil; ¿cuánto tiempo he vivido en el marasmo de que he despertado?

—Más de quince dias.

—¡Oh! he sufrido mucho, mucho; mi madre, mi hermano, esas revelaciones que yo no esperaba, ese cambio en mi posicion y en mi fortuna.

—Tranquilízate, Dolores; puedes recaer.

—Es necesario que busques á mi hermano; quiero hablarle cuando esté completamente restablecida: no temas; de nada puede sorprenderse; me ha conocido en América; y él, no te fíes, Luis, él tambien tiene una historia de sangre.

—Sin embargo, parece el jóven más franco, más leal, más dulce y más simpático del mundo.

—¡Siempre tu maldita buena fé! Luis, te morirás soñando; está en tu carácter; no puedes evitarlo.

—¿A qué agitarte de este modo, Dolores?

—Sí, sí, dices bien; es necesario sujetar la imaginacion; no se puede; sin embargo, haré un esfuerzo. ¿Pero quién es ese amigo que está en tu cuarto?

—Un antiguo compañero mio de la armada.

—¿Médico?

—No precisamente médico; del cuerpo administrativo.

—Pues vé, vé; yo reposaré; haré esfuerzos por reposar; pero ven de tiempo en tiempo, Luis; te necesito, te

amo; quisiera tenerte siempre á mi lado; tú me consuelas; viéndote soy feliz.

Estrechó las manos de Dolores, y salió.

Al pasar, vió que Andrea y las dos hermanas de la caridad dormitaban, sentadas junto á la chimenea.

Luis entró de nuevo en su cuarto, y se sentó frente á Estéban.

CAPITULO VIII.

Continúa la historia de Estéban.

I.

—¿Y cómo está la enferma?—preguntó á Luis.

Éste, que estaba ya prevenido por aquello que le habia dicho Dolores, de que Estéban tenia una historia de sangre, creyó encontrar algo de intencion en el acento conque Luis le habia hecho esta pregunta.

—Está mejorada de una manera imprevista,—contestó.

Y encubriendo cuanto pudo la intensidad de su mirada, pretendió penetrar en el alma de Estéban á través de su semblante.

Le pareció que habia un fondo de doblez natural en Estéban: que no era tan buena moneda como habia creido.

Recordó entonces la manera agresiva y aun grosera conque Estéban habia saludado á Dolores en el cemen-

terio, se propuso pues, dejar de ser hombre de buena fé, y descubrir lo que pudiese sin descubrirse.

Se habia operado además en Luis un cambio decisivo respecto á su manera de considerar á Estéban, desde el momento que éste habia nombrado á Clotilde, manifestándole que era una infame, y que el nombre Clotilde era supuesto.

Las señas de la esposa de Luis convenian con las de Fanny Parry.

Luis por lo tanto tenia frente á frente al primer amante de su mujer.

De simpático, se le habia convertido de repente en antipático, Estéban.

El lazo del odio que de repente habia unido en el ánimo de Luis á Estéban, era Clotilde.

Sin embargo, Luis disimuló, probando con lo perfecto de su disimulo, que era hombre de mundo, que tenia un gran dominio sobre sí mismo y que poseia el talento de su gran esperiencia.

Dejó, pues, decir á Estéban, que continuó:

—Estuve muy poco tiempo en la hacienda de la Cruz del Sur y salí de ella con Fanny.

Pablito nos sirvió de guia.

Fanny no habia puesto la menor resistencia, por el contrario, enamorada, loca, se habia prestado á seguirme.

Los guagiros se quedaron por algun tiempo en la hacienda para evitar que los habitantes de ella, dependientes de mister Thompson, pudiesen avisar á su amo, de lo que habia acontecido.

Nosotros llegamos al rancho de los guagiros á la salida del sol.

Yo llevaba á Fanny delante de mí sobre mi caballo.

Pablito iba á pié.

Pero caminaba con tal rapidez el gigante, que yo me veia obligado á mantener mi caballo al trote para no quedarme atrás.

—Es necesario no descuidarse, niño,—me decía Pablito apretando el paso,—que cuando se hace una pasada tan mala como esta á un hombre tan rico como el señor Thompson Parry, es necesario perderse cuanto antes.

Los guagiros que me habian ayudado en mi emprèsa, llegaron á su rancho donde los esperamos por la tarde, é inmediatamente por selvas, por terrenos perfectamente solitarios y bien provistos de víveres, nos encaminamos á un puertecillo de la costa del Sur. Mas bien á una cala de esas que no tienen nombre reconocido y que sirven de abrigo á los buques sospechosos.

En esta cala, habia establecida una miserable pesqueria.

Por último, á los tres dias recaló un pirata anglo-americano.

Recompensé espléndidamente á los guagiros, pagué un fuerte pasaje para la Habana, y entramos á bordo Fanny, Pablito y yo.

Pablito no quiso abandonarme y desde entonces no se ha separado de mí.

En la actualidad es mi ayuda de cámara, mi *fac totum*, un hombre á quien puedo decir:

—Dame tu vida; seguro de que me la dará.

El corsario nos echó en tierra á algunas leguas de la Habana en una playa desierta como hubiera alijado un cargamento de negros durante la noche.

Al dia siguiente llegamos á la Habana.

Acomodé á Fanny y á Pablo en una fonda, me fuí al puerto pasé á bordo de la fragata almirante y me presenté al general, tranquilo porque no habia trascurrido ni aun la mitad del tiempo de mi licencia.

—¡Ah, diablo!—me dijo,—me alegro mucho de que haya usted vuelto, Santiponce, esta tarde nos hacemos á la vela, y hubiera sentido mucho dejar á usted en América.

Se me heló la sangre.

No me quedaba tiempo para nada.

¿Y cómo efectuar un casamiento con Fanny sin la real licencia necesaria?

Tenia el derecho de pedir mi licencia y quedarme en la Habana.

Pero sobre ser casi seguro que el general me obligaria á embarcarme y á seguir en el servicio hasta que me fuese concedida mi solicitud, no me atreví á ello; no sabia de qué humor podria coger al duque mi determinacion.

Me exponia á que lo tomase muy por lo sério, y me redujese á mis propios recursos.

Fanny estaba acostumbrada á una vida opulenta, y yo no servia para nada más que para marino.

Me doblegué á las circunstancias, pedí al general licencia para volver á tierra á arreglar mi equipaje y des-

pedirme de mis conocimientos, lo que se me concedió á pesar de que todo el mundo estaba ya á bordo, y me fuí desalado á encontrar á Fanny.

La dije lo que me acontecia y ella me contestó sonriendo:

—Y bien, qué importa, corazoncito mio, cuando llegues allí, arreglas tus negocios y ó vienes por mí ó voy yo á buscarte. Esa es cuestion de poco tiempo, déjame á Pablo y algun dinero.

La dejé unos tres mil duros en oro que poseia, nos despedimos llorando y me fuí á mi fragata la *Perla.*

II.

Fueron para mí una eternidad los veinticuatro dias que tardamos en llegar á Vigo, y por desgracia estábamos ya en la estacion en que se hace cuarentena y la hicimos aunque llevábamos las patentes limpias.

En cuanto salté en tierra, escribí á mi protector una larga carta en que de cada letra brotaba el fuego de mi espíritu.

Al mismo tiempo escribia á Fanny manifestándola el paso que habia dado acerca de mi protector y animándola.

A los ocho dias recibí una carta de Madrid que contenia una letra de ocho mil duros.

Y estas son las palabras:

«Cásate, enviame los documentos necesarios para pedir la real licencia, tu apasionado;—Baltasar.»

Se me inundó el alma de alegría.

Atendida la gran influencia del duque, la concesion

de la real licencia para mi casamiento era segura.

Escribí á Fanny manifestándole el lisonjero estado de nuestros negocios, y enviándola cuatro mil duros.

El mismo dia, en que libres ya del lazareto, salté en tierra en Vigo, recibí una carta de la Habana.

A primera vista no pude dudar que àquella letra no era la de Fanny, era una letra irregular, bastarda, menuda, que parecia escrita con una caña, y á pesar de lo breve del sobreescrito plagado este de faltas de ortografía.

Abrí, y me encontré con que la carta era de Pablo, que me anunciaba que ocho dias despues de mi partida habia desaparecido Fanny, llevándose todo el dinero, excepto una pequeña cantidad que habia entregado á Pablo, para gastos extraordinarios.

Añadia Pablo, que no habia podido averiguar lo que habia sido de la niña Fanny; que no se habia puesto inmediatamente en camino para buscarla, porque no habia encontrado pasaje, y que no le contestase, porque pensaba embarcarse muy pronto.

III.

Este fué para mí un golpe terrible.

Mi primera suposicion fué, que Fanny se habia ido á buscar á su padre; pero, ¿cómo creer entonces en su amor?

¿Ni cómo creer tampoco otra cosa?

Escribí á mister Thompson una carta, inspirada por el amor, por el anhelo de encontrar á Fanny, de que fuese mi esposa; y al cabo de mucho tiempo, recibí en Cá-

diz una carta, llena de improperios y de amenazas; una trasformacion, en fin, del bondadoso carácter del dulce mister Thompson que yo conocia.

¡Ah, y cuánto se engaña uno, amigo Luis, cuánto y cuánto hacemos el papel de imbéciles, creyendo de buena fé en las apariencias!

En resúmen; de la carta de mister Thompson resultaba, que aquel no tenia noticia alguna del paradero de la hija.

¿Dónde habia ido pues?

IV.

Yo estaba completamente aburrido, y para distraerme, pedí un año de licencia para viajar por el extranjero, lo que se me concedió, porque el duque me lograba todos los gustos imaginables.

Tenia yo además otro objeto; curarme del sufrimiento insoportable que me devoraba.

Reemplazar á Fanny con otra mujer, que me compensase de su pérdida.

—Las inglesas,—me dije,—son espirituales hasta lo inverosímil; hermosas como ángeles, cuando no son caricaturas impresentables.

Me voy á Lóndres, y si no encuentro allí una mujer que se parezca á Fanny, paso á Escocia. ¡Oh, las escocesas! si tampoco en Escocia encuentro mi ideal, lo buscaré en Irlanda.

Las irlandesas son unas adorables mujeres.

Necesitaba, en fin, curarme.

V.

Me detuve en París algun tiempo, porque París retiene.

Una noche, en la ópera, ví que todo el mundo miraba á un palco de la derecha, inmediato al proscenio.

Miré tambien, y ví de pié, junto al antepecho del palco, un hombre gigantesco, de cabellera crespa y voluminosa, negra intensa, y con reflejos de un azul gris, de semblante acentuado, y de color rojo.

Vestia de frac, y llevaba corbata blanca.

Un representante de la humanidad salvaje.

Miraba desde allí, á un fragmento de la humanidad civilizada.

Era Kin Kakop Atahualpa.

Poco despues que él, apareció una mujer, que llamó mucho más la atencion de todo el mundo, que el salvaje.

Aquella mujer era Fanny.

Yo no supe, ni pude ya sostenerme.

Abandoné mi asiento de orquesta.

Salí de la sala, gané la galería de los palcos, y abrí violentamente la puerta del que ocupaban Kin Kakop y Fanny.

Pero me deslumbró un resplandor muy vivo, una especie de relámpago.

Oí una detonacion, y sentí que un cuerpo muy ligero pasaba con una gran rapidez, sin causarme más que una sensacion desagradable por debajo de mi clavícula izquierda.



El indio dispara contra Estéban.

Avancé, y Kin Kakop vino sobre mí, me arrolló, y escapó.

No le seguí; me atraia Fanny.

Fanny estaba de pié, mirándome con ansia.

Al fin me asió las manos.

—¿Te ha herido ese miserable?—exclamó.

Calcule usted, amigo don Luis, cuál seria mi sorpresa.

—¡Oh, sí, sí!—dijo aterrada,—la sangre mancha tu camisa.

En efecto, yo la sentia correr.

Un comisario entró en aquel momento, con dos sargentos de villa, en el palco.

No hay para qué decir, que en el teatro el escándalo era de los de *primísimo cartello*.

Los de la sala se levantaban de sus asientos.

Los de los palcos, se avanzaban á las balaustradas.

Yo empezaba á vacilar, por la pérdida de la sangre.

Sin embargo, pensé en salvar á Fanny del compromiso, por lo pronto.

—Esta señorita es mi hermana,—dije,—y pido que no se la separe de mí.

—¡Un carruaje, un carruaje!—dijo el celador á uno de los sargentos de villa.

—No, no hay necesidad,—dijo Fanny,—el nuestro nos espera.

Salimos: al pasar por el vestíbulo del teatro, vimos á Kin Kakop entre un grupo de agentes, asegurado por los brazos, haciendo esfuerzos formidables por desasirse.

Al vernos, se dirigió á mí, y gritó con voz ronca:

—¡Perro, ladron, cobarde!

Nadie entendió estas palabras, porque Kin Kakop las habia pronunciado en español.

Salimos, y entramos en un carruaje de cuatro asientos, en el que nos acompañó el comisario y un agente.

El otro agente montó en el pescante.

Ibamos, pues, presos.

Se habia dado un grave escándalo, y era necesario satisfacer á la opinion pública.

El carruaje se detuvo en la calle *Vivienne,* á la puerta de un hotel.

Yo estaba casi completamente desvanecido.

Me sentí trasportar hasta una habitacion excelente, donde me pusieron en un lecho.

El comisario y el agente no se separaron de nosotros; y ya que no se me podia interrogar á mí, porque no estaba en estado de responder, se interrogaba á Fanny.

Se habian llamado médicos.

La situacion de Fanny era difícil, y sin embargo salió por el momento de ella, reduciéndose á decir que era mi hermana, que no comprendia lo que habia sucedido, y que era necesario esperar á que yo estuviese en estado de responder.

Los médicos declararon que por el momento no podia hacérseme pregunta alguna.

VI.

En el hotel no pudieron decir otra cosa, sino que no me conocian; que la persona que acompañaba en el apo-

sento del hotel en que yo me encontraba, á una señora americana, cuyo nombre ignoraban, no era yo, á quien no conocian.

Nada probaba esto contra Fanny: podia ser muy bien, que sin conocerme en el hotel, fuese mi hermana.

Por otra parte, Kin Kakop, á quien se habian llevado á la prefectura, se obstinaba en no declarar.

No habia medio de sacarle una sola palabra.

No hacia otra cosa que apretar los dientes y los puños, y rugir y más rugir.

El intérprete que se habia buscado para interrogarle, se aburria.

No resultaba contra mí ni contra Fanny culpabilidad alguna; no la habia, en efecto.

No se habian encontrado sobre mí armas, y muchas personas á quienes llamaba la atencion la hermosura excéntrica de Fanny, habian visto que al abrir yo el palco, Kin Kakop habia disparado sobre mí.

Se mandó, pues, se nos dejase en libertad á Fanny y á mí.

No podia ser de otra manera.

Fanny habia declarado únicamente, que el asesino era un amigo suyo, un peruano con el cual vivia, porque era libre, y que sin duda éste, al verme aparecer, habia temido, y habia disparado.

Esta era una cuestion de familia que rebajaba mi decoro, es cierto, puesto que una mujer que se llamaba mi hermana, representaba ante la ley el papel de entretenida de un americano millonario.

En fin, amigo don Luis, en la embajada se prestaron á cubrir mi mentira.

No resultó cargo alguno contra Fanny, y el jurado envió á trabajos forzados, á pesar de sus millones, á Kin Kakop.

Pero ese hombre debe ser inmortal é inguardable.

Ese hombre, que no habia muerto, á pesar de que en Chile, al saltar hácia atrás, se habia dado con la fuerza de una bala rasa en la cabeza, en un muro de mampostería, se escapó tambien de Tolon, porque Pablo me ha escrito que le ha visto ayer en Madrid, llevando del brazo á Clotilde, y digo á Clotilde, porque sé que este es el nombre que lleva.

Pablo los siguió, los vió entrar en la calle de Hortaleza, número cincuenta y dos, preguntó á la portera, y supo que aquella señora se llamaba Clotilde, que habia vivido en la boardilla de la misma casa, miserablemente con su marido, que era una especie de tunante desarrapado, y que hacia como unos veinte dias, habia habido un escándalo formidable; que habia desaparecido el marido, y doña Clotilde y el señor que la acompañaba habian tomado el cuarto principal, que habian amueblado con gran lujo.

Esa es toda la historia, amigo mio.

Hoy he ido á buscar á mi indio, y un criado me ha dicho que su amo habia salido con la señora, y que no volveria sino á la hora de comer, á las ocho.

Pero como antes recibí su carta de usted, en que me prometia darme noticias de mi hermana, he dejado el asunto de mi indio para otro dia.

VII.

Luis habia escuchado inalterable la relacion de Estéban.

Habia continuado estudiándole.

A cada momento habia comprendido más, que existia una profunda doblez en el carácter del jóven. No sabia cómo entrar en la cuestion de Dolores.

Aquel asunto era demasiado importante para él. La amaba, á pesar de todo; comprendia que era indigna del amor de un hombre honrado, y, sin embargo, su corazon triunfaba de su razon.

—Pero, en fin,—dijo Luis,—¿ha concluido usted su historia? Creo que hay en ella una laguna.

—Indudablemente, amigo mio,—contestó Estéban,—me habia quedado en París con Clotilde, ó Fanny, como mejor querais; fuí feliz durante algunos dias, completamente feliz, me enloquecia. Los que me veian con ella en carruaje descubierto, triunfante, como quien luce una alhaja de gran valor, ó en el teatro, en palco, en los lugares más visibles, me envidiaban. ¡Ah! no sabia lo que era aquel hermoso demonio. Mi historia es completamente vulgar, amigo don Luis; no se la tenia segura, ni más ni ménos que un *pájaro*.

Un dia volví al hotel, y me encontré con que Clotilde habia desaparecido. Ya tiene usted llena la laguna que encontraba usted en mi historia. De esto, hace dos años.

Volví á Madrid antes de terminar el plazo de mi licencia, y por algun tiempo el duque me trató de una manera extraña, como no me habia tratado nunca. Me

tenia las mismas consideraciones, pero notaba yo en él algo de contrariedad, algo de disgusto. Algunas veces comprendí en sus ojos una mirada torva. Esto me causó una sensacion difícil de explicar; me colocó en una situacion de espíritu penosa. Necesité, al fin, una explicacion, y dije un dia al duque:

—¿He dado á usted algun motivo, para que varíe conmigo de conducta?

—No, hijo mio, no,—me contestó,—es que á veces, cuando te veo tan jóven, tan hermoso, tan alentado, tan lleno de esperanzas, recuerdo cosas tristísimas, demasiado tristes; recuerdo á tu madre.

—Nunca me ha hablado usted de mi madre.

—¿Y para qué?... Tu madre ha sido funesta para mí; tu madre ha amargado mi existencia, me ha enloquecido, me ha deshonrado.

Nunca el duque habia hablado conmigo de una manera tan grave. Creí sentir algo de odio en el acento del duque.

En efecto, amigo don Luis, el duque me aborrecia de muerte. He sido otra vez víctima de mi buena fé. ¿Porqué creerá usted que el duque me daba dinero á manos llenas y me hacia gastar las dos terceras partes de su renta? ¿Cree usted que era por no dejar á parientes á quienes no estimaba, una gran herencia? No, amigo mio, era por acostumbrarme á todos los vicios, á todas las disipaciones, á todos los extravíos; era para determinar en mí los funestos resultados de una malísima educacion.

El duque se habia equivocado.

Yo habia resistido á todas las malas influencias del

dinero, ó mejor dicho, á todos los resultados que produce el poder hacer todo lo que se quiere. Yo era un hombre de honor. Esto no le convenia al duque, esto mataba su venganza. Mi madre era su esposa, su esposa adúltera.

Un dia, al fin, me dijo:

—Siéntate y escucha.

VIII.

—Habia cerca de Madrid en un pueblecito, en una hermosa casa de campo, una jóven admirable.

Aquella jóven pertenecia á la alta nobleza. Vivia allí retirada con su madre viuda.

Un dia, yendo de caza, la ví paseando con un criado por los alrededores del pueblo.

Su hermosura era maravillosa, y no pude verla sin impresionarme.

La seguí discretamente, como sigue á una señora un hombre bien educado; y la ví entrarse en la casa de campo.

No reposé ya. Pregunté á mis amigos de Madrid, y supe que la señora viuda que habitaba en aquella quinta con su hija, era la marquesa de las Nogueras. Me procuré un amigo de aquella señora que me presentase en su casa, me encontré conque Cármen, que era muy jóven, tenia el corazon libre, no habia amado nunca.

Yo era entonces un hombre de moda, una especie de don Juan Tenorio; y me fué fácil interesar á Cármen. Logré hacerme amar: yo al ménos así lo creí.

Sobrevino lo que era natural entre dos personas de

una misma clase. Aquello era un casamiento conveniente, y se realizó.

Yo creia haber encontrado la felicidad, pero me engañé.

El primer amor de una mujer, nada determina. A veces no es otra cosa que el resultado del deseo del amor.

Generalmente no es el amor mismo.

Yo me rio cuando dicen que una mujer no olvida nunca su primer amor. Su primer amor es un ensayo, un paso audaz dado en el camino de su vida.

El amor más terrible en la mujer, es su último amor.

Mi esposa me dió una hija, una hermosísima criatura á quien yo adoraba.

Pasaron dos años.

Al cabo de estos, vino del ejército de América un primo mio, un calavera de estos que nada respetan, que se entregan á sus pasiones; y que las satisfacen á costa de todo. Éste señor primo tenia todas las cualidades necesarias para enloquecer á una mujer ligera, á una mujer que se habia arrepentido muy pronto de haber consagrado su vida á un hombre que no era realmente el que podia llenar su corazon. Yo era grave, sério, concentrado en mí mismo, vivia del corazon, y no más que del corazon.

Cármen no tenia bastante inteligencia, bastante corazon para apreciar cuánto vale un corazon que siente, cuán precioso es para una mujer ese amor del alma que nos hace sacrificarlo todo por el sér que amamos: Cármen era una mujer vulgar, de corazon, si no corrompi-

do, propenso á la corrupcion, oculto bajo una forma de ángel.

Mi primo, el marqués de Alfaro, era un hombre decidor: finísimo, conocedor de las mujeres tal como Dios ha hecho en general á las mujeres triviales, apasionadas de todo lo que es candente; de todo lo que impresiona el sensualismo de que está llena su alma.

La mujer es un sér nervioso, perfectamente nervioso.

San Agustin ha dicho, no recuerdo bien si fué San Agustin ú otro santo padre, que la mujer se parece al hombre en la figura, pero que no tiene el alma de hombre.

Es un sér que Dios ha criado para que sirva á la reproduccion, pero que no es lo que nosotros creemos, la mitad del alma del hombre, ó por mejor decir, el complemento de su alma.

Dejo toda la responsabilidad de esta definicion de la mujer á quien lo ha dicho.

Por mi parte, yo no existia mas que para Cármen, no creia que hubiese felicidad ni existencia posible fuera de ella.

Mi primo, el marqués de Alfaro, la consideró de otro modo; desde el punto de vista real en que se habia colocado siempre para considerar á las mujeres.

Era con ella mucho más obsequioso que yo.

La galanteaba de una manera delicada, de una manera que podia confundirse con el buen trato de gentes, con la galantería conque siempre habla un caballero con una señora.

Yo era demasiado aficionado á la caza: y mi primo no cazaba nunca: á lo ménos en el campo.

Habia encontrado más cómodo cazar á mi mujer.

Sucedió, por último, lo que yo no esperaba.

Sabia que Cármen no era una mujer superior; pero nunca creí fuese una infame.

De vuelta de una montería me encontré con los criados consternados, silenciosos, acobardados; ninguno se atrevia á decírme lo que acontecia, pero muy pronto lo conocí por mí mismo.

Mi mujer me habia abandonado.

El dolor que sentí fué horrible.

La amaba de cuantas maneras puede amar un hombre á una mujer.

Estaba enamorado física y moralmente.

Era para mí una necesidad absoluta, era mi existencia; pero lo que me fué más terrible, fué la pérdida de mi hija.

El marqués de Alfaro habia desaparecido tambien.

¿Qué habia sido de entrambos?

Lo ignoraba. Ninguno me daba noticias.

Los infames se habian perdido como se pierde un átomo en el espacio, una hoja podrida que el viento arrebata.

Me cansé de inútiles pesquisas y esperé.

¿Qué esperaba? ¿Vengarme? No, no solamente vengarme, necesitaba recobrar á mi hija.

IX.

Un dia tuve noticias de ella de una manera demasiado triste.

Por casualidad me habia puesto á leer un periódico francés, *El Siglo*; aquel periódico contenia una de esas noticias que producen escándalo.

Un español habia hecho una falsificacion de billetes de banco, y habia sido sometido al rigor de las leyes.

En aquella falsificacion estaba envuelta una mujer con quien vivia.

Y como que la ley, cuando se apodera de una persona, hace su historia completa, averigua quién es, de dónde viene y, si es posible, á dónde vá, me encontré dolorosamente sorprendido cuando supe que aquellos dos criminales eran, el uno el marqués de Alfaro; el otro, la marquesa de las Nogueras, que habian cometido ya, segun decia el periódico francés, el enorme delito de seduccion á mujer casada, á mujer de un pariente, él; de fuga del domicilio conyugal, y de rapto de su hija, ella.

Inmediatamente abandoné á Madrid, y me fuí á París.

¿Qué me importaban aquellos dos miserables?

Lo que sentí realmente fué un movimiento de repulsion hácia ellos, los desprecié, y el desprecio no puede coexistir con el amor.

Yo habia dejado de amar á Cármen, yo no creia ni aun digno de mi venganza á un pariente miserable que habia enamorado á mi mujer para deshonrarla.

Lo que yo necesitaba era á mi hija, pero no podia encontrarla.

La ley no pudo hacer declarar á mi infame esposa donde estaba.

En cambio, tenia en su seno el fruto de su adulterio.

La ley los sentenció.

Circunstancias atenuantes, ó más bien la fortuna del marqués, hicieron que no se cumpliese con ellos todo el rigor de las leyes, y fueron sentenciados á seis meses de prision.

Durante este tiempo, dió á luz Cármen un niño.

Ese niño fuiste tú.

No podia vengarme de ningun modo.

Una condena que se estaba cumpliendo, ponia fuera del alcance de mi venganza á aquellos dos miserables; pero existias tú.

Me extremecí al oir la manera con que habia pronunciado sus últimas palabras el duque.

—¡Y bien!...—le dije,—se apoderó usted de mí para tomar una venganza de mi madre, ¿no es cierto? Por infame que sea una mujer, su corazon siente siempre de una manera poderosa el amor de su hijo.

—Sí,—me contestó el duque, con una sangre fria que acabó de aterrarme;—yo proyecté una venganza que al fin no he llevado á cabo. Me fué fácil, á fuerza de oro, arrebatarte del establecimiento de beneficencia á que habias sido confiado, no pudiendo permanecer en la prision con tu madre, porque la ley no puede castigar inocentes. Sin embargo, hay otra venganza superior á la de los

hombres; otra venganza terrible, otra venganza eterna, que hace que los pecados de los padres recaigan sobre los hijos. Me costó mucho dinero, pero al fin te tuve.

X.

No se puede ver contínuamente á un pobre ángel, á un niño huérfano, sin amarle, sin impresionarse por su porvenir.

Yo, que te habia robado; yo, que me habia apoderado de tí, con el objeto de hacerte tan miserable como tus padres lo habian sido, de presentarte un dia á tu madre deshonrada, infeliz, doblegado por la desgracia, y tal vez por las leyes, me apasioné de tí, como si hubieras sido mi hijo, y te he dado más de una prueba de ello.

Por tí he desheredado á mis parientes; tú has vivido dentro del lujo y de todas las comodidades de la vida; tú, hijo sin nombre y sin padres, perteneces á un cuerpo aristocrático, lo que se debe á mi influencia.

Eres teniente de navío, hermoso, instruido, bueno, generoso; un caballero, en fin, en toda la extension de la palabra.

Hé ahí en lo que se ha convertido mi venganza. Te amo, y no me arrepiento de ello. Dios ha puesto en nuestro corazon el instinto de la paternidad, para los séres débiles que tenemos bajo nuestra mano.

Yo no he podido contrariar esa eterna ley del sentimiento.

No extrañes, pues, que alguna vez te mire de una manera torba: te pareces mucho á tu madre, y aunque he dejado de amárla, aunque no puedo amarla, siento sin

embargo la desesperacion de verme burlado, de verme abandonado.

Por lo demás, vive tranquilo; lo que he sido antes para tí, lo seré siempre, y aunque no puedo dejarte ni mi título, ni mi herencia, haré de modo que quedes mucho más rico que mis herederos.

Esta manifestacion habia sido cruel, hipócrita.

Se me habia dicho que yo era una prenda de venganza; que se habia renunciado á ella; que se me amaba, y, sin embargo, yo sentia la obra de la venganza del duque.

Me habia hecho voluntarioso, me habia acostumbrado á no encontrar dificultades, puesto que por el duque tenia yo sobrado dinero para satisfacer todas mis propensiones.

Debia serme cruelmente doloroso contraer un deseo y no poderle satisfacer.

Esto no tardó en sobrevenir.

Un dia, el duque me dijo:

—Es necesario que reduzcas un poco los gastos, Estéban; tanta prisa nos hemos dado á gastar los dos, que mis rentas están empeñadas, y que mis administradores se ven ya negros para proporcionarme dinero.

Esto era mentira.

El duque gastaba lo estrictamente necesario para su representacion.

No tenia vicios, no era caritativo, no tenia, en fin, razon ninguna para justificar aquella ruina inverosímil.

Yo conocí su propósito.

Despues de haberme acostumbrado á los dispendios,

al lujo, me dejaba de repente poco ménos que atenido á mi sueldo de teniente de navío.

Esta es la situacion en que me encuentro, amigo don Luis; los seis mil duros mensuales que el duque me daba, se hán reducido á cuatro mil reales.

Tengo tren, buena casa, servidumbre; pero me veo precisado á economizar, á abstenerme de gastos supérfluos, á vivir como un cualquiera de medio pelo, y sin embargo, todo el mundo se engaña.

El duque me ha traido á Madrid, al ministerio de Marina, con la torcida intencion de tenerme aquí, al tope de todos los placeres, de todas las necesidades.

Un teniente de navío, que manda una fragata, para nada necesita el dinero.

A bordo se vive con muy poco.

Cuando se está de estacion en un puerto, los gastos son tambien pequeños; pero en Madrid es distinto, y mucho más, estando relacionado como yo lo estoy.

XI.

—Amigo don Luis, he llegado casi á la miseria.

Soy un pobre diablo que brilla.

Por ejemplo: se me vé en la Fuente Castellana, en el Prado, en un magnífico carruaje con caballos de un valor excesivo, con criados de lujosa librea. Tengo, en fin, todo el aspecto de la gran riqueza, pero mi bolsillo no responde, desgraciadamente, á este aspecto.

Estoy reducido á una vida económica.

Todo me lo absorbe el plato; así es que empiezo á sentir la venganza de mi buen protector, que todos los

dias me asegura que me ama de una manera creciente, que soy su orgullo, que siente mucho no poderme llamar su hijo, y sobre todo, la penuria á que le han reducido las circunstancias.

XII.

Cuando uno se encuentra abandonado á babor, estribor á popa y proa, solo, en medio del mar de la vida, se necesita algo en que apoyarse: mi madre, criminal ó no, ¿qué me importa? una madre ama siempre á su hijo.

Envié á París á un amigo mio, para que se informase en el establecimiento penal en que mi madre habia estado; y resultó de esto, que me manifestaron que mi madre se habia fugado, protegida por un empleado, que se habia atrevido, enamorado de ella, á todas las consecuencias de su fuga. Se habia fugado á los dos meses de su condena.

En cambio, el marqués de Alfaro habia muerto.

Pero, ¿qué habia sido de mi madre? pregunté al duque.

Nunca me contestó.

Me pareció descubrir que mi madre habia muerto, y que habia muerto en Madrid.

Cuando quise que el duque determinara sus noticias, se me cerró á banda, diciéndome que nada sabia; que no habia tenido más que noticias inexactas acerca de mi madre; que cuando habia pretendido averiguar, solo habia sabido que habia muerto, y que era de suponer que habia muerto en Madrid.

—¿Y bajo qué nombre está enterrada mi madre?—le pregunté.

—¡Qué diablo!—me contestó,—debe estar enterrada con su propio nombre; ella era marquesa de las Nogueras...

—¿Pero usted no sabe...

—Nada absolutamente.

Entonces emprendí un trabajo ímprobo.

Recorrí los cementerios, y leí una por una las inscripciones mortuorias.

Al fin, hace veinte dias que hallé un panteon en el cementerio general de la Puerta de Toledo, sobre cuya losa estaba escrito el nombre de mi madre.

Aquella tarde tambien ví aquella funesta Adela Madreselva, á la causante, aunque sin voluntad, de la muerte del mejor de mis amigos.

Despues pretendí que el duque me diese algunas noticias exactas, y nada he conseguido.

Hé aquí mi situacion.

He encontrado á Clotilde y á mi indio, y usted me ha dicho que puede darme noticias de mi hermana. Estoy, pues, en vísperas de grandes sensaciones, de grandes acontecimientos.

Estoy resuelto á recobrar á Clotilde aunque tenga que estrangular al indio, y á unirme á mi hermana á ver si de este modo logro que el duque deje de estar arruinado, y me saque de la situacion penosa en que me encuentro.

XIII.

Guardó silencio Estéban, y Luis permaneció mirándole profundamente.

—Y bien, amigo mio,—dijo,—al fin su suerte de usted es funesta. Su familia de usted no es de las que pueden enorgullecer á un hombre; es usted hijo de una madre criminal, y necesita usted prevenirse para recibir noticias acerca de su hermana. La hermana de usted es desgraciadamente una de esas mujeres extraviadas por el orgullo y por el olvido de todas las conveniencias sociales; y, una de dos, ó renuncia usted á saber de ella, á conocerla, ó de antemano se necesita un perdon ámplio, una gran generosidad.

—Pero, mi hermana...

—Su hermana de usted, Estéban, tiene una larga y triste historia, su hermana de usted ha sufrido mucho; su hermana de usted es una víctima del delito de su madre; su hermana de usted es una pobre enferma, desesperada.

—¡Enferma!—exclamó Estéban,—y usted tiene aquí, en su casa una enferma á la cual cuida con un interés que solo puede tener por una mujer su padre, su hermano, su hijo ó su amante.

—Y bien,—dijo Luis;—supongamos que está aquí enferma su hermana de usted; ¿qué piensa usted hacer cuando la reconozca?

—Qué, ¿hay medio de reconocimiento?

—Sí, su hermana de usted es el vivo retrato de su madre.

—Pero si yo no he conocido á mi madre... amigo don Luis.

—Y, ¿qué importa si la ha conocido el señor duque?

—¡Ah!... ¿y el señor duque debe ser el medio del reconocimiento? Me contraría esto demasiado.

Luis tuvo una prueba más de que respecto á Estéban habia sido un hombre de una excesiva buena fé, ó lo que es lo mismo, un tonto. Le habia creido un caballero, un jóven impresionable, apreciabilísimo que marchaba por el bien confiado en todo; un sér en una palabra poético.

Se encontraba con que el dinero era la base del carácter de Estéban, y con que le contrariaba que para reconocer á su hermana no hubiese otro medio que el reconocimiento del duque.

¿Qué queria decir esto?

Que Estéban se habia propuesto explotar al padre de su hermana, exigirle consideraciones, arrancarle á cambio de su hija una fortuna.

XIV.

Luis hubiera desistido del proyecto de hacer que los hermanos se reconociesen, si no le hubiera importado tanto que Dolores obtuviese la posicion que le correspondia.

Esta posicion podia regenerarla.

Por el dinero se habia perdido, y las mujeres que por el dinero se pierden, solo por el dinero pueden, aunque raramente, ser salvadas. Luis contaba con Estéban para preparar al duque, para ir á su casa, para efectuar el reconocimiento. Por esto no concluyó por decir á Luis

que nada sabia de positivo y que su carta anunciándole que conocia á su hermana se habia fundado en suposiciones, pero tampoco podia por el momento pensarse en que el duque reconociese á su hija.

Dolores estaba demasiado enferma y podia serle funesto aquel reconocimiento que de improviso la levantaba de su posicion de aventurera á la de grande de España.

XV.

—Pero,—dijo Estéban,—amigo don Luis, ¿en qué funda usted esas suposiciones? Es usted un hombre demasiado sério para haberme dicho, puedo decirle á usted dónde está su hermana sin que esto tuviese algo de exacto.

—Despacio, despacio, señor don Estéban,—dijo Luis, —con lo que usted me ha dicho de una manera incompleta nada veo en claro. Me ha contado usted su historia al galope.

—Como quien cuenta una cosa que le incomoda, señor don Luis, ya vé usted que mi historia se reduce á muy poco, porque se concentra en una mujer.

Fanny ó Clotilde, hé aquí mi amor, mi vida entera, Kin Kakop, hé aquí mi odio, el duque del Humbroso, hé aquí mi inconveniente; amigo don Luis, yo estoy resuelto á todo, siento dentro de mí una fuerza que me impulsa, yo necesito romper todas las contrariedades que me rodean, apoderarme de Clotilde, obligarla, no sé cómo, á que me ame, el amor es un sentimiento que no se impone, que resiste, tanto más, cuanto más se lucha contra él,

las mujeres, maldígalas Dios, como una mujer se empeñe en no querer á un hombre, no hay medio humano. Cuanto más os sacrifiqueis por ella, ménos conseguís. La mujer es un sér débil y fuerte á un tiempo, necesita ser dominada, y no puede dominar á una mujer quien está loco por ella; si usted la conociera, amigo mio, si usted la conociera.

—Si yo la conociera,—exclamó Luis,—ójala no la hubiera conocido nunca.

—¡Cómo!—exclamó Estéban,—usted conoce á Fanny, á Clotilde.

—Mucho, amigo mio, mucho, demasiado, más de lo que quisiera.

—¡Diablo!—exclamó Luis,—conque usted conoce á Clotilde, pues entonces, amigo mio, usted la ama, somos compañeros de infortunio; no conozco á nadie que pueda conocer á Clotilde sin amarla. ¡Ah! Dios ha hecho hermosa á la serpiente de cascabel, la ha dado unos matices encantadores y un poderoso fluido magnético. Pero dígame usted, señor don Luis, en qué consiste esto, sabemos que una mujer es una miserable que no tiene el diablo por donde desecharla, que es nuestra muerte, nuestra desesperacion, que es todo lo malo que puede ser un sér humano respecto á otro sér humano.

—Es que estamos locos, amigo mio, es que el destino del hombre es empeñarse en vencer lo que es invencible: pero estamos perdiendo deplorablemente el tiempo, amigo mio; por muchas vueltas que demos al negocio, no resultará otra cosa que, siendo la mujer el objeto, la ambicion del hombre, en la mujer consiste que un hom-

bre sea feliz ó desgraciado: ¿y qué falta nos hace una mujer? podrá decir un hombre de alma fria. ¡Ah! ¿qué falta nos hace? La vida sin el amor, es la soledad más vacía de todas las soledades; es una lámpara sin luz, una noche sin luna, un dia sin sol. La vida sin el amor, es la muerte: porque un hombre desea hacerse una posicion, brillar, dominar: todas las aspiraciones del hombre van á parar á la mujer; de ella venimos, y á ella vamos: y la mujer es el sér más terrible de la creacion. Tiene para fascinar, su hermosura; su debilidad es un arma poderosa; sus lágrimas, son su elemento de combate, y luego nuestro egoismo, una mujer que nos ama, y á quien amamos, es nuestro paraiso; por el contrario, una mujer á quien amamos con toda nuestra alma, con todo nuestro sér, con toda nuestra voluntad, y que no nos ama, es nuestro infierno. Los celos, el horrible tormento que no se puede comprender, si no se siente; la mujer, que no puede vivir sin el amor, porque el amor es su vida, y ver que la mujer á quien amamos ama á otro, y que, generalmente, ama á un sér vulgar, prostituido, corrompido, miserable, con el cual no podemos compararnos, la humillacion del amor propio, el freno de la voluntad, la lucha con un eterno imposible; ¡oh! esa mujer, es Adela Madreselva ó Clotilde.

—¡Cómo! ¿conoce usted á Adela Madreselva? Pues entonces de seguro es usted la criatura más desdichada de todas las criaturas.

—Ni más ni ménos que usted respecto á Clotilde,—dijo Luis.

—Hay, sin embargo, una diferencia: la Adela Madre-

selva, es una mujer olvidada de todo, que todo lo sacrifica á su vanidad, que ama con una vehemencia extraordinaria, pero que deja de amar con suma facilidad. ¡Ah! Adela Madreselva no merece ni consideracion ni respeto; es un sér completamente podrido; para ella no hay más, que ó voluptuosidad ó dinero, el sensualismo, ó la vanidad. Clotilde es otra cosa: Clotilde no pasa de ser una extravagante; se ha enamorado de su indio, ¿por qué? no se concibe: ni ès hermoso, ni tiene asomo de cultura; es salvaje, es siempre el salvaje. De un millon de mujeres, novecientas mil novecientas noventa y nueve le despreciarían; se reducirían cuando más á explotarle, porque es muy rico. Clotilde no le explota, por más que él gaste con ella bizarramente su dinero; de la misma manera estaria loca por él, si el diablo del indio fuese un mendigo. Creo que ella ama en él, lo brutal. ¡Quién comprende á las mujeres! No existe respecto á ellas regla alguna, cada una es una originalidad. ¿Pero de qué la conoce usted?

—Historia por historia, amigo mio: yo le he oido á usted, y quiero que usted me escuche; pero permítame usted un momento, estoy inquieto: hace ya mucho tiempo que no he visto á mi enferma, y voy á verla; soy su médico, y á más de esto, la amo; es mi único amor, la pasion más terrible que ha agitado mi corazon. ¡Oh, si muriera, si yo la viera muerta! ¡Ah! no quiero pensar en ello. Permítame usted, vuelvo al momento.

XVI.

Luis fué de nuevo al dormitorio de Dolores.

—¿Por qué no estás á mi lado?—le dijo ésta, que no dormia;—¡tengo tanto que decirte! Tú no has querido escucharme nunca, has sido demasiado severo, y es necesario que cedas ante el martirio de tu pobre enferma; es necesario que me oigas. No, yo no he tenido la culpa; la culpa ha sido de mi madre; ¡Dios la perdone! Ella determinó una situacion terrible: escúchame Luis; necesito rehabilitarme á tus ojos.

—¡Oh! estás muy débil, hija mia, muy enferma; has pasado quince dias sumergida en un marasmo terrible; una excitacion imprudente podria reducirte al mismo deplorable estado.

—No, Luis, no,—dijo Adela con acento voluntarioso, —no es eso, oye, me he convertido, mi vida pasada me causa horror; me he comparado con Andrea, con esa pobre mártir, y me he sentido humillada; ella ha tenido valor para arrostrarlo todo, hasta la muerte, y yo he sido cobarde, me he manchado, me he hecho indigna del amor de un hombre de corazon, pero exculparme á tus ojos, en la parte que me sea posible, seria el mejor remedio que podrias darme: tú has esquivado siempre una explicacion, y esto me ha llegado al alma; tú no me amas ya, si me amaras, hubieras provocado esa explicacion; estoy gravemente enferma, y sin embargo, tú no estás á mi lado. ¡Ah! tú amas á otra, y esa otra está tal vez en esta casa; vienes á cuidar de tu enferma como un médico, ni más ni ménos; vienes un momento, y des-

pues te vas al lado de esa mujer; ya se vé, ¡es tan hermosa, tan pura, tan niña!

—¡Ah! tú crees que yo me he enamorado de Andrea ¡pobre chica! y entretanto, bien agena de tus celos, está dormitando junto á la chimenea, entre las dos hermanas de la caridad.

—Pues entonces, ¿por qué te separas de mí?—dijo Dolores, con un acento en que vibraban sus celos.

—No me atrevo á decirte quién es la persona que está en este momento en nuestra casa, y que me veo obligado á atender.

—¡Ah! no, no; dímelo, estoy fuerte; ¿quién puede ser? uno de mis antiguos amantes, no lo creo. ¿Por qué temer revelarme la persona á quien acompañas?

—¿Recuerdas al oficial de marina que encontramos en el cementerio?—dijo Luis.

—¡Mi hermano!—exclamó Dolores, con la voz opaca y convulsa.—¿Está mi hermano contigo?

—Sí.

—¿Y quién ha traido aquí á mi hermano?

—Yo.

—¿Y para qué?

—Para que recobres tu posicion.

—¿Mi posicion? ¿Y qué posicion puede ser la mia?

—¡Ah! Tú eres de todo derecho marquesa de las Nogueras, y cuando muera tu padre, serás duquesa del Humbroso.

—¡Ah!—exclamó Dolores,—mi padre se avergonzará de mí.

—El amor de los padres es infinito, y lo perdona to-

do. Además, tu padre te ama, te busca por todas partes: te robaron de tu casa cuando eras niña, y tu padre no se ha olvidado de tí.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo ha dicho tu hermano.

—¿Y sabe él que es hermano mio?

—No, no me he atrevido; aún no es tiempo.

—¡Ah! parece que ignoras que yo tengo el corazon solitario, que necesito llenarle de afectos, que una explicacion entre mi hermano y yo es indispensable; pero sí, sí, tienes razon; mi hermano me conoce, mi hermano me aborrece, mi hermano es otro tal como yo; no te fíes de él, Luis; renuncia alguna vez á tu buena fé; ¿no te he dicho ya que mi hermano tiene una historia de sangre? Es hermoso, simpático; parece sencillo; yo tambien cuando quiero parezco una buena mujer: este don del disimulo debemos haberlo heredado de nuestra madre; mi madre parecia la mejor mujer del mundo, y sin embargo no dudó en sacrificarte, en matarte, en matarme á mí. ¡Oh! ¡qué historia, qué historia la nuestra! parece inventada por un demonio. Pero yo estoy arrepentida, Luis, arrepentida de todo punto; ten lástima de mí: yo te adoro; he comprendido que nádie me ha amado como tú; que estás dispuesto á todo por mí; que soy tu amor entero, tu pasado, tu presente y tu porvenir. Perdóname, perdóname, porque todo lo que ha pasado por mí me parece un sueño, y de ese sueño sombrío solo quedas tú. No ames á otra, porque me matarías, y tú no querrás matarme.

XVII.

Dolores habia pronunciado sus palabras con una vehemencia infinita.

Luis gozaba de una felicidad suprema, y sin embargo un temor vago le decia que aquello era ficticio, hijo de la situacion, que Dolores no mentia, pero que se engañaba.

Habia acabado de ser hombre de buena fé, pero habia tocado en otro extremo peligroso, se habia hecho excéptico.

Tranquilizó á Dolores, la aconsejó que reposase, y se volvió para ir á encontrar á Estéban.

Pero con algo que podia llamarse indignacion, le encontró al lado.

Estéban se habia venido en silencio tras él, y habia oido todo lo que habian hablado Dolores y Luis, protegido por los pabellones del lecho.

XVIII.

Luis nada dijo á Estéban.

Le hizo seña de que le siguiese, y Estéban le siguió.

Al pasar por el gabinete reparó en Andrea, que continuaba dormitando.

—¡Oh! ¡qué niña!—exclamó,—¡qué belleza y qué juventud!

Y siguió á Luis hasta su cuarto.

XIX.

—He experimentado una nueva decepcion,—dijo Luis,—de nuevo me ha engañado mi buena fé; esta funesta

propension que tengo á pensar bien de todo el mundo, á fiarme de las apariencias; pero todo esto es muy vago, y debemos precisar la cuestion. Nada tengo que decir á usted más que una sola cosa: le prometí á usted en mi carta decirle quién era su hermana; pues bien, ya lo sabe usted; su hermana de usted es, no Adela Madreselva, que ese era su nombre supuesto, no Dolores de San Julian, nombre que proviene de la ocultacion del suyo, por la marquesa de las Nogueras, sino Enriqueta de Velasco, hija legítima del excelentísimo señor don Juan de Velasco, duque del Humbroso, y marquesa propietaria de las Nogueras, por muerte de su madre.

—¿Y cómo se prueba eso?—dijo Estéban.

—Haciendo saber al duque del Humbroso que su hija existe. Pero para esto es usted de todo punto inútil; yo me habia equivocado respecto á usted, y lo único que he obtenido de nuestra entrevista, es saber que me he equivocado una vez más.

—Y bien,—dijo Estéban,—no suponia yo al venir y al encontrarme con un hombre apreciable, que habia de separarme de él enemistado; esto consiste en una equivocacion; usted ha interpretado muy mal mi atrevimiento en seguirle hasta la alcoba de mi hermana; á más de eso, he oido decir á mi hermana que yo tengo una historia de sangre; todo esto le ha prevenido á usted en contra mia: esa historia de sangre no existe; es un delirio ó una equivocacion de mi hermana, que me confunde con otro.

Luis notó algo de temblor en la voz de Estéban, al pronunciar estas palabras, y creyó lo que Dolores le ha-

bia dicho, esto es, que Estéban era más terrible de lo que parecia.

—Bien, bien, concluyamos,—le dijo,—es ya muy tarde, cerca de las doce de la noche; necesito reposar, y me atreveria á suplicar á usted se retirase; tiempo sobrado tenemos para entendernos.

—Sí,—dijo Estéban,—el objeto que me trajo aquí está cumplido; usted me ofreció en su carta darme á conocer á mi hermana, y lo ha hecho; no sé bajo qué concepto, por qué razon, mi hermana está en su casa de usted, y enferma; no importa: gracias; pronto nos volveremos á ver. Adios.

—Espere usted un momento,—dijo Luis,—es necesario que bajen á abrir.

Y llamó á la criada precipitadamente, que acudió con una luz y empuñada la llave, y bajó, precediendo á Estéban.

XX.

—¡Oh!—dijo Luis,—es necesario no perder tiempo: el duque del Humbroso no le conozco, pero es la hora de la salida de los teatros; cualquier criado de los carruajes que esperan á la salida, me dará razon.

Y entró en el gabinete, movió suavemente á Andrea, y la dijo:

—Necesito salir de una manera imprescindible; no quiero decir nada á Dolores; querria saber cuál era el motivo de mi salida, y no puedo decírselo; cuide usted de ella; si pregunta por mí, dígale usted que me he acos-

tado, y que duermo; no querrá que se me incomode: adios, probablemente hasta mañana.

—Adios, Luis,—dijo Andrea á éste, que se fué á su cuarto, se puso un abrigo, tomó el sombrero, y salió de la casa poco despues que Estéban.

CAPITULO IX.

De cómo una plazuela de Madrid, puede ser teatro de una escena del nuevo mundo, con otras cosas que antes y despues verá el lector.

I.

—Diablo, diablo,—dijo Estéban alejándose á gran paso de la casa de Luis y acercándose al número cincuenta y dos de la misma calle de Hortaleza.—Con que es mi hermana la Adela Madreselva, con que he despreciado yo á mi hermana y he hablado pestes de ella; quien habia de figurarse señor, qué historia, esto es una contrariedad. Si yo hubiera encontrado en otra situacion á mi hermana, aunque fuese una costurera, con tal de que no estuviese deshonrada, podria esperarse que el señor duque la reconociese, que este reconocimiento cambiase su carácter, que me perdonase al fin el ser hijo de su mujer, prescindiese de su venganza y reviviese para mí la gallina de los huevos de oro. ¡Oh! qué torbellino, qué cosas: la falta de una mujer, qué consecuencias trae, pero no falta más sino que yo me meta ahora á moralista: á la

verdad que yo cuando quiero tengo un aspecto que seduce: el bueno de don Luis, y con cuanto candor me trataba, como si yo hubiera sido tal como se habia figurado. Pero adónde voy, señor, adónde voy, qué puerta es esta junto á la cual me he detenido, ¡ah! el número cincuenta y dos, maldito sea; y el otro conoce tambien á Clotilde y habla de ella conmovido, he sido imprudente, me iba á contar su historia, de este modo hubiera sabido la relacion que existe entre Clotilde y ese hombre, no importa, yo estoy ya sobre el rastro de mi indio, no le dejo, le estermino, me apodero de Clotilde y ella me lo dirá todo, ya lo creo, ella no tiene mas que dos amores el primero y el último, el primero le represento yo, el segundo el indio, he comprendido por esperiencia que el segundo amor es el más poderoso de las mujeres: cuando el indio aparece pierdo toda mi influencia, se me escapa, pero cuando desaparece el indio, yo soy el único señor, el dueño absoluto de Clotilde. Pero qué hago yo aquí, podria llamar, pero esto produciría un escándalo. No, no, escribiré á mi hombre, que acudirá porque debe estar sediento de venganza y sino acude le buscaré.

II.

En aquel momento se abrió la puerta y salió un hombre.

Un criado alumbraba por la parte interior.

A la luz que aquel criado tenia en la mano, Estéban vió un semblante cobrizo.

—¡Ah!—dijo retirándose vivamente,—no hay que buscarle, él mismo se me pone en franquía.

El indio, que él era, no habia reparado en Estéban.

La noche aunque serena, era muy oscura.

El número cincuenta y dos de la calle de Hortaleza está casi frente á la calle del Colmillo.

La puerta de la casa se habia cerrado.

Estéban vaciló entre quedarse, hacerse abrir por el sereno de vecindad, llamar á la puerta del cuarto principal é introducirse en el cuarto de Clotilde ó seguir al indio.

Pero se decidió por esto último.

No sabia cuanta gente podia haber en la casa, aunque extrañaba que un hombre tan rico como Kin Kakop Atahualpa viviese en un cuarto de poco precio.

En relacion con la casa debia estar la servidumbre.

Sin embargo, aquello podia ser transitorio.

Siguiendo al indio en medio de una noche oscura podia ponerle fuera de combate.

¿Cómo? ya lo veremos.

El indio tomó por la calle de Fuencarral siguiendo á lo largo de ella.

Estéban le seguia á una respetable distancia, pero sin perder el ruido de sus pisadas, lo que no era difícil por que Madrid estaba ya sumido en el silencio y transitaba muy poca gente por la calle.

Cerca ya de la Red de San Luis, el indio se metió en una gran casa.

—Calla,—dijo Estéban,—pues se ha metido casa del duque, de mi excelente protector, qué diablos viene á hacer aquí ese maldito.

Dejó pasar un ligero espacio y entró tambien en la

casa, que aún estaba abierta y con el portal iluminado.

Dentro de la portería y junto á un gran brasero encendido habia un portero de gran librea, un portero de casa grande.

Al ver á Estéban se puso apresuradamente de pié.

—Buenas noches, señorito,—dijo,—¿cómo lo pasa usted?

—Perfectamente,—contestó Estéban,—¿y el señor duque?

—Está en el teatro real y aún no ha vuelto,—contestó el portero.

—¿Cómo que no ha vuelto?—dijo Estéban,—pues si acaba de entrar una persona que sin duda viene á verle.

—¡Ah! un señor muy alto muy grueso, muy raro, que iene la cara como yo no se la he visto á nadie, que no parece sino que se la ha teñido con chocolate claro.

—Sí, hombre, sí.

—Pues es la primera vez que ese señor viene á casa.

—Y por lo mismo tú le dejas subir aunque no está en casa el señor, tú no cumples con tu obligacion, Eustaquio.

—Dispense usted señorito; usted no está en antecedentes, se me ha dado órden por el señor duque cuando salió, de que cuando viniera ese señor, cuyas señas me dió, con una tarjeta suya, si no estaba en casa le rogase esperara al señor duque.

—Bien, bueno, pero como yo no estoy comprendido en la misma órden me marcho.

—Señorito puede usted pasar si gusta.

—No, no es urgente; y como ese señor espera al señor

duque, y pueden tener algun negocio importante que tratar, me expongo á cometer una indiscrecion. Volveré mañana.

—Como usted guste señorito, pero conste que yo no he impedido...

—Bien, hombre, bien.

—¿Diré al señor duque que usted ha venido á buscarle?

—No, extrañaría el que no hubiese subido, nada, nada, no me has visto.

Y se fué y se puso en espera tras una esquina de la próxima calle del Desengaño.

—Ya,—dijo el portero volviendo á meterse en la portería,—vendria por cuartos, pues me parece que desde que se ha enterado de sus cosas el señor, no anda muy propicio para aflojar la bolsa. ¡Ah! si es un calavera que vá mas allá de lo justo, á la fuerza, le han mimado mucho, ha hecho siempre su santísima voluntad y los vicios, peor para él, él se lo pierde, pero la culpa la tiene el amo, siempre con su buena fé, siempre creyendo que todo el mundo es lo que parece: báh, báh, bonito anda el mundo, no se puede uno fiar de sí mismo, hoy todos van á la caza del tonto, ménos este señor don Estéban que tenia al tontito seguro y no ha parado hasta que le ha abierto los ojos. Allá él, allá él, y floja bolsa que le tenia preparada el amo. En fin Dios dá habas á quien no las sabe roer.

Eustaquio echó una firma al brasero y poco despues dormitaba.

III.

Dejemos al indio esperando en una habitacion que no conocemos: á Eustaquio dormitando: á Estéban oculto detras de una esquina acechando al indio.

Sigamos á Luis.

Éste se dirigió á gran paso al teatro real.

Se acercó á uno de los carruajes y dijo al cochero:

—¿Conoces tú entre los grandes de España al duque del Humbroso?

—Vaya,—contestó groseramente el criado,—y quién no conoce al señor duque del Humbroso, ese landó que está delante, es suyo.

Luis se separó del carruaje y fué á ponerse á la altura del otro sin decir una palabra más al cochero.

—Eres tú,—dijo al cochero del landó,—criado del duque del Humbroso.

El cochero tardó en contestar y dijo con una grosería semejante á la del otro:

—Vamos, sí, ¿y qué?

—Soy un antiguo amigo de tu señor,—dijo dando cierta entonacion á esta advertencia Luis.

El criado entonces se echó mano al sombrero y cambió de tono.

—Disimule usted, señor, pero no hay que fiarse mucho de quien no se conoce; ¿y qué sabia yo por qué me preguntaba usted por mi amo cuando todo el mundo lo conoce?

—He estado mucho tiempo en el extranjero, y acabo de llegar á Madrid; he usado de este medio como de otro

cualquiera: tu amo está en el teatro, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Qué palco es el suyo?

—El número diez de platea: pero es muy posible esté en el número quince, en el palco del señor Covarrubias. Mira, mejor es que vayas tú, Estremera, y guies á este señor.

El lacayo saltó del pescante y precedió á Luis, que se detuvo un momento en el despacho y tomó una entrada de palco.

—¿Qué ópera se hace esta noche?—preguntó á uno de los porteros.

Éste, lleno de estrañeza porque le hacian tal pregunta á tal hora, cuando ya iba de vencida el espectáculo, contestó:

—Se ha hecho *Roberto el diablo*.

Pasó Luis, pasó el lacayo: entraron en las galerías de las plateas.

El duque no estaba ni en su palco ni el número quince.

Un acomodador dijo al lacayo:

—Si necesitas para algo urgente á tu amo, está en el escenario.

Corria el último entreacto.

Luis se fué á la puerta de comunicacion del público con el escenario, suplicó que le dejasen pasar con el lacayo, pretestando que necesitaba ver urgentemente al duque del Humbroso.

Acaso por la influencia de este nombre, le dejaron pasar.

IV.

El escenario de un teatro, por su parte interior, tiene un aspecto particular.

El que no le ha visto nunca, siente algo parecido al efecto que produce la vista de un esqueleto.

Bastidores, varales, telar, todo se vé allí descubierto, escueto, descarnado: las paredes cubiertas por trastos, ó lo que es lo mismo, por fragmentos de decoracion; los asistencias, esto es, los operarios de la maquinaria, con su martillo á la cintura, sujeto en una correa; los coristas, los figurantes, los comparsas; entre bastidores algun cantante, alguna bailarina: jóvenes y viejos de la primera tijera, muy aliñados, muy cuidados, rodeando á las bailarinas ó á las coristas, y rara vez á alguna primera parte, que se ha quedado durante un momento del entreacto entre bastidores; el tráfago de los asistencias que van y vienen, llevándose los trastos de la decoracion que ya ha servido, y trayendo los de la que vá á servir; el ruido del martillo clavando las tornapuntas, el de las poleas de los telones que descienden; todo esto constituye en su aspecto un mundo aparte, un mundo desconocido para la generalidad del público, que solo vé el teatro por delante, y no conoce lo que es el teatro por detrás.

¡Cuánta intriga, cuánto suceso grave ha tenido orígen entre bastidores! ¡Cuánta envidia, cuánta miseria, cuánta pobreza de espíritu se han sentido, se sienten y se sentirán, en lo que podria llamarse el revés del teatro!

Luis, que habia concurrido á muchas partes malas durante su vida, no habia ido nunca á ningun lugar semejante; por lo mismo, le causó una viva impresion la contestura interior del escenario.

—Hé aquí todo,—dijo;—belleza por fuera, mecanismo descarnado por dentro.

V.

—Allí está mi amo,—dijo Estremera.

Y señaló á un caballero alto, delgado, como de sesenta años, bilioso, hombre, al parecer, de buen tono y de mundo: un aristócrata de pura raza, en una palabra.

Hablaba vivamente con una hermosísima jóven que tenia un ostentoso traje, bordado de plata, exíguo y vaporoso, dejando ver por completo una preciosa pierna y un pié lindísimo, y en la parte del descote, más de lo que nosotros nos atrevemos á decir.

Estaba pintada como un telon, lo que perjudicaba su belleza, y que no queria decir que fuera del teatro necesitase pintura; pero en la escena, la fuerte luz de gas hace necesaria la pintura de efecto como las de las decoraciones: así es, que una actriz pintada, entre bastidores, de cerca, deja ver de una manera chillona el blanquete y el colorete conque se ha revocado, la prolongacion y la dilatacion de las cejas, las sombras de los ojos, y los toques de pincel.

No es aquello entonces un semblante, sino una decoracion: hay que eliminar aquello, que desaparece en cuanto la representacion termina.

VI.

—¡Báh, báh!—dijo Luis;—hé aquí el hombre solitario, de alma triste, que no ha podido olvidar la desgracia de su vida, entusiasmado, volcanizado por una bailarina que sonríe á las talegas de su excelencia. Está visto, es necesario arrojar la buena fé por la ventana, y buscar á todas las gentes en el interior del escenario. ¡Oh, cuántas hermosuras del cuerpo y del alma aparecerían á nuestros ojos chafarrinadas, artificiales, mentira! ¿y qué hago yo sacrificando mi vida á un sueño? ¡que me obstine yo en apreciar las cosas por lo que parecen! ¡que busque siempre el lado hermoso de todo, y cierre los ojos para no ver el lado feo! ¡Siempre viendo en Dolores el ángel! ¡siempre resistiéndome á ver en ella la infamia, creyéndola imposible, sin lograr engañarme completamente á mí mismo, sin lograr cegar, sin obtener la tranquilidad del alma, el contento del corazon! ¡Oh, Dios mio! ¡y siempre este amor terrible, este amor cada dia más poderoso!

Suprimimos gran parte del monólogo mental de Luis, que estaba á alguna distancia del duque y de la bailarina, esperando.

El duque no habia reparado en él, ni estaba para reparar en nada; le absorbía completamente la muchacha.

Ella, sin mirar de una manera marcada á Luis, le habia visto, le habia examinado, y habia exclamado:

—¡Ah! ¡un buen mozo! y tiene cara de rico, de apasionado, y de hombre de bien.



—¡Adios, mi querida Consuelo!.....

VII.

Se oyó al fin la voz de «fuera de en medio», y poco despues el campanillazo que indicaba la subida del telon.

—Adios, mi querida Consuelo,—dijo el duque, estrechando fuertemente una mano de la jóven;—no me esperes esta noche; se me ha cruzado un incidente fastidioso; mañana te llevará Hipólito los brazaletes.

—Muchas gracias, hijo mio,—contestó Consuelo,—eres muy fino y muy amable; te adoro.

Y se fué corriendo.

Al revolver de un telon, se encontró rúdamente con una personilla, vestida con cierta elegancia afectada, y con todo el aspecto de hombre de importancia.

—¡Ah, Consuelito, qué felicidad!—dijo aquel individuo, abarcando rápidamente la reducida cintura de la jóven.

—Vamos, suelte usted, señor Cuero, no sea usted atroz; y á ver si mañana, en su periódico de usted, sale un buen *bombo* en elogio mio; pero hágame usted el favor de no hablar de mis piernas, porque no está decente y me ruborizo.

—Muy bien, señora Consuelo; voy á vérselas á usted desde afuera.

Y despues de un cordial apreton de manos, en que sonaron como cascabeles las pulseras de la jóven, escaparon cada uno por su lado; ella á exhibir sus piernas, él á ver la exhibicion.

VIII.

Luis se habia acercado al duque, en el momento en que éste se habia separado de Consuelo.

—¿Tengo el honor de hablar,—le habia dicho,—al señor duque del Humbroso?

—Sí,—contestó con una fria reserva el duque.

—Necesito hablar á usted de un asunto que nos interesa sumamente á los dos.

La supresion del tratamiento, y aquella comunidad de intereses establecida por Luis, nublaron de disgusto el semblante del duque.

—En mi casa hay,—dijo,—un empleado, encargado de las peticiones.

—Yo no pido,—dijo con altivez Luis,—yo doy.

—Bien, bien; á mi mayordomo, á mi mayordomo con eso.

—Yo no puedo hablar á su mayordomo de usted, de la señorita doña Enriqueta de Velasco.

—¡Cómo!—exclamó el duque, cambiando de aspecto, revelando en su voz una gran conmocion:—¡mi hija!

—Si señor, su hija.

—¿Y dónde está?

—En Madrid.

—Pero, ¿dónde?

—Poco á poco, señor duque; tenemos antes que entendernos: y adios; ahora que sabe usted que yo puedo darle noticias de su perdida hija, puede usted disponer de mí cuando quiera.

—En el momento, señor mio, en el momento;—dijo el duque.

Y asiéndose al brazo de Luis, como si hubiera temido que se le escapase, se dirigió á la puerta que ponia en comunicacion el escenario con la galería de las plateas.

Adelantaron en silencio.

El duque iba muy de prisa: parecia como que arrastraba á Luis.

Al fin salieron del teatro: buscó el duque su carruaje, y entró en él, diciendo al criado:

—A casa.

IX.

—¿Hay algo de comun entre usted y mi hija?—preguntó el duque.

—Sí, si señor,—respondió Luis;—el alma, la desgracia y la desesperacion.

—¡Cómo!

—La amo, y me ama.

Guardó por algun tiempo silencio el duque.

—¿Y conocia usted,—dijo con la voz trémula,—el orígen, la clase de mi hija?

—Si la hubiera conocido, señor duque, hubiera hecho antes lo que hago ahora; entregarla á su padre, si su padre queria reconocerla.

—¿Está usted seguro de que esa mujer de quien usted me habla es mi hija?

—Segurísimo, señor duque.

—¿Tiene usted pruebas?

—Las pruebas existen en ella misma, porque es un retrato exacto de su madre.

—¿Bajo qué nombre ha conocido usted á la madre de esa jóven?

—De esa señora solo he conocido el nombre, ó mejor dicho, los nombres.

—¿Los nombres?

—Si señor; esa señora se ha llamado doña María del Cármen de la Peña de Orvigo, marquesa de las Nogueras, y se ha llamado tambien Matilde de San Julian.

—¡Ah!—exclamó el duque,—yo puedo probar que Matilde de San Julian y María del Cármen de la Peña de Orvigo, mi esposa, son una misma persona.

—Dolores puede probar que es hija de la marquesa de las Nogueras.

—¿Y qué Dolores es esa, señor mio?

—Dolores es la señorita doña Enriqueta de Velasco; solo que yo la conocí con el nombre de Dolores: con ese nombre la he amado, y cuando me refiero á ella, pronuncio sin quererlo ese nombre.

—¡Oh!—exclamó el duque,—¿y sabe alguien esa historia?

—Nadie; ni la misma Dolores: esa historia la he descubierto yo por casualidad en un cementerio.

Mentia Luis; Dolores sabia tambien que era hija del duque del Humbroso; se lo habia dicho la inscripcion de la lápida mortuoria de su madre: pero no conocia al duque, no le habia oido nombrar nunca; á más de eso, la habia acometido la enfermedad de que adolecia, de resultas de aquel descubrimiento.

Hacia muy poco tiempo, como saben nuestros lectores, que habia vuelto á recobrar la razon.

X.

—¿Y es digna mi hija de ocupar la posicion que la corresponde?—dijo con voz trémula el duque.

—Usted juzgará de ello,—dijo Luis;—yo por mi parte me reduciré á contar á usted una historia.

En aquel momento paró el carruaje á la puerta de la casa del duque.

Bajaron, el duque delante, rígido, nervioso, sombrío; y Luis detrás, dispuesto á todo: subieron al cuarto principal.

Inútil es decir que Estéban, que permanecia en su acechadero esperando al indio, que era su pesadilla, vió bajar del carruaje al duque y á Luis, y exclamó al reconocer á este último, al reflejo del gran farol que iluminaba el portal:

—¡Ah, canalla! me gana por la mano; acapara para sí el negocio; y bien, hay que conceder que es suyo: esto es bueno, muy bueno; el duque debe de haber tragado ya el anzuelo, y por muy importante que sea el asunto que tenga que tratar con mi indio, le dejará para otro dia, y me le echará fuera.

XI.

Estéban no se habia engañado.

Al pasar por el salon para ir á su gabinete, acompañado de Luis, adelantó hácia él, el indio que estaba esperando, y no de buen humor.

Luis, al verle, se inmutó, y tuvo que contenerse para no arrojarse sobre él.

Sabia por Estéban, que le habia dado á bulto la noticia, sin saber que hablaba con el marido de Clotilde, que aquel colosal indio semi-salvaje le habia sustituido al lado de su mujer.

Y por más que el marido de una mujer mala, que está además enamorado de otra, lo que quiere decir que no es un buen marido, se sienta libre de celos, queda siempre en pié la cuestion de amor propio; ó, para decirlo de una manera más bella, la cuestion de decoro.

El indio no conocia á Luis, y por consecuencia no se alteró.

Adelantó con gran lisura hácia el duque, y le dijo con acento brusco:

—Me iba ya cansando de esperar.

—¡Ah!—exclamó el duque,—pues se cansa usted muy pronto.

—El hombre que, como yo, paga los servicios que se le hacen,—dijo con una soberbia brutal el indio,—tiene derecho á que no se le haga esperar ni un segundo, y aun á que no se le cite, como á un murciélago, á altas horas de la noche.

—¿Eh? ¿qué, qué es eso de servicios?—dijo el duque; —hágame usted el favor de pasar á la habitacion inmediata,—dijo cortesmente el duque á Luis, señalándole una gran puerta de caoba ornamentada, situada al fondo del salon.

Luis comprendió la situacion, y pasó.

El indio estaba terrible.

—Se me engaña,—dijo.

—Usted está loco,—contestó el duque.

—No sufro que nadie me califique,—contestó el indio.

—Ni yo sufro en mi casa que nadie prescinda de la buena educacion; y si usted no modifica sus maneras, me veré en la necesidad de llamar á mis criados.

—Bien,—dijo el indio,—pero hay cosas que no pueden ni deben decirse de buena manera, haré sin embargo un esfuerzo. ¿En qué estado tienen mi negocio?

—No lo sé ni quiero saberlo,—contestó el duque.

—Sin embargo,—añadió de una manera agresiva el indio,—yo he soltado ya algunos centenares de onzas.

—¡Ah! sí, comprendo,—contestó el duque,—mi buena fé, mi estúpida buena fé. Se ha exigido á usted dinero y usted cree que yo soy cómplice de ese mal negocio.

—Yo me he valido de usted.

—¿Y por qué se ha valido usted de mí? No he terminado ya esta conversacion porque necesito explicaciones, usted vino á buscarme.

—Como se trataba de algunos millones que debian pagárseme, como el resultado de una indemnizacion justísima, por las subsistencias del ejército español durante la guerra de la independencia del Perú, debí buscar una influencia, pregunté y se me dijo que la mayor influencia que podia interponer para con el actual gobierno, era usted.

—Y bien, qué, señor mio, usted me habló, ví la justicia con que usted reclamaba del gobierno español una indemnizacion de sesenta millones, habia usted venido á buscar mi proteccion y yo no niego á nadie mi ayuda,

cuando puedo servirle sin faltar á la justicia, pero de esto á que yo especule bajamente con mi influencia, hay una distancia enorme; si usted ha dado dinero, habrá sido á agentes inferiores, y siento mucho haber tomado cartas en pró de un hombre que acoge como verdadero lo absurdo y de buena fé sin duda, y creyendo que habla con un pícaro, lastima gravemente á un hombre de honor. He dicho cuanto creo deber decir y añado que salga usted inmediatamente de mi casa, y que no se atreva usted á volver á entrar en ella.

El indio rugió sordamente.

A través de sus lábios temblorosos y entreabiertos se veia su blanca dentadura apretada por la cólera.

Sus ojos centelleaban.

Sus puños estaban crispados.

Su cuerpo se encorvaba lentamente como el del tigre que se prepara á un salto.

El duque comprendió que se encontraba delante de un salvaje, corrió á un llamador y tiró con fuerza.

Entonces se abrió la puerta del gabinete y apareció Luis, que adelantó mudo y terrible.

—Tengo,—dijo con voz bibrante á Kin Kakop Atahualpa,—que ajustar contigo una cuenta, procura que este no sea el momento de la liquidacion. Vete.

El indio echó mano á un bolsillo interior de su paletot y sacó de él un arma, un enorme cuchillo semejante por su figura á los de Albacete.

Luis se encogió como una serpiente y se dispuso.

Inmediatamente una de sus manos estuvo en la mu-

ñeca de la en que tenia el cuchillo, la otra en su garganta.

El gigante vaciló.

Su mano derecha terriblemente apretada en su nacimiento por la mano de Luis como por una tenaza de hierro, se abrió y soltó el cuchillo.

Luis le soltó lanzándole de sí.

Al mismo tiempo asomaron algunos criados á la otra puerta, conocieron la situacion, y se arrojaron sobre el indio.

Éste se abrió paso por en medio arrollando á dos y escapó.

—Gracias,—dijo el duque á Luis, y luego á los criados:—si ese hombre vuelve á pasar las puertas de casa, le moleis á palos, idos.

Los criados se fueron, dos de ellos rascándose el sitio donde habian recibido cada cual un furioso golpe del indio, y deseando todos que no se le ocurriese á aquel indivíduo pasar otra vez la puerta de la casa de su amo.

El indio era bravo, pero como todos los de su raza al verse acorralado y dominado por el número, escapaba como un jabalí arrollando lo que encontraba á su paso.

En las escaleras encontró un criado de planta baja y sin quererlo siguiendo la direccion que llevaba le hizo rodar por las escaleras.

Luego de dos saltos salvó el portal aunque era inmenso y se lanzó en la calle.

Estéban no esperaba verle salir de aquel modo.

El indio, ciego por la cólera, no habia tomado el camino que debia conducirle á su casa.

Sino que, siguiendo la línea recta, se habia lanzado por la calle del Desengaño.

Estéban sacó de su bolsillo una cuerda con un saquillo lleno de balas de plomo, atado á un extremo, de que se habia provisto en cuanto supo que el indio estaba en Madrid.

Siguió como pudiera haberlo hecho el gatera más gatera del mundo, á la carrera de puntillas pegado á la acera detrás del indio, y como al entrar éste en la plazuela de los Basilios viese que no habia por allí sereno alguno le tiró el lazo con tal destreza, que se le lió á la garganta y el saquillo de plomo le dió en una sien.

Al sentir que el lazo habia agarrado, Estéban tiró: se oyeron un golpe sordo y un golpe hueco acompañados de un rugido.

La plazuela de los Basilios se habia convertido de repente en una pradera del Nuevo Mundo.

Una puñalada al revolver de una esquina, es una cosa que en Madrid no asustaria á nadie.

Pero cazar á un indio con lazo, es una cosa completamente exótica en Madrid.

Estéban se acercó, el indio no se movia.

Le desarrolló la extremidad del lazo y con el taleguillo de plomo le sacudió cuatro ó seis furiosos golpes en la cabeza.

—Cero y van tres,—dijo,—pero se me figura que hacen falta otras cuatro, éste animal tiene siete vidas como los gatos.

Y sin volverse á meter el lazo en el bolsillo se marchó silbando un aire de la Traviatta.

XI.

Pasaron lo ménos siete cuartos de hora antes de que apareciese ningun sereno.

Hacia mucho frio y ya se sabe que el frio causa mucho sueño.

Otros se hielan cuando se duermen.

Pero un sereno tiene el privilegio de no helarse bajo un frio de cuarenta grados.

Duermen mejor que una dama en su lecho perfumado, contra el quicio de una puerta.

Cierto es que algun chusco suele quitarle el farol, pero el sereno tiene otro farol de repuesto en la taberna inmediata.

Y celador ha habido que le ha quitado á un sereno el farol estando dormido y se ha encontrado al volver con que se habia reproducido el farol.

XII.

El tio Colmillos, sereno de vecindad de la calle del Carbon, y de una parte de la plazuela de los Basilios, apareció cantando con voz ronca y cascada, pero todavía con pretensiones:

—Las dos y media y sereno.

Esta última palabra duró sostenida en el espacio, lo ménos seis minutos.

Al mismo tiempo, un hombre que iba por la acera de enfrente soltó una interjeccion, una blasfemia, y una obscenidad, y se oyó un batacazo.

—Ni en Tetuan,—dijo el tio Colmillos,—vaya una mona.

Y adelantó.

El caido se habia levantado y habia dado á correr como una liebre.

¿Quién era? No se sabe, es un indivíduo anónimo que ha pasado como un moscardon á través de nuestro relato.

El juez de primera instancia, que más tarde se encargó de aquello, no pudo sacar de su oscuridad á aquel indivíduo.

Se habia sepultado en el abismo insondable de lo desconocido, y á él se atribuyó el asesinato.

Porque asesinado se creyó al indio y se buscó al presunto reo, sin tener más indicio que una seña dada por el tio Colmillos.

El tio Colmillos dijo que aquel hombre tenia voz de rata vieja.

Los polizontes estuvieron escuchando mas de quince dias á todo el que tenia la voz parecida al chillido de una rata, y fueron molestados y seguidos muchos por el enorme delito de tener la voz hembrilla.

Pero nada, absolutamente nada, el vacio, con relacion al autor del crímen.

Se registró al presunto cadáver, en busca de algo que diese indicios de quien era, y nada se encontró más que un pañuelo de Nipis, una gran petaca de oro que nadie la hubiera tenido por petaca á causa de sus colosales dimensiones, llena de vegueros negros, un bolsillo con pasadores de oro con cincuenta onzas de oro macuqui-

nas y la vaina de un cuchillo con contera de plata cincelada.

A mas de esto, el indio tenia una cornucopia de brillantes en la camisa.

Y en la mano izquierda, en el dedo del corazon, una gruesa sortija con un diamante del tamaño de un garbanzo.

Todos estos valores quedaron en depósito en el juzgado.

En cuanto á los cigarros, eran demasiado buenos, demasiado tentadores, para que se les pusiese en el depósito.

XIII.

El indio tenia una señal acardenalada en su garganta de toro.

Un ojo hinchado y sangriento que parecia un lobanillo, y abierta por detras la cabeza.

Estaba frio.

No habia acudido ningun facultativo, se le creyó inútil, y se envió al que se creia cadáver al hospital, en el cual le tendieron los mozos del anfiteatro sobre una mesa de diseccion.

Estéban dormia ya tranquilamente en su casa.

El duque y Luis llevaban mucho tiempo de conversacion.

Veamos lo que habian hablado.

CAPITULO X.

En que se cuenta parte de una historia más; y de cómo se perdió en la sombra, Dolores.

I.

—Gracias,—repitió el duque, cuando entró con Luis en un gabinete muy triste, á causa del color oscuro de su tapicería, y de lo oscurísimo del tono de los cuadros al óleo que cubrian sus paredes;—ese hombre es un animal salvaje, y yo he pasado ya de la edad de las bizarrías. Tengo sesenta años.

El duque habia cambiado completamente de tono y de semblante respecto á Luis.

—Lo que no impide,—dijo éste, contestando al marqués,—que todavía se haga usted amar de bailarinas.

—No es esto exacto, amigo mio,—contestó el duque, —me dejo robar: las bailarinas y otras aves del mismo género, son el recurso de los viejos ricos; son unas buenas muchachas, que tienen muy buen entendimiento. Y luego, quien se aburre, amigo mio, quien continuamen-

te está triste, apela siempre á todo, sin encontrar en ninguna parte la alegría.

Este rasgo de sentimentalismo, despues de pronunciar las palabras anteriores, produjo un crudo efecto en Luis.

Pero la expresion de este disgusto no salió á su semblante; por el contrario, sonrió al duque.

Un hombre de mundo sonríe á todas las contrariedades; pero la sonrisa de Luis era violenta, y se dejaba ver tras ella un fondo de tristeza.

—Entremes de lleno en la cuestion,—dijo el duque, adoptando una expresion séria,—mi hija...

—Ante todo, señor duque, y para que pueda usted apreciar bien la situacion en que me encuentro colocado respecto á su hija de usted, necesito decirle quién soy yo, y referirle por cima algunos de los sucesos de mi vida.

—Escucho,—dijo el duque,—tiempo tenemos sobrado; yo no me acuesto nunca antes del amanecer.

Dió un magnífico habano á Luis, encendió otro, se reclinó en la butaca, y escuchó con suma atencion, con sumo interés, el relato de Luis, que empezó de esta manera:

II.

—Nací en Sevilla, el ocho de noviembre de mil ochocientos veintidos.

Mi abuelo paterno no fué más que un hombre muy rico de dinero, y mucho más rico de buena fé; y entre mi abuela, sus amigos y compadres que eran una epi-

demia, y con su génio alegre, y con su loca prodigalidad, hubo de quedarse poco ménos que á la cuarta pregunta, en la época en que mi padre cumplió los doce años.

III.

Los nobles andaluces, son los nobles más quijotes y más intransigentes del mundo.

Segun ellos, un noble no puede hacer otra cosa que divertirse desde por la mañana hasta la noche, gastar alegremente, pertenecer á todas las cofradías, agarrochar toros, y amaestrar perros de presa.

Entrando además en su género de vida, la equitacion.

Toda carrera que no sea la de las armas ó la de la iglesia, les parece deshonrosa; y aun así, solo destinan á esas únicas carreras á los segundones.

Si no tienen más que un hijo, como sucedia á mi abuelo, este hijo no tiene otra carrera que correr toros y caballos, y hacer correr el dinero.

Pero mi abuela, que aunque divertida, alegre y gastosa, era honrada y buena mujer, cuando vió que la enorme renta de su marido habia quedado reducida á una pequeña renta, que á penas podia sufragar las más perentorias necesidades, *se llamó al interior,* como dicen los de mi tierra, se le abrieron las entrañas de madre, y se empeñó en que mi padre tuviese una profesion con que atender á sus necesidades.

—Bueno,—dijo mi abuelo,—eso está muy puesto en razon, Teresa; le echaremos al muchacho los cordones de cadete.

—No señor, no,—saltó mi abuela,—que á los militares los matan en la guerra, y no les dejan un momento de sosiego despues.

—Bueno, bien, mujer,—dijo mi abuelo, que era muy complaciente,—le pondremos á estudiar latin, y luego le meteremos en el seminario.

—Cura, tampoco, porque si el chico, como es muy posible, se parece á su padre, le gustarán mucho las hijas de Eva, y eso no está bien visto en los sacerdotes.

—Bueno, mujer; pues le haremos lo que tú quieras.

—Yo quiero que sea médico.

—¡Cómo, Teresa! ¿*cata-pulsos* y *mira-inmundicias* quieres que sea mi hijo?

—Damian, á los médicos no los mata nadie, y viven mucho tiempo, porque la muerte les tiene cariño por lo bien que la sirven; ganan muy buen dinero, y ya vés tú el caso que debe hacerse del mundo y sus preocupaciones: nos han comido cuatro costados, parientes y habientes, y así que nos han dejado como el gallo de Moron, cacareando y sin plumas, tienen la insolencia de hacer la vista gorda cuando nos encuentran en la calle, y no se acuerdan de que estamos en Sevilla, y de que tenemos casa; déjate de tonterías, Damian, que yo me he desengañado; y puede ser que seamos más felices metiditos en casa, que lo hemos sido andando siempre en jaleo, y sudando siempre oro, que se ha ido y no ha vuelto.

En fin, mi abuela apuró toda su influencia casera; y como mi abuelo no tenia más voluntad que su mujer, mi padre fué médico, á pesar de ser hijo de un noble, que no sabia sino con penas leer y escribir: salió un buen

médico, y no solo un buen médico, sino un hábil negociante, que restauró con creces la hacienda de sus padres.

Habia conservado la educacion y la manera fácil de la gente noble y rica, y no habia prescindido de preocupaciones: se hizo cruzar de Santiago.

El duque estaba impaciente, pero no se atrevia á interrogar á Luis. Le causaba un profundo respeto aquel hombre, que habia desarmado de una manera tan fácil á un salvaje, tal como Kin Kakop Atahualpa.

A más de eso, era excesivamente simpático Luis.

Parecia un hombre de una inmensa buena fé, y al par un hombre de mundo, es decir, un hombre de buena fé por temperamento, á pesar de la experiencia. Luis notaba la contrariedad del duque, pero queria prepararle para la revelacion, estudiarle.

Se tomaba, en fin, tiempo.

IV.

—Yo fuí médico, como mi padre, y no sé si he heredado su talento, pero he heredado su dinero y sus preocupaciones. La Marina Real llamaba extraordinariamente mi atencion, y mediante la influencia de algunos amigos, logré que se me hiciese primer médico de la armada; pero muy pronto las incomodidades, la subordinacion, incompatible con mi carácter, me aburrieron, y pedí mi licencia en Valparaiso, de donde pasé á la isla de Cuba, y tuve allí intencion de establecerme; pero no me convenia el clima de los trópicos: los médicos somos demasiado aprensivos; todo nos parece es síntoma de una

grave enfermedad, y los trópicos son riquísimos de enfermedades.

Me volví á España, y á Madrid.

V.

—Aquí empieza lo grave y lo triste de mi historia; aquí empieza tambien mi felicidad.

—¿Cómo,—dijo el duque,—historia grave y triste, que produce al mismo tiempo la felicidad?

—Si señor: vivir, es sentir; sufrir, es sentir de una manera excesiva: vivir mucho, es ser feliz.

—Hé aquí una definicion extraña, originalísima, con la cual se puede salir, para no hacer caso á ninguno que se quejase de sus desgracias, ó más bien, para suprimir la palabra desgracia.

—Qué quiere usted, señor duque; pensamos segun sentimos. Yo no podria vivir sin sufrir; me he acostumbrado al sufrimiento, y le devoro; cuando no le tengo, me hastío. Pero continúo.

Un dia, mejor dicho, una tarde, encontré á una jóven, modestamente vestida, pero con cierta elegancia, alta, esbelta, niña, hermosísima. La acompañaba una mujer de mala traza, aunque no completamente inaceptable. Podria ser una mujer mal educada, pero honrada, hasta cierto punto. Yo seguí un corto espacio á la jóven, como atraido por ella, sin tener fuerzas ni voluntad para verla. A pesar de lo violento que es hablar en la calle á una mujer á quien no se conoce mucho, me acerqué, y la supliqué me escuchase. Me miró con unos magníficos ojos de gacela, con unos ojos preciosísimos, pero que te-

nian alrededor de su órbita una aureola, que me hizo adivinar algo terrible en el fondo del alma de aquella niña. Esta aureola no existia siempre. Aparecia cuando veia algo nuevo que le extrañaba, cuando se irritaba, cuando sufria, cuando se encontraba, en fin, en una situacion un tanto excepcional. Pero en estos casos, la mirada de aquella jóven era una mirada de ángel. No he visto nada más puro, nada más encantador, nada más jóven, nada más atractivo, nada más mágico. Me contestó con demasiada facilidad, y esto me disgustó. La invité á que paseásemos juntos; llegamos hasta el Prado, sentándonos detrás de la fuente de Neptuno; tuvimos una conversacion galante, pero en la que en nada se faltó á la decencia. Yo habia dicho para mí: ésta es una señorita, cuya familia ha venido á ménos, acompañada por alguna vecina, inferior en educacion. Le pregunté acerca de su familia, y me improvisó una familia.

—Vamos,—dijo el duque,—una aventurera.

—No, señor duque; una mujer purísima, ó más bien una niña, porque entonces solo tenia diez y seis años; pero una niña inteligente, audaz, ambiciosa, y, sobre todo, altiva, en la cual se descubria una raza poco acostumbrada á una situacion penosa. Yo comprendí que se me engañaba; sin embargo, me dejé llevar. Yo tengo un defecto; soy tímido para acusar á los demás sus faltas, aunque me importe acusarlas, y esto me ha hecho pasar por débil, y muchas veces, para gentes de escasa inteligencia, por tonto. Esta debilidad mia, me ha sido funestísima.

VI.

—Al poco tiempo de habernos sentado, Concha, que así me dijo que se llamaba, con pretesto de que su padre, que decia ser un empleado subalterno del Consejo de Estado, le esperaba para comer, se fué. Yo la acompañé hasta cerca de su casa, pero tuvo empeño en que yo no supiese dónde vivia. Al dia siguiente, á las tres de la tarde, y con un calor sofocante, esperé en una esquina, por donde me habia dicho pasaria, pero no pasó. Experimenté una ansiedad infinita.

Me habia enamorado con toda mi alma.

—Pero, amigo mio,—dijo el duque,—esa jóven es indudablemente mi hija.

—Poco á poco, señor duque: no pretenda usted destruir, con revelaciones prematuras, el interés de mi historia. Estuve esperando tres horas largas, sudando, exponiéndome á coger una enfermedad. Al fin, hube de irme desesperado: Concha no pareció.

Al dia siguiente me coloqué en el mismo sitio, esperé otras tres horas, y tampoco la ví. Me arrepentí de mi estúpida buena fé. Yo debia haberla seguido, haber averiguado dónde vivia, haber asegurado la ocasion de hablar con ella.

—En esto,—dijo el duque,—ó habia decoro ó cálculo, por parte de ella.

—No, ni uno ni otro, señor duque: lo que habia era indiferencia. Tuve la desgracia de no agradarla, y la doble desgracia de que la grosera mujer que la acompañaba, la hablase mal de mí; es decir, que se burlase de mi as-

pecto y de mi conversacion, porque, la verdad, yo iba poco cuidado, porque siempre he tenido cierta indolencia respecto al aliño de mi persona. Esto me hizo mucho daño, y mi insistencia por encontrarla me perjudicó. Las mujeres, cuando no son dominadas, dominan; cuando dominan, desprecian: cuando son dominadas, si no aman, respetan; y el respeto de una mujer, es por lo general, el prólogo de su amor; porque la mujer, señor duque, no tiene otra pasion que el amor. No se puede pretender ser amigo de una mujer: de una mujer no se puede ser otra cosa que amante, ó un sér indiferente que le importe poco; son exageradas, y concentran su vida en un sentimiento: en la más pura, la voluptuosidad es el principio de su vida: Dios les ha dado, en cambio, una gran firmeza, una sensibilidad extremada. El destino de la mujer es la maternidad, y la naturaleza las ha provisto de todos los elementos necesarios para hacer de ellas buenas madres.

VII.

—Concha era y es una mujer superior, una mujer trasformada, una mujer á quien yo he educado, y de la que he hecho, por desgracia mia, un hermoso demonio irresistible.

VIII.

—A los tres dias, al bajar de un coche-simon para entrar en mi casa, ví á lo lejos una jóven excesivamente esbelta, excesivamente gallarda, con un manto, con velo, un pañuelo de barés azul, y un vestido de lana y se-

da, gris. No puede usted figurarse la suprema elegancia que se desprendia de ella, á pesar de lo sencillo, de lo humilde, aun de lo pobre de su traje.

Era Concha.

La acompañaba la misma mujer con quien la habia encontrado.

Entonces la hablé, y logre que me acompañase á un cafetin inmediato.

Hay detalles de la miseria, que conmueven.

IX.

Eran las tres de la tarde, y aquellas dos mujeres pidieron café con leche y tostada; señal de que estaban en ayunas, y que tenian hambre. Yo le pedi amor, y me lo concedió. Comprendió que el amor que le pedia era un contrato, una conveniencia; que el amor no tomaba parte en nada, ni aun la simpatía.

Solo se notaba en Concha una excelente educacion natural; una de esas finuras encantadoras, que forman parte de las cualidades esenciales, naturales, por decirlo así, de una criatura.

X.

Yo estaba ya loco.

Ella lo comprendió, y halagaba mi amor. Esto me alentó; esto podia ser un principio de amor en ella. Le dí algun dinero, y ya me dijo donde vivia, y á qué horas podia ir á verla. Estas horas eran desde la una á las tres de la tarde, y desde el oscurecer hasta las nue-

ve de la noche. Por último, señor duque, fuí el amante de aquella mujer.

XI.

—Yo era rico, es decir, relativamente rico: tenia unos seis mil duros de renta. Pues bien, señor duque, en tres años, todo lo que poseia desapareció, absorbido, no por Concha, que muy pronto me dijo que era un nombre supuesto, sino por Dolores.

—¡Por mi hija!

—Aún no puedo decir á usted quién era, quién es su hija. No deduzca usted nada: puede suceder que entre esa Dolores y la otra Dolores hija de usted, haya una inmensa distancia.

—Continúe usted,—dijo el duque, cada vez más interesado, cada vez más contrariado;—¿amó á usted esa mujer?

—Sí, me amó con toda su alma; pero era avara, ansiosa de una posicion, de una alta posicion, obtenida por el dinero, y muy pretendida, porque era la mujer más hermosa de Madrid; no tuvo valor bastante para reducirse á un amor exclusivo, que la hubiera hecho feliz, que la hubiera salvado.

—¿Y por qué no se casó usted con ella?

—Porque no me inspiraba confianza su virtud.

—¿No era pura cuando usted la conoció?

—Purísima, pero estaba viciada; era una virgen sin pudor.

—¡Oh!—exclamó el duque,—¡era una vírgen como

otras tantas, corrompidas por la atmósfera social, que á todas las envenena, que prostituyen su alma antes que su cuerpo, que no tienen idea de la dignidad ni del amor en toda su plenitud, ni de esa felicidad, desconocida tal vez sobre la tierra, que consiste en la refundicion de dos almas en una sola!

—Yo he sufrido cuanto se puede sufrir: Dolores era astuta; tenia además muy malas amistades; era débil, la buscaba el amor de la gente rica; sus amigas la extraviaban, y yo, débil, siempre débil, careciendo de energía para apartarla de aquellas amistades peligrosas, yo he tenido la culpa, señor duque, y no puedo acusarla; por eso la perdono. Y no nos hagamos ilusiones: es que me domina, es que constituye mi vida, es que ella es mi sentimiento, mi aspiracion, mi deseo único, mi felicidad suprema. Es que ella me ha comprendido, y me domina; pero de una manera difícil, en medio de una lucha terrible, de una manera que sufre, y que es la mejor prueba de que me ama; porque ella, aunque habia desaparecido mi fortuna, no necesitaba para nada de mí. Dolores es un sér de estudio, un sér que destruye todas las opiniones que se tienen acerca de la mujer. La mujer es la inmensidad. Creeis estar llenos de experiencia, creeis conocerla, y una niña os engaña, os demuestra que nada sabeis, que el amor es la enfermedad más terrible de que puede adolecer un hombre: que el amor mata la dignidad, lo mata todo; que es un señor tiránico, exclusivo, absoluto; que os atormenta, haciéndoos probar la felicidad en medio de la amargura suprema; que os hace respetar y considerar como un ángel á una mujer, á quien

los demás con razon desprecian, porque, como nosotros, no están locos.

XII.

Inclinó Luis la cabeza, y permaneció por algunos segundos silencioso y pensativo.

Estaba vivamente agitado: se sentia su ardiente respiracion.

El duque estaba tambien preocupado.

No tenia ya duda de que aquella Dolores era su hija, de que Luis no se lo decia rotundamente por consideracion: se lo iba preparando de una manera lenta para el golpe.

Luis, dijo:

—En tres años, además de la pérdida de mi fortuna, perdí mis creencias acerca de todo. Veia la contradiccion constante del corazon humano, en la conducta de Dolores para conmigo. Yo entreveia, adivinaba lo desastroso de su conducta, pero no encontraba ni una sola prueba tangible; nadie me decia nada, y, sin embargo, yo he sido el hombre más puesto en ridículo por una mujer, que ha existido jamás. Habia en Dolores una absoluta carencia de educacion moral. No comprendia el exclusivismo del amor. Yo sentia dolor sobre dolor, desesperacion sobre desesperacion; soy médico, y no se me ocultaba el peligroso estado de la salud de Dolores. Al año y medio de nuestro conocimiento, empezó á palidecer, á enflaquecer, á desmejorarse. Hubo una época, en que no solo perdió su hermosura, sino que se hizo repugnante. Yo la amaba, sin embargo, cada dia más. A mi me

parecia cada vez más hermosa. Al amor se habia unido la compasion, la compasion que yo creia caridad: la caridad no es la que protege al vicio, la caridad no protege, sino cuando ampara la virtud.

Yo me engañaba á mí mismo: yo, decia, no la amo, la compadezco; sé que puede salvarse á esta criatura, salvarse á fuerza de paciencia, á fuerza de energía, á costa de inmensos sacrificios; pero ella veia la verdad, porque las mujeres son muy exactas. Veia que me enamoraba, veia que estaba loco por su hermosura, porque el estado de decaimiento, ó mejor dicho, de fealdad de Dolores, pasó rápidamente. No pasó su demacracion ni el mal estado de su salud, pero volvió su hermosura, sublimada por una expresion irresistible de languidez, de dulzura. Yo la sentia aproximarse cada vez más á mí. Comprendia que sin mí no podia vivir.

Lentamente fué agravándose el estado de Dolores.

Ví con terror aparecer la tísis, esa terrible enfermedad que no perdona, que acaba dulcemente con su víctima, que la mata sin avisarla, sin atormentarla.

XIII.

—Yo me habia quedado reducido casi á la miseria.

Habia desatendido á mi clientela, y ganaba lo estrictamente necesario para una miserable subsistencia mia, y para cubrir los gastos indispensables de Dolores.

Al fin, la tísis se determinó.

No tengo duda de que Dolores estaba tísica: no comprendo cómo la tísis ha desaparecido. Hoy es una hermosísima mujer de veinticuatro años, una mujer incom-

parable. Su belleza es puramente poética, por su grande armonía con el espíritu: no he visto jamás ojos como los suyos, señor duque. Sobrevinieron los esputos de sangre, las hemotísis; el término fatal se aproximaba.

XIV.

Dolores tenia madre; una madre de quien vivia separada: su madre vivia en Sanlúcar de Barrameda; Dolores la mantenia.

¿Por qué no vivian juntas? Todo consistia en lo antipático que era á Dolores un hombre con quien vivia su madre.

—¡Pero esa es la historia de una bribona!—dijo el duque.

—Es necesario ser muy indulgente con nuestros semejantes. Antes de calificarlos hay que buscar la razon de su manera de ser: no hay efecto sin causa, ni hay causa que no corresponda con una exactitud invariable á su efecto. Todo era el resultado de una mala educacion y de un escesivo amor propio. Dolores habia nacido para brillar, para ser una de las reinas del buen tono. Colocada en otra esfera, Dolores hubiera sido una mujer admirable; una altivez invencible, un corazon de oro: colocada fuera de su esfera sin otros medios para levantarse materialmente por medio del dinero, que la degradacion, no tuvo valor para permanecer en una situacion oscura.

—Pero usted se contradice, amigo mio, usted, segun dice, era rico, usted podia asegurar el porvenir de esa mujer.

—Yo estaba loco, ella no me exigía nada. Yo he que-

mado mi fortuna porque he querido; y digo que la he quemado porque la he gastado tontamente, sin resultado. Yo creia que una generosidad, cada dia creciente, la fascinaria. Pero ella, por cuyas manos habian pasado grandes sumas, cuando aterrada por el estado en que se encontraba, quiso ir á reunirse con su madre, á ver si recobraba su salud bajo el templado cielo de Andalucia, tuvo que esperar algun tiempo porque ni ella ni yo teniamos dinero para el viaje.

—Una nueva contradiccion, amigo mio,—dijo el duque;—si esa mujer era tan pretendida, si disponia, por decirlo así de la fortuna de todo el mundo, ¿cómo se encontraba reducida casi á la miseria?

—¡Ah! señor duque, el mundo corrompe á una mujer, y cuando la corrompe la arroja al albañal la abandona, y pasa sin volver á acordarse de ella.

Dolores estaba flaca, pálida, era un mueble roto, la habia abandonado todo el mundo; solo le quedaba yo, yo que aun á lavista de su esqueleto enloqueceria de amor.

XV.

—Se fué en fin.

Nuestra despedida fué muy triste. Nos separamos tranquilos: ella en la apariencia; yo sin lágrimas, sin protextas, como se separan dos personas indiferentes, teniamos miedo el uno y el otro de decirnos una sola palabra que hubiera hecho brotar nuestras lágrimas; que nos hubiera colocado en una situacion desgarradora. Llegamos al salon de descanso de la estacion. Estaba lleno de gente: tuvimos miedo de ponernos en ridículo. Partió

al fin, y yo me volví llorando á mi casa. Me escribió algunas cartas. Yo la enviaba algun dinero, haciendo supremos sacrificios.

Sus cartas estaban escritas con el corazon; habia en ellas amor, pero un amor triste, un amor sin esperanza, un amor sin fuego, por decirlo así.

Aquellas cartas me desgarraban el alma.

Por último, hubo de servirle de amanuense su madre. La última carta que ella escribió por sí misma, marcaba la debilidad de una mano calenturienta.

Su nombre puesto al fin de la carta escrita por su madre, me aterró.

Aquello estaba escrito por una moribunda.

Esperaba lleno de ansiedad una carta; en mi última la habia dicho que el clima á cuya influencia se habia sujetado, le era funestísimo.

A los quince dias recibí otra carta con orla negra. Antes de abrirla pasó por mí un temblor horrible. El frio de la muerte, una agonia insoportable, infinitamente más dolorosa, más terrible que aquella despues de la cual el sér humano deja de sentir.

Abrí la carta y me encontré con una sentidísima carta de su madre, con una sentidísima carta que brotaba amor, al mismo tiempo que lágrimas, una carta espantosa, y en aquella carta se me anunciaba que Dolores habia muerto.

Cincuenta dias habian pasado desde el en que Dolores partió de Madrid hasta aquel en que murió.

—Conque, ¡murió!—dijo el duque con asombro.—Las contradicciones continúan; estoy temiendo por el estado

de la razon de usted; dice usted que murió, y sin embargo he oido á usted hace un momento, que Dolores ha dominado la tísis, y que hoy es una mujer encantadora; admirable, inapreciable.

—Sí, si señor. Yo he nacido para sufrir de una manera extraordinaria: Dolores no habia muerto. Su madre era mas terrible que ella, su madre sabia dar á la mentira el colorido, la fuerza de la verdad, ó tal vez ella le habia dictado aquella carta terrible.

—Repugna creer que se juegue así con la muerte.

—¡Ah! señor duque, el corazon humano es incomprensible, llega á todas las aberraciones, á veces á lo inverosímil: el corazon humano es un Proteo que toma las formas y el carácter que él quiere; el corazon humano es el eterno misterio; la filosofía desorientada, se vé obligada á cada paso, á entrar en nuevas esferas, vá caminando á retaguardia del corazon; y de aquí los grandes errores de las escuelas, de aquí la inarmonía entre las ciencias psicológicas y las necesidades: la filosofía es una ciencia especulativa, que se ocupa en explicar fenómenos ya pasados, pero que no puede prever los fenómenos de lo porvenir; la humanidad no es más que corazon, yo le tengo, como vulgarmente se dice, en lo firme: espero, no aventuro. Si puedo poner remedio, le pongo. Siempre que he obrado apoyado en deducciones me he equivocado: la verdad es la razon de la actividad humana: la actividad humana está siempre subordinada á las causas: las causas varian constantemente: la actividad humana varia tambien. ¿Puede culparse á nadie de lo que hace? No; todo lo que hace es una consecuen-

cia: la causa no es suya, está fuera de él, es incontestable, han de producirla lógicamente efectos: culpemos á nuestra ignorancia, no á la naturaleza, no al sér superior, no al espíritu previsor que ha dicho: «lo que debe suceder, sucederá.»

XVI.

—Pero volvamos á Dolores.

Con su muerte, que yo creia, se apagó mi esperanza, moralmente, podia decirse que tambien habia muerto yo; sin embargo, me quedaba una duda, una duda que yo no comprendia, pero que existia en mí, latente. Cuando las causas son verdaderas, no dejan lugar á duda alguna. ¿Cuál es el signo distintivo de la certidumbre? no podemos asegurar sin temor de equivocarnos que poseemos una certidumbre. Empecemos porque no sabemos si existimos ó no. Esto parece una paradoja pero es una verdad. No conocemos la existencia y por consecuencia no podemos saber si existimos.

XVII.

—Un dia me encontré á una de las miserables amigas de Dolores, cuando conmovido, con las lágrimas en los ojos le dije que habia muerto, se me echó á reir de una manera grosera.

Esto me irritó. Yo no comprendo que haya tanta maldad en el corazon humano; yo no comprendo que sin interés alguno se goce en la desgracia. No; cuando aquella mujer reia, era porque sabia algo que yo ignoraba.

Pregunté, insistí, y me dijo al fin: «no ha muerto, le han engañado á usted. Ella dijo antes de irse que estaba cansada de la vida, que queria romper todo lazo con su existencia anterior, é iba á escribir que habia muerto.»

—¡Ah! no,—la dije,—eso es que estaba desesperada; eso debió ser despues de alguna de las terribles cuestiones que entre nosotros tenian lugar á cada paso. No, no; ella no ha podido hacer eso, no quiero creerla tan malvada, no quiero creer que ella me asesinase, porque la verdad es que yo estoy muriéndome, que estoy acabando con mi vida.

—Vaya, vaya,—me dijo aquella mujer,—no sea usted tonto; es muy difícil encontrar una mujer tal como usted la quiere; desengáñese usted; abra usted los ojos, que buen sol hace; mire usted por sí mismo; el muerto al hoyo, y el vivo al bollo; y sobre todo, Dolores las hay á patadas.

Ya comprenderá usted, señor duque, que esta miserable me proponía otra nueva amante.

Esto repugna, pero es la verdad.

El mundo busca contínuamente al hombre de buena fé, y el hombre de buena fé es el eterno *Ecce-homo* coronado de espinas, con el manto de púrpura, con la caña en la mano, un sarcasmo de la grandeza, una burla del sentimiento, una impiedad.

Sin embargo, aquello me hizo una sensacion profundísima. Mi duda acerca de la verdad de la muerte de Dolores, creció.

XVIII.

Escribí á su madre, y su madre me contestó con una carta más sentida, con otra carta, en que de cada una de sus letras parecia brotar la verdad. Yo no me atrevia á decir á su madre: «usted me ha engañado, Dolores vive;» porque si esto no era exacto, era abrir una herida en el corazon de aquella madre, que como madre podia ser muy buena; de aquella madre, que sin duda habia sabido la conducta de su hija para conmigo, que me habia comprendido, y que me habia llamado ángel en una de sus cartas, es decir, el sér generoso, el sér abnegado, el sér que todo lo sacrifica á una criatura; yo no me atrevia á decir á aquella mujer: «usted me engaña; Dolores vive; Dolores, al apartarse del mundo, se ha apartado tambien de mí; ó, mirando bajo otro punto de vista la cuestion, se ha acostumbrado á otro amante, ha temido que yo la busque, que acontezca una escena de exterminio, y ha puesto entre su nuevo amor y yo, una tumba.» Creí mejor que aquella mujer á quien yo habia hecho la guerra, se vengaba, y establecia en mí una duda terrible; porque decir á una mujer, á quien han anunciado la muerte de un hijo ausente, «tu hijo no ha muerto,» es demasiado violento.

Meditad bien, duque; yo era todo de Dolores, su padre, su amante, su esposo; cuanto un hombre puede ser para una criatura sobre la tierra. Vivia, y me habian dicho que habia muerto: ¿por qué me habian dado esta funesta noticia? Yo recordaba al mismo tiempo la tísis, y encontraba lógico aquel fin desastroso. Pero como mé-

dico lo encontraba prematuro; eran muy poco cincuenta dias para aquella terminacion funestísima.

Yo me volvia loco.

Escribí al alcalde, al cura y al médico del pueblo, y les pedí bajo secreto que me dijesen lo que habia de cierto. Todos me contestaban que Dolores habia muerto en la misma fecha que me habia anunciado su madre.

Sentí dos veces el dolor de la muerte: el segundo dolor fue infinitamente mayor que el primero. Habia experimentado toda la amargura de su pérdida, y despues habia acariciado una esperanza que podia llamarse sin esperanza. Por último, todo habia concluido: no habia duda; el alcalde, el médico y el cura párroco, afirmaban la muerte, y habia un documento legalizado por tres escribanos; la partida de defuncion.

Todavía, sin embargo, dudé, porque cuando la duda se arraiga en el corazon humano, es muy difícil extirparla.

¿Pero cómo podia amañarse tanto, sino por medio de un cohecho de un funcionario público, de un sacerdote y un médico, que tambien tiene mucho de sacerdote? Esto era repugnante.

El tiempo es un bálsamo que todo lo cura, ó que por lo ménos todo lo modifica, todo lo debilita. Yo no dejé de amar á Dolores, ni de pensar en ella un solo momento, pero su recuerdo no era ya, como al principio, un tósigo abrasador que me devoraba las entrañas, que producia el mal estado de mi organismo, mi humor negro, mi tristeza insoportable, aquel no dormir, aquel no comer, aquel agonizar horroroso, aquel llorar á cada momento.

Durante un año, las mujeres me hastiaban, las aborrecia. ¿Por qué no has muerto tú? decia, cuando veia á una vieja decrépita, ¿qué falta hacias en el mundo? ¿quién te lloraria? ¿tú, despojo viviente? ¡Y ella, ella en todo el esplendor de su vida, de su juventud, ha pasado, y tú continúas! Por de contado, repetia lo mismo cuando veia á una mujer jóven y hermosa. Busqué la muerte, no por el suicidio material de la puñalada, del veneno, de la pólvora, de la precipitacion desde un balcon á la calle, ó de la inmersion en el canal. Todo esto no solo es ridículo, sino de mal efecto. Busqué la muerte en los desórdenes, pero era pobre, y no podia desordenarme lo bastante, á no ser que me desordenase por medio de la embriaguez, porque beber demasiado del infame género que se vende en nuestros cafés, es lo mismo que sucumbir víctima de un envenenamiento fatigoso.

Al año empecé á transigir con las mujeres: ya no deseé la muerte; despues fueron agradándome; por último, señor duque, me casé.

XIX.

—¡Ah! ¿se casó usted?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Tres años.

—¿Y no se ha llevado todavía el demonio á su mujer de usted?

Esta salida biliosa del duque me demostró que tenia la certidumbre de que vivia su hija, y que habia pensado en un enlace entre ella y yo. ¡Ah! esto no era po-

sible, no tanto porque yo estuviese casado, cuanto por la situacion extraña que se habia establecido entre Dolores y yo. Puede perdonársele todo á una amante; á una querida, puede sacrificársele todo; á una esposa, no: la esposa es el sagrario de la familia; la esposa impura debe repugnarnos: no comprendo acerca de la esposa ningun género de debilidad.

Me casé, si señor; me casé con una mujer poco más ó ménos tan temible como Dolores, poco más ó ménos tan hermosa como ella; con una mujer que era una ilusion. Ya lo creo. Yo soy siempre el incurable enfermo de la buena fé. Me fio de las apariencias, me apasiono de todo lo bello, pertenezco á los séres que me son simpáticos, hago, en fin, novelas, que se convierten despues para mí en historias, y en historias muy tristes.

Clotilde vivia en la parte vieja de Madrid, con una anciana tia.

A mí me gusta lo antiguo; habla á mi imaginacion.

Estimo más una callejuela con construcciones salientes, negra, irregular, que se derrumba lentamente fragmento á fragmento, que una de esas calles nuevas, anchas, espléndidas, tiradas á cordel, fachadas ornamentadas.

Las construcciones modernas me parecen monótonas.

Las antiguas me presentan parte de la fisonomía de generaciones muertas hace mucho tiempo.

Yo amo lo romancesco.

La ví salir de misa de San Andrés, un dia que vagaba yo por la antigua villa.

Me sorprendió.

Tenia algunos puntos de contacto con Dolores.

Era como ella, alta, esbelta, pero no tan gallarda como ella.

Tenia los cabellos rubios y los ojos celestes, con la diferencia de que los ojos de Dolores tienen mezclado un dulce tono gris, que los hace muy poderosos, y los de Clotilde tienen la limpidez del azul de los cielos en una mañana de primavera.

XX.

El primer amor que sentí por Clotilde, fué un amor de reflejo; esto es, un amor que tenia su razon en el parecido que existia en el color del cabello, en la postura y en algunas generalidades entre Clotilde y Dolores.

Vestia de una manera sencilla, pero elegante y completamente á la moda, aunque no fuese de un gran valor su traje.

La acompañaba una anciana vestida de negro, de aspecto decente y de fisonomía simpática.

Yo, creyendo muerta á Dolores, necesitando de distracciones y de emociones de todo género, habia vuelto al ejercicio de mi profesion.

En él se ponia en contacto con mi espíritu el dolor punzante de los enfermos, la miseria humana.

Habia mejorado mucho mi existencia.

Parecia que al morir Dolores, se habia apartado de sobre mi cabeza un anatema terrible.

Ganaba mucho dinero.

Cubria compromisos anteriores, y me quedaba un sobrante.

XXI.

Seguí á Clotilde, y la ví entrarse en una casa de humilde apariencia y muy vieja, en la calle del Almendro.

Clotilde habia notado que yo la seguia, y me lo habia hecho conocer, pero de una manera modesta.

Se habia puesto ya en campaña.

Yo tomé las señas de la casa, y pasé.

XXII.

Me sentí fuertemente interesado, pero de una manera simplemente material.

Mi corazon no podia ser ya de ninguna mujer.

Estaba sepultado en una tumba.

Habia muerto tambien, pero quedaban el sensualismo, la ansiedad de olvidar y la necesidad de la familia.

Clotilde me habia parecido una niña excelente, cándida, impresionable; y en cuanto á su hermosura, nada he conocido tan voluptuoso, inclusa Dolores.

Dolores aturdía, fascinaba, enloquecía.

Clotilde embriagaba.

Al dia siguiente me levanté muy temprano, á la hora en que las criadas salen á la compra.

Yo habia observado que en la casa donde vivia Clotilde no debia haber más vecino que ella.

Era la casa pequeña, de un solo piso, cuya construccion databa por lo ménos de mil seiscientos.

La criada que de aquella casa saliese, debia ser la

de mi desconocida, la de mi nuevo amor pálido, la de mi último sueño.

Cuando llegué aún estaba cerrada la puerta.

Se abrió al fin, y apareció una jóven muy linda, morena, vestida con cierta coquetería y cierta elegancia criaderil, muy bien peinada, con un lindo pañuelo de seda á la cabeza y una cesta muy bonita en el brazo.

Notó que yo estaba esperando.

Me miró con extrañeza y con recelo, y partió, en ese paso menudo y rápido que toman las mujeres cuando no quieren que se las siga.

Afortunadamente no habia nadie en la calle: corrí, la alcancé, y me puse al lado de ella.

—Vamos, apártese usted,—me dijo,—quítese usted de en medio: vaya, pues me gusta, el *silbanton*.

La enseñé media onza.

Cambió de aspecto la muchacha, y sin embargo me dijo:

—Usted se ha equivocado: ¿qué se ha figurado usted? déjeme usted en paz; yo soy una muchacha decente.

—¿Y quién lo duda, hija mia, quién lo duda?—la respondí,—pero te equivocas; yo no te busco á tí más que como una amiga que puede hacerme un favor.

—¡Ah, amiga!—contestó la muchacha.

—Tú tienes una señorita muy guapa.

—¡Guapa! un poquito más, vaya, hermosísima: como hay que ver á la señorita Clotilde es en casa, cuando se levanta de la cama, de trapillo; yo no sé cómo no se ha casado veinte veces; pero su tia no la lleva á ninguna parte, ni al teatro; ¿á los toros? que si quieres, ni á paseo;

nada, á misa, á pasear á algun andurrial; antes de que se ponga el sol, á casa; á las ocho, en la cama; por las mañanas, en cuanto asoma el sol, de punta, y á echar mano á los quehaceres de la casa, porque es una señorita muy hacendosa, un tesoro para una persona decente, que no quiera que le arruine su mujer.

A todo esto seguíamos andando, y aquella emperatriz del estropajo habia tomado como por distraccion la media onza, y se la habia metido en el pecho.

—¿Y no tiene novio tu señorita?—la pregunté.

—¡Cá, mi señorita, pues buena tia tiene para que se piense en noviajos! Hace algun tiempo, un silbantillo la vio y se enamoró de ella, de la señorita se entiende, y empezó á pasear la calle, y á cantar la Norma, y el Trovador, y la Traviatta, la polka Mazourca, y la polka íntima, y con un taconeo y unas toses, que si sigue así, enferma del pecho; y que hizo la señora doña Josefina; me mandó traer cuatro cuartos de clavos, y clavó las ventanas, y los balcones, y las cortinillas, que no se podia mirar; y echó la llave á la puerta de la calle y se la guardó, que siempre que tenia que salir por aceite y vinagre, habia que decir: «señora, ábrame usted.» En fin, nos dió quince dias á la señorita y á mí, que crugíamos; porque es mucha pena ser muchacha y no poder asomar las narices á un balcon, aunque no sea más que para tomar el aire: fortuna que era invierno y llovia, y hacia un frio atroz: calcule usted si la querria el pollo, cuando aguantaba la lluvia y el frio, y rayos hubiera aguantado: por fin, la pegó conmigo, pero como yo no he nacido para ser plato de segunda mesa, le envié al diablo, y se aburrió,

y se marchó: conque si usted quiere á la señorita, mire usted lo que hace y cómo se las compone, y lo primero es que no pasee usted la calle, porque en cuanto la señora doña Josefina se entere, clava los balcones y nos enmohece, y ya vé usted que no debemos la señorita y yo pagar por culpa de usted, y además, que aquí estoy yo para que ustedes se entiendan.

—De la misma manera se entenderian el pollo y tu señorita...

—¡Cá! no señor; si aquello era un pollo del que se conocia que no podia sacarse sustancia: un dia quiso darme una carta, y le dije que no era correo, y le mandé enhoramala; despues me dijo si queria ser su novia. Usted me parece muy formal, y que tiene sobre qué caerse muerto, y puede ser que la señorita se entienda con usted, y sean ustedes novios.

XXIII.

—Entro en estos detalles, señor duque, para que vea usted de cuantas maneras puede ser esa tela de araña que se llama mujer para chuparle la sangre á esa mosca que se llama hombre.

Entonces la tela era Pepa.

Al dia siguiente la dí una carta.

Por la tarde al oscurecer me entregó en Puerta Cerrada la contestacion.

«He recibido,—decia,—una carta de usted que no me ha sorprendido, porque ya habia visto á usted en la puerta de la iglesia y que me habia usted seguido con interés. Confieso que me ha conmovido su carta de us-

ted, se vé á través de ella un amor profundo que no comprendo y que no sé cómo ha podido hacerse sentir tan pronto de usted. Por lo mismo, á mí que me gusta decir la verdad y que nó gusto de engañar á quien me favorece, voy á decir á usted lo que siento: me es usted simpático, pero nada más, acepto la solicitud de usted pero no puedo verle ni hablarle sino de una manera conveniente: si es cierto lo que usted expresa en su carta, ¿qué inconveniente tiene usted en hablar á mi tia? es esta una señora muy razonable y no dudo le recibirá á usted bien.—Clotilde.»

Esto sobre poco mas ó ménos contenia la carta.

De tal manera autorizado, al dia siguiente á las tres de la tarde fuí á su casa, pregunté por la señora mayor y supliqué que me recibiera.

Lo hizo así y me introdujeron en una salita modestamente puesta.

Clotilde bordaba al tambor junto á la vidriera del balcon.

A su lado, sentada al brasero, estaba su anciana tia caladas las gafas y leyendo en uno, al parecer, libro de oraciones que en cuanto entré dejó sobre un velador.

A pesar de lo receloso que me habian hecho mis desgracias, nada encontré allí que no me fuera simpático, que no fuera honesto y puro.

Me parecia que habia entrado en una de aquellas antiguas casas en que se vivia en medio de lo razonable, lo digno y lo justo.

Siempre víctima de mi buena fé, siempre juzgando por las apariencias; divinizándolo, poetizándolo todo.

XXIV.

Me encontré cortado, no sabia por donde empezar, y despues de los saludos me relegué al silencio.

—Y bien, caballero,—me dijo doña Josefina,—ha pretendido usted verme á lo que creo, á título de un asunto de grande interés: no acostumbro á negarme á los que me necesitan, ¿en qué puedo complacer á usted?

—Señora,—la respondí,—el hombre ha venido á la tierra para desear un dia una familia, yo estoy solo en el mundo, deseo la familia y creo que mi familia futura está en esta casa.

—¡Ah! sí,—dijo doña Josefina,—pero ¿por qué no determinar el motivo que á usted le trae?

—Creo que he dicho bastante; y que en usted consiste el que yo entre en esta familia ó no.

XXV.

Clotilde tenia la cabeza inclinada sobre su bordado pero un color se le iba y otro se le venia.

—Y bien, señora,—dije,—yo desde que la ví me enamore ciegamente de ella.

—¡De ella!

—Sí, de esa señorita.

—Pero esto es intempestivo, caballero, no nos conocemos, nada puedo decir á usted sin conocimiento de causa; mi sobrina es hija de una buena familia aunque pobre por una larga série de vicisitudes, yo no puedo admitir á usted en mi casa sin conocerle.

—Luis Sanchez de Leiva, señora, treinta años, médi-

co muy conocido en Madrid, y del hospital general, sin sueldo.

—Por caridad, ó por estudio.

—Por vocacion, señora.

—Médico, ya se tiene algo en casa,—dijo sonriendo doña Josefina que era una señora de muy buen trato.

—Sí, un buen culebron de vallado,—dijo el duque.

—Precisamente,—contestó Luis,—una especie de hiena voraz é insaciable pero que sabia encubrirse bajo las mejores formas del mundo. La esperiencia es la gran desecadora del corazon: la esperiencia es la realidad, fria, desnuda; la esperiencia mata la imaginacion, embota el sentimiento, hace en la esfera de la vida, de un creyente un esceptico, en la esfera de lo absoluto, de lo eterno convierte á un escéptico en creyente, yo creí de buena fé en lo impecable de doña Josefina, en lo purísimo de Clotilde y hubo un momento en que me creí olvidado de Dolores.

—Pero es usted un ser extraordinariamente debil,—dijo el duque,—demasiado encariñado con sus sueños.

—Así es la humanidad, duque, todos soñamos, todos nos engañamos, porque todos tenemos una aspiracion y todos somos ciegos; prosigo: doña Josefina me autorizó para que volviera á su casa, pero con ciertas restricciones, no debia ir mas que un rato al medio dia á su casa y esto dos veces á la semana, el jueves y el domingo: se comprendia perfectamente el negocio; se irritaba mi hambre de amor.

XXVI.

Cuando recuerdo aquel candor, aquella sencillez, aquel pudor de Clotilde, aquella pureza de sentimientos, aquella belleza suprema, aquella magnífica hermosura embellecida por todas las poesias, cuando á esto uno lo que ví despues, no creo en nada, en nada mas que en Dios.

Doña Josefina tomó acerca de mí cuantos informes le parecieron oportunos, yo en cambio de nada me informé respecto á doña Josefina y á Clotilde: me bastaban mis propios ojos.

Me fiaba de lo que veia y lo que veia era el fresco cesped matizado de flores que ocultaba el fondo de lodo.

XXVII.

Pasaron así dos meses, sériamente enamorado yo de Clotilde, si no con el corazon, con los sentidos, con la imaginacion, con la razon á lo que yo creia.

Clotilde parecia enamorada de mí.

Yo sentia de una manera poderosa su amor: y habia algo de ello, porque el alma de Clotilde tiene una actividad pasmosa.

En una palabra, á los tres meses me casé con Clotilde y creí haber encontrado la mujer difícil, la mujer que todos buscan y que muy pocos encuentran.

—¿Aun despues de casado creyó usted eso, señor don Luis?—dijo el duque.

—Y aun despues de casado.

—Perfectamente,—dijo el duque.—Pero yo tengo la

seguridad que en igualdad de circunstancias yo no hubiera sido engañado como usted.

—Señor duque,—contestó Luis,—á los dos años de haberse usted casado le abandonó á usted su mujer robándole á usted su hija.

—¡Ah! sabe usted...

—Si señor; todo.

—Y quién ha revelado á usted...

—Un jóven teniente de navío.

—¡Ah, Estéban! Estéban es un miserable.

—Estéban es una nueva equivocacion de usted; no extrañe usted, pues, las equivocaciones del prójimo, y lo extraño es, que equivocándonos á cada paso seguimos con nuestras equivocaciones y nos dejamos engañar.

—Recibo la leccion pero continúe usted, señor don Luis, me interesa mucho esa historia y usted me interesa mucho mas.

—Mi historia... mi historia... Vivia yo con la tia y la sobrina, era feliz, habia llevado á aquella casita mis muebles, aquel era mi nido, allí me refugiaba yo para respirar algo de vida cuando venia rendido de las visitas.

XXVIII.

Habia yo asistido durante toda una noche á un enfermo del cual habian exigido no me separase.

Volví necesitado en gran manera de descanso, me acosté y allá muy tarde me despertaron unas voces irritadas.

Yo no conocia aquellas voces.

Me pareció que personas extrañas se habian introducido en mi casa.

No habia nada de esto, las que voceaban eran doña Josefina, Clotilde y Pepa.

Clotilde llamaba bribona á doña Josefina, bribona á Pepa, decia que querian perderla y las echaba á la calle.

Aquello me extrañó de una manera inexplicable.

No comprendia yo que pudieran tratarse así una tia y una sobrina que eran la educacion misma.

¡Ah! Clotilde estaba irritadísima, pero no pronunciaba palabras mal sonantes.

En cuanto á doña Josefina, echaba por aquella boca sapos y culebras.

—Sí, sí, así que has hecho tu negocio, negocio que no hubieras hecho sin mi ayuda, me echas á la calle valiéndote de un pretexto injustificado.

—Usted,—decia Clotilde,—ha ofendido mi decoro, usted me ha desconocido, usted me ha creido capaz de una infamia.

—Sí, sí, grita,—decia doña Josefina,—grita para que te escuche el otro, ese imbécil que no cree más que lo que quieres, pero estoy yo aquí que se lo diré todo, todo, todo.

—¡Ah! no, no,—contestó Clotilde,—si se lo diré yo antes.

Yo intervine.

En cuanto me vió Clotilde me dijo.

—Esta mujer no es mi tia, ni siquiera mi parienta, ya te explicaré yo esto. Me ha ofendido trayéndome una pro-

posicion infame, y yo, que no quiero engañarte en lo que atañe á tu honra, la he arrojado á la calle en compañía de esta otra bribona: ahora si quieres escucha lo que te quieren decir: yo quiero que esto se exclarezca y cuanto más lúz haya en el asunto, mejor.

Yo no quise oir á doña Josefina ni á Pepa, no las dejé hablar y las mandé saliesen al momento de la casa.

Insistió doña Josefina.

Pero la palidez de mi cólera y el temblor que me dominaba, la impusieron miedo y se fué, llevándose á remolque á Pepa.

Yo no quise por entonces escuchar ninguna explicacion.

La temia, y cerraba los ojos.

Por otra parte, me inspiraba una gran confianza Clotilde.

Habia sabido hacerse superior á mi experiencia.

Aquel dia y el siguiente comimos en la fonda, hasta que recibimos una criada.

—Pero, señor mio,—dijo impaciente el duque,—su buena fé de usted es irritante.

—Así es siempre la buena fé, absurda. Si no confiase de tal manera, si no se engañase hasta tal extremo, no podria llamarse buena fé. Pero prosigo. Clotilde me dijo que doña Josefina no era su tia; que habia quedado huérfana bajo el amparo de aquella mujer, á quien de buena fé habian creido muy buena sus padres, y que en efecto hasta entonces lo habia sido; que la habia llamado su tia por decoro, para que las gentes no extrañasen el que una huérfana estuviese en poder de una mujer ex-

traña, pero que esto importaba poco; que los papeles que habian servido para su casamiento eran legítimos, y que aunque ningun conocimiento tenia en Madrid, en Badajoz, de donde era natural Clotilde, habia muchas gentes que habian conocido á sus padres, y que niña aún, la habian conocido á ella.

Esto era verdad. Todo consistia en que Clotilde no era Clotilde, y nunca habia estado en Badajoz. Se habian comprado unos papeles á otra familia, ó por mejor decir, se habian pedido partidas de bautismo y de desposorio, que estaban anuladas por otras tantas partidas de defuncion.

Eso es muy fácil de realizar, señor duque. Supongamos que una mujer de historia, una mujer á quien le conviene ocultarse, necesita aparecer como hija de una familia extraña: se piden á la parroquia, habiéndose informado antes, las partidas de bautismo, todos los documentos necesarios, en fin. En nuestras parroquias hay incuria; se dá á todo el que le pide, un documento parroquial, sin saberse para qué lo quiere, y es, pues, muy facil suplantar una familia. Un hombre de buena fé que se enamora por las apariencias, no se le ocurre averiguar, se fía de todo. Si yo hubiese desconfiado, pude muy bien haber tomado informes, haber escrito algunas cartas, y haber obtenido una partida de defuncion por cada partida de bautismo; pero esto era bueno, como se dice vulgarmente, para sabido.

Clotilde me dijo que doña Josefina era una bribona hipócrita; que desde el momento en que habia llegado á su desarrollo, habia pretendido explotarla; pero que ella

habia resistido con la fuerza de su pudor, de su virtud, de su corazon, y que por lo mismo, en el momento en que yo me enamoré de ella, ella se apresuró á casarse conmigo, que le agradaba, y que del mismo modo se hubiera casado con otro que no le hubiese agradado, por librarse de las asechanzas de aquella mala mujer.

—Te dirá de mí, pestes,—dijo,—te buscará para ello, solo procurará vengarse, porque arrojada de casa, se verá reducida á la miseria, inventará una historia horrible, que tú no creerás porque me conoces demasiado, porque sabes cuánto te amo, porque me has comprendido, porque entre nosotros no puede existir la duda, el recelo.

Sin que yo hubiese perdido el recuerdo candente, doloroso, terrible, de Dolores, amaba á Clotilde. Me parecia que habia encontrado en ella mi ideal: ¿por qué amamos de tantas maneras á tantas mujeres, y con una misma intensidad? no lo sé, señor duque; valemos muy poco; somos una organizacion propensa á irritarse, que cuando se irrita, nos domina, pervierte nuestra razon, modifica nuestra alma, produce el absurdo.

XXIX.

—En efecto, doña Josefina me buscó, y me dijo en medio de la calle, donde me habia detenido:

—Señor don Luis, usted es muy buen hombre, y á mí me dá ya lástima de tanto como le sucede á usted, sin que usted lo vea. Otro hombre, en un asunto tan sério, hubiera escuchado, hubiera observado, hubiera deducido.

Yo contesté secamente á aquella mujer:

—No quiero saber nada; lo sé todo.

—Pues si lo sabe usted todo...

—Ni una palabra más: yo sé lo que vale la mujer con quien me he unido, y concluyamos, porque advierto á usted que soy hombre de muy mal genio.

De tal manera dije estas palabras, que aquella mujer no se atrevió á insistir.

No la he vuelto á ver. Cuando más adelante empecé á perder la confianza en Clotilde por instinto, porque sentia el frio de su alma respecto á la mia, con ese exquisito tacto del sentimiento que no se engaña, ya aquella mujer habia desaparecido. Empecé á sentir celos. Mi mujer salia demasiado con la criada; mi mujer estaba con frecuencia triste, distraida: algunas veces sorprendí en ella una mirada de disgusto, que se referia á mí.

¡Ah! una cosa es ser hombre de buena fé, y otra cosa es ser torpe, estúpido: yo no soy ni lo uno ni lo otro: tengo una gran experiencia y una gran sensibilidad. Por último, señor duque, me reduje á salir muy poco, porque tenia miedo, y la presencia al lado de mi mujer fué la única precaucion que tomé. No me atreví á sobornar á la criada para que fuese infiel á la confianza que de ella hubiese hecho su ama: podia engañarme, y era demasiado grave hacer ciertas preguntas acerca de mi mujer, á una sirvienta. No me atreví tampoco á seguirla: tampoco me atreví á prohibir á mi mujer que saliese sola, por no ponerme en ridículo: á la mujer propia no debe jamás dársele celos; es una cosa demasiado sagrada, es nuestro honor, nuestro corazon, cuanto puede tener un

hombre sobre la tierra; pero extremé mi observacion y me convencí más y más de que habia perdido el corazon de mi mujer, de que otro le llenaba. Entonces me reduje á no salir absolutamente de casa, y esto nos trajo muy pronto á un estado deplorable. Vinieron las deudas, no pudimos ni aun pagar el alquiler de la casa en que viviamos, aunque era módico, y nos vimos obligados á meternos en una boardilla.

Sobrevino la miseria: yo preferí morir con ella á dejarla en una libertad que no merecia. Sin embargo, titubeé aún; temia que mis sospechas fuesen hijas de mi suspicacia, pero una noche habia salido desesperado. No habiamos comido en dos dias; nuestro equipo estaba destrozado; habiamos vendido todo lo que podiamos vender, ménos lo que teniamos encima.

Nuestros muebles se habian reducido á una mala cama y á dos sillas.

Salí á buscar un amigo, y no encontré á nadie.

Volví desesperado.

Subí, y encontré la habitacion vacía, es decir, Clotilde habia desaparecido.

Sobre la mesa habia un papel escrito que contenia las siguientes palabras:

«Quien reduce á una mujer á la degradacion, á la desesperacion de la miseria, no tiene derecho á ella: espero que comprendiendo esta verdad, no te tomarás el trabajo de buscarme, de perseguirme.»

En vez de aterrarme con esta carta, comprendí por ella que habia sido engañado de una manera infame; que Clotilde no me habia amado nunca; que solo se habia ca-

sado conmigo por egoismo, por uno de esos extraños fenómenos del sentimiento.

En vez de ser herido por aquel golpe, fuí curado.

Ví lo verdadero, y me alegré.

Yo estaba de todo punto emancipado.

No podia ya volver á empeñar mi corazon: la desconfianza hácia todo, le llenaba; no podia volver á ser engañado, al ménos así lo creia; podia hacer la vida del hombre solitario, triste, pero tranquila. Todo concluia en acostumbrándose á un género de vida tal: pero Dios no queria que yo viviese en el aislamiento, en la indiferencia. Cuando febril, irritado, luchando con mis pasiones, adelantaba sin saber por dónde, me detuvieron de repente unos gritos que salian de una casa; gritos espantosos, que dejaban oir estas palabras: «¡asesinos!... ¡socorro!...»

XXX.

Luis siguió relatando lo que nosotros omitimos, porque ya lo conocen nuestros lectores; su detencion por los serenos, la equivocacion del inspector, creyéndole el autor del asesinato, su entrada en una casa extraña, y su encuentro en ella con Dolores.

XXXI.

—Pero, y bien, amigo mio,—dijo el duque,—esa Dolores es mi hija ó no?

—Sí, señor duque; esa Dolores, encontrada de repente por mí, cuando yo la habia llorado muerta, cuando me habia resignado ya á su pérdida, esa Dolores es la

señorita Enriqueta de Velasco, hija de usted; pero ella lo ignora. La situacion en que se encuentra, es terrible: además de eso, yo he debido hacer á usted la manifestacion que le he hecho, manifestacion franca y leal. Ahora, usted hará lo que crea justo, y yo obraré en armonía con lo que usted haga.

—¡Ah! ¿conque podremos ser amigos ó enemigos?

—No, señor duque, no; yo no tengo porqué ser enemigo de usted; usted no es culpable del extravío de su hija; y la situacion en que se encuentra podria justificar el que usted se desentendiese de ella, pero nada justificaria el que yo no procurase hacer constar su derecho. Un cambio de fortuna podria influir de una manera muy grave en la conducta posterior de Dolores, y además de eso, señor duque, yo la creo regenerada, salvada, arrepentida.

—Quiero verla,—dijo el duque,—y verla al momento.

—Está demasiado enferma, y seria una imprudencia.

—No le diré que soy su padre; me limitaré á verla, á examinarla; me bastará ver su semblante para conocer que es mi hija, puesto que ella afirma que se parece exactamente á su madre.

—¿Y con qué pretexto hemos de ir, señor duque?

—¿No cree usted que yo puedo pasar por médico?

—Un médico puede pasar por grande de España,—dijo Luis,—y un grande de España puede parecer médico; ¿qué importa? pero ella lo extrañará, ella es inteligente, ella puede sospechar...

—Me mata la impaciencia, señor don Luis; me mata,

y usted comprenderá que le suplique no se oponga á mi deseo.

XXXII.

No hubo medio.

Luis se vió obligado á ceder á las exigencias del duque, y como estaba cerca, llegaron muy pronto á la casa.

Antes de llegar, le pareció notar á Luis que una mujer salia, y que se alejaba á lo largo de la calle de Hortaleza, llevando un lio bajo el brazo.

Pero lo vió esto de una manera indiferente.

Llegó, y llamó.

Tardaron en contestarle, y al fin se abrió un balcon del cuarto de Dolores, y dijo la voz conmovida de Andrea:

—¿Quién es?

—Soy yo, hija mia,—contestó Luis.

—Ya lo habia yo creido,—les contestó la niña, más conmovida aún,—pero nos encontramos conque se ha extraviado la llave, y no puedo abrir.

A Luis se le heló la sangre.

Temió un nuevo suceso imprevisto.

—¿Y por qué no pedírsela á la portera?—dijo.

—Es verdad,—contestó Andrea,—no se nos habia ocurrido.

Poco despues se abria la puerta, y aparecia Andrea pálida, aterrada.

—¿Qué sucede?—preguntó Luis.

—Sucede una cosa terrible, amigo mio,—contestó Andrea;—Dolores no está en casa.

—¡Cómo!

—No; las hermanas y yo nos habiamos quedado vencidas junto á la chimenea. Yo desperté á impulsos de un ligero ruido, pero aquel ruido cesó, y volví á dormirme. Sin embargo, un temor instintivo desvaneció mi sueño. Fuí á la alcoba de Dolores, y no la encontré; el lecho estaba revuelto, la puerta de escape abierta, un cajon de una cómoda abierto tambien. Yo no sé cómo pudo levantarse, abrir, sacar la ropa tan sin ruido, que no la sentimos ni las hermanas ni yo. Por último, la puerta del cuarto estaba abierta tambien, y faltaba la llave de la de la calle.

El duque y Luis subieron rápidamente las escaleras, se registró la casa y nada se halló.

Dolores habia desaparecido, pero quedaba sobre la chimenea su retrato al óleo.

El duque le vió, tembló, asió trémulo una mano de Luis, y le dijo:

—¡Es mi hija! mi hija, sí, no tengo duda de ello; ¡ese es el retrato de su madre!

CAPITULO XI.

De cómo un practicante estuvo á punto de ser muerto por un cadáver, y de cómo Clotilde se mudó, sin decir á nadie adonde se habia mudado.

I.

Juanito era un buen chico.

Practicante en una sala de clínica del colegio de San Cárlos, esto es, en una de las enfermerías especiales que el hospital presta á la facultad de medicina; Juanito era el practicante más asíduo, no porque tuviese caridad, sino porque era sumamente estudioso.

Habia un enfermo grave, allí estaba él observando los síntomas, la crísis, el desarrollo, en fin, de un fenómeno patológico. Se pasaba consagrado á las enfermedades la mayor parte del dia, y las noches de guardia, ya arrimando las narices á los semblantes de los enfermos, ya inclinado sobre un libro, devorándole.

Se habia propuesto oscurecer á Esculapio: era, en fin, un fanático.

La noche en que tenian lugar estos sucesos, entró su compañero á su cuarto.

Su compañero se llamaba Santiago.

Santiago era la antítesis de Juanito. Tomaba la medicína como una profesion, pero sin vocacion para ella. Hacia regularmente sus cataplasmas, y daba con regularidad los medicamentos á los enfermos que le correspondian, pero con una frialdad verdaderamente cínica, verdaderamente impía. Se le oia decir con mucha frecuencia: «un practicante del hospital no es otra cosa que un mozo de cuadra, que tiene á su cargo tantos pesebres. A tal bicho, empajada; á tal otro, enjuagatorio; á aquel, esto; y al de acullá, lo otro.»

Esto tenia su razon.

Santiago era hijo del jefe del marqués de Belorillo, y cuando era estudiante y no practicante aún, tanto andaba en las cuadras, que tanto entendia ó más de caballos que de terapéutica ó materia médica, que era lo que entonces estaba estudiando.

—Nos han traido un atun,—dijo á Juan,—y el juez ha encargado que se haga muy pronto la autópsia, porque urge; de suerte, que dentro de poco empezarán los mozos á preparar el cadáver, y, como yo sé que tú eres tan aficionado á andar con atunes, te lo aviso, insigne Juanillo, para que te largues al anfiteatro. Verás, es un ejemplar magnífico, un hombre de una raza exótica; le sobran fuera de la mesa dos palmos de piernas, y es de color de chocolate.

Juanito no esperó más.

Cerró su libro, tomó una palmatoria con un cabo de

vela de sebo, y desde lo alto de la clínica se deslizó por las escaleras excusadas, llegó al patio, y se metió en la sala de diseccion, á la cual no habian ido todavía los mozos á desnudar el cadáver y á prepararle.

Juanito entró con veneracion en aquel templo de la muerte. Se sentia engrandecido. Miró á lo largo de las mesas de diseccion, y en una de las del centro vió un bulto negro, largo, prominente.

Era nuestro indio.

Juan se acercó á examinar el cadáver.

—¡Ah!—dijo,—este hombre no es europeo; este hombre pertenece á una raza antidiluviana.

—Cuidado, amigo mio,—dijo detrás del jóven una voz fisgona de hombre de mundo,—cuidado con lo que se dice, y con no incurrir en heregías. De antes del diluvio no se conocen más que fósiles; despues del diluvio no existen nada más que los descendientes de la familia de Abraham, ó negamos la Santa Escritura.

—¡Hola! señor don Torcuato,—dijo volviéndose Juanito; y se encontró con un hombre como de unos cuarenta y cinco á cincuenta años, magro, pálido, nervioso, pero con las muestras de tener el mejor humor del mundo. Era uno de los médicos de guardia de la facultad de medicina, uno de los preparadores.

—¿Qué es esto, cómo usted aquí á estas horas?

—Te diré, hijo mio, te diré; vengo de una boda de gitanos, en donde se ha cantado y bebido de largo; no se lo digas á nadie: esto perjudicaria á mi gravedad de profesor y de médico. Por lo mismo, antes de ponerme á medios pelos, me he venido á casa. Aquí encontré al cé-

lebre Engalíos: me ha dicho que habia caido que hacer, que habian traido uno, á quien otro le habia hecho la liquidacion, y he venido á ver al huésped.

II.

En efecto, don Torcuato estaba con sombrero, paletot, baston debajo del brazo, guantes escandalosos de castor, de esos que aumentan desmesuradamente el tamaño de las manos, pero que son un gran preservativo contra el frio.

A más de eso, una bufanda encarnada estaba rodeada sobre sus hombros.

—Pero, señor don Torcuato,—dijo Juan,—segun está usted, me parece que le vá á ser muy difícil la diseccion del cráneo de este indivíduo: ya sabe usted cuánta seguridad se necesita para manejar el martillo.

—Ahí está don Miguel, que se acuesta á las diez, y que siempre tiene la cabeza fria: voy á decir á los mozos que preparen el cadáver.

—Oiga usted, don Torcuato,—dijo Juanillo, con la ansiedad y el temor de un jóven que hace su primera declaracion á una mujer que enamora:—¿quiere usted hacerme un favor?

—¿Y cuál, muchacho?

—Que yo me encargue de la diseccion.

—¿Estás loco, chico?

—La haré segun arte, señor don Torcuato: tengo rotas más cabezas que pelos tengo en la mia, y á más de eso, que aquí se puede usar de todos los instrumentos. Observe usted: hay equimosis, y una equimosis extre-

mada en la garganta; el glóbulo de un ojo está hinchado de una manera exagerada: todo esto será para mí de gran estudio. Usted estará presente, y podíamos empezar á ensayarnos por la garganta. Aquí traigo yo mi escalpelo. ¿Me permite usted?

—Vaya, muchacho; me coges de buen humor. Veamos.

Juan se apoderó del cadáver, y con sumo trabajo le quitó el paletot, el chaleco y la camisa. Despues sacó su escalpelo, é hizo una incision en la garganta del indio; pero apenas la habia hecho, cuando se sintió cogido por la suya y casi extrangulado.

Don Torcuato dió hácia atrás un salto que cogió tres varas.

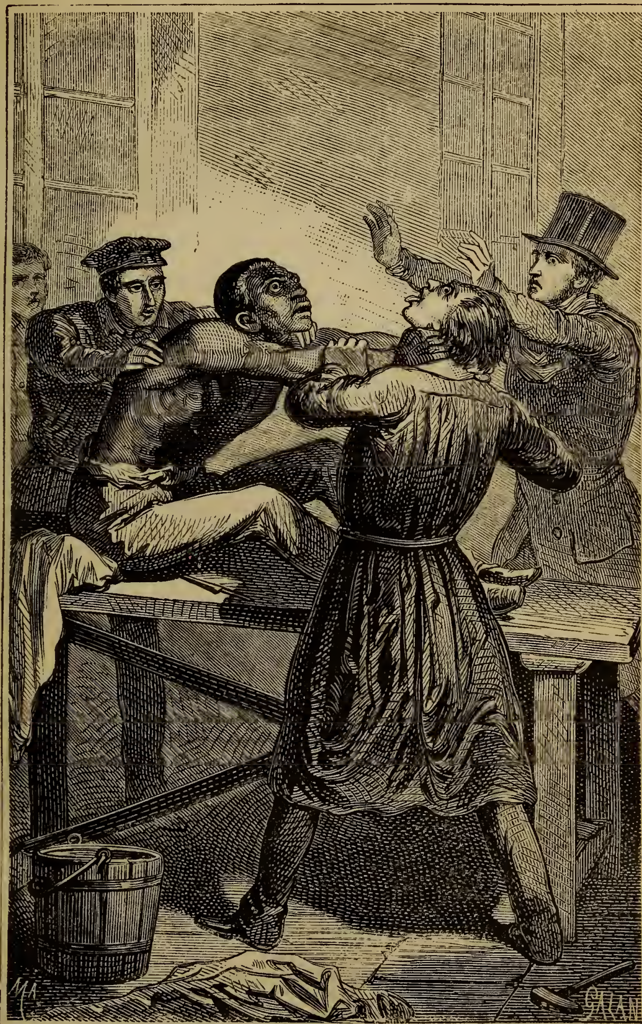
Juan tenia un palmo de lengua fuera, é hirió con el escalpelo el brazo del indio, que le sujetaba.

Don Torcuato habia empezado á dar voces. Acudieron los mozos, y gracias á que el pobre indio no tenia fuerzas, que sino no escapa vivo de sus manos el aplicadísimo Juanillo.

III.

Como ven nuestros lectores, Estéban habia tenido mucha razon al decir: «cero y van tres: necesito matarte otras cuatro veces, porque tú tienes siete vidas como los gatos.»

El indio era fuerte como un cocodrilo; se aturdió por la operacion que con él habia hecho Estéban, y bajo los talegazos de plomo que le habia metido en la cabeza, sin piedad, á muerte.



.....pero apenas la habia hecho, cuando se sintió cogido por la suya y casi extrangulado.

Habia engañado su situacion al juez de primera instancia, al escribano, al inspector, á los serenos *cætera que gentium*, que le habian llevado, como si realmente hubiera sido un cadáver, al hospital.

El indio allí, bajo el frio de una noche de invierno, en la humedad de la sala de diseccion, el indio, que no habia muerto, volvió en sí, sin poderse dar cuenta de lo que le acontecia. Tal era el dolor de su cabeza, tal era el estado de sus nervios; no se acordaba de nada, no podia juzgar nada; pero poco á poco fué recordando la causa de su frialdad, hasta que tuvo la idea de lo que habia sucedido, pero sin explicarse cómo: una cuerda que se enrollaba á su cuello, una caida, despues dos golpes en la cabeza.

¿Quién podia haber hecho esto? Lo ignoraba; pero á pesar de su estado, sentia ya una terrible sed de venganza, porque el indio tenia la conciencia de que era muy difícil matarle. Dos veces se habia visto poco más ó ménos en igual estado: dos veces habia salido adelante, y esperaba salir la tercera, es decir, tenia la seguridad de curarse.

Haciendo esfuerzos estaba por levantarse de la mesa, cuando sintió pasos, y no vió el reflejo de una luz, porque no podia verla.

Tenia un ojo terriblemente hinchado, el otro congestionado; oia bien sin embargo.

Tenia la astucia de los de su raza: no sabia dónde se encontraba ni á qué atenerse, y dijo para sí: «me importa estarme quieto, y pasar por cadáver; tal vez es mi enemigo que vuelve.»

Y se calló como un muerto.

Cuando oyó hablar á Juan con don Torcuato, del martillo de la diseccion, cosas que no entendia muy bien, le entró algo de miedo, y dijo: «continúo muerto.»

En fin, el indio no tuvo por conveniente resucitar por entonces.

Alentado por el instinto de la conservacion, se rehizo de una manera astuta, y con el tacto del miedo, asió á Juanito por la garganta, haciéndole sacar un palmo de lengua, inyectándole de sangre los ojos; porque las fuerzas del indio eran inmensas, aunque debilitadas, por el estado en que se encontraba, eran lo bastante para dar un mal rato á nuestro aprendiz de cirujano, que sin el ausilio de los mozos, á quien se le hace la autópsia no es al indio, sino á Juanito.

Es fama que éste, mucho tiempo despues, cuando se acercaba á un cadáver, no lo hacia sino con muchas precauciones, aunque el cadáver oliese á manido, de una manera poco agradable. Por último, desasido el indio de Juanito, se le preguntó, se le examinó, pero el indio no respondió nada: no se hallaba en estado de responder; queria, y no podia; el esfuerzo que habia hecho habia agotado sus fuerzas... pero vivia.

Se le llevó á una sala, á una cama, á un número, y empezó á tratársele segun la ciencia y el arte, oficiándose por el médico de guardia al juez de primera instancia, que habia incurrido en una gravísima equivocacion, enviando como cadáver al que solo era un herido grave, muy grave.

IV.

Dejemos en este estado á Kin Kakop, bajo la salvaguardia de la facultad de medicina, y volvamos al asesino, esto es, á Estéban.

Levantóse á las once del dia, se afeitó, almorzó, se aliñó, se puso su uniforme de teniente de navío, esto es, su gorra galoneada con su divisa, su chaleco blanco, su frac azul con anclas, su pantalon con galon de oro, su sable corvo con vaina de cuero y tirantes, sus guantes claros, muy ajustados, y unas relucientes botas de charol, y en un carruaje del duque del Humbroso, que tenia á su disposicion, se dirigió al número cincuenta y dos de la calle de Hortaleza.

Al sentir el ruido de un carruaje que paraba á la puerta, una jóven, hermosísima sobre toda ponderacion, á quien acababan de peinar, abrió un balcon y se asomó á él con el lindísimo peinador puesto.

Hay ciertas mujeres, que se asoman al balcon siempre que á la puerta de sus casas para un carruaje, lo que es muy mala señal, porque van á ver si del carruaje sale una persona peligrosa que obliga á esconder á otra, ó algun indivíduo á quien se espera con impaciencia; en fin, es la mala fé que está siempre alerta para engañar á la buena fé.

Clotilde, que ella era, se asomó, no porque tuviese duda de que su marido no habia vuelto á acordarse de ella, sino porque esperaba allí impaciente al hombre á quien por una aberracion del sentimiento adoraba, á Kin Kakop. Éste, al salir le habia prometido que volve-

ria muy pronto, y que todo era cuestion de hablar solamente cuatro palabras con el señor duque del Humbroso, que le iba pareciendo un farsante.

Clotilde se durmió y no echó de ménos á Kin Kakop, porque cuando se duerme no se echa de ménos nada; pero despertó por la mañana, y extrañó no ver en su lecho al indio.

Esto era grave.

El indio no sabia separarse de ella.

¿Qué habia sucedido pues á Kin Kakop? Nada habia podido decirle la justicia, porque esta no conocia al falso muerto, ni habia tropezado con ninguno que le conociese, ni se habian encontrado sobre él papeles ó tarjetas que indicasen su residencia.

Kin Kakop se habia perdido para Clotilde.

Ya habia empezado á ponerse de mal humor; por eso cuando sintió el ruido de un carruaje se asomó llena de afan al balcon, y en el mismo momento se puso pálida, dió un grito de espanto y se quedó perpleja, dudando entre esconderse, escapar, ó negarse: eligió estos dos ultimos medios: negarse primero, esconderse despues ó esconderse antes de que él llegara porque escapar era imposible: se hubiera encontrado en las escaleras con el hombre que la asustaba.

V.

Pero ni aun tuvo tiempo de prevenirse porque Estéban habia saltado del carruaje, habia salvado las escaleras en otros tres saltos, y habia dado un campanillazo.

La doncella de Clotilde le recibió junto á la puerta de la escalera, que ella habia abierto.

Estéban no habia preguntado, habia arrollado á la doncella y se habia encontrado en la sala, indecisa, aturdida, asustada á Clotilde.

—Nada se pierde,—dijo Estéban,—todo consiste en que las gentes y las cosas varian de lugar, y aquel que las busca no sabe en qué lugar se encuentran.

—¡Oh mi adorado Estéban!—exclamó Clotilde arrojándose á su cuello:

—No esperaba yo ménos de tí, divina mia;—dijo Estéban,—nunca he desconfiado de tí. Grandes deben haber sido las causas que de mí te han separado, debe ser una historia interesantísima; por consiguiente quítate el peinador, vístete lo mas pronto posible y vámonos al campo en el carruaje que espera á la puerta. Comeremos á nuestro gusto, felices, enamorados, trasportados, locos, en las Ventas de Alcorcon. Te he rescatado, y creo que esta vez ese feroz enemigo nuestro, ese indio del diablo, no volverá á causar nuestra desesperacion; pero domina la sorpresa, la vivísima sorpresa que te causa mi entrada, hija mia. El dia está hermosísimo: vamos concluye, ¿qué traje quieres?—y abrió un armario,—aquí veo uno verde, otro azul, y otro de color indefinible.

—Cualquiera, hijo mio,—dijo Clotilde,—pero déjame reponerme, la sorpresa, el placer, la alegría. ¡Oh, Dios mio, qué felicidad tan grande recuperarte! Cuanto tengo que decirte, cuanto tengo que preguntarte, cuantas lágrimas he derramado en tu ausencia. ¡Oh! ¡qué desgraciada he sido!

—Pero vístete, Clotilde, vístete, no quiero que permanezcas mas, bajo un techo en que has vivido con nuestro odioso enemigo. Me es insoportable todo esto. Cuando salgas, despídete porque no vuelves á entrar aquí.

Clotilde hizo de la necesidad virtud y se vistió.

La doncella y la peinadora, de las cuales no se habia recatado Estéban, miraban aquello con asombro y temian una catástrofe porque no se habian acostumbrado á mirar sin miedo al indio, y recelaban que si el indio aparecia sucediese una de San Quintin.

Nuestro teniente de navío se sentó en un sillon, sacó un cigarro lo encendió y se puso á fumar mientras Clotilde se vestia temblando toda.

Estéban atribuyó todo aquello á la emocion de Clotilde porque creia de buena fé que Clotilde le adoraba, y que si Clotilde se le escapaba con el indio todo consistia en el terror que el indio la causaba.

No podia comprender lo absurdo, no podia concebir esa pasion de las mujeres por lo extraordinario.

Su ciega subordinacion á todo lo que representa una fuerza que no pueden contrastar.

Vemos con mucha frecuencia á una mujer de espíritu, de talento, de imaginacion, bien educada, en buena situacion, enamorada de un ser vulgarísimo, antipático, y por todos conceptos repugnante, viejo, feo.

¿Cómo se demuestra la razon de esto?

No lo sabemos.

No conocemos las leyes del sentimiento, no las podemos conocer nunca.

Porque no podemos sujetar á leyes lo infinito, lo múltiple, lo vário.

La esperiencia nos demuestra contínuamente que no sabemos nada.

El amor propio haciéndonos desfigurarlo todo, modificando todo, acomodándolo á nuestro deseo, nuestra tendencia á apoderarnos de lo que necesitamos para mejorar nuestra existencia, la sensualidad del espíritu y de la materia á un tiempo, son nuestros mayores enemigos.

Y esta desgracia alcanza á todo el mundo: tanto al soñador como al que cree verlo todo desde el punto de vista de lo positivo, porque todos soñamos.

Es muy difícil que se encuentren dos séres que llenen relativamente el uno para el otro todas sus aspiraciones.

Así es, que continuamente esperimentamos una decepcion de la mujer que creemos completamente nuestra, ó del amigo en que hemos soñado un hermoso corazon.

El sentimiento del individualismo ó del egoismo, es nuestra pasion mas poderosa.

Creemos con facilidad en todo aquello que nos halaga.

Consideramos á los demás á través del prisma de nuestros sentimientos, seguimos por desgracia demasiado al pié de la letra aquella paradoja que se ha elevado casi á axioma:

«Conoce tu corazon y habrás conocido el corazon de los demás.»

VI.

La mujer, la eterna ambicion del hombre, su vida, su luz, su espíritu, el sér más contradictorio, más incomprensible y mas incomprendido de los séres.

De ella nace nuestra razon suprema de sér.

Por ella todo, hasta la mas repugnante de las pasiones humanas, la ambicion, detras de la actividad de todo hombre, sea cual fuere su talento, sea cual fuere su pasion, encontràreis una mujer y con frecuencia muchas mujeres.

Por ellas la vejez nos es odiosa.

Por ellas deseamos valer lo más que podemos.

Por ellas vivimos.

Por ellas morimos.

Ellas son nuestra felicidad ó nuestra desventura.

Ellas son nuestra salvacion ó nuestra ruina.

Ellas nuestro ángel ó nuestro demonio.

El amor es el negocio mas sério de la vida.

Todo en nosotros se traduce por el amor.

VII.

Estéban amaba exclusivamente á Clotilde ó á Fanny.

No podia amar á otra.

Clotilde se habia convertido en la razon suprema de su vida.

Por ella, se habia viciado.

Por ella, habia incurrido en el crímen.

Por ella, se habia hecho un hipócrita que guardaba

bajo una forma completamente simpática, su fondo repugnante.

Su egoismo le engañaba, se miraba al espejo, y se hallaba bello.

Probaba su corazon en uno y otro lance, y le encontraba fuerte.

Conocia cuanto necesita conocer un hombre para halagar el amor propio y las aspiraciones de una mujer.

Sabia por experiencia, que era para las mujeres una especie de don Juan Tenorio.

Tenia una gran idea de su valor, y esto le hacia formular contínuamente, acordándose de Clotilde, este sofisma.

—Yo valgo mucho, lo que pocos hombres valen, soy rico, buen mozo, valiente, afortunado, todo lo que vale se ambiciona, luego Clotide debe ambicionarme.

Tales deducciones, que son las que generalmente hace la humanidad, son erróneas.

Es confundir el valor de las cosas con el de los séres.

El oro, las piedras preciosas, tienen para todos el mismo valor.

No sucede lo mismo respecto á los séres.

Tal mujer, que á todos parece encantadora, nos es repugnante.

Tal otra, en quien nadie encuentra el más leve atractivo, á nosotros nos embriaga.

Todo consiste en la manera que tenemos de sentir y de ver.

Estéban, pues, partiendo de una regla general, de una regla vulgar, se equivocaba.

Se creia adorable, porque así le habian considerado una multitud de mujeres.

Porque habia visto la envidia en los ojos de muchos hombres.

VIII.

Clotilde se vistió apresuradamente.

Estéban se equivocó tambien.

Interpretó de mala manera la prisa de Clotilde.

Creyó que tenia una viva impaciencia por verse en su poder.

No era esto ciertamente.

Era que Clotilde temia sobreviniese Kin Kakop; y lo temia por él, porque ya dos veces, por valor ó por fortuna, habia puesto fuera de combate al indio.

Y Clotilde ignoraba que le hubiese estropeado gravemente, y que le habia dejado por muerto una vez más.

Pero Clotilde tenia el alma enlutada, negra, y para ella era un período de continuidad que no sabia cuando tendría fin.

IX.

Se puso elegantísima; y por lo que pudiera suceder, y sin que lo notase Estéban, se metió en el bolsillo tòdas las joyas que el indio la habia comprado desde el punto en que volvió á encontrarla.

Guardó además todo el dinero que tenia, que era una fuerte cantidad en oro.

Sabia demasiado, que no habia de volver á aquella casa.

X.

Todo esto, como hemos dicho, se hizo en muy poco tiempo.

Clotilde se asió al brazo de Estéban, que se habia levantado, y dijo á su criada como si de buena fé hubiera pensado en volver:

—Hasta luego.

Y salió.

—Que belenes,—exclamó la doncella dirigiéndose á la peinadora;—no pues como el amo se entere la vá á haber buena. Cuidado que don Baltasar es un rio de oro, porque en el tiempo que hace que yo estoy en la casa, que no llega á quince dias, yo no sé cuantos trajes ha traido la modista, cuantas alhajas ha recibido la señora, y se estaba buscando una casa grande, magnífica: pues no el otro con quien se vá, y mire usted que carruaje Nicasia (la doncella se habia asomado al balcon), tiene tambien facha de hombre riquísimo. ¡Válgame Dios! Unos tanto y otros tan poco; por ejemplo, nosotras tenemos que contentarnos, cuando más, con un estudiante de veterinaria ó de farmacia, ó con un rompe aceras, ó con un cabo de cazadores que nos saca el quilo para gastar botas finas.

—Y qué quiere usted Lucía,—contestó Nicasia,—las pobres hemos nacido para rompernos el alma.

—Verdad que sí,—dijo Nicasia,—y no hay más que tener paciencia.

—Y barajar y buscar un tonto,—contestó Nicasia;—pero quede usted con Dios hija, que me quedan todavía

ocho señoras que peinar, que son lo más fastidiosas que Dios ha echado al mundo.

—Dios nos dé fuerzas, Nicasia, vaya usted con Dios. Dios quiera que por aquí no tengamos que contar, y no dinero.

Nicasia se fué, y Lucía se metió en la cocina.

CAPITULO XII.

La desesperacion de Dolores.

I.

Ésta se habia apercibido de la salida de Luis.

Estaba débil; pero al impulso de una de esas ideas repentinas que conciben todas las almas enérgicas, se incorporó en el lecho para probar sus fuerzas.

Sintió un desvanecimiento, hijo de su debilidad.

Pero aquel desvanecimiento pasó, vencido por la fuerza de voluntad de Dolores.

Despues de esta primera prueba, aventuró otra.

Echó los piés fuera de la cama, y experimentó otro desvanecimiento.

Le dominó de nuevo.

Se puso por último de pié, y por un momento creyó que le era imposible ejecutar el proyecto que habia concebido.

Este proyecto era perderse, envolverse en un misterio.

Afrontar una existencia de sacrificio y de expiacion.

Al fin, su fuerza de voluntad triunfó tambien; pudo dar algunos pasos.

Abrió silenciosamente la puerta de escape, atravesó el pasillo de la entrada, y penetró en el cuarto de Luis, donde aún ardía una bujía.

Al verse allí, rodeada de las cosas que tocaban inmediatamente á Luis, se la oprimió el corazon, y rompió á llorar desconsolada.

La faltaron las fuerzas, y se sentó en el mismo sillon que habia ocupado Luis, junto á la chimenea.

Su llanto no cesaba.

Parecia que todo su sér se fundia en lágrimas.

Estaba hermosísima con su dolor, y á pesar de su demacracion.

—Le amo, sí, le amo,—murmuraba entre sus sollozos,—no he amado á nadie; me he engañado; ¡desgraciada de mí! tengo alma de hombre; me he deslumbrado por cosas muy falsas, y no he dejado de amarle, no: yo iba llena de esperanzas á restablecerme; ví con un placer inmenso que me restablecia, que no era tísis, no, la enfermedad que me devoraba, sino un cansancio terrible del alma y del cuerpo; empezaba á sonreir á mi esperanza, deseaba volver á él, volver hermosa, desengañada ya de todo, convencida de que mi amor, mi único amor, era él.

Dolores acreció en su llanto, y por algunos segundos se le oyeron murmurar palabras ininteligibles entre sus sollozos.

—Al fin,—dijo levantándose y probando á sostenerse, —es necesario, necesario de todo punto: su conducta conmigo es cruel; me ama, me ama más que nunca, pero me he hecho imposible para él; he matado su alma, le he hecho el más infeliz de los hombres: esto ya no tiene remedio: nuestra union es de todo punto imposible.

Y dió algunos paseos de una manera vacilante, á lo largo del cuarto, mirando con ansiedad todos los objetos que en él habia, porque todos pertenecian al uso de Luis.

—¡Oh! sí, estoy fuerte,—dijo;—muy fuerte; á lo ménos para salir de aquí, para perderme.

Y se vistió con las ropas que habia tomado, y alguna ropa más que habia traido, la metió en un pañuelo, é hizo un lío.

Despues salió silenciosamente, y llegó á la puerta del cuarto.

Junto á ella, en un clavo, estaba la llave de la puerta exterior de la casa.

Abrió silenciosamente la del cuarto, y bajó con trabajo, apoyándose en el pasamano de la escalera.

Nadie la habia sentido.

La asturiana dormia como los siete durmientes, con un sueño denso, del que no la hubiera despertado, por el momento, un cañonazo.

Andrea y las dos hermanas de la caridad, rendidas de muchas noches de vela, dormian tambien, sentadas junto á la chimenea.

II.

Dolores llegó con mucho trabajo á la puerta de la casa, y la abrió.

Salió, cerró, y se deslizó á lo largo de la calle de Hortaleza.

Apenas podia tenerse de pié. Sin embargo, era tal su fuerza de voluntad, que vencia su debilidad y adelantaba.

Nunca la noche habia ocultado tanta miseria, tanto dolor, tanta desesperacion.

Al fin, y despues de media hora de marcha, Dolores no podia ya tenerse de pié.

Estaba junto á la verja de un pequeño atrio, detrás del cual se veia una fachada alta, sin más vacío que una gran puerta.

Aquel edificio era una iglesia: aquella iglesia era de un convento de monjas: de las Recogidas de Santa Magdalena.

Dolores reconoció al llegar dónde se encontraba.

—Aquí me ha traido la Providencia,—dijo,—pero, ¡es tan temprano todavía!... Aún falta mucho para que amanezca, y yo no puedo tenerme de pié. Es necesario que llame.

Y se deslizó hácia la puerta, y tiró con fuerza de una campanilla.

III.

Por el momento, nadie respondió.

Dolores tiró con más fuerza, porque se sentia desfallecer.

Por último, se oyó una voz soñolienta, que dijo:

—¿Quién es?

—Una pobre mujer, que necesita que la reciban en esta santa casa.

—Eso no puede ser, hermana,—dijo aquella voz,—sin una órden del vicario; y á más de eso, estas no son horas de llamar á ninguna puerta.

—Me estoy muriendo,—dijo Dolores,—estoy enferma.

—Eso es otra cosa,—dijo dulcificándose la voz,—para el que se está muriendo, tengo yo siempre abierta mi casa.

—Dios se lo pague á usted,—contestó Dolores.

Poco despues se abrió la puerta, y apareció un hombre pequeño, delgado, viejo, con un semblante de media legua de andadura, la nariz pronunciada y acaballada, los ojos pequeños, con un gorro negro de lana, una almilla de punto azul, unos calzones muy estrechos, y unas zapatillas muy grandes.

Tenia todas las fachas de un pobre diablo: era, en una palabra, el sacristan de las monjas.

Tenia en la mano una lamparilla de cobre encendida.

Al ver la juventud, la hermosura de Dolores, y el estado en que se encontraba, exclamó:

—¡Válgame Dios, y qué lástima!... Pase usted, pase usted, señora; aquí no hay proporcion para nada, pero, en fin, yo he dormido bastante, y aunque no hubiera dormido, en mi cama puede usted reposar; y si usted quiere, se llamará al médico del convento, porque usted está muy mala, señora, se está usted cayendo.

Y no dijo en balde el sacristan estas palabras, porque á penas Dolores habia pasado de la puerta, le faltaron de todo punto las fuerzas, vaciló, y hubiera caido, á no ser porque aquel pequeño hombre la sirvió, por decirlo así, de puntal.

Dolores era infinitamente más alta que él.

La sentó como pudo en un poyo de ladrillo, que habia en la portería, y cerró la puerta.

—Por supuesto,—se dijo despues de haber cerrado,—que usted no será perro con cencerro, y que no me expondrá á un disgusto. ¿Usted no será casada, señora?

—No señor, no soy casada,—contestó Dolores, que estaba abatida, anonadada, donde la habia puesto el sacristan.

—Pero, ¿será usted hija de familia?...

—No señor; soy huérfana, y á más de eso, mayor de edad.

—Y, ¿no tiene usted tutor?

—No señor.

—Es decir, que usted es un grumo sobre la tierra, que puede usted ir y venir libremente como el aire.

—Si señor, por desgracia.

—Vamos, entonces mejor para el caso, porque no hay que pelear con parientes. ¡Si viera usted lo que son los parientes!... ¡nos traen unas cosas!... ¡Dios nos ayude!... Las pobres madres necesitan toda la paciencia de todos los ángeles del cielo; pero usted tiene cara de ser muy buena, señora: vamos, descanse usted un poco, y en seguida subimos á mi cuarto. No tenga usted cuidado; yo soy un hombre casto, una persona casi eclesiás-

tica: el mundo para mí no existe: las madres y las recogidas, las recogidas y las madres, el capellan y los confesores, ni más ni ménos... salgo muy poco, solamente de cuando en cuando, á tomar un vasito de café al de al lado, con un compadre mio que está casado con una sobrina de una tia de mi mujer; porque á mí, los parientes que me quedan, no se les dá alcance ni con una escopeta. Yo tambien soy un grumo, pero un grumo que se ha metido aquí en este mechinal, sin ver más gentes que tantos santos varones como aquí vienen, y á los demandaderos de las monjas. Conque vamos, un poco de aliento, hija mia; las escaleras son muy cortas: esto está muy frio, y usted está temblando.

—Es verdad; me ha acometido una horrible fiebre.

El sacristan procuró levantar á Dolores, pero no pudo.

A pesar de su enflaquecimiento, era demasiado buena moza, y pesaba mucho.

Dolores hizo un esfuerzo, y al fin, apoyándose como en un baston, en aquella persona semi-eclesiástica, subió un tramo muy corto de escalera, y se encontró en un reducidísimo aposento, en el que, fuera de una cama mezquina, solo habia espacio para una mesa, un banco y una silla.

Dolores se dejó caer sobre aquel lecho.

IV.

En otro tiempo no hubiera podido vencer la repugnancia que le hubiera causado el olor semi-eclesiástico, particular, extraño, que saturaba la atmósfera de aquel

aposento. Olía allí tambien á viejo y á poco aseo, pero Dolores habia hecho un esfuerzo sobrehumano al escapar, y su aliento se habia agotado.

Apenas habia caido en aquel incómodo, en aquel miserable lecho, la acometió un parasismo.

El bueno del sacristan se asustó.

V.

—Pues no faltaba más,—dijo todo en ascuas,—que se me muriera aquí una mujer que no tiene padre ni madre, que viene sabe Dios de dónde; es hermosa, lo que permitiria dar lugar á que se creyese que yo me habia hecho un mal hombre, y que para ocultar mi delito contra la castidad, la habia matado. No se pueden tener buenas entrañas, pero, ¿quién la dejaba morirse á la puerta de la casa? Se la conocia en la voz que estaba muy mala. Pues no, no y no: yo me voy á buscar al capellan, que es hombre de expediente, y que no se asusta por estas cosas; él tomará una determinacion que nos sacará de apuros. Pero, ¿y si se muere mientras yo voy á buscar al padre Cleofás? Si de todas maneras se ha de morir, se morirá estando yo aquí... Vamos, vamos, no hay que perder un momento.

Y poniéndose un sombrero indefinible, una media capilla, cogió las llaves, bajó y se fué á la próxima calle de Santa Brígida, llamó á la puerta de una casa muy baja; no le respondieron, gritó, y al fin salió una mujer, á la que dijo:

—La madre abadesa se ha puesto mala, muy mala, y pide á voces que la lleve el capellan.

Decia esto nuestro sacristan, porque comprendia que de otro modo no habia poder humano que hiciera levantarse á aquellas horas el padre Cleofás.

La mentira produjo un efecto mágico.

No parece sino que el padre Cleofás estaba esperando este momento, con los hábitos puestos y el sombrero de canal.

No hacia cuatro minutos que el sacristan habia levantado aquel falso testimonio á la salud de la abadesa, cuando don Cleofás, de punta en blanco, apareció en la puerta de la calle, acompañado de una oronda mujer, como de cuarenta años, que le servia de ama, y le dijo:

—Abríguese usted bien, señor don Cleofás, que hace mucho frio, que está usted muy delicado, y que podemos tener un disgusto.

—Descuide usted, hija mia,—dijo don Cleofás,—que nada sucederá, mediante Dios. Con que buen Agapito, ¿qué es lo que sucede?

—¡Qué ha de suceder, señor don Cleofás, qué ha de suceder! déjeme usted por Dios, que no puedo ni aun echar el aliento del cuerpo... Ya verá usted, ya verá usced. Lo que sucede es una cosa enorme, una cosa nunca vista ni oida.

—Pero, ¿qué es eso? ¿Se ha vuelto del revés la abadesa?

—No, señor, no; no se puede usted figurar, ande usted deprisa, la cosa está *in extremis* y vá á ser preciso sacar la Uncion.

—Válgame Dios,—dijo don Cleofás que siguió corriendo á Agapito, que iba á escape.

Goya se hubiera alegrado de ver á aquellos dos originales deslizarse por debajo de algunos faroles de los que se dejan de legua en legua encendidos para que no se diga que Madrid se ha quedado á oscuras.

VI.

Llegaron, en fin, á la portería, pero en vez de tomar la derecha por la parte del claustro, el sacristan se deslizó por la izquierda, que conducia á su aposento.

—¿A qué vamos por ahí?—dijo don Cleofás.

—Ahí está la enferma,—contestó Agapito.

—¡Cómo!... ¿qué es lo que dice usted, señor sacristan, que la señora abadesa está en su cuarto de usted?

—Pero hombre, pero señor don Cleofás,—dijo Agapito deteniéndole,—¿quién le ha dicho á usted que está mala la abadesa?

—¿Pues no se lo ha dicho usted á mi ama?

—Su ama de usted estaba durmiendo cuando salió á la ventana, y no ha entendido lo que la he dicho.

—Pero si me lo ha dicho usted á mí mismo.

—Señor don Cleofás, estoy tan asustado que no sé lo que me digo; la verdad es que la abadesa estará durmiendo, y con la mejor salud del mundo... ¡pues es buena! La madre Tránsito podia ponerse mala por cualquier bicoca antes de perder las ocho arrobas de carne que la ha dado la bondad de Dios. ¡Habia de estar en mi cama muriéndose la madre Tránsito! En primer lugar la cama no podría sostenerla... Pero señor, yo estoy asustado... Esto es un compromiso, padre capellan...

suba usted, suba usted que va usted á ver una cosa buena.

El capellan, estimulado demasiado ya por aquel incongruente razonamiento del sacristan, se apresuró á subir, y de improviso se encontró delante del lecho en que estaba palpitante con un sobre aliento terrible la hermosísima Dolores.

El sacristan se extremecia.

El capellan miraba con espanto.

Dolores continuaba sin sentido.

—Agapito:—exclamó severamente el capellan.—¿Qué es esto, Agapito? ¿Por qué está aquí ésta jóven, y en tal estado?

—Señor don Cleofás, á mí no se me pregunta de esa manera; yo soy un hombre honesto, y si no fuera caritativo no me veria en el duro trance de que se me sacaran los colores á la cara. Esta señora ha venido, ha llamado á la puerta, estaba muriéndose, fué necesario socorrerla, y esta es toda la historia. Ella, os lo dirá cuando vuelva en sí, y si no lo diré yo: lo juro por los Santos Evangelios, por todos los ángeles, arcángeles, y si es preciso, por...

—Basta, hermano Agapito, basta; pero esto es muy sério, muy grave: vaya usted á escape á llamar á don Ruperto.

Don Ruperto era el médico del convento.

Agapito se arregló su capa, se encasquetó más el sombrero, se estiró la chupa, se embozó de un boleo, y se escapó con una salida de raton.

El capellan y Dolores quedaron.

Don Cleofás era un hombre grueso, alto, robusto.

Veinte años antes habia sido sargento de la artillería volante de la Guardia Real... habia tenido unos amores desgraciados... pero la historia del capellan nada nos interesa.

Lo cierto es, que disgustado ó no del mundo, por equivocacion ó por conveniencia habia dejado la milicia seglar y habia sentado plaza en la milicia de Cristo, en la cual servia tan bien como habia servido en la artillería volante de la Guardia Real, porque don Cleofás era muy exacto en el servicio.

Conservaba algo de militarote, se conocia que era templado, más que templado, bravo, capaz de cualquier cosa en una situacion apurada, y con unos puños de aquellos que se concibe pueden abrir un agujero en una pared de resultas de un puñetazo.

Pero al mismo tiempo, tenia cara de muy buen hombre.

Él apenas sabia leer latin, un poco de moral, apenas las cuatro cosas que generalmente se requieren para que cualquiera pueda recibir la alta, la terrible investidura del sacerdocio.

Pero á falta de ciencia tenia, á juzgar por la expresion de su mirada, de su semblante, un excelente carácter.

Se comprendia demás que era hombre de mundo.

—¿Qué es esto?—dijo contemplando á Dolores;—ésta mujer es muy fina, muy elegante: no es una cualquiera. ¿Por qué se encuentra aquí á tal hora, en tal estado, y con un lio de ropa?... Y las que tiene puestas son muy ricas. Esto es una fuga, indudablemente, una fuga; al-

guna inmensa desgracia acontece á ésta infeliz. Y, ¡báh! ¿qué importa? la caridad no compromete, no puede comprometer, y aunque comprometiera... Vamos á cuentas, Cleofás, el buen artillero muere á la boca del cañon cuando tiene que cumplir con su deber... ¡Miedo! Y, ¿de qué? Yo no temo á nadie mas que á Dios, y si es necesario proteger en justicia á ésta desgraciada, aunque me ponga un tanto irregular, ya veremos de hacer de manera que puedan levantarse en justicia las censuras en que incurra, y romperé el cráneo de algun pícaro, si es necesario. Aquí hay una mala historia, y ésta jóven tiene la mejor cara del mundo. Sabe Dios de lo que tendrá que arrepentirse. En fin, lo que es necesario es que ese diablo de Agapito traiga pronto á don Ruperto. Estoy con ansiedad: el pulso es demasiado frecuente, y á pesar de lo frecuente, débil: arde ésta infeliz. ¿Qué será esto, Señor, qué será? Dentro, en la clausura, estaría mejor; pero yo no me atrevo, eso no está en mis atribuciones; la madre Tránsito es la caridad misma, seria capaz de interesarse por ella, y luego el vicario es posible que nos soltara un réspice que nos dejara escocidos. No señor, no, esperemos; pero no vuelve en sí... ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios, y como está el mundo! En mis tiempos era otra cosa, no les daba tan fuerte á las mujeres. ¡Cá! Si con esta educacion que se las dá, se las hace vidriosas, y con cualquier cosa se rompen, eso es. Ahora son más bonitas no parece sino que las han hecho con un pincel. En mis tiempos para ver una como ésta, era preciso correr siete mundos; se han perfeccionado en la estampa, pero han perdido sus buenas cualidades. Nada,

son como los caballos y como las mulas: las afina usted la piel, y lo que ganan en hermosura, lo pierden en resistencia. No señor: las cosas hay que dejarlas como Dios las ha hecho. Mejor seria que fueran ménos lindas, que tuvieran más juicio; pero si las pobrecitas no tienen la culpa: quien la tiene es la civilizacion. ¡Qué bien hace nuestro Santo Padre el protextar contra la civilizacion! Los liberalotes con su afan de que todo el mundo sepa lo que no debe saber... ¡Mal fuego!... Me estaria yo con la sotana remangada al cascabel de una pieza, zurrando metralla, desde ahora hasta el dia del juicio... ¡Haber extinguido aquellos cafres la Guardia, el mejor cuerpo que ha visto la luz del sol! ¡Vamos, vamos: esto no se puede resistir, esto se acaba, esto se disuelve, vá á suceder una catástrofe!

VII.

El ruido de la puerta de abajo que se abria, interrumpió el monólogo de aquel originalísimo capellan, y se abalanzó á la subida del tramo de la escalera, y dijo, como si hubiera mandado una batería:

—¡Señor don Ruperto, de frente!... ¡aquí!... ¡arriba!... ¡deprisa!... ¡que hace usted muchísima falta!

—¡Hombre, calle! ¿está usted ahí, don Cleofás? pues nada me habia dicho Agapito, sino que á la abadesa le habia dado un torozon.

—¿Lo vé usted, Agapito? usted ha usado y abusado del nombre y de la salud de la madre abadesa.

—¿Pues qué queria usted que hiciese? ¡Cualquiera sa-

ca á usted de la cama á esas horas, si no le digo que ha dado un torozon á la madre Tránsito! En fin, yo tambien gano batallas, aunque nunca he sido artillero, y me parece que lo es, y grande, el haberles sacado á los dos de su casa á las tres de la mañana.

A todo esto, don Ruperto, que era un hombre cuadrado, de cuatro piés de altura, de cuya organizacion parecia ser la base el ángulo, estaba ya dentro del aposento.

—Mire usted,—le dijo melodramáticamente el capellan, señalando con las dos manos extendidas el lecho.

—¡Cáscaras!—dijo don Ruperto.—¿Quién ha traido aquí á esta excelentísima mujer? ¡Jesús, don Cleofás, yo no creia á usted hombre de tan malos tratos!

—Fuera de bromas, don Ruperto, ó me olvido de mi carácter, y hay aquí un Dos de mayo. ¿No acaba usted de oir al sacristan que me ha sacado de mi casa, de mi cama, y me ha hecho vestirme por el aire, diciéndome que la madre abadesa estaba en las últimas?

—Si señor; pero estoy cansado de ser hombre de buena fé, y no me fío.

—De lo que usted no se cansa nunca es de ser tonto, fuera de lo que usted sepa como médico; que hombre hay que entiende mucho de tal cosa, y en todo lo demás no dá golpe. Pues qué, ¿habia yo de traerme aquí á una mujer como esta?

—Tiene usted razon,—dijo don Ruperto:—usted perdone; pero vamos á ver en qué estado se encuentra esta desgraciada. ¡Y qué hermosa es! si señor, ¡muy hermo-

sa! yo no he visto otra cosa como ella. Y, ¡qué ojos! Estos ojos los ha hecho Dios para ella sola.

En fecto, Dolores tenia los ojos abiertos, pero no veía, no sentía, habia mucho de cadavérico en la contraccion de su semblante.

Don Ruperto, despues de examinarla y pulsarla, dijo:

—Pues señor, esta muchacha no puede estar aquí, y es muy difícil trasladarla. Voy, voy á recetar por el momento: ¿y qué voy á recetar? ¡Pues!... No puedo decir récipe tranquilidad, récipe *salutem*, récipe lo que quieras, récipe, en fin: aquí no hay récipe que valga: esto es el resultado físico de una gran causa moral. Y vaya usted á curar las enfermedades morales... Nada, nada, voy á mandar por una antiespasmódica. La sangría no está indicada: yo no soy de esos rutinarios que echan para todo mano de la lanceta, como los bandidos echan mano del puñal, no señor: traiga usted un pedazo de papel, Agapito.

—¡Pues!... ¿dónde encuentro yo ahora un pedazo de papel?... ¡Ah! aquí está el breviario de la madre Porciúncula; breviario que se ha encuadernado ya diez veces, y al que ha puesto el encuadernador una hoja blanca al principio, y otra hoja blanca al fin. Tomaremos una de esas hojas blancas, y para que la madre Porciúncula no extrañe que por un lado haya una hoja blanca y por otro no, se las quitaremos las dos. Pero, ¿y tintero? Ahí tengo uno que está seco como el ojo de Checa, porque no sirve más que de mes á mes, para poner la cuenta de la sacristía.

Se cortaron las dos guardas que habia puesto en el breviario el encuadernador, arreglaron como Dios quiso el tintero, y en una de las hojas se extendió una receta.

Quedaba otra dificultad: la vasija.

Pero se acordó el sacristan que tenia en un rincon la botella de vino para la celebracion de la misa.

Hé aquí cómo un mueble puede salir por una eventualidad de su destino.

Aquella sagrada botella, que durante muchos años no habia servido para otra cosa que para contener un vino, que despues habia de convertirse en el purísimo licor de la redencion, sirvió para contener el licor anodino de Hoffman.

El sacristan fué y vino por el aire, como suele decirse.

Se la abrió con una cuchara de palo, lo único que el sacristan tenia, la boca á Dolores, y se vertió en ella el medicamento.

VIII.

—Debe arropársela,—dijo don Ruperto,—es necesario que sude, y está desarropada; Agapito tiene por abrigo en la cama una tela de cebolla.

—Eso no importa,—dijo Agapito,—aquí está mi capa.

—Es decir, que tenemos ya dos telas de cebolla.

—Pero, ¿y su gaban de usted, don Ruperto, que parece un colchon?

—¿Hombre, y con el frio que hace aquí me he de quedar en mangas de camisa?

—Bastante abrigo es la carne que tiene usted sobre los huesos.

Llegó su vez al manteo del padre capellan, que tenia un dedo de gordo.

En efecto, echóse todo aquello á Dolores, y el capellan quedó lo más extraño del mundo, con sotana y sombrero de canal.

Don Ruperto, dejando ver una almilla de lana encarnada; Agapito, su almilla azul.

Despues de esto, y para esperar una reaccion, los tres se sentaron en el banco que estaba en el pequeño testero de la habitacion, á los piés de la cama; un banco antiguo, un banco de cofradía, en el centro de cuyo respaldo habia una S atravesada por un clavo, símbolo de la cofradía de los hermanos de la esclavitud del Santísimo.

Aquellas tres buenas personas, porque en efecto lo eran, permanecieron en silencio más de dos horas.

Era ya cerca del dia.

Durante este tiempo, don Ruperto habia ido y venido al lecho, observando cuidadosamente á Dolores.

Por último, cuando empezaba á amanecer, dijo el médico:

—Así como está en ese mismo colchon, bien arropada, se la podria trasladar; porque, ¿qué hacemos aquí con ella? Dentro de poco empezarán á llegar entrantes y salientes, que pueden apercibirse y pensar mal de esto.

—Tiene usted razon,—dijo Agapito,—pero aun cuan-

do sea en coche, ¿dónde se la lleva, señor? porque yo no cargo con la responsabilidad; podria tocar á mi honra.

—¿A dónde?—dijo el capellan,—¿á dónde? á mi casa; porque tratándose de estas cosas, envío yo enhoramala todas las maledicencias, que lo que es yo, al ponerme la sotana no me despojé de aquella cualidad por la que escribieron en mi hoja de servicios «valor acreditado,» y todavía... pero en fin, callemos, porque la caridad es valiente, no se humilla al miedo: la vanidad y el amor propio son dos pecados que se parecen mucho en lo asquerosos. Porque, ¿quién, sacristanzuelo exíguo, cuarto de hombre, haciéndole mucho favor, quién se habia de imaginar que una señorita tal como esta habia de prendarse de usted?

—De modo que uno no puede hablar sino para que le insulten, para que le llenen de dicterios; y yo no digo que valga ni deje de valer, pero digo que de gustos no hay nada escrito, y que no está la carne en el garabato por falta de gato, y que si yo hubiera sido escandaloso hubiera sucedido... pero en fin, quédese esto aquí; no vayamos á enfadarnos dos personas tan conjuntas como el capellan y el sacristan; pero repito, que se me hace un favor en llevarse cuanto antes á esa señora, y diga usted que soy vanidoso, y que estoy en pecado mortal. Como las mujeres son unas inocentes, que siempre están rodeadas de bribones, no tengo necesidad que crean que yo lo soy, y no puede ser, porque yo he sido toda mi vida sacristan del convento, y se me ha metido algo de monja en el cuerpo; porque dime con quien andas y

te diré quién eres... y no digo más... Voy á buscar dos marusos, para que se lleven á esta señora.

Y despues de esta elucubracion, que Agapito pronunció con una energía que nadie hubiera sospechado en él, abandonó la habitacion, murmurando no sabemos qué.

Don Ruperto se apretâba los hijares de risa.

El capellan estaba irritado.

—¡Miren la lagartija helada y *dejambrida,* y qué amor propio tiene! Vaya, vaya; todos tenemos en el cuerpo algo de la manzana de Eva; y como la manzana era una obra de Satanás, hé aquí cómo se encuentra, á poco que se escarbe en un sér humano, la soberbia del príncipe de los arcángeles. Pero dejando esto á un lado, ¿le parece á usted que esta señora podrá salvar el pellejo?

—No sé, don Cleofás; nada puedo decir á usted; estoy á oscuras; yo soy sencillo y llano: otro médico se dejaria sacar seis muelas, antes que decir que no podia pronosticar. Esto es grave, muy grave, ya lo está usted viendo; no ha vuelto en sí todavía; pero á veces estas causas que parecen gravísimas, no lo son más que en la apariencia. Ya veremos, ya veremos, don Cleofás; se hará todo lo que se pueda: me intereso mucho, muchísimo, por esta infeliz; estoy viendo debajo de ese accidente una historia, y una historia terrible. Estas mujeres tan hermosas... Quintana lo dijo...

—¿Y quién era Quintana?—preguntó el capellan.

—¡Válgame Dios! ¡lo que es la gloria humana! ¿Conque usted no sabe quién era Quintana? el gran poeta, el

cantor de nuestra independencia; aquel que dijo, entre otras cosas buenísimas, que dijo:

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!

Y esto es exactísimo, señor don Cleofás, porque la hermosura se vé por todas partes perseguida, halagada en la vanidad, que es el pecado de la mujer, excitada por el lujo, por el oro, por la vida cómoda, por todo lo que irrita, por ese Satanás completo, por ese Satanás formidable que se llama mundo.

—¿Sabe usted, don Ruperto, que yo no creia que fuese usted capaz de decir las cosas que dice?

—¿Y por qué, señor don Cleofás?—dijo don Ruperto, —¿por mi apariencia? No hay nada más erróneo que las apariencias. Esa jóven, por ejemplo, que parece una musa, no seré yo el que diga que no ha dicho ni hecho en toda su vida más que disparates, y que el resultado de esos disparates sean lo que estamos viendo. Señor don Cleofás, nunca lo que parece es, por regla general; así es, que el vulgo que no júzga más que por las apariencias, no puede apreciar la verdad. Libertad por arriba, libertad por abajo, muy buena en la apariencia, pero que no se puede practicar. ¡Qué buenos aquellos tiempos, en que el rey no tenia que pedir parecer para nada! Habia órden; las gentes, si no le veneraban, le respetaban; si no le respetaban, al ménos le temian, y ahora, ¡Dios nos valga!... El ayuntamiento no avisa á nadie cuando se vá á empedrar una calle, y al ruido de la piqueta sobre el empedrado, la primera idea que se le ocurre á todo el mundo, la primera idea es terrible: cree que se

van á levantar barricadas: ¿A dónde vamos á parar? Antes se decia que el ayuntamiento iba á empedrar una calle, y todo el mundo se alegraba, y lo creia de buena fé, porque la gente se fía de todo lo que le dicen, porque se juzgaba por las apariencias, como usted me ha juzgado á mí. No señor, no; los buenos géneros, como son buenos, no necesitan adornarse; se les envuelve en papel de estraza para que los lleve el consumidor; los malos los envuelve la estafa con dibujos lucidísimos, pero sacad las entrañas: esto es la civilizacion, que Dios maldiga: oro por fuera; podre por dentro. Nada, nada; estamos muy mal, y veo con dolor que usted se deja llevar por las apariencias.

—¿Pero qué tiene que ver esa filípica con que yo crea á un hombre un bruto, si lo parece?

—Más vale así; yo me felicito que no sea verdad: en fin, me parece que Agapito viene con los mozos.

IX.

En efecto, se oian por las escaleras los ruidosos pasos, ó mejor dicho, el áspero ruido de las almadreñas de los mozos de cordel, no pudiendo entrar todos en el aposento, porque eran cuatro gigantes que no cabian físicamente en él, sacóse como se pudo, con mucho cuidado á Dolores, con colchon y todo, tapada hasta la cabeza; se la bajó, se la sacó á la calle, y se la trasladó á la casa de don Cleofás, cuya oronda ama puso muy mal gesto al ver que llevaban á su casa una mujer tan hermosa, tan extraordinariamente hermosa como Dolores.

X.

El eclesiástico y su ama tuvieron cuando se quedaron solos, una terrible reyerta.

En fin, Dolores estaba protegida por una noble caridad; pero se habia perdido de una manera completa, sin dejar rastro para Luis y para su padre.

¿Quién habia de figurarse que estaba gravemente enferma, en casa del capellan de las monjas de Santa María Magdalena?

XI.

Por de contado, ni la abadesa ni las buenas madres, supieron una palabra de lo que habia acontecido.

El secreto habia sido protegido por la noche, y el crepúsculo de la mañana.

CAPITULO XIII.

En que á causa de una resolucion desesperada de Luis comprende Andrea el estado de su corazon.

I.

Luis y el duque del Humbroso, se desesperaban.

Se habia registrado toda la casa y Dolores no habia parecido.

Las buenas hermanas de la caridad lo veian esto escandalizadas y ansiaban que fuese de dia para volverse á su colegio.

—No hay que perder tiempo,—dijo Luis,—estaba muy débil, no comprendo como haya podido escaparse, á no ser que estuviese en inteligencia con alguien, pero no lo creo; á causa de su debilidad no debe estar muy lejos: ella tenia por desgracia muy malos conocimientos y á casa de alguno de estos conocimientos debe haberse ido: pero á estas horas las calles están desiertas, los serenos y los municipales deben haber reparado en una mujer

elegante, sola y al parecer enferma; tal vez la habrán detenido, vamos, vamos, señor duque, usted por un lado y yo por otro, preguntaremos á los serenos y á los municipales.

II.

El duque y Luis salieron y se separaron anunciándose como punto de reunion la casa de Dolores.

El duque tomó hácia la Red de San Luis y Luis á lo largo de la calle de Hortaleza.

En un gran espacio no encontró un solo sereno.

Era demasiado tarde y estaban adormilados, replegados á los huecos de las puertas.

Encontró al fin uno á la entrada de la calle del Colmillo, frente del número cincuenta y dos, en cuyo cuarto principal dormia tranquilamente Clotilde, sin sospechar que su marido andaba buscando á otra, y que la justicia conducia al hospital á su amante creyéndole cadáver.

III.

Luis preguntó al sereno, pero éste no supo decirle nada, no habia visto nada.

Luis siguió hasta la calle de Hernan-Cortés y allí encontró dos municipales á los que tambien preguntó y de lós cuales tampoco obtuvo respuesta.

Pero estos al ménos se encargaron de tomar cada cual una direccion y de ir preguntando.

Los estimulaba á esto algun dinero que les habia dado Luis.

Éste siguió y llegó á la portería del convento de Santa María Magdalena, á tiempo que Agapito salia liado en su capilla para ir en busca del capellan de las monjas.

Luis habia sentido abrir la portería y nada preguntó al único que podia contestarle afirmativamente, porque cómo suponer que una persona que salia de sú casa pudiera darle noticias de otra que andaba por la calle.

Con mucha frecuencia ponemos la mano sobre aquello que buscamos, sin reparar en ello.

Luis dejó pasar al sacristan.

En vano el duque y los criados á quienes habia puesto en movimiento con una multitud de municipales, preguntaron á los funcionarios nocturnos, nadie habia visto nada.

Sin embargo, al amanecer, por delante de dos municipales á quienes se habia encargado buscar, pasaron los cuatro mozos de cordel conduciendo á Dolores, precedidos de Agapito y seguidos del capellan y de don Ruperto.

Para cubrir á Dolores se habian llevado mantas de casa del capellan, se nos habia olvidado decir esto, porque para salir cada una de estas personas habian tenido necesidad de tomar sus abrigos.

Los municipales no vieron pasar mas que un enfermo, y no pudieron figurarse fuese la jóven elegante, esbelta, de quien se les habia hablado.

El duque se fué agonizando á su casa, y entró en la que habia sido de Dolores y Luis.

Las hermanas de la caridad, se habian ido escandalizadas.

Por otra parte, ya no habia enfermo y nada tenian que hacer allí.

Andrea estaba aturdida, llena de pena.

La asturiana maritornes, asombrada, sin poderse explicar aquello.

Necesitaba cuatro ó cinco dias para poner ella en claro lo que á sí misma le habia parecido aquello.

Luis, que entró en la alcoba, se arrojó sobre el lecho revuelto de Dolores, que aun conservaba el suave olor de la jóven, y rompió á llorar.

—¡Infeliz! cuanto la ama,—exclamó Andrea conmovida.

Y como el dolor de Luis era tal que amenazaba un parasismo, se acercó á él le asió una mano le levantó y le dijo:

—Ha perdido usted por el momento, lo que más amaba, pero le queda á usted una hija, don Luis, una hija que nunca olvidará lo que usted ha hecho por ella.

—Y ella tambien.

—¡Oh! si señor, ella ha sido para mí una madre, ella, parecerá, me lo dice el corazon, y si no parece, siga usted mi ejemplo.

—¡Ah! tú, tú, pobre niña, tú tan buena. ¡Oh! qué idea.

Y apenas habia dicho esto, cogió su sombrero que habia arrojado por el suelo, se metió en su cuarto, se puso á papelear, tomó un papel y escapó.

—¡Oh! Dios mio, Dios mio,—dijo Andrea,—quiera Dios que no se haya vuelto loco tambien.

Una hora despues, un hombre que tenia trazas de

mozo de café, la llevó una carta de la que le exigió un recibo.

Andrea abrió temblando aquella carta.

Estaba escrita por Luis y contenia además una póliza de la caja general de depósitos, en que constaba el de quinientas sesenta acciones de carretera á nombre de Andrea.

La carta decía así:

«Mi querida Andrea: en mi cuarto, en mi papelera, hay dinero en billetes de banco, las llaves están puestas, pon bajo un sobre cuatro mil duros en billetes y entrégaselos al mozo que te dará esta carta que es de confianza, voy á buscar á Dolores y sobre todo voy á perderme: puede ser que si llega á su noticia que me he perdido, vuelva, en ese caso pones á su nombre la adjunta póliza, yo la he puesto á nombre tuyo, porque es muy posible que no volvamos á parecer Dolores ni yo.

»En ese caso tú debes ser nuestra heredera. No preguntes al mozo porque nada conseguirás, el mozo no sabe donde estoy, tengo tomadas mis medidas para que nadie me encuentre. Adios, tengo confianza en tu virtud, en tu valor, en tu resignacion y en tu fuerza de voluntad. Que Dios te ampare.—Luis Sanchez de Leiva.»

Andrea contuvo su emocion.

Entró en el cuarto de Luis, encontró en efecto las llaves puestas en la papelera y gran número de billetes de banco.

Tomó veinte de á cuatro mil reales y en la misma mesa escribió:

«Me resigno á la voluntad de Dios: me quedo otra

vez sola en el mundo y más desgraciada que antes, prudencia por Dios, Luis, medite usted bien lo que hace, y que no solo se habia hecho usted cargo de Dolores, sino tambien de mí, obedezco y creo que nuestra separacion no será larga. Yo guardaré como un depósito ese capital que se me confia, y gastaré lo ménos posible. Adios, las lágrimas no me dejan continuar, su desamparada, la infeliz Andrea.»

Permaneció algun tiempo en el cuarto de Luis para serenarse en lo posible, salió y dió al mozo la carta.

Luego volvió al cuarto de Luis, cerró la papelera, guardó la llave, se sentó anonadada en un sillon, rompió á llorar y exclamó entre sus lágrimas:

—¡Ah! ahora comprendo que la ama.

CAPITULO XIV.

En que Estéban sigue siendo un canalla.

I.

En aquel momento entraban en las Ventas de Alcorcon y en uno de sus aposentos reservados, Estéban y Clotilde.

Estéban iba triunfante, reconquistaba por tercera vez á su divina Fanny, que le parecia ni más ni ménos que le pareció la primera vez en el baile de el presidente de la república de Chile.

Para él no habia variado absolutamente Fanny.

Todo lo que le habia sobrevenido, habia sido hijo de las circunstancias independientes de su voluntad.

La consideraba como una pobre criatura que no habia podido ménos de sufrir horrorosamente, separada de él.

Esta buena fé del amor propio de Estéban, estaba sostenida por la admirable ficcion de Clotilde, que se mos-

traba como si verdaderamente se encontrára ébria de felicidad.

—¡Ah!—exclamaba á cada momento,—¡qué alegría tan inmensa! ya no nos separaremos más, ya no sufriré más; no más lágrimas, no más desesperacion, no sé, no sé como he resistido á tantos dolores.

—Pues estás hermosísima, adorada mia;—decia Estéban verdaderamente ébrio,—parece que el tiempo no ha pasado para tí.

—Es que me ha sostenido la esperanza de verte.

—Cuatro años de separacion, cuatro años de desesperacion, de irritacion, cuatro años de celos, ese maldito don Baltasar.

—No me hables de él,—exclamó Clotilde;—me aterra: ¡ay Estéban de mi alma! Estéban mio, cuando me dejaste en la Habana, ¡qué horror! se me presentó de repente, y yo qué quieres, me extremecí toda, yo no temo morir tratándose de tí, pero ese hombre me inspira un terror superior á la muerte, me fascina, domina mi voluntad, me arrastra consigo. Ahora mismo soy feliz y estoy temblando. Si ese hombre apareciese, es feroz, terrible, está loco por mí, ya ves tu, parece que le protege un demonio; dos veces le hemos creido muerto y dos veces ha resucitado el maldito.

—Lo que quiere decir,—dijo Estéban,—que dos veces que le he encontrado, ha sido ese terrible indio hombre al agua.

Estéban se guardó muy bien de decir que la noche antes habia encontrado por tercera vez á Kin Kakop.

—Lo que no comprendo,—dijo Estéban,—es cómo te has casado.

—¡Ay! hijo mio, abandonada, pobre, miserable, muerta en la situacion más terrible en que se puede vèr una mujer. Tú habias encontrado á Kin Kakop, le habias herido gravemente, le habias tenido por muerto, las circustancias te obligaron á ocultarte para que no se supiese que habias sido el autor de las heridas de Kin Kakop, este desapareció, y yo me encontré á merced de una aventurera que se propuso explotarme, me habia provisto de un nombre supuesto, del de Clotilde, si yo hubiese perdido la esperanza de volverte á ver hubiera preferido la muerte á unirme á un hombre odioso.

—Pero Fanny, un oficial de marina no se pierde, pronto se sabe si se quiere en donde se encuentra.

—¡Ay Estéban! que aquella infame mujer me tenia en una dependencia horrible, no me dejaba absolutamente la libertad de accion: no me atreví á buscar noticias tuyas porque sabia demasiado que aquella infame habia de inutilizar todo lo que yo hiciese para emanciparme de su odiosa tiranía: no sabes tú Estéban mio, hasta qué punto es esclava una jóven, que tiene la desgracia de parecer á todo el mundo hermosa y de la cual está apoderada una de esas infames mujeres. Harto hice con no faltar completamente á mi decoro, y digo completamente, porque doña Josefina y yo viviamos de los regalos que nos hacian uno y otro tonto rico, que de buena fé creian obligarme á amarles regalándome. Esta era la táctica de doña Josefina, porque decia: «la mujer muy deseada es muy buscada y se saca mucho mas partido haciéndose la vir-

tuosa, la inconquistable, que doblegándose á los regalos.» Acontecia que cuando veian la inutilidad de sus gastos, desesperaban, renunciaban y se desentendian, pero siempre habia un tonto en campaña, y lo pasábamos muy bien, y más aún, con una gran reputacion de virtuosas mi tia y yo, porque aquella mujer pasaba por mi tia, pero me repugnaba esto, y además habiamos desesperado á tanta gente, habiamos chupado á tanto tonto, que la ganancia se iba reduciendo á tan poca cosa que no bastaba para mantenernos. Entonces tragó el anzuelo un sugeto que me vió al salir de misa de San Andrés, éste sugeto era un desesperado que habia estado un año aborreciendo á las mujeres porque se le habia muerto la querida. Pero yo tuve la fortuna de que me viese cuando ya no le eran las mujeres indiferentes, es decir, cuando habia olvidado á la otra: me solicitó, y yo que me veia ya obligada á tomar un partido extremo ó á renunciar á la esperanza de verte, me doblegué á las circunstancias y fuí esposa, contra mi voluntad y haciendo por tí un nuevo sacrificio, de don Luis Sanchez de Leiva.

II.

Dejó caer sobre el plato, Estéban, un pedazo de trucha escabechada que en aquel momento se llevaba á la boca.

—¡Con que tu marido se llama don Luis Sanchez de Leiva!—dijo con acento sombrío Estéban.

—¿Qué le conoces?

—¡Oh! mucho, ha sido médico de la armada y me con-

traría, me contraría soberanamente, que ese hombre sea tu marido.

—¡Oh! no incurras en la tontería de tener celos de él, si le conoces debes saber que es un desdichado, un hombre que cree en todo, en todo, no como tú á quien no se puede engañar, tú lees en el alma de las personas, Estéban, por eso tienes confianza en mí, porque sabes que no te puedo engañar. Pero Luis Sanchez de Leiva lo cree todo, calcula tú que estaba enamorado de mí y que hacia mucho tiempo que no hablaba de la difunta, con él estaba perfectamente, no temia nada, y no como el infame Kin Kakop que á cada momento siente un acceso de celos y me maltrata.

—No, no te maltratará más, yo te lo aseguro.

—Casada ya, resuelta á continuar con mi situacion, me encontré de repente en mi casa, en una boardilla á donde nos habia llevado la miseria, con Kin Kakop que me dijo: sígueme; yo le seguí, no creas que pretendió ocultarse de mi marido, no; antes de ir á imponerme su voluntad, habia ido á tomar el cuarto principal de mi misma casa, para en él irse á vivir conmigo, en ese cuarto me has encontrado Estéban. De esto hace pocos dias; yo me desesperaba porque ese hombre me es insoportable, me extremezco por lo que pueda acontecer. ¡Ah! no sabes el frenesí que por mí tenia ese hombre, seria capaz de acecharte y matarte á traicion; dominado por tí dos veces, tal vez no se atreviese á exponerse á que le dominases una tercera.

—¡Ah! no, no,—dijo Estéban,—estoy seguro de que no se atreverá.

Estéban daba por completamente muerto á Kin Kakop, á pesar de que creia que tenia siete vidas como los gatos.

La acometida de la plazuela de los Basilios habia sido terrible.

La cuerda al enroscarse al cuello del indio, debió extrangularle.

Estéban sabia muy bien que para extrangular á un hombre, basta con dos segundos, y más de dos minutos habia estado sujeto el indio, por aquel lazo terrible.

Además de eso, la caida habia sido formidable, despues, los golpes furiosos.

Para Estéban era cosa hecha. El indio habia terminado su mision sobre la tierra, pero se guardó muy bien de decirlo á Clotilde ó Fanny, no porque temiese que ella se indignase, que por el contrario, creia que ella se alegraría mucho, sino por temor á las consecuencias legales, porque Estéban no tenia fé alguna en las reservas de las mujeres.

En fin, estuvieron alegremente, ella de muy buena fé y él afectando con un disimulo perfecto una alegría que estaba muy lejos de sentir, hasta las cuatro de la tarde á cuya hora se volvieron á Madrid.

Estéban la llevó á su casa, seguro, segurísimo de que Fanny no se escaparia, y en esto no se equivocaba.

Fanny se hubiera ido de buena gana, pero no tenia adonde irse.

Tenia tambien un gran miedo de que le pidiera cuentas respecto á Kin Kakop, por haber engañado con tanta facilidad á su contrario.

Fanny era una mujer entre dos aguas, ó como pudiera decirse, entre la espada y la pared: se veia obligada á aceptar la situacion tal como era; ambígua, inexplicable.

III.

Estéban se fué á la casa de su protector, y le encontró de un humor malísimo; como que el duque del Humbroso no podia resignarse á no haber encontrado á su hija, ó mejor dicho, á que su hija se le hubiese perdido en el momento en que la habia encontrado.

Estéban notó con disgusto el mal cariz que presentaba.

—Y bien, ¿qué quieres?—le dijo el duque.

—Padre mio,—le contestó Estéban, porque así trataba al duque desde niño,—me encuentro en la situacion más difícil, más apurada, más comprometida en que se puede encontrar un hombre. Tengo empeñado mi corazon de una manera gravísima.

—¿Qué dices, muchacho?—exclamó el duque, que á pesar de que Estéban se portaba muy mal, le amaba, y nunca habia pensado vengarse por medio de él de su madre, como habia creido Estéban de buena fé, á causa de su mala fé;—que tienes tú empeñado el corazon...

—Si señor; y gravemente empeñado, de una manera determinante, concluyente; de una manera que decide de mi porvenir.

—¿De alguna bribona?

—No, padre mio, no; de la mujer más hermosa que ha venido al mundo.

—Razon más para que ningun hombre decente pueda acercarse á ella.

—Esto es un error, padre mio; Fanny habia sido víctima de una desgracia terrible, de una desgracia inevitable; pero Fanny me ama, no ha amado á nadie más que á mí, y yo no puedo hacer más que perdonar lo que no ha estado en su mano evitar.

—¡Ah! señor mio,—dijo el duque,—resulta lo que me habia figurado: esa señorita, señora, ó demonio, tiene una historia endiablada.

—Una historia dramática, desventurada, conmovedora, padre mio.

—Los enamorados lo ven todo dándolo un color poético: la mujer que nos enamora es siempre para nosotros una santa; pero es el caso que los demás no ven una santa en ella; lo que ven en nosotros es un tonto.

—Padre mio, ninguno tiene nada que decir de la mujer que adoro.

—¿Cuál es su estado?

—No quiero engañar á usted: es casada.

—¡Casada! ¡Si á lo ménos fuera viuda! Pero una casada es de quien estás enamorado, y te enamora. ¡Buena recomendacion! ¡magnífica! Tú estás loco, Estéban.

—Padre, seria preciso contar una historia muy larga, para...

—No estoy para escuchar historias largas; me basta con la mia.

—Pues solamente oyendo la de Fanny, podria usted disculparla.

—¿Fanny se llama esa persona?

—Si señor.

—¿Es, por lo tanto, inglesa?

—Inglesa de orígen: de nacimiento, americano-española.

—¡Tá, tá, tá! Las americanas-españolas son infinitamente peores que las españolas que no son americanas, aunque éstas no son muy buenas, generalmente hablando, respetando ciertas excepciones. A mí me ha ido muy mal con todas, españolas, francesas, alemanas, italianas, moras, hasta gitanas; tengo muy mal concepto de la mujer. Perdónenme las buenas, por lo que me han hecho recelar, ¡qué digo recelar! conocer las malas. Vamos, muchacho, déjate de tonterías, haz lo que yo: cuando no he visto claro, he quitado bultos de en medio.

—No puedo, padre mio, no puedo; moriria de desesperacion.

—Tú no morirás por nada, Estéban; esa es una ilusion, un error de tu buena fé. Tú no tienes corazon, hijo mio; empieza porque te has portado muy mal conmigo, á quien todo lo debes.

—¡Ah! no, no, padre mio; yo he sentido acerca de usted cierto enojo, lo confieso; porque teniendo antes mucho dinero, del cual no sabia qué hacer, de repente me ha dejado usted exánime, sin contar ni aun para atender á mis necesidades.

—Y bien... ¿qué?

—Usted me ha dicho que sus rentas están empeñadas, que ha gastado mucho más que yo, que no puede sufragar gastos á que me ha acostumbrado.

—¡Hola, hola! ¿recriminaciones?

—No señor, no, de ninguna manera; solo es una exposicion de hechos.

—Me parece, amigo mio, que yo he hecho el disparate de aquel estúpido que, encontrando una culebra helada, se la metió en el pecho, la vivificó con su calor, y obtuvo por recompensa el que la culebra le ahogase.

—¡Oh! No, padre mio, no, solamente la franqueza que con usted tengo, es la causa de que yo me permita tales confianzas. Pero volviendo á mi conversacion, la verdad es que yo tengo deudas.

—¿Ascienden á mucho esas deudas, señor mio?

—A poca cosa: suben á unos veinte mil duros.

—Y, ¿en qué ha empleado usted ese dinero?

—Padre no puede uno negarse á las exigencias de todo el que le conoce y le tiene por hombre rico, por hombre millonario.

—¡Ah!... ¡ya!

—Sí, si señor; supongamos que un amigo, á quien le ha ido muy mal en el negro ó en el encarnado, sobre el tapete del casino, y lo han dejado reducido al caso extremo de vender sus bienes y hasta de empeñar á su mujer y á sus hijas. Éste hombre se os presenta desolado; os ase las manos, se le saltan las lágrimas, os abraza, inclina la cabeza y rompe á llorar. La cuestion es de tres ó cuatro mil duros; no los teneis, pero teneis crédito; salís con vuestro amigo, y le proporcionais aquella suma; habeis hecho una buena obra, habeis salvado de la miseria á una familia indigente.

—Es decir que, dado caso que eso fuera cierto, habeis dado alas á un presidiario moral para que siga en su de-

gradacion. ¡Bien!... perfectamente, me alegro mucho que no se haya usted atrevido á llamar á eso caridad, seria una blasfemia; pero continúe usted.

—He dado fondo, estoy sin un cuarto, empeñado, comido de acreedores, con una mujer que adoro, en mi casa, con una mujer que está perseguida por una especie de ogro, de salvaje, de animal no descrito por Buffon y Cuvier, por ningun naturalista, por una especie de pantera humana.

—Así me libertará de usted.

—Vamos, usted no dice eso de una manera séria, padre mio; pero temo que usted no me ame como me amaba.

—Y, ¿qué prueba tiene usted de eso?—dijo el duque.—¿No sabes que cuando amamos, amamos tanto más cuanto más nos hace sufrir la persona á quien amamos?

—Pues francamente, padre mio, hace ya un año, que su amor de usted se traduce en cuatro mil miserables reales con los cuales no tengo ni para respirar.

—Y tu sueldo de teniente de navío, y tu casa montada, los gastos de tu casa pagados, y pagado tu sastre, y sin que te cuesten ni un maravedí, seis ú ocho carruajes puestos á tu disposicion. ¿Sabes, Estéban, que hay muchos grandes de España que despues de haber cubierto todas sus atenciones no pueden contar con seis ú ocho mil reales al mes?

—Yo tenia todo eso, y á mas seis mil duros.

—¡Imprudencias mias; disparates de mi buena fé! Yo creia que el dinero que te daba á manos llenas serviría para hacer de tí un caballero en toda la extension de la

palabra, porque la opulencia inspira buenas ideas cuando el opulento es bueno; pero me he engañado: has contraido vicios esto no he podido ménos de conocerlo, y para probar si me engañabas he reducido la pension que te daba, pero reducido de una manera determinante; á un diez por ciento, á un ocho, si quieres, á ménos, esa era tu prueba y no has respondido á ella.

—Padre mio, yo creia que usted se vengaba en mí de mi madre.

—¡Miserable!—exclamó el duque.

—¡Ah, perdon! padre mio,—dijo Estéban viendo que aquello se iba poniendo muy sério.

—Concluyamos, concluyamos, no quiero más discusion acerca de estas cosas. Usted debe veinte mil duros; que se presenten aquí los acreedores.

—Son acreedores, padre mio, que no pueden presentarse... personas decentes... aquí no se trata de usureros, son amigos de usted, amigos mios que me han hecho el favor de prestarme sobre mi palabra.

—Bien, te se entregarán veinte mil duros hoy mismo, ¿qué mas dá? te señalo además diez mil reales mensuales, en la inteligencia, que si no te detienes en tus desórdenes, mi casa se cierra para tí aunque no mi bolsillo; no quiero que por miseria dés en la última ruindad.

—Esta es demasiada severidad, padre mio, aseguro á usted palabra de honor, que debo esos veinte mil duros.

—¡Ah! ¿no te satisface esto, tú traias otro proyecto, quieres robarme más? concluyamos; ¿qué más quieres?

—¿Qué ménos, padre, que diez mil duros para establecer á esa mujer que es mi existencia?

—Lo que yo debia hacer era coger mi baston y darte una vuelta de la cual no volvieses tan fácilmente, y gastar en curarte esos veinte mil duros.

—Usted no hará eso, padre, usted me ama mucho.

—Sí, te amo, desgraciadamente te amo; pero no te los doy porque te amo, sino por emanciparte de mí. Treinta mil duros, lo que haría la fortuna de una familia honrada y laboriosa, un capital que se acrecentaria, y que vá á ser perdido; vertido al albañal. ¡Bien!... ¡Bien!... Te los doy porque si no, estoy seguro que los buscarias de cualquier manera, y quiero dilatar el verte en presidio.

—Usted ha dormido con los piés fuera de la cama, ha salido á pasear y ha pisado una mala yerba.

—No hablemos de pisar cuando ya no te he pisado, Estéban, mi resolucion es irrevocable: me dejo robar por la última vez; y por amor, y por evitar cosas que me serian muy desagradables, te señalo seis mil duros de pension, te dejo la casa montada, tuyos son los trenes que hay en ella, pero paga á los criados, págalo todo.

—Entonces, padre mio, me deja usted reducido á ménos; prefiero los cuatro mil reales sin gastos á los diez mil con ellos.

Terriblemente irritado el duque, fué á un rincon donde estaba su baston de mando que era una gruesa caña de Indias, y Estéban ganó la puerta y se quedó en ella, doblada una hoja y asomando la cabeza.

—Me parece que tengo que volver otro dia,—dijo.

—No, no vuelvas,—contestó el duque,—no quiero volverte á ver, está dicho y ya sabes que mi carácter es

enérgico: preséntate á don Lorenzo dentro de dos horas; en una palabra, véte.

Estéban se retiró de la puerta.

Aquel don Lorenzo, de que le habia hablado el duque, era su administrador general.

Dos horas despues, Estéban recibia treinta y seis mil duros: esto es, los treinta mil como donativo, y los seis mil como un año de pension anticipada.

Pero el duque se encontró con una exigencia más.

Estéban no estaba muy tranquilo en Madrid.

No sabia si por algun indicio podia llegar la ley á traslucir que él habia sido el asesino de don Baltasar Kin Kakop Atahualpa, si tardaba en ponerse más allá de la frontera, y más allá del Canal, porque en los tiempos en que marcha nuestro relato, España y Francia habian celebrado ya un tratado internacional de extradiccion criminal.

Inglaterra nunca firma estos tratados.

Es la eterna cartaginesa, que á trueque de aumentar su poblacion y sus medios industriales, cuida poco de la calidad del aumento que pueden proporcionarle los proscritos del crímen.

El duque se encontró conque su protegido necesitaba una licencia para viajar dos años por el extranjero como oficial comisionado para estudiar los adelantos de la marina europea.

El duque aburrido ya, pidió y obtuvo, no lo que queria Estéban, sino su licencia absoluta, y se la envió.

—Bien está,—dijo Estéban,—tanto me da, luego dirá ese pillo que no me aborrece. Me ha dado su último gol-

pe, me ha dado un poco de dinero que Fanny absorberá en cuatro dias. Me lanza de mi carrera, de una carrera que he seguido de una manera honrosa. ¡Bien; perfectamente, no importa! Será lo que Dios quiera pero no tendrá el gusto el señor duque de verme en presidio.

Al dia siguiente, Fanny y Estéban ocupaban la berlina de la Mala de Francia.

IV.

A aquella misma hora, que era el oscurecer, Juanito, el famoso practicante de la sala de clínica de la facultad de medicina, daba un grito de alegría y exclamaba:

—Ya puedo irme á dormir, tenemos indivíduo.

Estas palabras las habia dicho Juanito á la cabecera del lecho donde estaba el indio.

Todo consistia en que el indio habia vuelto en si, y con señales indudables, sino de curacion, á lo ménos de que debia llegar al período en que la ciencia pelease en favor de él con la muerte.

Juanito se habia pasado todo el tiempo que habia trascurrido desde que el indio habia sido llevado al número treinta y nueve de la sala, hasta la hora en que al fin el indio habia vuelto en sí.

No se crea por esto que habia desatendido á sus pesebres, como decia su tarambana compañero, el insigne Santiago.

Habia propinado á cada uno su medicamento, habia asistido á las dos visitas, libreta en mano, habia anotado

concienzudamente las prescripciones, y habia pasado á la botica la nota.

Habia cumplido escrupulosamente con su deber, y sin embargo, habia estado casi constantemente al lado del indio, cuidando de él, y haciendo que los topiqueros cumpliesen con su obligacion, aplicando al indio sanguijuelas, cáusticos, ect., ect., y habia tenido al uno de estos infelices subalternos constantemente con una jofaina de tintura de árnica, esprimiéndola sobre las heridas del ojo del indio; le habia entrado un afecto rabioso por lo exagerado de aquel indivíduo exótico, por aquel hombre colosal, por aquel tipo salvaje.

Necesitaba salvarle, pero se consolaba diciendo:

—Si se muere lo diseco, y aumento con un magnífico ejemplar el museo de la facultad de medicina.

De todas maneras tenia Juanito interés en la conservacion del indivíduo, ya para que viviese, ya para que si sobrevenia un fin funesto, se estropease lo ménos posible el indivíduo porque en Juanito no habia absolutamente corazon.

Era el amor seco por la ciencia, era una vocacion decidida de médico-cirujano.

Juanito deseaba más que poseer á una mujer hermosa, poseer la sierra, el cuchillo y el escalpelo, y que le dejaran hacer tajadas á la humanidad doliente.

Era una especie de fiera científica, un hombre temible, uno de esos que cuando se hacen una reputacion, llevan siempre detrás á su criado con la herramienta, uno de esos hombres á quienes un enfermo quisiera matar con los ojos, pero en fin, un hombre útil, porque la miseria

humana, hace á veces conveniente y aun necesario un hombre así.

Juanito llamó á Santiago.

—Ven aquí,—le dijo,—yo no puedo tenerme de pié, voy á dormir un par de horas; quédate aquí al lado de éste señor.

—Bueno, hombre, bien; cuando á tí te dá la mania de proteger á un enfermo, hay que dejarte. ¿Qué tengo que hacer con él?

—Que el topiquero no cese de verterle árnica sobre el ojo, y los demás apósitos, ¿entiendes? Importa mucho que no sobrevenga una inflamacion que determine una crísis funesta: es necesario cuidar esa piel, porque si Dios no lo remedia, Santiaguillo, me parece que éste las lía. No puede aún decirse nada, pero debe haber sufrido una gran conmocion cerebral, por lo ménos; no sabemos si ha habido ó no derrame; en fin, si lo ha habido, es necesario salvar á ese indivíduo; y si no lo ha habido, es necesario que se restablezca; es para nosotros una cuestion de honra. Don Fulano, (y nombró un célebre médico contemporáneo), le ha visto, y ha dicho, como él dice todas las cosas, *ex-cátedra:* «aquí no hay que hacer nada más que dejarle que acabe: esto es inevitable.» Pues calcula tú cuál será nuestro triunfo, si podemos decir á don Fulano, sin decir nada: «Maestro, *aliquando bonus dormitat Homerus*: usted se ha engañado, y dos pobres pípis, dos practicantes de clínica, dos insignificancias, dos larvas de médico-cirujano, que tienen por capullo la negra sala de su hospital, han sabido en este caso más que usted; lo que quiere decir, que cuando tengan la re-

putacion que usted tiene, le habrán hecho bajar á usted á la situacion de asno.» Santiaguillo, el tal don Fulano, salió al mundo cuando, puede decirse, que no habia medicina quirúrgica, desempeñando un oficio simplemente de cortador, no dejando hueso que no ha serrado, músculo que no ha abierto, arteria que no ha ligado, cráneo que no ha levantado, cáncer que no ha estirpado, etc., etc. Se ha creado un nombre que le permite matar impunemente á todo el que se pone en sus manos: es necesario destronar á los tiranos de la ciencia, Santiaguillo. Y, ¡qué lástima que tú seas tan desaplicado! porque eres un buen muchacho, muy inteligente, con muy buen instinto médico, pero no te paras; me tienes la sangre frita. En fin, me voy á dormir... Conque ya sabes, árnica y más árnica, y en el momento que nuestro hombre articule una sola palabra, aunque yo esté entregado á siete sueños, me llamas, Santiaguillo, me llamas, porque podria suceder muy bien que, segun el aspecto que presente entonces el indivíduo, sea necesario cambiar el tratamiento.

—Pero, ¡hombre, Juanillo!—dijo Santiago,—¿así te atreves tú, de *motu proprio*, á encargarte de una curacion? ¿No temes comprometerte?

—No, hombre, no; eso es un *anima vilis* que nos han entregado, á quien se ha puesto en una cama y bajo un número, porque no es costumbre llevar al depósito á los que no han muerto aún, pero le han abandonado. Yo he pedido licencia, y me han dicho que haga lo que quiera, con tal de que no gaste mucho; y á lo que me expongo es, á que me salga una cuenta de mil demonios, que ten-

ga que escribir á mi padre, porque el tratamiento es carillo. Ya vá empleado un bote de árnica suiza y dos docenas de sanguijuelas, que por poco tengo que andar á trompadas con el boticario, las sanguijuelas están caras como el demonio, porque como andamos mal con Marruecos, no se explotan las lagunas de Tetuan, y escasea el género. A más de eso, he tenido que decirle al Cusco que le daré dos reales por cada diez horas que esté estrujando árnica á más y mejor sobre ese cráneo difícil. Calcula tú en lo que me he metido, y si amo la ciencia: ese enfermo es mio, y como yo logre ponerlo de pié y que le den el alta, aunque tengan que llevarle á Leganés, porque de resultas de los golpes haya perdido de cinco sentidos, tres: ya le diré yo á don Fulano que los practicantes de la sala de clínica no son ranas. Conque anda, hijo mio, anda, que aquí al pié de esta ambígua existencia, yo voy á cobrar una poca de fuerza, porque estoy exánime, y, sobre todo, con el mal rato que me dió cuando me agarró por el pescuezo. Si salvo á ese hombre, no sabe él lo que me debe, porque si la cuestion hubiese de verse desde el punto de vista de las pasiones humanas, yo debia haberle dejado morir como un perro; no sabes tú cómo apretaba los pulgares, cómo me obstruía la tráquea. ¡Qué! ya sabes que estaba negro. En fin, no le hace; la ciencia ante todo, porque la ciencia no se detiene en venganzas. Adios.

—Al que van á llevar á Leganés es á tí, Juanillo,—dijo Santiago.—Cuando don Fulano venga mañana á arrojar una mirada de águila á la sala, si vé al topiquero estrujando que te estrujarás el árnica sobre ese individuo,

pregunta lo que se ha invertido, y vé que monta ya la curacion á más de quince duros, me parece á mí, Juanillo, que para castigarte por este exceso contra la caja del hospital, hace en tí una operacion quirúrgica en donde no te haga falta.

—Bueno, ¡y bien! si yo no respondo de esto le daremos gusto.

—¡Señor Juanillo, señor Juanillo!—dijo el Cusco,—el herido ha dicho Clotilde.

—Pues señor, no puedo dormir,—dijo Santiago,—el enfermo ha hablado, y puede ser que el maldito se salga con la suya: tiene suerte; más valia que hubiera tomado un billete entero de la lotería de Navidad, para meterse en el bolsillo tres ó cuatro millones.

Y se fué al cuarto de Juanillo, que poco antes se habia echado en la cama, y se habia dormido como un tronco.

Pero á penas se habia dormido, sintió que le movian bruscamente.

—¡Eh! ¿qué es eso?—dijo,—¿se han pasado las cuatro horas?

—No señor; es que el enfermo ha hablado.

Juanito se puso en pié de un salto, viniendo á caer á tres pasos de la cama, quedando tieso, y mirando como un gallo inglés á Santiago.

—¿Ha hablado? Y, ¿qué ha dicho?

—Clotilde.

—¿No más? ¿No ha expresado ninguna idea completa?

—No, hombre, no.

—Pues allá voy, allá voy yo.

Tanto hizo Juan, tanto se esforzó, tanto medicamento dió al indio, como quien le dá pan mojado á un loro para que hable, que ó porque Dios quiso, ó porque los medicamentos surtieron su efecto, al fin el indio coordinó algunas ideas, pero tampoco se pudo sacar gran cosa en claro. Hortaleza... Clotilde... el duque del Humbroso... el cincuenta y dos, de modo que nada se pudo averiguar, ni para la ciencia, ni para la identidad del indio; pero no tardó en saber la justicia quién era el indio, ó al ménos en tener noticias suyas.

La doncella de Clotilde, que se habia quedado sola en la casa, al ver que ni su amo ni su ama volvian, que habia cerrado la noche, y que no sabia de ellos, se alarmó, temió le sobreviniese á ella algun daño, se asomó á la barandilla de la escalera, y llamó á ese elemento sin el cual no puede haber casa habitable en Madrid, á la portera.

—Y bien, ¿qué sucede?—dijo ésta de muy mal humor, porque las porteras no pueden sufrir que se las ocupe.

—Sucede, hija mia, que ni mi ama ni mi amo parecen, que se han perdido, que esto es extraño, y que puede ser muy bien les haya sucedido alguna desgracia, porque ha de saber usted que mi ama se fué esta mañana con un señorito, que debe ser de la piel del demonio.

—¿Qué me cuenta usted, señora Pepita?—dijo la portera, que entraba ya en su terreno, la murmuracion.

—Lo que usted oye, señora Margarita; un oficial de marina, y de los gordos ya, porque traía dos charreteras, y eso es ya mucho; se la llevó, sí señora, se la lle-

vó por su gusto, y como el otro señorito... ya le conoce usted, tiene cara de no dejar que se diviertan á su costa, es muy posible que se hayan encontrado por ahí, y que haya habido una de los diablos.

—Pues, si señor que es muy posible que haya sucedido alguna tontería, y no sabemos si eso podria comprometernos. Porque la verdad, la verdad, las porteras estamos, no solamente para servir á los inquilinos, sino para vigilar lo que puede suceder en la casa. Tenemos cierta responsabilidad cuando en ella se ofende á las costumbres, ó cuando se conspira, ó cuando se hacen cosas ilícitas ó reprobadas, y no damos parte á la autoridad competente.

Como se vé, esta portera se abrogaba una gran intervencion social que nadie la habia concedido: era una especie de comision del Gobierno, sin sueldo ni nombramiento, y cuya existencia ignoraba éste.

Esto consistia en que la señora Margarita leia mucho, y tenia los cascos llenos de mil cosas que no entendia.

Habia sido mujer de un inspector de policía, comisario ó celador.

Esta denominacion de inspector es moderna.

En fin, no conocemos muy bien la biografía de la señora Margarita.

La verdad del caso fué, que alarmada por lo que le habia dicho la doncella, envió á una hija suya á casa del inspector.

El inspector, que vió una ocasion probable, y que era aquel mismo don Pedro del principio de este libro, del

cual hemos dicho cuán minucioso y atildado andaba en todo lo que correspondia al desémpeño de su cometido, se personó en la casa, se informó punto por punto de lo que le dijo la doncella, tomó la filiacion de las tres personas á que la doncella se referia; y pasó el parte al gobernador.

Resultó, que el gobernador lo pasase al juez de primera instancia, y que el juez de primera instancia diese un grito de alegría.

Habia encontrado el domicilio del único cuerpo de delito que parecia, acerca del asesinato frustrado, del hombre exótico encontrado en la plazuela de los Basilios.

Como estos partes se pasan de prisa por lo que interesa á la satisfaccion de la opinion el castigar prontamente estos ataques contra el indivíduo, desde que la doncella llamó á la portera, y ésta al inspector, el inspector dió parte al gobernador, y el gobernador pasó el tanto de culpa al juez, no trascurrieron dos horas.

Afortunadamente para ellos, Clotilde ó Fanny, y su amable teniente de navío, estaban ya metidos en la Mala de Francia corriendo hácia la frontera, y al juez no se le ocurrió que aquellas personas, que podian ser cómplices ó fautores de la ó los que habian cometido el asesinato, podian haberse ido de Madrid.

El duque del Humbroso estaba comprometido, porque le habia nombrado el indio, y el juez de primera instancia se fué respetuosamente á tomarle declaracion.

—Y bien, señor juez,—dijo el duque,—es un indio bravo que se ha aparecido no se sabe cómo por aquí, ni

más ni ménos que si se hubiera encontrado un ballenato en las aguas del Tajo; y que ha sido maltratado hasta el punto de que se le creyera asesinado. Ese indio, señor juez, ha venido á rogarme interponga mis buenos oficios con el Gobierno para que se le indemnice de no sé cuantos millones, invertidos en subsistencias del ejército español durante la guerra de la independencia del Perú; y hé aquí por qué me ha nombrado sin duda.

—Dice usted,—continuó el juez,—que esa Clotilde á quien nombra el herido es una hermosísima señora, que, segun parece, se ha fugado ó no fugado, que ha desaparecido con un teniente de navío, que tal hay que creer sea éste caballero; atendida la descripcion que de su uniforme ha hecho la doncella de la llamada Clotilde. Ahora bien, señor duque; sé que usted tiene un sobrino teniente de navío y que ese sobrino no parece en su domicilio.

—Cabal; le he echado hoy de mi casa para que no vuelva mas, y he mandado á mi administrador general que le facilite treinta y seis mil duros.

—Pues ahí lo tenemos,—exclamó el juez con alegría, iluminado por su instinto de encausador contumaz,—sí, si señor, es el autor del delito que perseguimos.

—Hable, hable usted señor juez,—dijo el duque,—pero extraño mucho que, mi protegido, no mi sobrino, haya hecho una tal cosa, de noche en una plazuela de Madrid; porque la primera de las cualidades de Estéban, es la bravura. Comprenderia que se le acusase si se hubiese encontrado muerto á estocadas ó mal herido, á ese indio, en la Fuente castellana ó en cualquiera de las afueras de Madrid; no opondria óbice alguno: pe-

ro un asesinato, como usted dice, del cual resulta extrangulacion; abertura del cráneo, equimosis, qué se yo cuantas cosas... eso no lo creo, señor juez, no lo creo; esto no quiere decir que yo quiera atajar la accion de la justicia, es simplemente hacer una observacion que usted atenderá para no dar un golpe en vago; que siempre es sensible á un juez práctico, entendido, que debe sentir mucho dar un paso que le ponga en ridículo.

Hizo vacilar algo esta observacion al juez, y de aquí que se contuviese algun tanto respecto á Estéban, y le diese tiempo para que escapase, esperando que el herido mejorase su estado y pudiese prestar una declaracion que debia ser luminosa.

Pero no sucedió así, porque cuando en fuerza de esfuerzos de Juanito, el indio volvió completamente al uso de su razon, lo que no fué sino á los ocho dias, que se le pudo tomar declaracion, declaró que habia entrado en efecto en casa del duque del Humbroso, á quien dicho sea de paso, creia un bribon, á tratar de un negocio de gran cuantía que tenia pendiente con el Gobierno español, que poco despues de salir de su casa habia sentido de repente que algo se enrollaba á su garganta; que habia caido, que habia perdido el conocimiento, y que no podia decir más.

Volvian, pues, á envolver el proceso las tinieblas; pero quedaba un cabo: el teniente de navío que se habia ido con la querida del indio: se les siguió la pista, se supo que habian pasado la frontera, que habian estado algunas horas en París, que habian partido para Calais, y que se encontraban en la Citi de Lóndres, adonde no alcanza-

ba el gancho de la justicia española contra los criminales.

Entre Inglaterra y España, como hemos dicho, no existe tratado de extradicion criminal.

Dió, pues, fondo esta cuestion.

No habia ninguno á quien se pudiese hacer cargos, porque lo único que existia contra Estéban, eran vehementes, vehementísimos indicios, pero del indicio á la prueba hay una inmensa distancia.

El indicio no pasa de ser un medio de aproximarse á la prueba, pero cuando marchando por el indicio, no se encuentra mas que el vacío, todo juez que se estima en algo se vuelve atrás.

¿Qué podia deducirse? Que habia coincidido la fuga de una mujer, que no abandonaba á un marido, sino á otro amante, con el estado lamentable en que encontraron al amante abandonado por aquella mujer: que solo se sabia que el indio salió á las doce de la noche, y no habia vuelto cuando se fué ella con el teniente de navío.

Quedaba otro cabo, ó por mejor decir, se habia descubierto algo unido á aquella mujer, que así mudaba de amantes como de camisas.

Se habia sabido que aquella señora era esposa de un señor muy pobre, muy miserable, que habia vivido con ella en la boardilla de la misma casa, y que aquel señor se habia ido un mes antes y no se le habia vuelto á ver.

Se supo por la portera, que se llamaba don Luis Sanchez de Leiva, que habia abandonado á su mujer, pero que no habia dejado tras sí rastro alguno.

Éste señor se habia perdido

Entretanto, el indio convalecia, porque tenia una en-

carnadura infernal, que al mes de estos sucesos, ya completamente fuerte, con su ojo sano, y solo con algunos puntos en la herida que se habia hecho en la cabeza; en la parte posterior, decia á Juanito, bebiendo rom en un café, á pesar de los temores del estudioso practicante de que sobreviniese una irritacion que le hiciese retroceder, que tal vez le matase al indio:

—Resulta, pues, muchacho, que por los ilustres médicos del hospital se me desahució, y que si no se me envió al cementerio, al ménos se me abandonó: resulta, que si tú no te hubieses empeñado en mi curacion por caridad, ó yo no sé por qué, á estas horas estoy debajo de tierra. Tú no sabes lo que has hecho: has labrado tu fortuna: yo soy inmensamente millonario; has salvado mi vida, y lo que es más, mi venganza; porque viviendo podré vengarme, y solo deseo vivir para vengarme. Pero vengamos á la cuestion del momento. Tú eres un excelente chico, te debo más que á mi padre y á mi madre, porque si ellos me dieron la vida, tú me la has conservado, y cuando me iba yendo, me la has hilvanado en el cuerpo: sé los disgustos que has tenido con los profesores, al ver que en un rincon del hospital habia un practicante que ha sabido más que ellos, y les has demostrado el error en que han incurrido. Sé que se ha dicho que con tu inexperiencia has abusado de la botica, y que con mucho ménos se podia haber tenido el mismo resultado: en fin, que esa derrota que han sufrido, te puede dar muy malos ratos, porque el amor propio de esos señores no te perdonará nunca: he determinado que te vengas conmigo, y que seas hombre.

—¿Y mi carrera?—preguntó Juanito.

—Tú has terminado tu carrera. Pues qué, ¿no te has probado magníficamente en la cura que conmigo has hecho?

—Si señor,—dijo Juanito,—pero eso no es suficiente todavía; necesito un título, y para eso me faltan dos años.

—¿Y qué más te dá estudiarlos aquí ó en cualquiera otra parte, ó que te se dé el título de todo lo que debes estudiar?... ¿Crees que si yo me empeño, no te sacaré todos los títulos que á tí te dé la gana?

Juanito miraba asombrado al indio.

—¿Conque tan rico es usted, señor mio?—le dijo.

—Rico, riquísimo; no sé lo que tengo: la mitad del Perú y la tercera parte de Méjico, todo es mio. Conque no seas tonto, muchacho, y vente conmigo.

Juanito lo pensó, lo repensó, lo consultó con sus compañeros de sala, y solo se le ocurria una dificultad.

El indio no pensaba permanecer en Madrid más que el tiempo necesario para sacar su indemnizacion, y procurar encontrar á su eterno pensamiento, á la mujer que adoraba, á su Clotilde.

El obstáculo que encontraba Juanito era otra mujer, de la que estaba ciegamente enamorado, y con la que pensaba casarse en el momento en que obtuviese su título de médico, y le empleasen en el mismo hospital con un sueldo más decente.

Se prestó á todo lo que el indio quiso, ménos á irse de Madrid; el indio tuvo que acceder tambien á que Juanito se casase y á que su mujer pudiera seguirle; he-

cho lo cual, percibida por el indio la indemnizacion que le correspondia en justicia, perdiendo una cuarta parte de su valor, Juanito salió del hospital, y poco despues, con el indio, de Madrid, que iba á buscar á don Luis Sanchez de Leiva para vengarse de él; porque segun la conciencia de Kin Kakop, solo Luis podia haber sido el que le habia puesto en el estado en que se habia visto.

Todos nuestros personajes, pues, habian desaparecido, ménos la pobre Andrea, que se habia quedado sola en la casa de Dolores.

CAPITULO XV.

En que se dá cuenta, en alguna parte, de lo que era el capellan don Cleofás, y del estado físico y moral en que se encontraba Dolores.

I.

Aunque la gruesa ama del excéntrico capellan de las monjas de Santa María Magdalena, habia visto con sobrecejo la entrada en la casa de una enferma tan hermosa como Dolores, no es de suponer por esto, malicioso lector, que alguno de este género es de suponer me favorezca, que entre la señora doña Teresa de Salmeron y el presbítero don Cleofás Aguablanca, existia nada que ni remótamente fuese pecaminoso.

Doña Teresa era una doncella rancia, que por condiciones de carácter, no habia podido resistir á un novio tres dias seguidos, y hay quien afirma que ella decia esto por amor propio, y que la verdad era, que ningun novio habia podido resistirla á ella una semana, porque com-

parándola con los vegetales, era una ortiga, y con los animales, un puerco-espin.

Habia nacido y se habia criado en un pueblo de sierra, en Miraflores, por un tio y una tia, canónigo retirado él, y hermana ella del canónigo, y solterona.

Y tan sin cariño la habia tratado, es decir, tan sin mimo, y tan exagerada moral la habia metido en el entendimiento, que habia hecho de ella una especie de mujer de cal y canto.

Esto no impedia que su hermosura, porque era hermosa, fuese dulce, simpática é incitante, porque sus tios no habian podido modificar su figura.

Pero como los ojos son, por decirlo así, la fisonomía del alma, y habian amoldado en su troquel los tios, el alma de Teresa, resultaba que sus hermosísimos ojos negros dejaban ver siempre una mirada salvaje, dura, desconfiada, suspicaz, astuta, se trasparentaba en el fondo de aquellos ojos viciados la educacion que Teresa habia recibido.

Don Raimundo, que así se llamaba el canónigo, que padecia de la gota, y que por esto y porque los médicos aseguraban que las aguas de Miraflores eran convenientes para su alivio, tenia licencia perpétua para no asistir al coro de la catedral de Sigüenza, por cuya razon le hemos llamado canónigo en situacion de retiro. Irritado por la gota, que al fin es un humor no acre, sino acrísimo, habia echado un carácter verdaderamente gotoso, con salsa picante de humor negro.

El buen canónigo, como la naturaleza le trataba tan mal, estaba enojadísimo contra la naturaleza, y no creía

que nuestra comun y sábia madre hubiese hecho nada bueno.

Veía una jóven candorosa: era una hipócrita, una bribona, una perdida; no se podia dejar á Teresita se tratase con tal clase de gentes.

Tenia fama el tio Fulano de honrado, de laborioso, de buen padre de familia y de buen cristiano.

¡Mentira!

Era otro bribon disfrazado, á quien no se estimaba sino porque todos los del pueblo eran unos bestias, incapaces de discernir lo bueno de lo malo.

Y por este estilo, todo lo encontraba el atrabiliario canónigo perjudicial, malo, insoportable.

El sol le parecia amarillo.

El cielo de color de plomo.

La vegetacion marchita.

Las aguas turbias.

Y era que el desdichado canónigo lo veía todo como á través de una niebla impura, á través de su humor negro.

Ella, doña Nicolasa, habia sido siempre un esqueleto largo, forrado con una piel áspera de color de acelga, antipática, y más que antipática, excesivamente repugnante.

Sus ojos verdes, pequeños, móviles, penetrantes, producian ese fluido negativo á que se atribuye ese envenenamiento del espíritu que se trasmite á la materia, que se llama vulgarmente *mal de ojo*.

Ella tenia el espíritu honrado, era incapaz de hacer daño á nadie premeditadamente, por más que lo hiciera,

y grande, de una manera irremediable, solo con dejarse ver.

Era una mujer que practicaba rígidamente la virtud, pero sin el poético sentimiento de la virtud.

Para ella lo era todo el precepto grabado á cincel, si se nos permite esta frase, en su alma, precepto que sin embargo no entendia y al que se subordinaba ciegamente.

Daba limosna, no por caridad, porque no la sentia, sino porque así estaba preceptuado.

Rezaba de memoria porque creia que la oracion era el camino del cielo, al que queria ir sin meterse siquiera en imaginar qué cosa fuese la bienaventuranza.

Era pura con la pureza nada meritoria, de la insensibilidad.

Una especie, en fin, de organizacion pasiva que obedecia como un mecanismo á los principios no comprendidos, inculcados en ella.

No hay que decir que doña Nicolasa era una vírgen sin encanto, un ser completamente improductivo, uno de esos fenómenos que á primera vista parecen una errata de la naturaleza, un ser, en fin, repulsivo de todas cuantas maneras puede ser repulsiva una criatura.

En la casa no habia mas seres, además de los jefes, por decirlo así, de la familia, que una vieja criada cocinera y un mozo semi-salvaje.

Que cuando podian sufrir la proximidad de sus amos, dicho se está que eran de la misma madera.

Teresita no iba nunca á la casa agena, ni nadie entraba en la suya.

No se la habia dejado ir á la escuela, porque el canónigo decía, que á la escuela llevan los niños en germen todos los vicios de su familia, y que era una bestialidad exponer á una tierna criatura á que se viciase.

Y como el canónigo creia que para nada le haria falta á una mujer leer y escribir, porque hay más libros malos que buenos y la escritura puede usarse para muchas cosas malas, encontró que era de todo punto inútil enseñar á su sobrina cosas tan nocivas.

Pero en cambio doña Nicolasa á fuerza de severos castigos, enseñó á la muchacha á guisar, fregar, barrer, lavar, coser y planchar, en todo lo cual salió maestra la Teresita, porque tenia ingénio acomodado para aprender cualquier cosa.

Nunca salió á la calle sino con su tia, doña Nicolasa.

Y aun así para ir á la iglesia y sin que su tia la permitiera levantar los ojos del suelo para mirar á nadie.

Así es que cuando Teresa se desarrolló y llegó á ser lo que podia llamarse una mujer, lo que aconteció á los trece años por el desarrollo prematuro de su organizacion, era ya una especie de criatura berroqueña é inaguantable.

Pero aún no habia cumplido Teresita sus quince años, cuando un ataque de gota mató á su tio el canónigo, que legó una buena fortuna á su hermana como usufructuaria, debiendo pasar la herencia cuando doña Nicolasa muriese á Teresita.

Seis meses despues murió de un acceso de bilis doña Nicolasa, y aun no cumplidos los diez y seis años, se encontró Teresita completamente huérfana, sin un solo

pariente y bajo la tutela del alcalde del pueblo, á quien se dió este encargo de oficio, porque doña Nicolasa murió *ab-intestato,* sin dar tiempo ni aun al santo óleo para que la alcanzase.

El alcalde era un hombre bonachon, alegre, de la mejor pasta del mundo y muy aficionado á que la gente se casase.

Tenia la creencia de que la prosperidad de los pueblos, estaba en razon directa de su poblacion, y hacia cuanto estaba en su mano porque la poblacion de Miraflores se aumentase.

Veia que esta era la cuestion á que con más asiduidad debian consagrarse los gobiernos, y como él era el gobierno de Miraflores y gobierno perpétuo, porque le reelegian siempre, habia procurado y procuraba casar á todo el que podia, llegando á ser casi un furor su propension casamentera.

—

II.

En cuanto cogió á Teresita la dijo:

—Muchacha, eres una moza como unas flores, honrada, rica y sin parientes, y es menester que te cases, y eso cuanto antes, que metes miedo de alta y gorda y robusta que estás, y lo ménos, lo ménos que aumentas tú la poblacion de la villa, es diez almas, que como salgan á tí, dentro de veinte años han echado al pueblo doscientos.

Teresita no comprendió lo que el alcalde decia y acudió próvidamente la alcaldesa para que el bueno de don

Toribio que, en su furor casamentero, no reparaba en barras, no ilustrase á la muchacha más de lo que era conveniente.

Pero como Teresita estaba acostumbrada á obedecer, la dijeron fuese novia de un sobrino del alcalde, y lo fué.

Pero reparó el mozo que Teresita tenia mal prendido un alfiler y aun no habia concebido el remediar la falta, cuando le saltaron tres muelas de un amable puñetazo, disparado por el salvaje pudor de Teresita, que bien podia haberse defendido del atrevimiento de una manera ménos sangrienta.

Y así uno tras otro, ya por esta razon, ya por aquella, en ménos de un año Teresita aburrió á todos los mozos del pueblo, y el alcalde se desalentó y se le oia decir muchas veces con acento dolorido:

—Es lástima que esta muchacha sea intratable porque la pinta promete; si se la pudiese civilizar, tendriamos en ella una descendencia más numerosa que la de Jacob.

En fin, el alcalde se quedó con la gana, no ya de casar á Teresita, sino de que la durase un novio más de tres dias.

Por lo demás, Teresita era una mula para el trabajo: tenia la casa del alcalde que parecia una taza de plata, y cuando se sentaba á la mesa don Toribio para comer los manjares que Teresita habia condimentado, se chupaba los dedos y decia que aquella muchacha no la habia hecho Dios sino para cebar gente.

Esto le costó la vida á don Toribio, porque se atracó

un dia de un sabrosísimo guisote confeccionado por Teresita, y le causó una indigestion tal, que no hubo vomitivo ni garabato que deshiciese aquel cólico que en tres dias le hizo descender al sepulcro.

Su mujer se casó á los seis meses con el hijo del sacristan que habia sido novio de Teresita dos horas y la habia tomado una ojeriza mortal, porque de un cariño de los que ella acostumbraba á usar con sus adoradores, le habia puesto un ojo como un tomate y de tal manera, que á duras penas se le curaron, y aun así se le quedó medroso y blando para todos los dias de su vida.

Hay que advertir, que Teresita tenia una fuerza de ganapan.

III.

Cuando el alcalde murió habia llegado á su mayor edad la Teresa, y cuando la viuda se caso con el hijo del sacristan, la Teresa declaró que ella para vivir bien no necesitaba la compañía de nadie, que casa propia tenia y dineros largos para mantenerse y que ni en el cielo queria estar al lado de Bolaños, que así se llamaba por mal nombre el hijo del sacristan, porque era un atrevidote sin vergüenza, y que además no queria seguir llamando madre á una mujer que casi caliente aún el cadaver del marido, se casaba sin pizca de vergüenza con un pícaro.

Y como Teresita era ya mayor de edad y nadie tenia derecho á impedirla el uso de su libre alvedrío, se fué á vivir sola á su casa sin más que una criada, para la

eleccion de la cual tuvo tal acierto, que no se despidió á los cinco minutos de haber entrado en la casa y que continuó sirviéndola y llevándose con ella como un ángel.

IV.

Pero al año de haberse emancipado, el escribano del pueblo, que creyó podia burlarse de una mujer sola, aconsejó á un bribon, contínuo forjador de líos, alegase ciertos derechos á unas tierras muy productivas que poseía la Teresita, á quien ya se llamaba en el pueblo doña Teresa, tratamiento que le correspondia, no solo porque era señora, sino porque venia de padres hidalgos, con antiguo solar en el pueblo.

Era, en fin, una señora que, criada en el pueblo, habia criado y echado corteza como los alcornoques.

Presentóse la demanda, amañó la cosa el escribano, de manera que parecia que el tio Uñitas tenia razon, y Teresita se vió embargada y pleiteada, con un furor de que no nos es posible dar una idea á nuestros lectores. Era un furor compuesto por todo el humor acre del difunto canónigo, y por toda la bilis de su difunta hermana, que resucitaba en aquella situacion solemne, en doña Teresa Salmeron.

Ésta, que era hembra de pelo en pecho, muy poco á propósito para que nadie la robase, juró por la salvacion de su alma, juramento terrible en quien, como ella, era tan cristiana, que no habia de parar hasta poner en presidio á don Cirilo Arenas, el escribano, y al tio Perote Uñitas.

Y con tal prosupuesto, y con doscientas onzas, y sobre un carro de mulas de su apero, tomó el camino de Madrid, y entró en él por la puerta de Bilbao un domingo por la mañana, con un calenturon terrible, porque toda la bilis se le habia subido á la cabeza, y de tal manera, que el carretero, criado suyo, asustado, hubo de meterla en el parador de Madrid, inmediato al Hospicio, y no lejos de la puerta por donde acababa de entrar la calenturienta doña Teresa.

V.

Y aconteció que tal fué el aspecto amenazador que tomó la dolencia, que el médico á quien se habia llamado pronunció el fallo terrible, manifestando seria bueno que la enferma hiciese testamento y recibiese el viático.

Era ya muy tarde, y el mozo de paja y cebada salió á buscar lo que más urgía.

Esto es, un sacerdote, y al primer sereno que se encontró le preguntó que dónde podria hallar un padre cura que entendiese bien de despenar enfermos.

Estaban cerca de la calle de Santa Brígida, y el sereno, por no acompañar al mozo á la parroquia, se le llevó á la casa de don Cleofás, que estaba en vela y aburrido, porque se encontraba gravemente enferma la vieja ama que le servia, y se prestó á ir á la posada.

VI.

Este principio tuvo el conocimiento de don Cleofás y doña Teresa.

Se necesitaba no ménos que un ex-artillero de la guardia Real, franco y rudo, y además de esto simpático, para que doña Teresa, á pesar de su estado, no chocase con él.

Don Cleofás sintió una viva simpatía por Teresa, y contribuyó en gran parte á sacarla adelante de su enfermedad.

El mismo dia en que doña Teresa convalecia completamente, murió la vieja ama del capellan.

Éste echó sus cuentas.

—Esta mujer,—dijo,—está sola en el mundo, y yo no estoy mucho más acompañado; ella necesita un hombre así como yo, que nada respete más que la justicia, enérgico, capaz de entenderse con Escribas y Fariseos; porque, segun la pobre me ha dicho, pretenden robarla. Yo necesito tambien una mujer honrada, que no piense en amoríos ni en locuras, que me cuide y que contraiga por mí una especie de cariño fraternal, el único que puede tener dignamente un clérigo con una mujer; porque esto de que yo dé el mal ejemplo que predomina en muchos de los que ejercen el alto ministerio del sacerdocio, no hay que pensarlo: eso era bueno para cuando yo era artillero: si no me casé, fué porque no encontré mujer con quien poderme casar tranquilamente. Aquella Blasa, aquella maldita Blasa, que me volvió loco, que me puso á morir, y que por último me convirtió, hay que perdonarla. Por ella, desesperado, renunciando á todo, me hice sacerdote. Despues, el tiempo calmó el dolor, y me encuentro bien. Sí, señor; es verdad que las monjas, con sus caprichos, con sus tonterías, me impacientan; pero,

en fin, son intratables de buena fé: ellas creen que dicen, piensan y obran de la mejor manera del mundo: es necesario tener paciencia; ya tenia yo que tenerla antes con los jefes: nada, nada, esta mujer me conviene, y yo la convengo.

VII.

Despues de haber madurado bien su proyecto, y haberle examinado por todas sus fases; de haberse preguntado si por su hermosura doña Teresa podia hacerle incurrir en la falta más fea de un eclesiástico, en el pecado abominable del escándalo, se convenció de que ella y él, por esta parte, estaban asegurados de incendios, é hizo su proposicion en regla.

Doña Teresa dijo que lo pensaria.

Don Cleofás se consagró al cuidado de doña Teresa, y vestido de seglar para no dar escándalo, la llevó á ver las fieras, la Historia natural, se puso en la puerta de palacio con ella, para esperar á que saliese la reina y la conociese; porque una de las grandes cosas que tenia en Madrid un provinciano que ver, era ver á la reina; y cuando volvian á su tierra y decian que la habian visto, todos les tenian envidia: desde aquel dia se convertian en aristócratas para los demás; han visto á la reina, han visto además la casa de comedias, la casa de fieras, el Retiro, la casa de Campo; en fin, todas esas cosas que ven los forasteros, y muchas de las cuales no han visto ni se han acordado de ver los naturales de Madrid.

Don Cleofás se encargó del pleito; pero luchaba con

un hombre de muy mala fé, con un pillo consumado, con el escribano del pueblo, que no tenia otro interés que partir el negocio con los curiales de Madrid, á cuya audiencia, como era natural, habia venido á parar el pleito, despues de haber pasado por el juez de primera instancia del partido.

Don Cleofás se desesperaba.

Aquello era un lío inextricable. Como que andaban en ello escribanos mal intencionados.

Mucha mejor cuenta le hubiera tenido á doña Teresa transigir, que continuar; pero atendido su carácter enérgico y lo rudo del de don Cleofás, no se pensó ni siquiera un avenimiento.

Se tuvo una excesiva buena fé respecto á la justicia.

Don Cleofás, que no era torpe, habia comprendido que la razon y el derecho estaban de parte de doña Teresa, y se habia propuesto enviar á presidio á todos los que habian andado en aquello.

Pero resultó que salieron tantos extremos, se necesitaban tantas pruebas, hubo tantos recursos de una y otra parte, que al cabo de dos años casi toda la hacienda de la pobre doña Teresa se habia ido en costas, y se vió obligada á transigir, porque de otro modo, por falta de dinero, se hubiera detenido el pleito sabe Dios cuánto tiempo.

La buena fé es el contrario mayor que tienen los humanos.

Si doña Teresa no hubiera sido una ignorante, y don Cleofás un hombre recto y buen pensador, que creia que una injusticia no puede ser acaparada por los tribunales,

se hubiera reducido á una transaccion, en la que Teresa hubiera perdido la mitad de lo que se la habia querido robar, esto es, el que la hubieran robado á medias; pero confiando en la justicia de los hombres, fué robada completamente; y gracias á que ambos, clérigo y ama, comprendieron que se iban á quedar como el gallo de Moron, cacareando y sin plumas; y procuraron una transaccion, despues de lo cual la quedó á doña Teresa una rentecilla de diez reales diarios, y á don Cleofás el único recurso, el de decir: «si yo no fuera clérigo, los abria en canal.»

¡Triste recurso de la buena fé burlada! ¡la venganza! Pero don Cleofás no podia tomarla, se lo estorbaba su sotana; el artillero se veia sujeto por el sacerdote; habia una especie de incompatibilidad entre el carácter de don Cleofás y su ministerio; pero habia que tener paciencia, hay cosas que no tienen remedio; y por otra parte, á don Cleofás no le pesaba haberse hecho sacerdote.

Su conversion habia sido sincera, habia empezado por la desesperacion, pero al fin la desesperacion habia pasado, y se encontraba en paz con Dios y con los hombres, cumpliendo con su deber de sacerdote á su manera, pero cumpliendo bien, porque la virtud no está en la forma, sino en el fondo: bajo excelentes formas se ocultan grandes indignidades, bajo formas rudas, se encuentra muchas veces una virtud sólida.

Los hombres no comprenden esto, pero Dios lo vé.

VIII.

Dicho se está, que entre don Cleofás y doña Teresa existia una confraternidad perfecta.

Don Cleofás se interesaba cuanto podia interesarse por doña Teresa, y doña Teresa se interesaba hasta las entretelas de su corazon, por don Cleofás.

Se habia modificado el carácter de doña Teresa, porque el enérgico carácter de don Cleofás habia rechazado siempre las ridiculeces, las extravagancias, las exageraciones, que debia aquella mujer á su extraña educacion.

Doña Teresa tenia todo el cargo de la casa.

No tenia criada porque se encontraba mucho mejor servida sirviéndose á sí misma.

Tenia otra cualidad, y era, que aun en el invierno, en esas mañanas terribles de Madrid, en que se hiela el aliento, se la tenia en la calle con la cesta debajo del brazo, porque decia que para comprar bien era necesario levantarse temprano, antes de que otros no hubieran merodeado lo mejor en la plazuela, entiéndase mercado.

Volvia no sin haber oido misa, hacia su chocolate con leche, y lo tomaban en buena compañía, don Cleofás y doña Teresa, él sentado en la cama con su almilla y su gorro negro encasquetado, ella sentada en una silla junto á la cama, contándole al eclesiástico todas las murmuraciones que habia oido en la plazuela, que es una especie de gacetilla, en la cual se saben noticias que no se

encuentran en ninguna parte, y donde, por decirlo así, se concentra el sentimiento del pueblo obrero.

La plazuela debia ser estudiada por la policía.

Si el autor fuera gobierno, tendria siempre escuchas en las plazuelas, para saber por donde iba la opinion de una parte del pueblo.

A veces la opinion de las plazuelas es mucho más atendible que la del Salon de conferencias, porque allí se siente con el corazon, y ante la necesidad.

IX.

Doña Teresa era la dueña de todo y hacia un cuerpo con su rentilla, y con lo que producian su misa, sus entierros y sus monjas al ex-artillero capellan.

Vivian bien, comodísimamente, comian mejor, estaban en una paz perfecta, de tiempo en tiempo, don Cleofás, que no era fanático; aunque no fuese santo, llevaba á doña Teresa al teatro y al anfiteatro, particularmente cuando habia comedia de mágia, ó á la Zarzuela, de la cual gustaba mucho doña Teresa.

Una vez, por una casualidad un tanto censurable, fueron á Capellanes.

El capellan encontró que aquellos capellanes no eran ni medianamente aceptables y no digamos ya el eclesiástico y su ama, sino la pareja más profana del mundo, no podian, sin exponerse á contraer una indigestion moral, acercarse ni siquiera á la plazuela de las Descalzas, porque en aquella plazuela hay una especie de prólogo del baile, representado por unos cuantos simones.

Por supuesto que doña Teresa y el débil don Cleofás, no estuvieron mas que tres minutos, y pudieron ser llevados á la prevencion, porque apenas entraron, doña Teresa que era protuberante y buena moza, uno de los pillos de aquel baile, que no sabemos por qué permite la policía sino considerando que permite tambien las casas de juego, hubo de acercarse y decir algo que no gustó á doña Teresa, que en el mismo momento y segun su antigua costumbre, con la rapidez del relámpago plantó el puño cerrado en la cara del insolente y le deshizo una mandíbula.

Alborotóse aquello, acercóse un municipal, y el municipal rodó de una puñada que le descargó don Cleofás bajo la barba.

Por diez minutos el capellan se convirtió en artillero y empezó una retirada batiéndose con la prolonga suelta rechazando á alguaciles y municipales á trompada limpia, y logrando ganar la calle casi á la carrera, se perdió muy pronto aquella extrañísima pareja.

Cuando doña Teresa oia llamar á don Cleofás padre capellan, temblaba, porque esta palabra le recordaba Capellanes.

—¡Jesús, Jesús,—decía,—y cuanta mala mujer hay en Madrid, y cuanto pillo! ¡Si aquello estaba lleno!... Y cuidado que es grande. No, no señor para estar allí, es menester haber perdido la vergüenza. ¿Y que tuviera yo tentacion de ver aquello? ¡Válgame Dios, válgame Dios!

X.

Tál era el estado de las honestas y fraternales relaciones que existian entre el capellan y su ama.

Por eso cuando doña Teresa, que llevaba ya algunos años de asociacion, por decirlo así, con don Cleofás, vió entrar, entregada á un desmayo en un colchon á Dolores se le puso el alma negra á causa de la extraordinaria hermosura de la jóven.

Era suspicáz sin tiempo, sin juicio, como lo son todos los que adolecen del gran defecto de una buena fé exagerada.

Los extremos se tocan.

Lo primero que se le ocurrió á doña Teresa, fué que don Cleofás tenia algo de comun, y de pecaminoso con aquella hermosísima señora.

Por que, ¿cómo comprender que de otro modo la llevase á su casa?

Esto ofendió gravemente el cerril amor propio del ama del capellan porque decia:

—Don Cleofás se ha vuelto loco, don Cleofás me falta al respeto y se trae aquí una barragana: tal vez cuando se ponga buena me pondrá de patitas en la calle, y se volverá uno de esos clérigos escandalosos que tienen por ama una tunantuela de buen palmito, y jóven, uno de esos clérigos que traen escandalizado al barrio.

Así es, que puso muy mala cara; y si se aguantó por el momento, fué porque don Ruperto, el médico, no se movió de allí hasta que hubo vuelto en sí Dolores.

XI.

—¿Dónde estoy?—fué la primera palabra que dijo la jóven volviéndose con la dulzura de un ángel á doña Teresa, que haciendo de tripas corazon, estaba al lado del lecho, mirando no sabemos con cuanta ojeriza á la pobre Dolores.

—Señora,—dijo don Cleofás con su voz de cañon,—usted está en su casa.

—¡En su casa!—dijo para sí doña Teresa,—¡pues me parece bien!... ¡En su casa!... Bueno, perfectamente... quedará en ella.

—Apenas recuerdo lo que me ha sucedido,—dijo Dolores,—me duele mucho la cabeza, me duele el corazon, he sufrido de una manera terrible. ¡Ah! es verdad, me detuve delante del convento de monjas de Santa María Magdalena, tenia frio en el alma y en el cuerpo, me sentí desvanecer y apenas tuve tiempo para llamar á la portería, donde en cuanto entré me he desmayado.

—¡Ah!—dijo para sí doña Teresa,—esto es otra cosa.

—Señora,—dijo don Cleofás,—el sacristan del convento es una buena persona y muy caritativa; la puso á usted el pobre en su mismo lecho, pero usted no podia permanecer allí: ha sido necesario traerla á usted antes que sea de dia á esta casa de su humilde servidor y capellan, que lo es al mismo tiempo de las Recogidas de Santa María Magdalena.

No se entregó tan pronto la buena fé de doña Teresa que dijo para sí:

—Bien estudiado lo traen: apuesto á que lo del desmayo es mentira, que está más sana que yo, y que este don Ruperto y el sacristan son un par de pillos que ayudan al otro á engañarme.

Pero hubo de convencerse la incrédula de doña Teresa, de que su buena fé para pensar en lo malo la engañaba, porque Dolores se desvaneció de nuevo, y de una manera mas grave y mas alarmante.

Entonces doña Teresa se arrepintió de haber pensado mal.

Y como á pesar de su rudeza, tenia en el fondo buen corazon, se consagró á cuidar como una madre á la pobre Dolores.

XII.

Pasaron algunos dias, durante los cuales no pudo haber explicaciones, porque don Ruperto habia prohibido se molestase á la enferma, y aún que se la permitiese hablar mucho.

Dolores habia tenido dos grandes hemorrágias bronquiales, que habian asustado mucho á doña Teresa, que no estaba acostumbrada á la sangre, y aun al ex-artillero que la habia visto largamente en campaña, pero nunca arrojada por la boca de una mujer.

Para este último trance se sentia cobarde.

En fin, en fuerza de solícitos cuidados, de un grande amor, de una gran caridad por parte de todos, si no se restableció Dolores, porque su enfermedad era grave, y más grave en el alma que en el cuerpo, al fin pudo levan-

tarse, y poco despues, un dia que era muy hermoso, Teresa la dijo:

—¿No le parece á usted bien, hija mia, que enviemos á buscar un coche, y nos vayamos las dos solitas á dar un paseo y á tomar el sol, y á que usted se esparza y se alegre?... Hace un dia muy hermoso, parece de primavera, aunque estamos en lo más crudo del invierno... Esto tiene este pícaro Madrid, que en medio del verano hace algunas noches un frio que se hiela una, y en medio del invierno hay algunas horas en que no se puede estar al sol sin asarse. Hoy el dia está templadísimo; conque anímese usted.

—No, no, no señora,—dijo Dolores;—yo no volveré á salir á la calle sino para ir á un lugar, en donde permaneceré hasta que muera, y de donde no saldré sino cuando me saquen para enterrarme.

—¡Cómo! ¿qué es eso?—dijo asustada doña Teresa,—¿pues qué le sucede á usted?

—Lo que me sucede,—dijo Dolores,—es que he sufrido grandes desgracias, grandes desengaños.

—¿Y no tiene usted confianza conmigo para decirme lo que la sucede? Mire usted que las penas que no se comunican, se pudren en el cuerpo y hacen mucho daño. Cuando yo tenia el pleito, si no hablaba de él rebentaba, y por lo tanto hablaba de él con todo el mundo, hasta con las verduleras, y así iba pasando.

La verdad era, que la única desgracia que habia tenido doña Teresa, habia sido su pleito; pero la desgracia habia pasado porque ella se habia resignado.

—Lo que me acontece es tal, que por sepultarme en

el olvido he abandonado á las personas que me amaban, y me he propuesto perderme del todo en el silencio, en el retiro del claustro, sin que nadie pueda encontrar el camino por donde al claustro he llegado.

XIII.

Por más que hizo doña Teresa, que como mujer era muy curiosa, no pudo recabar de nuestra jóven sino que se llamaba Dolores.

El capellan, que aunque no era curioso, sentia esta vez esta debilidad, no tuvo mejor fortuna.

Dolores guardó rígidamente su secreto, y cuando estaba tan restablecida como podia estarlo, dijo al capellan:

—Yo he sido una mujer muy mala, una mujer muy loca, que se ha asesinado, y que ha asesinado á otros; que ha causado dolores y lágrimas, y que no encuentra consuelo. Tengo el corazon desgarrado, padre mio, y solo una gran expiacion puede hacer que Dios perdone mis culpas. Yo no entro en el claustro por vocacion; me contrarío, adopto esta resolucion por un castigo que á mí misma me impongo, que Dios sin duda aprueba, porque cuando salí de mi casa sin saber adonde ir, cuando las fuerzas me abandonaron, me encontré apoyada en la verja del átrio de las Recogidas de Santa María Magdalena. Usted es el capellan de esa santa casa; usted debe tener en ella una gran influencia: haga usted por mí que se me reciba.

—Para esto, señora,—dijo el capellan,—se necesitan

grandes formalidades. No basta que una jóven solicite entrar en las Recogidas, ni que su familia lo pretenda: es necesario que su conducta lo justifique. Y, ¿cómo creer que usted ha tenido una conducta tal, que justifique su resolucion de entrar en una casa, donde solo la esperan á usted severidad, privacion, trabajo y penitencia?

—Y dígame usted, señor don Cleofás,—dijo Dolores, —¿no podria darse el caso de que una mujer perdida, de que una miserable guardase su secreto, no por ella misma, sino porque importase á otra persona; que revelase en confesion todas sus culpas á un sacerdote, y que este sacerdote la sirviese, por decirlo así, de fiador?

—Indudablemente, señora, indudablemente; pero, ¿qué quiere usted que le diga? No tiene usted cara de haber sido tan mala como dice.

—¡Oh! sí, mala, muy mala, padre mio, perversa: ¿quiere usted oirme en confesion, con la condicion de que esta confesion servirá principalmente para que con el testimonio de usted pueda yo ser admitida en el convento de Santa María Magdalena?

—Y bien, corriente,—dijo el eclesiástico;—mañana por la mañana muy temprano, nos iremos á la iglesia, porque las confesiones deben hacerse en la casa del Señor.

—No, no, permítame usted; no saldré de aquí sino para entrar en la clausura; una casualidad cualquiera... no, no, no tendria valor, seria débil, no podria resistir su dolor, su desesperacion: temo como un criminal perseguido, que cree, que en el momento en que salga á la ca-

lle ha de encontrar á la justicia, y que le eche mano.

—¿Tiene usted por qué temer á los tribunales?

—No, padre mio; yo no tengo que temer la accion de otro tribunal que la tremenda, la terrible del tribunal de Dios.

—¿Y está usted decidida á no salir de esta casa sino para entrar en la clausura?

—Sí.

—Pues entonces, hija mia, escucho á usted en confesion.

XIV.

La confesion fué larga y dolorosa, y la suprimimos porque no queremos traer á la novela uno de los actos más importantes de la religion cristiana.

Tan dolorosa fué la confesion, que más de una vez al padre ex-artillero se le llenaron los ojos de lágrimas.

Fué necesario suspenderla, porqué el dolor afectaba de tal manera á Dolores, que la acometió un vértigo.

Aquella confesion laboriosa duró tres dias.

No es decir materialmente las horas de tres dias, sino que en tres dias se hizo.

Cuando don Cleofás hubo escuchado completamente á Dolores, la dijo:

—Usted no está arrepentida, señora, sino desesperada: yo no soy sábio ni mucho ménos, pero me lo dice el corazon: usted no quiere entrar en la clausura buscando en una expiacion el perdon de sus culpas, no; lo que quiere usted es esconderse, lo que usted quiere es quitar-

se la vida aumentando su dolor. Yo no puedo permitir esto, no: usted hace muy bien en apartarse del camino que seguia, pero medios hay para que usted se aparte sin llegar á una exageracion y ofendiendo á Dios. En el claustro no debe entrar más que el arrepentimiento sincero, y usted no está arrepentida, sino, lo repito, desesperada. ¿Quiere usted que yo la busque un retiro en donde usted no pueda ser hallada, un lugar entre montes, cuyos habitantes por milagro se tratan con las gentes, perdido entre las montañas; un lugar, si no alegre, pintoresco, favorecido por la naturaleza, y como bendecido por Dios?

—¿Y qué lugar es ese?

—Cercedilla: un lugar perdido entre breñas y completamente incomunicado, porque no es camino para ninguna parte.

—Me veré de nuevo acometida por el mundo, que está en todas partes donde hay hombres.

—Así podrá usted probarse, Dolores; así podrá usted obtener de una manera más meritoria el perdon de Dios. En el claustro no entra el mundo: allí, las tentaciones no tocan á la mujer de cerca; allí, la ocasion que produce la pérdida del pudor, es imposible: sobre la puerta del claustro está escrita esta terrible frase: *nulla est redenptio*; el claustro, para los que se encuentran en la situacion de espíritu de usted, es una tumba horrible, es el infierno: aquello se ha hecho para almas puras, para almas vírgenes; las que hayan perdido su pureza, no pueden entrar allí: el claustro es el camino del cielo para las vírgenes del Señor; es el infierno para las que,

como usted, han abusado de su vida y se han entregado á todos los placeres, á todas las vanidades, á todos los crímenes del mundo.

El ex-artillero hablaba con el corazon, y el corazon dice generalmente buenas cosas cuando no es un estúpido su amo.

Dolores se convenció en fuerza de la sencilla elocuencia del capellan, y al fin, quince dias despues, antes del amanecer, un coche paró á la puerta de don Cleofás, entró en él con Dolores y con doña Teresa, y el carruaje emprendió la marcha.

El carruaje era una de esas carretelas antidiluvianas, tirado por dos mulas de la misma fecha, que se ven aún como un fenómeno en la plazuela del Progreso, y desaparecerán pronto, el dia en que acaben de hacerse pedazos.

Hicieron el camino en dos dias, en dos jornadas cortas, y al anochecer del segundo entraron, sin haberse anunciado, en casa del cura párroco de Cercedilla, que si no era ex-artillero, era incansable cazador de javalíes.

CAPITULO XVI.

De como no puede decirse que un pueblo no es camino para ninguna parte.

I.

En mal hora llegaron al pueblo de Cercedilla nuestros viajeros, porque andaban allí empeñados en la batalla electoral y el cura en vez de andar á caza de jabalíes, andaba á caza de electores.

Y no hay que decir que podia contarse con el ama y con las dos sobrinas de don Silvestre que andaban tambien metidas en las elecciones.

Porque quién duda de la gran influencia de la mujer sobre cualquiera cosa, por mas que la cosa sea pública.

Ellas son el alma de la familia.

Ellas generalmente dominan al marido, si no por amor, por astucia.

Ellas son las que saben decir la palabra oportuna, la palabra del momento.

Ellas las que manejan la intriga del momento.

Ellas en fin, las que no tienen el poder no sabemos con cuanta injusticia.

Estad bien con las mujeres y estareis bien con todo el mundo.

II.

Don Cleofás, doña Teresa y Dolores, no encontraron en la casa mas que al acólito, que abrió mucho los ojos cuando vió á una tan buena moza como doña Teresa, una hermosura tal como Dolores, y oyo decir á don Cleofás que él era el capellan de las monjas de Santa María Magdalena de Madrid y grande amigo de don Silvestre Cocales, cura párroco de la ilustre villa de Cercedilla.

Pero todo se redujo á abrir mucho, como hemos dicho, los ojos, á pasear su mirada de una á otra de las tres personas, á mirar mucho al viejo carruaje que no sabemos como habia llegado á Cercedilla y á decir encogiéndose de hombros:

—Pues su merced el señor cura no está, ni tampoco la señora Calista, que se ha ido con las dos niñas á casa del alcalde.

A don Cleofás le supo muy mal esta contrariedad.

Era grande amigo de don Silvestre, pero no se atrevia á establecerse en su casa sin su conocimiento.

—Pues señor,—dijo,—vámonos á la posada y nos acomodaremos, que con estas cosas de las elecciones de que yo no me acordaba, sabe Dios á qué hora volverán, don Silvestre, el ama y sus sobrinas. Oye tú, acólito, si vie-

ne don Silvestre antes de que yo vuelva, le dices que se espere que le tengo que ver.

—Vaya con Dios su merced y descuide, que yo le diré al señor cura que su merced ha estado aquí. Pero, ¿cómo es su gracia de usted?

—Don Cleofás.

III.

El capellan, sumamente contrariado, preguntó á uno de los que se encontraban en los grandes grupos que habia en la plaza donde se debatía la cuestion electoral, ó mejor dicho donde se compraban los votos, en qué lugar del pueblo estaba la posada, y éste señor, impacientado porque se le habia distraido durante el tiempo en que estaba hablando con un indivíduo que no parecia del pueblo sino concurrente asíduo de las Cuatro Calles de Madrid, le contestó mal y de mala manera.

—Allá, más allailla, echa usted por allí, y siga á todo lo largo, y á lo último, tirando por la mano derecha.

—¡Animal!—dijo el cura, sin cuidarse de si le oia ó no el apostrofado.—Y que á estos cernícalos se les conceda el derecho electoral, y se les confie la suerte de la patria. Nada, nada, el gobierno representativo es una maldicion de Dios.

Y haciendo meterse á las señoras en el coche, y dirigiéndose al mayoral, que mayoral era y no cochero el que le guiaba, le dijo:

—Vente detrás de mí, que ya avisaré cuando hayas de parar.

Y echó á andar por entre los grupos, que se apartaban, no por el capellan, sino por las dos enormes mulas, que rompian por medio sin que el mayoral se cuidase de avisar á nadie.

El cura llegó al ángulo de la plaza que le habia señalado el elector indigesto, á quien se habia dirigido, y desapareció por él.

IV.

Pero veamos el aspecto que presentaba la plaza.

No habia más que acercarse á un grupo, oir lo que allí se hablaba, y se habia oido lo que se hablaba en todos los demás.

—Pues señor,—decia un labrador gordo, cachetudo, con un rostro, una expresion y unas maneras exóticas á la civilizacion;—todo se les vuelve á estos señores candidatos, prometer y más prometer, y cuando los tontos los hemos empingorotado, se les olvida lo que nos han prometido, como lo que hicieron antes de nacer. Esto es una picardía: unos nos dicen que descargarán al pueblo de la contribucion; otros que harán un ferro-carril que pase por el pueblo, y, ¡qué sé yo! y la verdad es que cada dia la contribucion es más excesiva, y hay que pagarla, y la pobreza que tenemos no nos alcanza para lo que nos sacan; y si no se dan las cuotas que se nos señalan, se nos venden los aperos en pública subasta por tres cuartos y medio, y si no hay bastante, hasta los colchones se nos derriten, así es que yo, entiéndalo usted, no doy mi voto á humo de pajas, aunque me arranquen las

entrañas, si no me pagan la contribucion... yo quiero dinero, y nada más que dinero. Y, oiga usted, señorito, que lo que es yo tengo en mis manos lo ménos diez electores, que harán lo que yo les diga... Y no me venga usted á mí con que la union liberal es el partido del porvenir, y que don Fulano y don Mengano son unos grandes hombres, que nos van á poner en los cuernos de la luna, que nos van á hacer ricos y libres, porque todo eso es mentira y farfolla; eso lo dicen todos, y luego nos sacan las enjundias, y cada alcalde dice lo propio, y no por esto se diga que hace justicia. Cada alcalde es aquí un bajá de tres colas, un rey *disoluto,* que en empezando á dar palos de ciego, al que le coge uno, lo deja corcovado para toda su vida... Y vaya usted á quejarse, que como el alcalde es primer contribuyente, para él no hay justicia; porque como dicen que él hacé los diputados, y que el Gobierno necesita estar bien con él, pues... Cabalmente, don Usufructo es un hombre que no tiene aquí en el pueblo ninguna simpatía, y que los diputados que se sacan, los sacamos nosotros, los que él llama pelones... Y la verdad es que, cuando las elecciones llegan, el tal don Usufructo se vuelve lo más amable y mejor hombre del mundo... ¡A nosotros con esas! ¡Como que nos mamamos el dedo!... Conque, lo dicho: mil reales por voto, ó nombramos á quien nos dé la gana... ó lo seremos nosotros, que para hablar lo que hablan en el Congreso algunos de los que elegimos, cualquiera basta... Y lo que es ese, su facha no es muy buena: ya, ya; un hombre que parece un barbero asustado, don Simon Martinez Cuero, cabalmente por quien usted nos está

moliendo. Y aunque usted dice que es un jóven de mucho talento, y que puede mucho, y que con el tiempo tiene que hacer muchas cosas, y que hará un ferro-carril ó hará que pase por Cercedilla, en cuanto yo le he visto la *similitud*, he dicho para mi: «éste, lo que es, es un busca-vidas, que tanto vá á hablar por Cercedilla ó por ninguna otra parte, como yo...» En fin, amigo mio, que nosotros no es la primera vez que electoreamos, y estamos más *relidiados* que un toro de Colmenar que lo han sacado dos veces á la plaza. Usted entienda que á nosotros nos han sacado á plaza más de una vez, y que nos han puesto banderillas de fuego, y nos han echado perros... Conque no más se ande con tonterías, ni con aquí te las puse, que no hay más que lo dicho, ¿entiende usted? Y á toca teja, porque yo no voto si antes no veo el trigo, ni ninguno de los mios... Y oiga usted; que se nos está ofreciendo una comida por otro de los candidatos de los moderados, que se alegran los ojos y las pajarillas al pensar lo bien que se vá á comer; y que regatean los votos á cuarenta duros... ¿Y lo que el neo-católico ofrece? Montes y montañas; pero yo no puedo ver á los curas, porque son peores que los alcaldes, y nos traen á mal traer... Y cuando no hacemos lo que quieren, nos sacan á la tablilla de la iglesia, y se meten á decir á todo el mundo que somos unos pícaros, y esto no se puede resistir. Y como se les replique, ya está el cura amenazándonos; y no nos podemos quejar, porque el alcalde hará que venga una compañía de soldados de Madrid, y al que se haya metido en algo le ahorcarán por el pescuezo... Y como el Gobierno escucha siempre á los al-

caldes, hay que estar siempre dispuesto á sufrir una barbaridad. Vea usted: entre el alcalde, el secretario, el cura, el boticario, el médico y hasta el albéitar, nos tienen metidos en un puño y sin resuello... Y mire usted: á mí que no me vengan con la libertad, que hablando de libertad me han dejado pobre y sin pellejo, y no á mi solo, sino á todos los que me están oyendo y á muchos de los que no me oyen... Y, atienda usted; que estoy yo casi por gastarme los cuatro maravedís que tengo, para ser diputado y hacer lo que nó ha hecho ningun candidato; y así á la buena de Dios y á lo bruto, les enseñaría á los pueblos, á los electores que no saben, porque son tontos de buena fé, y creen todo lo que les dicen; es verdad que ellos se tienen la culpa... Conque creo que ya he dicho bastante: á mil reales por voto, y sea lo que Dios quiera. Conque á vivir, y no se hable más.

V.

Mientras que el paleto habia pronunciado su originalísimo discurso, el tunante agente del periodista candidato del Gobierno, le habia estado escuchando con la sonrisa en los lábios, con el aire más benévolo y más amigable del mundo.

—Señor don Cayetano,—dijo cuando el labrador hubo concluido,—usted dice muy bien; los Gobiernos anteriores han desatendido los intereses del país de una manera verdaderamente criminal: no han mirado más que á su provecho, y el país, en vez de avanzar, ha retrocedido; en vez de las economías que se le habian pro-

metido, se ha encontrado recargado con un déficit insoportable. En fin, para que cese esto, hemos tenido la fortuna de que la union liberal, es decir, la asociacion de todos los hombres de saber, de patriotismo, haya venido á regenerarnos: la moralidad es una verdad innegable: las economías se tocan.

—Se tocarán por otra parte, que lo que es por aquí lo que se tocan son las ejecuciones de los recaudadores, y cada arbitrariedad que canta el credo.

— No se puede andar todo en un dia,—contestó el agente.

—Pues mire usted; no tengamos aquello que se dice cuando se mete mano á la vara para castigar á la mujer, si se queja y dice que no la peguen en tal ó cual parte, pues... aquello de «todo se andará si la vara no se rompe;» y más vale que no se acuerden del pueblo de Cercedilla, porque cuando el Gobierno se acuerda de una localidad, es para dejarla en los huesos, y dando alaridos como un perro á quien le ha roto una pata un carro... Y ya dije á usted que no hablemos más, que estamos *relidiados* y garrocheados, y que á nosotros ya no nos bastan palabras, porque se nos ha engañado muchas veces; y si nosotros deseamos que haya elecciones, es para sacarlas el jugo, ¿ha entendido usted? para que nos salga de balde la contribucion, y sino, no. Si le acomoda eso á don Simon Martinez Cuero, que lo diga, porque ha de ser primero el *toma* que el *daca,* y que la comida sea tan buena como la que ofrece el otro candidato neo-católico, porque ya que no vayamos ganando gran cosa, que al ménos haya *gaudeamus*... Y está dicho... y no hablemos más.

—Pero hombre, es necesario tener cierta consideracion,—dijo el agente, entrando en el terreno del regateo, —es necesario para una mayoría relativa contar con sesenta votos, que á mil reales... ¡es un precio enorme!

—¿Qué está usted diciendo? ¿pues no le dieron el año pasado á ese don Usufructo diez mil duros por el acta, y que de los diez mil duros solo beneficiamos dos mil? Fuimos unos tontos, pero este año han variado las cosas; así es, que don Usufructo anda por ahí como alma en pona, sin saber lo que le pasa; porque nadie quière que se meta á agente de negocios, sino que cada uno ajuste su borrego y que saque de la lana lo que pueda, ¿usted entiende? Y compare usted tres mil duros y otros mil que le cueste la comida de los tres dias á ese señor periodista, y verá usted como se saca una ventaja sobre el diputado de la otra vez, una ventaja de seis mil duros... Ya lo creo... como que no es lo mismo comprar de primera mano que comprar de reventa. Y así vá todo: porque en esta tierra, la usura está á la órden del dia, y todos esos que vé usted que están gordos y rollizos, es á costa de otros pobres, que ellos, solo les dejan la espina... Conque no hay que hablar; mil reales por voto, y lo ménos que valga dos duros la convidada por cabeza, y que venga la comida de Madrid, que aquí no hay cocineros, y estamos ya hartos de que se nos tape la boca con un guiso de arroz y bacalao, ¿usted entiende? Que ya se acabaron los tiempos en que los diputados, en los pueblos pequeños, en los pueblos de poco más ó ménos, ataban los perros con longaniza: ¿no digo bien, compañeros?

—Usted ha hablado como un ángel,—dijo uno de los del grupo.

Apareció entonces una nueva persona en el grupo.

Era un viejo como de setenta años, alto, cetrino, muy cargado de espaldas, con la mirada osca y dura, y dejando conocer la costumbre que tenia de dominar.

—Usted está ahí diciendo tonterías, don Cayetano, —dijo el nuevo personaje.

—Todo lo que dice cualquiera, es para usted, don Usufructo, una tontería y una barbaridad,—contestó don Cayetano, un tanto sulfurado.

—En fin,—dijo don Usufructo, que era el alcalde,—lo que yo tengo que decir es muy breve, y muy poca cosa: usted tiene aquí un expediente muy malo; usted se quedó con la contrata de la sal para el pueblo, yo no sé qué hizo usted ó qué no hizo, y usted no está en razon, don Cayetano, que por este mal alcalde, á quien usted está desollando sin ton ni son, porque Dios le ha hecho á usted desvergonzado y desagradecido, anda usted libre, y usted no es más que un pillo: y no se crea usted que porque estamos en tiempo de elecciones, el alcalde don Usufructo ha dejado de ser alcalde; como siempre lo ha sido, ¿entiende usted?... Y como usted me rechiste una sola palabra, desenvaino los antecedentes que ahí tengo, y se los paso al juez de primera instancia, metiendo á usted preventivamente preso, y en seis meses, y es mucho tiempo, vá usted con un par de *calcetas de Vizcaya,* caballero en un borrico, á ser vecino de Ceúta; ¿entiende usted, so ladron descarado?

Razon debia tener el alcalde, aunque la razon no le

impulsara á decir lo que decia, porque don Cayetano quiso hablar y no pudo, ahogándosele las palabras en la garganta.

Al fin, aunque con mucho trabajo, y despues de haber balbuceado mucho tiempo, dijo:

—De modo y de manera, que si en lo de la sal me comprometí, no fué por culpa mia, y todo fué porque los mozos se empeñaron en que la sal estaba mora, y era menester bautizarla; y que viendo que sola no servia para el caso, la echaron arena.

—Y otra porcion de enredos y delitos,—dijo don Usufructo,—que todavía no se han castigado, y que se castigarán si á usted se le pone ahora en la cabeza hacer una granjería con su voto y con los de sus arrendadores, ¿entiende usted, don Cayetano?... Y aquí, á quien se ha de votar, porque lo mando yo, es al señor don Simon Martinez Cuero, hombre que tiene toda la confianza del buen gobierno que rige los destinos de nuestra patria; y no se hable más: ¿con que nos hemos entendido, no es verdad?

—De modo y de manera, señor don Usufructo,—dijo don Cayetano,—que si yo hubiera sabido las buenas cosas que usted me dice de ese señor, lo que es yo en seguida le doy mi voto y los de los mios, y me vuelvo un predicador por todo el pueblo, y hasta por los cortijos, para que no quedara ni un raton que no le votase. Y no hay que incomodarse, ni creer que lo hago por lo de la sal, porque lo que es á buen patriota no me ha ganado á mí nadie; y confiese usted, señor don Usufructo, que todo lo que ha dicho no es más que una chanza, porque lo que es

yo, soy tan honrado como mi padre y como mi abuelo.

—¡Qué honradez ni qué berengenas!—dijo don Usufructo,—si todo el mundo sabe que usted es una sanguijuela; pues mire usted que la honra que tiene usted aquí no doy por ella ni dos maravedís. Ea, venga usted conmigo don Paco, que lo que es este grupo es pan comido. Lo que es el candidato neo-católico, nos vá á dar que sentir, porque el cura lo ha tomado por derecho, y anda por ahí con la escopeta en la mano, de tal manera, que yo voy á sacar testimonio para probar que ha habido coaccion, y á formular una protexta, porque como el cura es tan bruto y tan enemigo de que le lleven la contraria, ya él ha apuntado á dos ó tres que se han echado de rodillas, y le han dicho que votarán aunque sea á todos los demonios que quiera, y si sigue así sin soltar un cuarto, su candidato vá á salir diputado. Es un hombre que parece una fiera. En fin, á mí no me llega la camisa al cuerpo, porque mire usted, á ese don Silvestre se le ha figurado que todos los del pueblo son jabalíes, y es tal el santo varon, que es lo mismo que si el gobierno para hacer las elecciones hubiera enviado aquí todo el tercio de la guardia civil de la provincia... Y en fin tenemos que entendernos con él, porque sinó todo se lo lleva el demonio.

Don Paco, que era el agente que habia estado hablando ó mejor dicho escuchando antes á don Cayetano, siguió á don Usufructo, harto de mala gana, porque no le gustaba mucho entrar en contestaciones con aquel cura, que en cuanto no se le daba la razon apuntaba con la escopeta.

—Oiga usted, don Usufructo,—dijo el agente que era un pillo de siete suelas,—¿usted sabe si ha comido fuerte el cura? no vaya á pegarnos á usted ó á mí un tiro, que lo que es yo, mi patriotismo no llega hasta tal punto. Y si la cosa sigue así, que venga don Simon, y que arregle el negocio, que yo cojo mi caballo, que está en la posada, y me largo, porque yo soy nuevo en esta tierra y no vengo á *jonjabar* á nadie. Hombre es ese cura, que debia estar anunciado en el *Diario*, para que todo el mundo se guardára de él.

—No tenga usted cuidado, que el cura es un embusro de siete suelas, y todo eso no es más que pintura, y miedo que le tienen aquí, como el que á usted le tienen en Madrid... Y lo que es yo, si le dejo es porque la curia de Madrid le protege, y no quiero meterme en contestaciones imprudentes; que yo con mis setenta años, tengo todavía mi alma en el cuerpo, y estaría de ver el trompetazo que nos daríamos el cura y yo, si no fuera por armar escándalo en situaciones difíciles. Nada, venga usted sin miedo, y ya verá usted como nosotros le amansamos.

VI.

A pesar de estas protextas, el valenton de las Cuatro Calles iba alargando el pescuezo á ver si veia algun hombre con escopeta y alza-cuello.

El alcalde le llevó á la puerta de la iglesia, y se encontró conque subido sobre un sillon de aquellos antiguos de baqueta, que se usan todavía en las barberías de los pueblos y aun de las pequeñas ciudades, habia un

hombre rechoncho, con un chaqueton negro, agabanado, chaleco y pantalon del mismo color apoyado en una escopeta y con alza-cuello.

A su alrededor estaba agrupada casi la mitad del pueblo.

De esta multitud, casi la tercera parte se componía de mujeres.

Se veia una mujer hombruna, de seis piés de altura, que llevaba junto á sí dos muchachas altas, como de diez y ocho años la una, y la otra como de veinte, vestidas y peinadas á la manera de las señoras de los pueblos.

Eran el ama y las dos sobrinas del cura, que tomaban tambien parte en las elecciones.

La señora Casilda decia á una beata encubierta con una mantilla de lana negra, y con el semblante más compungido del mundo.

—Señora Cándida, es necesario que usted influya con los maridos de todas sus amigas para que salga diputado don Modesto. Mire usted que se nos han ofrecido túnicas muy buenas de terciopelo para los disciplinantes del Santo Entierro, y ya vé usted qué envidia les dará á los pueblos de alrededor, cuando se diga que los disciplinantes de Cercedilla han salido con túnicas de terciopelo. Dicen tambien que ha ofrecido costear al año tres funciones de iglesia con órgano, que comprará colgaduras... y ya vé usted que la iglesia está bien fea por dentro y le hace falta que la tapen los desconchados. Además, que dará dinero á las cofradías de la Soledad, de las Ánimas, y del Pecado Mortal; y todos los sábados

habrá rosario; en fin, será éste pueblo un ejemplo de cristiandad y religion.

—¿Qué me dice usted, señora doña Casilda?—exclamó la beata.—¿Con que todo ese bien nos vá á hacer don Modesto? Nada, nada, es preciso trabajar... pero aquí ya estamos perdiendo el tiempo, voy á ver á todas mis amigas, y veremos lo que se puede hacer.

Y la beata se escurrió, levantándose la saya para correr más deprisa.

—Ven aquí tú; María;—dijo el ama del cura á una buena mujer fresca aún, y buena moza,—¿tú tienes un hijo tuyo en presidio, no es verdad?

—¡Ay! si señora, porque el albeitar le quitó la novia y como al pobre de mi hijo le ha dado Dios tan mal génio...

—Sí, ya sé, le dió una puñalada que casi le separó la cabeza del cuello, y por haberle inutilizado, le han metido en presidio. Pues si haces que tu marido y todos tus arrendadores voten por don Modesto, se le escribirá al comandante del presidio donde está el muchacho, que le deje escapar, no le buscarán y cuando ménos se piense, se vendrá al pueblo. Y, ¿á tí que te importa, que sea diputado don Blas, don José ó don demonio? Lo que á tí te importa es tu hijo.

—Pues mire usted, voy á echar las entrañas hasta por la boca, y aunque me esponga á que mi marido me pegue una paliza, porque mire usted le tienen aburrido cinco ó seis candidatos, el uno le ofrece dinero, el otro lo otro, y el de acá lo de más allá, y mi marido dice que malditas sean las elecciones, que él no sabe lo que tiene

que hacer, que es un hombre de bien y que él quisiera que fuera al Congreso un hombre decente que mirara por el pueblo y no se vendiera ni al dinero ni al miedo, pero el cura quiere que salga el que él propone, y excomulga á los que no votan. Si no votan á los que indica el alcalde, el alcalde mete en la cárcel. Si es el médico el que recomienda y no encuentra apoyo su candidato, por vengarse de que no se le ha dado el voto á quien queria, nos envia á la eternidad; y no se diga del boticario, porque el año pasado votó mi marido en contra suya, tenia yo un hijo con sarampion, y por poco me lo mata con una mala medicina que envió en vez de la que habia recetado el médico; en fin, Dios nos proteja y lo mejor que podian hacer, era quitar estas cosas porque las gentes de bien no ganamos para sustos en cuanto llegan las elecciones, pero en fin, ya que dice usted que si se vota á quien quiere el cura veré á mi hijo, yo dejo de ser mujer de bien, y aunque ese candidato sea un pillo, diré á mi marido que vote por él.

El cura decia entonces con voz estentórea:

—Hijos mios; la perversion en nosotros de las costumbres, y el olvido de todo lo que Dios manda que se hiciese y no se hiciese, ha llegado á tal punto, que todas las calamidades que nos suceden no son otra cosa que un castigo de la divina venganza del Señor.

—Mentira,—dijo entre la multitud una voz chillona, con un timbre entre el del gato y el del perro.

—¿Quién ha dicho mentira?—preguntó el cura preparando la escopeta.—¿Quién se ha atrevido á decirme que yo miento? Pero la culpa tengo yo, que me meto á ha-

blar, como si hablase con personas; con animales. ¿Quién ha dicho mentira? Que me lo busquen y me lo presenten que me lo voy á comer, y á tal han llegado los tiempos, que si los ministros del Señor se encierran en la mansedumbre del Evangelio, nos pisarán y nos despreciarán. Yo he estudiado que con vosotros no se saca partido, ni se os encamina por el bien sino á escopetazos.

—Pues, señor mio,—dijo uno,—lo que usted explica y practica no es la palabra del Señor, sino la palabra de la escopeta.

El tal hombre era otro tuno, perteneciente al grupo de treinta ó cuarenta mil que viven en Madrid por fuero propio, era verdaderamente hombre de pelo en pecho, y aunque el cura le habia divertido, le habia cargado el imperio con que hablaba, y la creencia en que parecia estar de que todo el mundo le temia.

—Oiga usted: ¿quién le dá á usted vela para este entierro?—dijo el cura desde el sillon.

Y como el cura no hubiese preparado la escopeta, porque la voz avinagrada y ronca del ayuda de cámara del candidato moderado le habia apagado los brios, contestó el ayuda de cámara, que era tambien al mismo tiempo agente de elecciones:

—Digo yo, que aquí se está ejerciendo una coaccion moral y material; empezando porque si usted no se apea de ahí y cojo yo el sillon por una pata, le arrojo al suelo, y formulo una protexta, para que se sepa que hay pueblos en España donde los curas, más que curas son contrabandistas.

—A ver dónde está don Usufructo, para que meta

en la cárcel á este hombre,—dijo el cura irritado.

El ayuda de cámara no hizo caso de esta salida del párroco, sino que dijo:

—Honrados ciudadanos del pueblo de Cercedilla, no hagais caso de todo eso que se os dice: lo que á vosotros os importa es lo positivo: ya está ajustado el borrego, y no hay más que irse cada cual á su casa, y ya vereis cómo tengo razon en lo que os digo: ¿qué candidato de gobierno dá mil reales por voto, y comida que vendrá de Madrid, de dos duros por persona?

—Eso es mentira,—exclamó sulfurado el cura,—eso es prometer imposibles; se os engaña.

—No se engañará á nadie, porque el dinero irá por delante; el que no lo haya recibido, que no vote, y el que no haya comido, que se calle; y aquí no hay más pulgas que la manta llena, y si no se baja usted de ahí, padre cura... mire usted... que lo hecho todo á rodar, y...

El alcalde, que comprendió que no podia continuar aquello, dijo:

—Caballeros: doy el asunto por suficientemente discutido, y como que ya vá oscureciendo, cada ciudadano con su ciudadana, se marchará á casa, y mañana á las diez, á almorzar todo el mundo al Consistorio, y despues de almorzar, á votar: se permite una mujer por familia. ¡Ea! buenas noches... quede usted con Dios, padre cura.—Y echó á andar.

—¿Vé usted como el padre cura no ha apuntado, compadre?—decia el alcalde al temeroso agente de elecciones.—Hombre, quite usted allá; del dicho al hecho hay gran trecho; nada, que se desengañe. En viendo yo que

asoma un candidato que dá un real más que otro, me pongo de su parte, para que no digan que me han vencido. Porque, créame usted, amigo; quien más dá, se lleva la buena moza. Conque venga usted á casa, y se le hará una sangría para que se le pase el susto.

—Hombre, lo que es yo no me sangro, porque el susto no ha sido para tanto.

—¿Y quién le dice á usted que se sangre? Se le hará una sangría con vino, azúcar, agua caliente y limon. ¡Y como que mi niña mayor es una real hembra! Hace una sangría, que se le puede dar á cualquier persona de gusto. Conque, hombre ande usted, y mire por dónde anda el alma que se le ha salido del cuerpo, y vuelva á envainarla en él... Y mire usted el cura que vá por allí echando demonios, con la culata de la escopeta hácia arriba. Pero vamos claros: ¿tiene don Simon el dinero disponible?

—Sé está esperando esta noche.

—Cuidado, compadre, que no salgamos luego con una pata de gallo, porque entonces el neo-católico que ha ofrecido túnicas, y cirios, y campanas, y qué sé yo cuánto bódrio, se lleva el acta, y á don Simon no le queda más remedio que alargar el pescuezo, que no lo tiene corto, y limpiarse las gafas.

—Hombre, si nos ha prometido que antes de la media noche habrá cinco mil duros.

—No estaria feo, compadre, que á pesar de esos cinco mil duros, pudieran más las túnicas y las funciones de iglesia, y los fondos de las cofradías de la Soledad y del Pecado mortal.

—Pero hombre,—dijo su interlocutor verdaderamente asustado,—¿no está todavía segura el acta de don Simon?

—¿Segura, eh? Hombre, ha habido quien ha comprado al pueblo dos montes y una dehesa, y ha hecho una fuente, y los indinos de mis paisanos, despues que lo han tenido, han dicho: «esto ya está en el buche; vamos á tomar lo que dá el otro, y á comer á dos carrillos.»

—Pero hombre, pero don Usufructo,—dijo el agente, ya en la puerta de la casa del alcalde,—eso es un robo, eso es un abuso de la buena fé.

—Y diga usted, señor mio; ¿qué es mas que un robo, que un abuso de la buena fé del país, lo que se hace en las elecciones? Pues qué, si el país entero fuera elector, y se hicieran las elecciones por medio del sufragio universal, ¿cree usted que se repetirían estos abusos? Esto es una picardía. Todo Gobierno, sea el que quiera, por arriba y por abajo, por más que se diga que ha encausado á un empleado público á pretexto de que se ha metido en las elecciones, todo eso es farsa; todo Gobierno traerá al Congreso á quien quiera. Y, dígame usted, ¿de dónde ha sacado don Simon esos cinco mil duros, que anteayer no tenia que comer, que solo comia lo que le daban, y no siempre caliente? Eso, amigo mio, sale de mi contribucion y de la del vecino, y de todo el mundo, y de todo el que come y gasta; y por consecuencia, es muy natural que nosotros hagamos la oposicion á ese señor, á ver si por este medio, para atraernos, nos libra de la contribucion. ¿Y qué cree usted que sucederia, si viniese aquí mañana un candidato y dijera: «La contri-

bucion de Cercedilla la pago yo: ¿cuánto monta?—Tanto:—Ahí está?» De seguro salia diputado: y no le costaba muy caro, porque se oculta mucho, y el que habia de pagar quince, paga cinco, ó dos y medio.

—Y diga usted, señor alcalde; ¿está usted ya de acuerdo con los de Manzanares, Hoyo de Manzanares, Espernada y Pedrezuela?

—Sí, hombre, sí. ¿Pues quién hace el diputado mas que yo? El cura, con todos sus brios, no ha podido sacar nunca á don Modesto.

Y hablando aún del asunto, se metieron en la casa.

CAPITULO XVII.

La posada del tio Alegre.

I.

Era esta una posada, que solo se mantenia en fuerza de que era propiedad del posadero, y á más, que éste era labrador y tenia una manera de vivir.

Lo de posadero era una especie de lujo, un oficio menudo, porque rara vez entraban en la posada cuatro ó seis burros de un traginero que pasaba por Cercedilla, de un pueblo inmediato, para ir á otro pueblo.

De modo, que la cuenta diaria de la posada, podia ponerse á fin de año en un pliego de papel; pero cuando llegaban las elecciones era distinto.

La posada del tio Alegre se convertia, por lo cara, en un hotel.

El tio Alegre, que era un camastron de siete suelas, que habia servido al rey, y creo que hasta al mismo demonio, se estiraba y sacaba la tripa de mal año.

El tio Alegre era de los que decian:

—Señor, debia haber elecciones todos los meses, y entonces no me cambiaba yo ni por el rey.

En efecto, no se sabia hasta qué punto inverosímil llegaban los precios de la posada del *Javalí,* que así habia querido el cura que se llamase la del tio Alegre, que antes se llamaba de *San Antonio*.

Esto de convertir á un santo en una fiera, ó mejor dicho, de sustituir á un cenobita, tal como San Antonio Abad, en un animal bravo y selvático, no podia ocurrírsele mas que á aquel cazador incansable que, en viendo un colmillo, aunque fuera el de una vieja, tenia montada la escopeta.

Don Cleofás se fué á la posada con su carricoche y sus señoras, y se encontró un grupo de electores que estaban hablando con un señorito enteco, amarillo, y con más presuncion que persona.

Aquel señorito, porque no nos gustan los misterios, era don Simon Martinez Cuero, director, ó mejor dicho, propietario de un diario independiente, subvencionado por el gobierno.

La posada estaba literalmente llena, no solamente con los tres candidatos y sus adláteres, sino por los mayores contribuyentes de las villas anejas á Cercedilla para la cuestion electoral.

A don Cleofás le dió aquello muy mala espina.

—Aquí nos van á desollar,—dijo al ver el tumulto que habia en la posada, donde, por decirlo así, rebosaban la gente y las bestias;—aquí nos van á pedir un ojo de la cara, si Dios no lo remedia. Pues yo no me dejo robar,

y en todo caso, como aquí no venimos á hacer más que un compás de espera, el tio Blasco sacará su esporton, le colocará en la lanza, y echará el pienso á sus caballerías; y si el posadero quiere ponernos cuenta porque estamos al lado de su casa, con arrear un poco las mulas, nos ponemos fuera de su jurisdiccion.

Don Cleofás lo habia dicho todo esto desde el suelo, arrimado á la portezuela de la anciana carretela.

Despues se sentó con toda su humanidad junto á la posada, y al pasar el candidato se quitó el sombrero, y no sin cierta distincion, le dijo:

—Beso á usted la mano, señor mio.

Don Cleofás habia visto en él á un indivíduo desgajado de la sociedad de Madrid.

—Éste debe ser candidato; un tuno que puede salir diputado, y que más adelante puede servirme para algo el dia de mañana.

Como hemos visto, saludó á don Simon Martinez Cuero.

Éste habia mirado con cierto recelo á don Cleofás, porque no le conocia, y el candidato vé siempre un agente de su enemigo en todo hombre que no se conoce en el distrito el dia antes de la eleccion.

Don Cleofás se metió en la posada.

—Vamos á ver,—dijo á un hombre pequeñuelo, regordete, que guiñaba un ojo, y no tenia muy claro el otro, y que siempre se estaba sonriendo, por lo cual sin duda le habian puesto por apodo el tio Alegre, que él era;—¿cuánto me vá usted á llevar por cuatro chocolates?

—Hombre, cuatro duros,—dijo el tio Alegre, sonriendo siempre.

—Si yo diera un duro por un chocolate,—exclamó admirado don Cleofás,—rebentaba como un triquitraque de la indigestion. Vamos, está visto, con usted no se puede tratar, y me voy.

—¿Y quién le ha llamado á usted?—dijo el tio Alegre, con su eterna sonrisa,—y así como así, debia pagar algo, porque con el tragin que hay en mi casa, me ha ocupado; el tiempo es dinero, y lo ménos vale media onza el que me ha distraido.

—Pues para que no pierda usted una, no vuelva usted á hablarme mas palabra,—dijo don Cleofás, y volvió la espalda, irritado.

Pero al volverse, se encontró de frente con un señor moreno, no mal parecido, de sonrisa picaresca y mirada audaz, con el pelo rizado, y con un no sé qué de tunante de buen tono, que trascendía á una legua.

Vestia con elegancia.

—¡Calle!—dijo para sí don Cleofás,—pues este tambien es de Madrid; ¡si será otro candidato!

En efecto, otro candidato era, á saber: don Modesto Sanchez, terrible neo-católico, intransigente, desvergonzado; que habia pertenecido á todas las banderías; que habia empezado perteneciendo á la famosa partida del Trueno, que era uno de los mayores inconvenientes de Madrid, allá por los años de mil ochocientos treinta y ocho á mil ochocientos cuarenta y tres; luego habia sido *sansculotte*, moderado, polaco; qué sabemos cuántas cosas, y habia acabado, por fin, dándose golpes

de pecho en una capilla de la iglesia de San Luis, haciéndose furioso neo-católico.

Esto no era ni más ni ménos que buscarse la vida; y don Modesto se iba á lo más explotable.

Los neo-católicos disponen de muy poca gente que pueda y sepa hablar, y pagan espléndidamente á quien les sirve.

Ellos no creen en nada, no los cree nadie; pero esos tales Proteos creen de buena fé que engañan á todo el mundo.

Don Modesto olió un cura en don Cleofás, á pesar de que don Cleofás era un cura ingerto en artillero, é iba vestido de paisano, ó de seglar, mejor dicho.

—¿Qué es eso, qué es eso?—dijo don Modesto, que creyó que tambien se trataba de un agente de elecciones:—¿usted necesita algo?

—Señor mio,—dijo don Cleofás,—yo agradezco á usted en el alma el interés que por mí se toma; en efecto, por algun tiempo necesito cuarto, cama, luz, comida, pienso para las mulas, y un sitio para el carruaje; pero por lo visto, nada de eso hay esta noche en esta posada, ó si lo hay es á un precio tal, que vale más quedarse al sereno, aunque haya uno de helarse.

—Pues ni por un ojo de la cara,—dijo el posadero que se habia acercado,—hay en el meson sitio, ni para una bestia en la cuadra, ni para nadie ni aun en el patio; porque dentro de poco vá á ser menester que la gente se salga á la puerta para tener posada.

—¿Y viene usted solo, amigo mio?—dijo don Modesto desentendiéndose de la observacion del posadero.

—No, no señor, no; no vengo solo, vienen conmigo dos señoras.

Pasó algo por los ojos del neo-católico.

—¿Dos señoras,—dijo,—dos señoras han de quedarse en la calle, ó cuando más de la manera más incómoda del mundo en un carruaje?... No, no señor. Amigo posadero, á ver cómo hace usted que se refuercen con tres camas, las dos alcobas que tienen en la sala los candidatos.

—Si usted lo manda, señor,—dijo el tio Alegre,—saldremos á buscarlas por ahí en la vecindad.

—Pues nada, nada, al momento; que vayan á buscarlas, y lo que este señor y su familia necesite,—dijo el neo-católico.

—Muchas gracias, caballero;—contestó don Cleofás, mientras el posadero salia á procurar lo que le habian pedido;—pero yo propiamente dicho, no tengo familia, la natural, que Dios me habia dado, ha muerto, y por mi estado no puedo tener una familia proveniente de mí.

—Y que me place,—dijo el neo-catolico, estrechando con efusion las membrudas manos de don Cleofás,—¿con que usted es de los nuestros?

—¿Cómo que de los nuestros?—dijo don Cleofás.

—Sí, señor, sí, yo soy el candidato monárquico puro.

—¡Ah! ya. ¿Usted es el candidato monárquico puro? pues señor, me alegro de saberlo, y deseo que saque usted de este pueblo el acta limpia, limpísima, sin obstáculos ni inconveniente alguno.

—¡Qué diablo! El gobierno tira á raja tabla, y se arroja un aluvion de oro sobre el distrito y esto es escan-

daloso, señor cura; Dios no puede permitir tanta impiedad, tanta heregía, tanta desobediencia al Santo Padre, tanta corrupcion de costumbres: la fin del mundo se acerca; se aproxima la venida del Antecristo; tales escándalos no puede permitirlos Dios; ¿no es verdad, señor cura, que estamos próximos á un cataclismo?

—Yo creo que estamos próximos á cualquier cosa,— dijo don Cleofás, que tenia un buen olfato, y encontraba un tanto bribon y otro tanto embustero al candidato monárquico puro;—pero permítame usted que deshaga una equivocacion en que ha incurrido usted respecto á mí. Yo no soy cura aunque bien lo quisiera, no paso de ser un humilde capellan de las monjas de Santa María Magdalena, ó de las Recogidas, como usted quiera.

—¡Ah, pues somos muy amigos!—dijo don Modesto; —por aquello de que los amigos de nuestros amigos, son nuestros amigos. Yo soy mucha cosa de la madre Tránsito, de la abadesa. Cuando usted vuelva, no tiene mas que preguntarle por don Modesto Sanchez, y ya verá usted, ya verá usted lo que le dice. Es extraño que yendo yo con alguna frecuencia al convento no haya conocido á usted.

—Nada tiene eso de particular, señor don Modesto, porque yo, en cuanto digo la misa, escapo y no parezco sino cuando me llaman para consultarme, lo que no sucede con mucha frecuencia, porque yo he sabido sacudirme las moscas y poner á las monjas en respeto, porque sino se hace esto, se lo comen á uno; son muy buenas, muy santas, señor mio, pero no conozco en el mundo cosa mas impertinente.

—Pero, ¿qué quiere usted? Viven las pobrecitas en otro mundo distinto; pero son unas almas de Dios, consuela hablar con ellas. Allí existe la pureza, la caridad, la virtud, el sentimiento cristiano en todo su explendor; aseguro á usted que yo no saldria del convento, que me hallo allí en mi terreno, en mi elemento: allí se respira aire puro, libre de las intrigas y miserias del mundo.

Don Cleofás se iba ya cargando.

Le parecia aquel pillo el más untuoso, el más empalagoso, el más insoportable que habia encontrado en todos los dias de su vida; porque ser tunante á lo divino, es ser el pillo más repugnante, de peor olor con que puede encontrarse un hombre tan francote y tan rudo como don Cleofás, que si era realista, consistia en que habia sido sargento primero de la artillería volante de la Guardia Real.

Por lo demás, era un realista que se confundia en sus intenciones con un liberal.

De ese jaez hay muchos realistas, y en el mundo con mucha frecuencia no se entienden las gentes por una cuestion de frase; en una palabra, á don Cleofás le debia ser y le era vivamente antipático don Modesto, y se estaba teniendo de la mano, y como decia él, continuando en sus maneras de artillero volante, poniéndose á sí mismo el cabezon de serreta para no desbocarse, y enviar enhoramala á aquel falsario, á aquel busca-vidas, y llegar á todas las consecuencias que produjera su destemplanza, porque lo que es el serafin neo-católico tenia trazas de ser un hombre, lo mismo para un fregado que para un barrido; como que habia pertenecido á la parti-

da del Trueno, como don Cleofás habia pertenecido á la artillería volante de la Guardia Real.

Una providencia impidió una colision entre el neo-católico y el clérigo; lo cual hubiera sido muy de extrañar y muy escandaloso, porque tendria que ver una pelea de un capellan con un neo-católico de oficio.

—Pues, si señor,—le dijo don Modesto,—yo tengo grandes relaciones con la madre Tránsito, á causa de que en las Recogidas hay cuatro señoritas protegidas mias.

—¿Y quiénes, quiénes son?—dijo el capellan, que las conocia á todas.

—La Amparito, la Enriqueta, la Deogracias y la Consuelo.

—Pues, señor mio, son las más guapas de todas las reclusas; y no sé por qué las tienen allí, porque cabalmente, á mí me han parecido siempre muy buenas muchachas. Yo soy director espiritual de la Amparito, y puedo asegurar á usted que, conciencia más pura, inocencia más grande que la de aquella niña, no la he visto ni pienso verla en todos los dias de mi vida; de tal manera, que yo me he dicho: ¿por qué se permite traer á esta casa, adonde solo deben venir mujeres castigadas por la perversidad de sus costumbres, por el olvido de sus deberes, á cuatro angelitos que podrán pecar con el tiempo, pero que todavía no han pecado?

—Pues, para que no pequen, amigo mio,—dijo el neo-católico.—¿Usted sabe que esas cuatro señoritas son cnatro espíritus rebeldes; que hubieran dado un gran sentimiento á sus padres, casándose con personas de todo punto inconvenientes, con libertinos? Considere us-

ted, que uno de esos tunos que perseguian á la Amparito, y que ella miraba con cierto agrado, era nada ménos que demócrata rojo, socialista.

—¡Ya!—dijo el capellan, que sin pensarlo se iba escurriendo por su propio peso, en la pendiente en que le habia colocado el neo-católico:—y usted, que debe interesarse mucho por esas señoritas, y debe ser muy amigo de su familia, y tener en ella una gran influencia, ha dicho usted: «apartémoslas del peligro, metámoslas donde suelten la piel las pobres chicas.» Mire usted, señor mio; yo he desbravado algunas mulas, más de cuatro, pero no sabia que se desbravase de tal manera á las pobres muchachas, sirviendo de picadero un convento, y poniéndolas allí, á fuerza de sufrir, y de trabajos, suaves como un guante. Tiene usted mucho talento, amigo mio; y si usted no sale diputado, será porque no quiera.

—Es mucho más fácil,—dijo sonriendo don Modesto, que vió que se las habia con un tuno de marca mayor, en la buena acepcion de la frase, con don Cleofás,—es mucho más fácil manejar una, dos, tres, cuatro, cien familias que estén dentro de los buenos principios, que media docena de electores cerriles de estos pueblos, en donde es inútil la palabra, donde es necesario entrar con un bolsillo lleno de oro, y cansarse las manos dando. Pero, dispense usted, le estoy entreteniendo, y sus señoras esperan.

—Permítame usted; mis señoras, no: mi ama, y una pobre enferma que vive en su compañía.

—Tanto más; una enferma necesita grandes cuidados: vamos, vamos por ellas.

—Como usted guste, caballero,—dijo el capellan, que vacilaba entre precipitar la situacion ó no precipitarla.

II.

En el portal del meson se encontraron al candidato de la union liberal, y al candidato moderado.

El moderado llevaba un doble en volúmen al candidato unionista, y en estatura, un tercio: era una especie de gastador, un hombre de lo positivo, un hombre que no veia sino á través del prisma del interés, fuera de cualquier género.

El moderantismo ha sido siempre la gran ilustracion política en todos los países, y en todas las épocas.

El moderantismo es el partido doctrinario por excelencia, y cuya política se basa sobre este principio: «el fin justifica los medios.» Y como el fin de estos hermosos doctrinarios es gobernar, y como el medio es influir en todo, resulta que para ellos es la cosa más hacedera, más lógica y más legal del mundo, ahorcar, fusilar, deportar y echar á presidio á todo bicho viviente, con tal de que ellos lleguen á su fin, esto es, al mando dictatorial omnímodo.

Lo demás son simplezas en que no puede pensar mas que un tonto, un desdichado, un hombre vulgar.

La suprema inteligencia para esos hombres, consiste en no tener corazon.

III.

Los positivistas son un tanto socarrones, y otro tanto groseros.

Saben á qué atenerse para conseguir su objeto: dar dos para tomar doscientos, y escuchan con cierta lástima á todos los que, aunque no sea más que en la apariencia, se entran por el terreno de las ilusiones.

—Nosotros,—decia con la voz un tanto desapacible y de una manera nerviosa el diputado unionista,—queremos realizar la libertad en el órden; nosotros queremos la dignidad y el porvenir de la patria; nosotros somos la fusion tan anhelada por los buenos patricios.

—Ustedes son una lista de revista, compuesta de resellados, que han costado muy poco,—dijo, con la insolencia habitual de su partido, el candidato moderado.

—Señor mio, yo no soy resellado,—dijo el candidato unionista;—yo he pertenecido al partido moderado, porque creia que obraba de buena fé, y que era un partido de porvenir; pero se me desairó, desentendiéndose de mí, se me arrojó á la calle, se hizo de mí escarnio, y yo, usando de mi independencia, me inscribí en el partido que me pareció más conveniente.

—Es de lamentar que el partido conservador haya perdido un adalid tan importante,—dijo el candidato moderado; y la risa y la burla le bullia en los lábios.

—Vea usted, vea usted, padre capellan,—dijo el neo-católico,—hasta dónde llegan las pasiones, y hacen olvidar todo lo conveniente, todo lo necesario. Vea usted

aquí á estos dos señores, que ayer mañana pertenecian á un mismo partido, separados hoy, enemistados, puestos el uno enfrente del otro.

—Pues diga usted, don Modesto,—exclamó el candidato unionista,—¿pues no ha sido usted realista cuando no tenia ocho años, no ha ido usted vestido de frailecito, segun me han dicho? porque cuando usted hacia eso estaba yo todavía en la eternidad; ¿no fué usted calavera desenfrenado, de los que más ruido dieron cuando existia aquella horrenda, aquella incomprensible partida del Trueno? ¿No fué usted luego miliciano nacional, luego republicano, despues progresista, más tarde moderado, y, por último, no se encuentra usted hoy á la cabeza del negro, del odioso partido neo-católico?

—Monárquico puro, católico, pero no neo-católico,—dijo don Modesto.—Hoy se abusa de las frases de una manera escandalosa, y con muy poco criterio, señor don Simon; mi conducta es lógica; no niego que he pasado por todas esas faltas: diré más, por todos esos pecados que usted dice, pero he concluido por donde empecé, desengañado de todo, convertido por la gracia de Dios: el niño que se ponia el uniforme de los leales, de los honrados voluntarios realistas, los dias de fiesta y los dias clásicos, y algunos otros entre semana, un hábito de fraile capuchino, y con sus barbas postizas, ha concluido despues de una larga prueba, en ardiente defensor del católicismo, del trono y de la patria. ¿Qué tiene esto de extraño?

—Pero, señor mio,—dijo el capellan,—yo no entiendo esto, ni creia que esto pudiese ser. Es verdad... yo

soy un hombre sencillo, no sé más que todo lo que concierne al arma de artillería, y todo lo que debe hacer un presbítero de misa y olla. Respecto á lo demás, soy un inocente, y no creia yo que tres personas que están aquí procurando todas una misma cosa, que parece bastante difícil, por lo que veo, se hablen y se traten sin cierto miramiento, y que á pesar de eso, no se rompan el alma.

Don Cleofás no habia podido ya más, y se habia escurrido.

—¡Báh, báh, báh!—dijo el neo-católico,—una cosa son los principios políticos y religiosos, y otra cosa las relaciones sociales. Yo que disiento completamente en ideas, con estos dos señores, tengo una satisfaccion en reconocer en don Simon un gran periodista, y en don Antonio un excelente abogado, un grande orador parlamentario. ¿Por qué no hemos de tratarnos como amigos? Nada tienen que ver, señor capellan, lo cortés con lo valiente, lucharemos cuanto nos sea posible en las elecciones; ni el vencedor se gozará en la derrota de los otros, ni los vencidos romperán por esto lanzas con el vencedor. Pues, ¿á dónde vamos á parar si todos los de distintos matices que viven en nuestra patria, donde los matices políticos son infinitos, hubiesen de agarrarse y despedazarse? Esto seria el campo de Agramante. Esto es no conocer la política, señor capellan; y puesto que los dos somos por decirlo así, de la misma casa; yo me encargo de educar á usted en el terreno de la política.

—Muchas gracias, señor don Modesto, no quiero aprender farsas, me estoy muy bien no perteneciendo á

más partido que al de Dios y al de la honradez, al de la justicia. Y quédese esto aquí que como no estoy acostumbrado á estas cosas, puedo incomodarme, lo que sentiria mucho, porque ustedes me parecen tres personas muy respetables.

—Nada, nada, libertad para todos,—dijo don Antonio; —cada cual piense como quiera, con su pan se lo coma, no haya disgustos. Pero, ¿cómo es que usted que segun dice no pertenece á ningun partido se encuenta en un distrito electoral en el momento de la lucha?

—Porque yo creia,—dijo don Cleofás amostazado,—que Cercedilla no era camino para ninguna parte, y veo que es un camino como otro cualquiera para ir al Congreso.

—Por todas partes se vá á Roma, padre capellan,—dijo don Modesto,—y todo consiste en que á los que saben ir por el camino más corto, les cuesta ménos dinero y ménos fatiga el viaje. Hay que tener tambien gran cuidado en no extraviarse y en no pretender adelantar tanto en poco tiempo, que antes de llegar al término, nos cansemos, tengamos que detenernos y demos tiempo á que nos adelante el que lleva el mismo camino. Pero no hay que olvidarse, amigo mio, de que esas señoras esperan.

IV.

Entraban á la sazon en la posada algunos paletos que traian las partes componentes de tres camas que habia ido á buscar á la vecindad, el tio Alegre.

—Vaya,—dijo á los paletos,—haber si las llevais á la sala grande de las dos alcobas, donde están estos señores.

Los paletos siguieron adelante por el interior de la posada.

—¡Cómo!—dijo don Cleofás,—comen ustedes y duermen juntos y sin embargo se hacen la guerra.

—Sí, hombre, sí,—dijo el neo-católico,—ya veo que usted no se convence, ¿qué mas dá esto que el salon de conferencias? una cosa es la forma y otra el fondo. Cada cual defiende sus ideas sin llevar la cuestion á extremos ridículos.

—Pero señor,—dijo don Cleofás,—cuando dos diputados se ponen como un trapo y se revuelven la vida, y sacan á luz todas las inmundicias el uno del otro y el otro del uno, hablan luego como si tal cosa y se dan la mano y comen juntos.

—Báh, báh, padre capellan,—dijo el moderado,—usted es un pobre hombre de buena fé, una cosa es lo que ve el público, y otra lo que pasa entre bastidores. Pero segun tengo entendido sus señoras esperan en ese carromato que está ahí á la puerta, y me parece que esperan há ya mucho tiempo.

—No son mis señoras,—repitió cada vez más amostazado el capellan,—sino mi ama y una jóven enferma á quien hemos sacado de Madrid á causa de la salud, porque dicen si está tísica, si no está tísica.

—¡Ay, qué interesantes son las tísicas!—dijo el unionista.

—No tanto como los tísicos,—observó maliciosamen-

te el candidato moderado mirando de soslayo á don Simon Martinez Cuero, que, segun su aspecto, estaba por lo ménos en el primer grado de tísis.

V.

El neo-católico se habia escurrido entretanto, habia llegado á la portezuela, la habia abierto y habia invitado á doña Teresa y á Dolores á que bajasen.

—Ya era tiempo,—dijo cándidamente doña Teresa,—porque nos estamos pudriendo aquí.

—Pues no, no,—dijo el capellan acudiendo al carruaje,—ese santo varon será todo lo que se quiera, pero no es nada corto de génio.

Y llegó á la carretela.

—¿A qué diablos habeis bajado,—dijo don Cleofás,—si no podemos estar aquí?

—¿Cómo que no,—dijo Teresa que estaba ansiosa de descansar,—pues dónde vamos á quedarnos?

—Aquí no puede ser,—dijo don Cleofás,—á no ser que durmamos en un mismo cuarto hombres y mujeres, y eso no está en el órden ni lo consentiré yo.

—Ni yo tampoco,—dijo doña Teresa,—pues no faltaba más, vaya hombre, aunque tuviéramos que pasar la noche en ese maldito carruaje.

—Nada, nada,—dijo don Cleofás,—en casa de don Silvestre estaremos mejor.

—Y entonces, ¿para qué se han traido tres camas?—dijo el tio Alegre que habia oido estas últimas palabras.

—¿Se las he mandado yo traer á usted?—replicó don Cleofás.

—No señor,—dijo el tio Alegre,—pero el caso está que han venido, y si usted no se queda, ¿quién me las va á pagar?

—¿Y á mí qué me cuenta usted?—dijo don Cleofás;—yo no pago mas que lo que gasto. Conque niñas, al carruaje otra vez, que don Silvestre debe estar ya en su casa.

—Ah, no, no: permítame usted,—dijo el neo-católico, que procuraba distinguir entre las sombras el semblante de Dolores que le habia parecido excesivamente esbelta, con esa esbeltez que solo tienen las mujeres hermosas;—no nos haga usted ese desaire; que á lo menos estas señoras tomen chocolate con nosotros.

—Bueno, bien;—dijo don Cleofás,—entretanto iré yo á ver si mi amigo don Silvestre está ya en su casa.

Y echó á andar.

VI.

El neo-católico fué á dar el brazo á Dolores, pero se encontró conque se le habia adelantado el de la union liberal.

—Diablo,—dijo,—esta gente no pierde ripio.

Y se fué á dar el brazo á doña Teresa pero se la encontró colgada del gigantesco moderado.

—Pues señor, me he afiliado entre una gente que se ha quedado á retaguardia, ¡qué se ha de hacer! Hay que agarrarse á lo que se puede, todo está explotado.

Y se fué detrás de doña Teresa y de don Antonio.

Delante iban y subiendo ya las escaleras, don Simon y Dolores.

VII.

Era la primera vez que doña Teresa se agarraba al brazo de un hombre y esto la habia puesto inquieta, incómoda, como asustada de sí misma.

Pero lo habia hecho antes Dolores aceptando el brazo del unionista, que podia servirla de baston, y Teresa creyó que se ponia en ridículo si no aceptaba el brazo del moderado.

Hé aquí los resultados del mal ejemplo: doña Teresa estaba completamente perturbada.

VIII.

Subieron y entraron en una gran sala á cuyos extremos habia puertas sin maderas ni vidrieras, ni cortinas, ni nada que disimulase el interior.

Cada una de aquellas puertas correspondia á una grande alcoba.

En una de ellas habia tres camas, si es que pueden llamarse camas las que se encuentran en las posadas.

En la otra alcoba los criados habian dejado las tres camas que habia traido prestadas el tio Alegre.

Aquella sala estaba sin estera, casi sin muebles.

Solo habia una gran mesa de pino cubierta por una colcha, en medio de ella un enorme velon de los llama-

dos de Lucena, y á un lado un gran brasero que apènas templaba la cruda atmósfera de aquel destartalado aposento.

IX.

Apenas habian entrado y pudieron ver á la luz del velon que tenia encendidos los cuatro mecheros á Dolores, los tres candidatos, cada uno de por sí, lanzó una exclamacion de sorpresa.

Los tres la conocian, pero Dolores no conocia á ninguno.

Esto sucede con mucha frecuencia: á las celebridades todo el mundo las conoce, al par que ellas conocen á muy poca gente.

Dolores habia sido como hermosa una celebridad, y á mas de esto la mujer de moda.

Todo el mundo sabia su historia, adicionada, corregida y empeorada sin compasion sobre las mesas de los cafés y en otros muchos lugares *non sanctos*.

Pero como no tenian confianza con ella, puesto que era la primera vez que la hablaban, aunque no que la veian, las exclamaciones pasaron, y el moderado hubo de decir á doña Teresa que se habia amostazado con aquellas exclamaciones, y habia dicho:

—¿Conocen ustedes á mi amiga?

—No, señora, no; pero la hermosura donde quiera que se encuentra, asombra, y con ustedes dos ha entrado aquí una suma tal de belleza, que seria necesario ser de estuco para no aturdirse, ¿no es verdad, don Modesto?

—Ciertamente,—dijo éste olvidándose de que pertenecia al bando apostólico,—hé aquí dos tipos: el uno de una belleza ideal, la Vénus púdica, el otro, el de Niove la matrona. Francamente hablando, me doy por satisfefecho de haber venido á Cercedilla, aunque pierda la eleccion, solo por haber hecho relaciones con ustedes.

—Gracias, señor mio,—dijo contrariada Dolores, que notaba algo de impertinente en la mirada de los tres y en las palabras de los dos que hābian hablado.

En cuanto á doña Teresa, nada dijo.

Estaba encendida como un tomate, sin saber lo que la pasaba.

El moderado no la habia soltado aún el brazo y se lo apretaba contra el pecho.

Por aquella vez doña Teresa no levantó su terrible puño.

Se trataba de una persona decente, y sobre todo, se la habia sacado de su compás, habia ya dado un mal paso, segun ella creia, agarrándose al brazo de aquel señor y aguantaba las consecuencias porque decia:

—Yo tengo la culpa.

Dolores se habia soltado, pero doña Teresa no sabia que hacer y continuaba asida.

Al fin el gran moderado, viendo que hacia un grupo extraño, soltó el brazo de doña Teresa, pero al soltarlo asió su mano y se la estrechó.

Teresa se puso mucho más encendida y sucesivamente pálida.

Por una parte le habia acometido la cólera y le habia temblado el brazo derecho acostumbrado á castigar

de una manera cruenta, á costa de muelas y narices, atrevimientos ménos graves; y por otra parte no se atrevia.

La hacia sentir una especie de fascinacion el moderado, que era un buen mozo y tenia grandes patillas á lo contrabandista, porque las patillas de estos guapos han salido de encima de los tercios de géneros de ilícito comercio, y han subido á las quijadas de nuestros jóvenes *faxhionables*.

X.

Don Cleofás habia cometido una imprudencia abandonando sus ovejas en poder de aquellos tres lobos.

Dolores estaba vivamente contrariada.

Habia comprendido que aquellos tres hombres la conocian y sabian su historia.

En cuanto á doña Teresa, se le habian escapado ya dos ó tres miradas ambiguas, involuntarias, que iban á hacer una promesa inconsciente al moderado.

Éste no habia echado aquello en saco roto.

Lo primero que se le habia ocurrido habia sido:

—Puedo utilizar á esta buena moza para mi eleccion; es ama de un capellan que es amigo del cura del pueblo; ¿quién sabe si he tenido un buen encuentro? Y parece que se ha impresionado... Viene con la otra, con la Madreselva: esto es un mal precedente. La Madreselva es difícil como un diablo: se necesita llegar á ella vertiendo un rio de oro... ¡Y bien! veremos. Me parece que he

agradado á esta real hembra, y sin las elecciones me parece á mí que daria ya algunos pasos por ella.

Y volvió á estrechar la mano de doña Teresa.

—Caballero,—dijo ésta vivamente, y en voz baja,—hágame usted el favor de estarse quieto; no estoy acostumbrada á estas cosas.

Entretanto, el neo-católico y el unionista estaban hablando con Dolores, pero Dolores habia sabido tenerles á raya, y la conversacion habia versado sobre las elecciones.

Cada uno de los dos candidatos habia dicho:

—La Madreselva parece muy amiga de esa otra; esa otra es ama de un capellan que es amigo del cura de este pueblo: vamos á ver cómo utilizamos este encuentro.

Habian pensado, en fin, de la misma manera que el moderado.

Se habian pedido cinco chocolates.

El moderado estaba algo apartado del otro grupo, y decia á doña Teresa:

—Dígame usted, hija mia; ¿por qué está usted sirviendo á un eclesiástico, que tiene muchas trazas de sargenton?

—Mire usted, caballero, yo no sirvo á nadie,—dijo doña Teresa;—yo soy el ama de don Cleofás, porque don Cleofás se ha portado conmigo muy bien, ¿está usted? y yo vivo con don Cleofás, porque don Cleofás me sirve de padre, ¿sabe usted? Y si don Cleofás parece sargenton, nada tiene de extraño, porque ha sido sargento primero de artillería volante de la Guardia Real.

—Bueno es saberlo,—se dijo don Antonio.

—Y como que yo no soy como esas otras amas de cura; ¿entiende usted, caballero? yo no soy otra cosa que lo que ya he dicho á usted; una especie de hija de don Cleofás, que me quiere mucho.

—Pero, dígame usted, señora, ¿usted no ha querido nunca á nadie?

—¡Ave María Purisima!—exclamó doña Teresa, poniéndose vivamente encendida,—¡y qué cosas dice á una este buen señor!

—No creo que deba usted ofenderse.

—No señor, no; pero yo no sé por qué no me ofendo: porque mire usted, en otro tiempo, y aun ahora, con tocarme á mi, ¿qué digo con tocarme? con que yo viera la intencion de que querian ponerme un dedo en la falda del vestido, ya tenia el de la mala intencion un puñetazo en medio de la cara, que veia las estrellas. Y mire usted, usted me ha apretado el brazo, me ha apretado la mano; yo he pasado mucha vergüenza, me ha dado mucha rabia, y no he puesto á usted la mano, donde por mucho ménos se la he puesto á otros; pero hágame usted el favor de recogerse, de tratarme de otra manera, y no ofenderme. Preguntarme á mí si he querido á alguien, es lo mismo que dudar de mi honradez, porque hoy querer á un hombre... ya sabemos lo que es querer. Y mire usted, caballero, yo no he querido á ninguno, ni querré nunca de la manera que quieren las mujeres; y hágame usted el favor de que hablemos de otra cosa, porque me voy poniendo mala.

—¡Oh, deliciosísima, divina!—exclamó don Antonio,—¿y qué edad tiene usted, hija mia?

—¿Qué edad tengo yo? Vamos á ver, ¿qué edad me echa usted, caballero?

—Pues... usted tiene... veinticinco años.

Doña Teresa se sonrió.

El demonio de la adulacion empezaba halagando su amor propio, y en verdad, doña Teresa estaba tan fresca, que no representaba ni más ni ménos que de veinticuatro á veintiseis años.

—Pues se ha equivocado usted, señor mio,—dijo doña Teresa,—tengo ya treinta y dos.

—¡Oh! ¡admirable!—exclamó don Antonio,—la edad en que el corazon siente de veras, y de un modo estable, de un modo permanente: la edad de las grandes pasiones.

—Pero, caballero, yo no entiendo á usted.

—Mire usted, señora; yo, desde los piés á la cabeza, y más allá, soy soltero, soltero irreconciliable, inconquistable; hombre que defiende la autonomía de su sér, hablando en sentido democrático, de una manera furiosa, de una manera heroica. Tengo cuarenta años, soy director de... poseo lo bastante para vivir con comodidad, lo que se llama comodidad entre las gentes decentes, es decir, vivo con lujo. No creia yo interesarme por ninguna mujer; pero, hija mia, tiene usted unos ojos y unas cosas, y un espíritu, y un candor, y una propension al amor...

Doña Teresa se metió las manos vivamente en un bolsillo de su vestido, buscando su abanico; pero como era invierno, no lo llevaba.

Doña Teresa estaba sofocada.

Le iba pareciendo mucho mejor mozo, mucho mejor hombre, mucho mejor cosa... don Antonio que don Cleofás.

Satanás iba rompiendo los velos de casta ignorancia que protegian el corazon de doña Teresa.

—Por Dios,—dijo ésta,—me está usted sofocando, y luego se acerca usted mucho á mí.

—Es que soy un poco corto de vista, señora,—dijo don Antonio.

—Pues bien, hombre, pues bien; me parece que yo no soy tan pequeña que no se me pueda ver, retirándose algo de mí. Mire usted que aquellos dos señores están mirando hácia aquí con el rabo del ojo, y á mí me dá vergüenza cómo miran. Pero, ¿por qué se habrá ido ese don Cleofás?

—Me parece, hermosa mia,—dijo don Antonio,—que usted y yo nos entendemos.

—¿Cómo que nos entendemos, caballero? Pues le juro á usted, palabra de mujer honrada, que no entiendo lo que me sucede, ni una palabra de lo que usted me dice.

—Oiga usted, realísima hembra,—continuó don Antonio, acercando más sus narices al redondo y lleno semblante de doña Teresa,—yo me estoy muriendo por usted.

—¡Jesús, hombre, Jesús! Hágame usted el favor de no ser imprudente; tendré que retirarme.

Y dió un paso hácia atrás, pero muy corto.

Su intencion habia sido, sin duda, que fuese más largo.

—Es usted un tesoro de candor, de pureza,—dijo don

Antonio,—es usted una de las rarísimas excepciones que se encuentran en el ramo femenino. ¿Quiere usted aceptar una proposicion mia?

—Y, ¿qué proposicion, caballero?

—¿Quiere usted casarse conmigo?

—¡Yo! ¡que si me quiero yo casar con usted!—dijo doña Teresa, temblando toda, y dejando ver una llamarada en sus hermosos ojos negros,—¡que si me quiero yo casar! En mi vida he pensado yo en casarme, caballero.

—Estamos iguales: ni yo tampoco. Pero, ¿usted no sabe que cuando Dios quiere, con sol y con nubes llueve?

—Lo que yo sé,—dijo doña Teresa toda confusa,—es que me tiene usted sofocada. ¡Qué demonio de don Cleofás y lo que tarda! Hay hombres, á quienes era menester matarlos; mire usted en qué aprieto me ha puesto á mí.

—Pero, ¿en qué aprieto le ha puesto á usted, señora?—exclamó don Antonio, estrechando de nuevo la distancia que habia establecido doña Teresa.—La cuestion es muy sencilla; la veo á usted, encuentro en usted mi media naranja...

—¿Y qué es eso de media naranja, caballero?

—Que usted y yo hemos nacido para amarnos, y que en el momento en que nos hemos visto nos hemos amado.

—Usted podrá decir todo lo que quiera de sí mismo,—dijo doña Teresa,—pero lo que es yo, puedo decir que no le amo á usted.

—¡Ay, corazon mio!—dijo don Antonio,—tu boca

dice una cosa y tus ojos otra, ¡pues si eres en este momento la mujer más feliz de la creacion!

—Caballero, hágame usted el favor de no tutearme... caballero, suélteme usted la mano... caballero, que le pego á usted.

—Hija mia, esto puede ser cosa de muy poco tiempo; yo tengo muy buena posicion, y en cuanto volvamos á Madrid se arregla el negocio.

—Pero, ¿qué negocio ha de arreglarse, caballero?

—Nuestro casamiento.

—Pero, señor mio, esto es un trabucazo; dispénseme usted, hágame usted el favor de que cesemos.

—Mire usted su amiga, está muy metida en conversacion con los otros dos.

—Y bien, ¿y á usted qué le importa?—dijo doña Teresa.

—Importarme, nada, hija mia, nada, en la cuestion del corazon, porque mi corazon es completamente de usted; pero en la cuestion de elecciones...

—¡En las elecciones! ¿Y qué tienen que ver con esto las elecciones?

—Diré á usted, señora mia; Dolores, como usted sabe, es una mujer superior.

—Yo no sé sino que es una buena niña.

—¿De veras? ¿No sabe usted más sino que es una buena niña?

—No señor, no sé otra cosa; y hace ya tiempo que vive con nosotros, y yo no he visto en ella más que buenas cosas.

—¡Ay, hija mia, ay! cada vez me vá usted interesando

más. Usted es una inocente, un tesoro, la felicidad; ni con un candil que se busque, se encuentra hoy una mujer como usted. ¿Conque usted no sabe de la señorita Madreselva otra cosa, sino que es una buena niña? ¿Y vive usted con ella, en compañía, sin duda, del padre capellan?

—Si señor; ¿y qué?

—Es que á usted la engañan.

—¿A mí?

—Si señora, á usted; el padre capellan, por lo que veo, es un pillo.

—Poco á poco; cuidado con lo que usted dice, que vamos á salir muy mal: don Cleofás no es un pillo, sino el hombre más de bien que se pone sombrero de canal y hábitos; y yo no permito que se le insulte.

—¡Ay, amiga mia, y cómo abusan de su inocencia de usted! Es verdad, eso sucede siempre; los inocentes los ha hecho Dios para que se sirva de ellos todo el mundo.

—Caballero, ¡me está usted poniendo en áscuas!

—¿Tiene usted celos, amiga mia?

—¡Celos! ¡que si tengo yo celos! ¿y de qué he de tener yo celos? Y sobre todo, que yo he oido hablar mucho de celos, pero no sé lo que son.

Dijo con tal sinceridad estas palabras doña Teresa, que el moderado se convenció de que era de todo punto ama simple de don Cleofás, y de que don Cleofás era un buen clérigo.

—Pues, amiga mia,—dijo don Antonio,—de usted se abusa y se ha abusado.

—¿Y qué es eso de abusar de mí?

—¡Ah! señora, la Madreselva es una bribona.

—¡Cómo! ¿qué caballero, qué es lo que usted dice? Usted no deja cosa sana: usted es un martillo. ¿Que es una bribona mi amiga Dolores?

—Sí, señora; su amiga de usted ha perdido muchos hombres, ha robado su propiedad á muchas mujeres, ha derrochado más oro que cien veces lo que pesa; es una mujer tachada, á quien conoce todo el mundo en Madrid, y á la que se conoce de muy mala manera. Por ella ha habido desafíos, por ella ha habido matrimonios desgraciados, y dos ó tres tontos se han levantado por ella la tapa de los sesos.

—¡Jesús, Jesús! ¿Qué es lo que usted me cuenta, caballero?

—Nada; lo que yo digo se lo probaré á usted, pero no aquí, porque ésta no es ocasion, sino en Madrid: y advierto á usted que si la he apretado el brazo, si la he tomado la mano, si la he tratado con ménos miramiento del que usted merece, es porque la he visto á usted acompañada de esa mujer.

—¿De véras, caballero?

—Sí, si señora, de veras; no todos conocerán como yo lo que usted vale, esté usted segura de ello. Usted no debe presentarse en público con esa mujer, si no quiere usted que crean que es como ella. Y, sobre todo, como yo la considero á usted ya como mi mujer, la prohibo continúe en su amistad con la Madreselva; esto no quiere decir que rompa usted así de buenas á primeras con ella, no señora; las cosas no deben hacerse de una manera precipitada; diplomácia, señora mia; usted no debe de-

cir nada de esto á don Cleofás, de ningun modo, porque me haria usted mucho daño: y estoy seguro, segurísimo, de que usted no quiere hacerme daño.

—Yo no quiero hacer daño á nadie, señor mio.

—Concedido: es usted muy buena, pero de seguro, á quien ménos querria usted hacer daño, sería á mí.

—Pero hombre, ¿quién le ha dicho usted eso?

—Señora mia, me lo están diciendo sus ojos de usted, esa hechicera agitacion de su hermoso seno.

—¡Jesús, Jesús!—dijo doña Teresa;—yo no soy ya la misma que era, no señor: á mí me ha dado una bocanada de mal aire; acabemos, señor mio, acabemos; usted es el diablo.

—Sí, sí, hija mia, acabemos, y acabemos pronto; acabemos queriéndonos mucho, mucho, muchísimo.

—Bueno; y bien, ¿qué voy yo á sacar con quererle á usted? Y luego... que yo no sé si podré quererle; si yo no he querido á nadie, si yo no sé querer.

—¡Qué! por eso no quede, que en tres dias le haré yo á usted maestra de cariño.

—Le digo á usted que me está sofocando.

—¿Cómo se llama usted, vida mia?

—Yo,—dijo la pobre bajando los ojos y volviéndose á poner encendida;—yo me llamo Teresa.

—¡Teresa, Teresita! Ese nombre me marea; no he conocido ninguna Teresa que no sea una gran cosa, ya para lo bueno, ya para lo malo.

—Pues, señor mio, para lo malo no cuente usted conmigo, que yo no quiero ser mala, ¿lo entiende usted? Y, vamos á ver, ¿usted cómo se llama?

—Antonio.

—Muchas gracias, señor don Antonio; pero hágame usted el favor de que nos reunamos todos, y hablemos, que esto se vá ya haciendo sospechoso, y si á esa señorita le gusta charlar con esos señores, á mí no me gusta que nadie me vea metida en harina con ningun hombre, ¿entiende usted? Y si usted viene con buenos fines... yo no habia pensado en ello, es verdad, pero, en fin, usted... es usted tan atrevido... en fin, señor don Antonio, que yo no sé lo que me sucede, que estoy asustada de mí misma, y como no sé mentir... vea usted que yo lo digo... y en fin...

—En fin, nos hemos enamorado el uno del otro.

—Vamos, hágame usted el favor de callarse; yo creo que esto pasará, que será como á quien le dá un mal dolor de cabeza.

—No pasará, corazon mio, no pasará. Ello estaba de Dios: lo que sucederá es que usted quedará en inteligencia conmigo, y nos veremos algunas veces.

—Yo no puedo ver á nadie, caballero; yo no salgo nunca.

—¡Cómo! ¿que usted no sale nunca? Pues qué, ¿la tiraniza á usted el padre capellan?

—No señor; don Cleofás no me tiraniza; don Cleofás me deja hacer todo lo que yo quiero; pero yo no tengo costumbre de salir nunca mas que por la mañana á la compra.

—¿A qué hora vá usted á la compra, mi querida doña Teresa?

—Muy temprano, mucho: entre dos luces.

—Vaya, me acostaré cuando salga el sol,—dijo para sí don Antonio.—Esta mujer me embriaga por la forma, me encanta por el fondo, y, sobre todo, debe tener una gran influencia con el capellan, y el capellan debe tenerla con el cura de la localidad, y por último...

—¿En qué está usted pensando, don Antonio?

—Pienso en que si usted quisiera...

—¿Y qué he de querer yo?—dijo alarmada doña Teresa.

—Si usted quisiera, yo seria diputado.

—Y diga usted, ¿qué es menester hacer para que usted sea diputado?

—¿Qué es menester hacer? Que usted se interese mucho por mí con don Cleofás, para que don Cleofás se interese con el cura, y quite al neo-católico los votos, y al de la union liberal. El cura basta para lo primero; para lo segundo, tengo yo dinero bastante para hacerme, gastándome ménos que él, con un número bastante de electores, que añadidos á los neo-católicos, me darán el acta.

—¿Y qué es el acta, señor don Antonio?

—La credencial, el nombramiento de diputado.

—¿Y le hace á usted mucha falta ser diputado?

—¡Friolera, nada, como quien no dice la cosa, cuando se tiene entre manos lo de los Alduides!—y el moderado se relamió, porque los Alduides representaban por lo ménos medio millon por voto.—Si usted me saca diputado, es lo mismo que si me sacara las entrañas para quererla á usted, para comerme á usted, para adorarla á usted; en fin, señora, en el momento en que yo sea diputado, me caso con usted.

Doña Teresa soltó, sin quererlo, un suspiro, que hubiera podido mover un molino de viento.

Era una tierra vírgen, terriblemente preparada; era, mejor dicho, un barril de pólvora, que no necesitaba más que una chispa para producir una explosion.

La chispa habia sido la audacia del moderado, ó mejor dicho, el primer conato de aquella virginidad cerril con un hombre, la edad, los treinta y dos años; don Antonio, que era un mozo, y, sobre todo, un pillo de siete suelas, que la habia mirado de cuantas maneras se mira á una mujer para seducirla, que la habia guiñado el ojo, que la habia sonreido, que habia, en fin, empleado toda la táctica de conquistador de mal género, que tan terrible es para las mujeres inexpertas, y aun para las que no lo son.

Don Antonio, en fin, habia trasteado á lo Cúchares, á doña Teresa, y la habia compuesto la cabeza; en una palabra, la habia puesto á la muerte.

En malhora habia ido á Cercedilla, en época de elecciones, don Cleofás con sus señoras.

XI.

—Bueno, bien,—dijo doña Teresa,—pero, ¿cómo he de hacer yo para que usted sea diputado, señor don Antonio?

—Mire usted, señora; usted vá á ir á parar desde aquí á casa del cura de este pueblo, ¿no es verdad?

—Si señor.

—Don Silvestre es muy amigo de don Cleofás.

—Bueno, bien.

—Yo creo que á don Cleofás no le amargará una canongía...

—Mire usted, yo no lo sé, pero siempre se está quejando, porque dice: «yo soy un presbítero de muy buena conducta; cumplo con mi obligacion como el primero, y aquí me tienes, Teresa, reducido á sufrir las impertinencias de esas buenas madres;» porque ha de saber usted, señor don Antonio, que don Cleofás es capellan de Santa María Magdalena, de las Recogidas.

—¡Ah! ya. Pues el señor don Cleofás está muy fuera de su lugar. Me ha bastado con verle: seria un excelente canónigo.

—Mire usted, puede ser que no le siente muy mal la proposicion.

—Yá lo creo; y que luego de un canónigo se hace un obispo.

—¡Jesús, Jesús, señor don Antonio! ¿Con que puede ser obispo don Cleofás? pues mire usted, nunca lo hubiera pensado; yo creia que los obispos se hacian de encargo.

—Teresita, se me ocurre una cosa.

—¿Qué?

—Cuando estén ustedes en casa del cura, haga usted que se acueste Dolores.

—¿Pues qué hemos de hacer sino acostarnos? si venimos rendidas de ese maldito coche, que dá cada tumbo...

—Bien, sí; pero si usted se acuesta, levántese usted cuando se haya dormido su amiga.

—Bueno, ¿y qué?

—Si se ha acostado don Cleofás, le llama usted y le

dice, que el candidato moderado necesita hablarle, y que ofrece hacerle canónigo si le ayuda; y luego puede ofrecerse tambien al cura del pueblo otra canongía, que creo no le vendrá mal.

—Pero, señor,—dijo doña Teresa,—yo creia que se hacia á los diputados de balde; porque los que los elegian creian que lo merecian; pero ya veo que esto se compra como se compra un borrego.

—¿Y á usted qué le importa, vida mia, esposa mia, delicia de mi alma, hermosísima?

—Á ver si me hace usted el favor de callar; ¡qué hombre éste, Dios mio, y para qué habré venido yo á este pueblo! Vamos, yo estoy mala, caballero.

XII.

—El chocolate,—dijo el mozo de paja y cebada, entrando con una negra bandeja, en la que habia cinco grandes jícaras, cada una de su hechura y color, llenas de un chocolate espeso como el hígado, que puso sobre la mesa.

Ni nadie oyó el anuncio del mozo, ni le vió, ni respondió, al dejar éste el chocolate sobre la mesa.

Los otros conversaban con Dolores, que estaba fuertemente incomodada, porque habia comprendido que la conocian.

El neo-católico y el unionista se estorbaban el uno al otro.

Dolores, con un talento infinito, sostenia la conversacion en términos generales.

Se hablaba de Madrid, del tiempo, de las elecciones, pero sin entrar en materia, porque no podia ser.

Los dos á la vez no podian hacer proposiciones á Dolores.

Era aquella una situacion demasiado fastidiosa para los candidatos, que veian con inquietud el terreno que iba ganando don Antonio sobre el ama del capellan, amigo del cura.

Habian empezado á sentir el espasmo del miedo.

Habian sabido por los agentes inferiores, que don Antonio habia trabajado muy poco; lo que queria decir, que se esperaba al último momento para dar la carga á fondo, de caballería.

Esto era formidable, porque las elecciones son al revés de otras cosas: no triunfa en ellas el primero que llega, sino el último, si llega mejor que los otros.

Para esto se necesita una gran sangre fria, una gran habilidad, conocer el momento oportuno, sustituir una candidatura con otra en el momento de la votacion, tener preparada la batalla, y darla sin vacilar.

Don Antonio era un candidato aguerrido.

Pertenecia á la asociacion de padres de la patria desde hacia diez años, sin que nunca se le hubiera vencido.

Entonces, la situacion para los moderados era áspera: el partido neo-católico, desesperado, luchaba con todas sus fuerzas: la union liberal lo acaparaba todo.

Don Antonio se habia dicho al salir de Madrid:

—Todo esto es cuestion de poner más dinero en las alforjas, y en fin, ya veremos.

Su buena suerte le habia deparado el encuentro con doña Teresa.

A don Antonio, como mujer, le habia llenado el ojo el ama del capellan, pero no le habia conmovido.

Habia sentido una especie de ansiedad, pero no habia pasado de ahí.

Su corazon era perfectamente moderado; es decir, un corazon completamente frio.

En cuanto á doña Teresa, ni sabia lo que le acontecia.

Hemos dicho tambien que Dolores estaba fastidiada, contrariada, y que mantenia la conversacion en términos generales.

Doña Teresa y don Antonio inquietaban demasiado á los otros candidatos, hablaban demasiado bajo, y la verdad era que, sin saber cómo, doña Teresa habia abandonado una de sus gruesas manos entre las manos de don Antonio.

XIII.

En esta situacion, se presentó don Cleofás.

El moderado lo vió, retiró vivamente la mano, y sobre la marcha, separándose de doña Teresa, se fué á don Cleofás, y le abrazó, diciéndole:

—¡Ah, lumbrera de los presbíteros, insigne señor, dignísimo capellan de las monjas de Santa María Magdalena, permítame usted que le abrace como á un antiguo amigo!

—Señor mio,—dijo don Cleofás,—haga usted el favor

de soltarme, porque vengo sofocado de una pelea, y no quiero entrar en otra.

—¿Cómo de una pelea,—dijo don Antonio,—ni qué otra pelea le espera á usted aquí, amigo mio?

—Dios confunda al sistema representativo,—dijo don Cleofás.

—Pues no es tan malo como parece,—dijo doña Teresa acercándose á los dos,—porque al fin, un sistema que puede hacer de un capellan de monjas un canónigo, no es tan malo como á usted se le figura, señor don Cleofás.

—¿Eh, qué?—dijo don Cleofás, tomando por lo sério la proposicion.—¿Qué dice usted de canónigo?

—Y aun de obispo, amigo mio; pero hable usted bajo, que tiene el enemigo á retaguardia, y estas cosas es menester manejarlas bien.

—¿Sí, eh?—dijo don Cleofás,—¿con que canónigo? eso es mentira.

—Autorizo á usted para que diga de mí heregías, si usted influye en mi eleccion, me saca diputado, y no le hago canónigo, así como á don Silvestre.

—Pues cabalmente,—dijo don Cleofás,—don Silvestre está que se lo lleva el diablo, porque dice que la union liberal le ha corrompido los electores, y que le ha quitado de una mano á otra una canongía en la catedral de Sevilla, que se le tenia prometida; pero dejémonos de bromas, yo no quiero meterme en estas cosas, señor mio.

—¡Silencio! concluyamos cuanto antes; esta señora y yo nos hemos entendido.

Hizo un movimiento nervioso don Cleofás.

—¡Cómo! ¡que doña Teresa y usted se han entendido! ¿qué significa esto?

—Que nos casamos,—dijo audazmente el candidato don Antonio.

—Cuidado, cuidado,—dijo don Cleofás,—que si yo me quito la sotana por la cabeza para castigar una picardía, el castigo no se hace esperar, ni será blando. ¿Con que casarse? ¿Y tú qué dices á esto, Teresa?

—¡Yo! mire usted, don Cleofás, digo lo que usted me ha dicho tantas veces: «tú estás así porque eres una inocente, pero ya verás algun dia á un hombre que te parezca bien...»

—Bueno, bueno, bueno; basta ya; nosotros tenemos que hablar, caballero, porque, para que usted lo sepa, yo soy el padre de ésta.

—¡Ah! eso es lo que yo quiero,—dijo don Antonio,—y ya hemos convenido Teresita y yo en lo que se debe hacer.

—Sí; si señor; este caballero me ha dicho muchas cosas.

—Pues bien, no hablemos más; vamos á tomar chocolate.

Y se acercaron á la mesa, al mismo tiempo que el otro grupo se acercaba.

—Pero, señor,—dijo doña Teresa,—si este chocolate está frio y espeso como puches; yo no quiero, no tengo ganas.

—Ni yo, ni yo,—dijeron todos.

—En las posadas todo es detestable,—dijo don Cleo-

fás,—y además de eso, son una caverna de ladrones; ni el aire se puede tomar en ellas, porque es malo y cuesta un ojo de la cara. Conque vamos, hijas mias; ustedes necesitan descansar. Caballeros, á la órden de ustedes.

Y sin esperar á más, se llevó á remolque á doña Teresa y á Dolores.

CAPITULO XVIII.

Lo que puede la perspectiva de una canongía.

I.

—Pues,—decia don Cleofás de muy mal humor,—si yo estaba esperando esto, si habiamos de tener un dia gordo, estas doncellas rancias, cuando más seguras parecen, se las lleva el diablo: no hay cosa peor que un pajar viejo, la más mínima chispa le enciende y ¡puf! allá vá, cualquiera apaga el incendio; estamos bien, perfectamente y sabe Dios por donde saldrá esto; te aprovechan para las elecciones, Teresa; ese hombre tiene cara de tunante, te lo digo yo, y de tunante de grueso calibre.

—Vamos, don Cleofás, que no le vendrá á usted mal ser canónigo.

—Pero, ¿en qué ha estado usted pensando, doña Dolores: que ha dejado usted que esta pegue la hebra con aquella especie de pillo encopetado?

—¡Ay! don Cleofás,—dijo Dolores,—en qué mal hora hemos venido á este pueblo.

II.

A este punto llegaban á la plaza en la cual no habia ni un alma.

Se habia deshecho la reunion preparatoria electoral, al aire libre.

—¡Hum!—dijo don Cleofás sintiendo aquella soledad, —me parece que ya está hecho el diputado.

El diablo habia metido la pata en el corazon del buen don Cleofás, porque aquello de ser canónigo le hacia mucho hoyo, es decir, le impresionaba fuertemente.

—¡Qué diablo!—decia,—al fin esto es un ascenso, en artillería no pude pasar de sargento primero, pero en la iglesia es distinto, de capellan de monjas á canónigo hay una gran distancia: tan grande como de sargento primero á mariscal de campo. ¡Qué diablos! y es el caso que nunca me he inquietado tanto, es verdad que me van cansando demasiado las monjas, aquello es insoportable, no se puede sobrellevar, sino no teniendo otra cosa. ¡Canónigo, eh! me decido, y lo que es el otro no hay que apretarle mucho; en fin ya veremos. Pero esta pobre Teresa, si la engaña ese bribon. Y bien, siempre ascenderá, porque no es lo mismo ser ama de un capellan de monjas que ama de un canónigo. Pero y si nos engaña á todos, y no hay ni boda ni canongía. Poco, á poco, señor candidato moderado, porque entonces me estiro yo los brazos, me desperezo, me pongo en juego y le hago á us-

ted echar el alma por la boca, porque por ser clérigo no ha dejado uno de ser hombre; vamos no hay cuidado, la cuestion está en que él coja el acta, que si no la coge no hay para qué obligarle á nada. ¡Por vida del sistema representativo! Pero mirándolo á sangre fria, si como todo tiene sus contras, como todo tambien tiene sus ventajas, y si no, cómo habiamos de ver hoy entronizados y ricos y ex-ministros y ex-diputados á algunos mocitos que hace seis ú ocho años eran ayudas de cámara de algun periodista célebre, de algun borrego que se quedó á pata mientras hizo subir á tantos otros, cómo podian haber sucedido estas maravillas sino por medio del sistema representativo; nada, nada, Dios sabe lo que se hace; Dios dá á cada pueblo el sistema de gobierno que merece; cuando las ramas están podridas, es porque están podridas las raices, y es una tonteria hacerse el sano y el incorruptible para que no hagan caso de uno y le den con el codo al pasar y cuando uno pase á su lado, digan: si usted no es más, es porque no puede ser más, porque es usted un tonto que no sirve para nada. Pues no señor, no, hoy sirve todo el mundo para todo, con tal de que escriba hable ó vote en pró del gobierno, á nadie se le pide ni instruccion, ni antecedentes, ni moralidad, ni dignidad, lo que se le pide es que sea una figura de la comparsa, un hombre monosílabo, un intrigante sin vergüenza, un títere como ese señor Cuero ó ese señor diablo que dicen que ayer de mañana respiraba por la punta de los zapatos, y será diputado, y ministro, y título de Castilla, y grande de España, y millonario y vea usted ahí, qué le importará á él

que los industriales digan á lo somurmujo: ladron, ladron, ladron, si aquí no se echa á presidio á los ladrones, si no es que se les encuentra con las manos en la masa brutalmente, con las ganzuas robando al natural, pero en cuanto aquí se le echa al robo un poco de salsa gubernamental, en cuanto se le adoba, la policía y la guardia civil se quita el sombrero delante del ladron y tiembla de respeto y le encaja cada excelentísimo señor como una montaña, que el gran pillo se traga con delicia, y se infla como pavo que se atraca de nueces: nada, nada, me decido á ser canónigo, veremos á ver cómo trasteo á ese demonio de Silvestre que está hecho un energúmeno, y me parece que vá á ser menester sacarle los diablos del cuerpo.

III.

A este punto llegaba don Cleofás á una casa situada al lado de la iglesia, es decir, á la casa del cura.

Dolores y Teresa le habian seguido cabizbajas.

Ni la una ni la otra, ni el capellan habian estado en situacion de reparar que desde que salieron de la posada los habia seguido un bulto de cuya forma no podia juzgarse á causa de que la noche era harto oscura.

Aquel hombre, porque hombre parecia á juzgarse por el contorno de su bulto y por el ruido de sus pasos, se detuvo cuando don Cleofás llegó á la puerta de la casa del cura y llamó.

Y cuando despues de varias contestaciones se abrió aquella puerta y entraron don Cleofás y las dos señoras,

el bulto fué á situarse, á perderse entre las sombras, en un ángulo del pórtico de la iglesia.

IV.

Dieron las ánimas que resonaron lúgubres y fatídicas en medio de un profundo silencio.

Otro bulto apareció y se puso á pasear á cierta distancia delante de la casa del cura.

En la manera de pasear de aquel hombre, en la frecuencia conque se detenia y miraba á la casa que no dejaba ver lùz por ninguno de sus resquicios, se conocia la impaciencia de éste hombre.

No podia apercibirse de la presencia del primero, porque, como hemos dicho, estaba replegado en la sombra.

No podemos decir aún quién era el bulto escondido.

En cuanto al que habia llegado despues, nuestros lectores lo habrán adivinado.

Era don Antonio, el candidato moderado que venia á entenderse con los dos eclesiásticos, y esperaba á que abriesen para entrar.

Confiaba en Teresa.

Habia comprendido que la habia impresionado de una manera grave.

El estaba materialmente tambien, gravemente impresionado, porque Teresa era muy buena moza y tenia esa frescura de niña que conservan las mujeres que á cierta edad se han conservado puras de cuerpo y alma.

Estas mujeres, aun cuando lleguen á la vejez, son siempre niñas.

V.

Pero dejemos aguardando impaciente al candidato moderado, y penetremos en la casa de don Silvestre.

En una sala baja, amueblada con cierto gusto clerical, y aun así muy á la antigua, cubierto el pavimento con una estera blanca, blanqueadas las paredes, aunque de hacia mucho tiempo á juzgar por lo amarillento de su blancura, y con algunos cuadros al óleo, alrededor de un gran brasero de cobre lleno de fuego, estaban sentados don Silvestre, don Cleofás, doña Teresa, Dolores y una especie de sér extraño, hembra á juzgar por su traje, de fisonomía ruda, de mirada inquieta y recelosa, como de cincuenta años de edad, con un moño atado en lo alto de la cabeza, y mirando con inquietud á las personas que acompañaban á su amo.

Porque aquella extraña catadura, aquella hembra excepcional, aquel sér, cuyo sexo no se conocia más que por el traje, era la señora Práxedes, viuda, sin familia, ama de don Silvestre, selvática como él, y que no servia para otra cosa que para atender á las necesidades más gordas de don Silvestre, tales como darle de comer hacerle la cama, coserle la ropa, plancharsela y cuidarle los perros y las escopetas, porque de esto entendia la señora Práxedes tanto como don Silvestre.

Un monaguillo le servia de criado.

—Pues señor,—decia don Silvestre,—las elecciones este año son irritantes. Aquí se nos han venido los candidatos

armados de talegos y se han traido cuatro pillos de los más malos de Madrid para imponernos miedo. ¿Y qué vá uno á hacer, señor don Cleofás? Realmente no se puede pegar un tiro á un hombre como se le pega á un javalí, y estos señores vienen rabiosos. No quiero comprometerme, y la verdad es, que me cuesta una canongía. ¡Esto es una lástima! Estoy harto de vivir entre animales... ¡Una canongía en Sevilla... como quien no dice nada!... Es verdad que en los pueblos, un cura influye en las elecciones de una manera poderosa. En una capital ya es otra cosa. En provincias un canónigo no es más que un canónigo: se vive tranquilo y nada más. Es verdad que por allí hay que prescindir de la caza mayor, pero Córdoba no está lejos y teniendo contento al arzobispo, ya se le puede pedir licencia para salir á desfogar la aficion... Pero nada, la union liberal no deja á nadie meter baza: el dinero y siempre el dinero: en ciertas cosas es más barato que buscarlas por otro cualquier medio. Ese señor Cuero ó demonio, me ha vuelto el seso á los electores ofreciéndoles montes de oro; como que dicen que se vá á gastar tres mil duros en los votos y más de mil en la comida. ¿Quién puede contra esto?

—Quien tenga armas iguales, don Silvestre,—dijo don Cleofás;—no sea usted así, en poniéndosele una cosa entre las cejas aunque sea un disparate, no hay quien le saque de ello. Usted se ha amilanado porque le han contestado gordo, por una parte, y por otra porque le han hecho fuego con metralla de doblones. Pero yo tengo otro candidato que trae una bolsa ancha y profunda, de aquellas que no se acaban.

—¿Y quién, quién es ese candidato?—dijo don Silvestre.

—Hombre, es un candidato mucho más aceptable para los intereses católicos que el de la union liberal porque es moderado puro.

—¡Ah! los moderados puros están muy bien con el clero, siempre se han resistido á desamortizar, les debemos el concordato, esto es, que se haya dejado algo á Roma: la union liberal es herética, está desprestigiada, se agarra á un clavo ardiendo, ó lo que es lo mismo á las populacherías. Para ella no hay más rey ni Roque que el mando, y capaces son sus hombres de embestir con Roma si esto les procura quince dias más de gobierno. Nada, nada, amigo, eso no es partido, es partida. Lo que pueden hacer con la astucia y la mala fé, no lo hacen de otro modo; es una comunion política sin principios fijos, aunque no puede llamarse comunion política á la que no los tiene. En fin, son lo sobrante de todos los partidos; es gente que rompe por todo; la conspiracion es su elemento, y hay que concederles, que en eso de conspiraciones dán quince y falta al mismísimo demonio. Y si no aquí está la prueba; yo lo tenia todo preparado, arreglado, inevitable en favor de don Modesto. Me habia hecho con todas las mujeres del pueblo, lo que no es poco; habia interesado á todas los hermandades... contaba ya con una canongía porque el triunfo era seguro. Pues bien, llegó la union liberal, arrojó dinero sobre mis trabajos, y aunque eran sólidos los ha hundido.

—Vamos claros,—dijo don Silvestre,—¿usted cree que está perdido todo?

—Hombre, no es que yo creo; es que despues de lo que ha ofrecido don Cuero, si llega otro y promete más, ese señor Piel se vuelve á Madrid con la orejas gachas hechas dos zapatos y calientes. Es más; aunque hubiese entregado ya el dinero: ¡miel sobre hojuelas! Si otro ofrece más aunque ofrezca ménos se lleva los votos porque aumenta con lo suyo lo que el otro ha dado. Si es cierto lo que usted dice, que ese diputado moderado viene bien provisto y si se presta á las exigencias de los católicos puros, el triunfo es indudable; pero será necesario trabajar con arte, exponerse; y lo que es yo, don Cleofás, no ando en ello. Me he encontrado cara á cara con uno de esos asesinos que andan sueltos por Madrid, y cuando yo no le he apuntado con la escopeta, es porque he visto que es uno de esos hombres que no se asustan, que no tienen temor á Dios ni al demonio. De buena gana le hubiera abierto una brecha en el estómago de esas que cabe un buey cucando. Hay que convenir en que, si me estiman en el pueblo, es porque me las tengo tiesas, porque amenazo, porque mi palabra es siempre la más alta, la primera y la última. Pero con los galafates que el señor Cuero ha traido de Madrid, lo que implica una gran prueba contra la inmoralidad de la union, no vale el apuntar, ni el amenazar, ni palabras altas ni bajas, ni nada en fin, porque son perros de presa que sin gruñir muerden. Claro, muy claro; no es que yo sea cobarde, pero nuestro ministerio, como usted conoce muy bien, don Cleofás, no nos permite la efusion de sangre, así es que he desistido.

—Pues mire usted, don Silvestre,—dijo tranquilamen-

te don Cleofás,—con las órdenes que tengo encima y sin la sotana, porque me la quito en un cerrar y abrir de ojos, como á mí un presidiario suelto se atreva á guiñarme siquiera un ojo, ó á menear un dedo, del primer gaznaton le aniquilo y le pongo en el otro mundo sin efusion de sangre. Pues no, ¡qué vamos á dejar aquí que un pillete de un periodista hambriento refugiado en la union liberal y escoltado por cuatro pillos se burle de dos hombres barbados por la sencilla razon de que son clérigos! ¡Protexto! Nosotros debemos sostener la dignidad del sacerdocio, cuando no con buenas razones á testarazos, y el que no sea para gallo, que no se meta en el gallinero, señor don Silvestre. Y ya estoy viendo que este mundo todo es farsa y nada más, y aprendo, porque el que me hubiera dicho á mí que usted no era capaz de irse á la boca de un cañon rayado, por quítame allá esas pajas, le hubiera dicho que mentia.

—Oiga usted, señor don Cleofás, y hubiera usted dicho muy bien; pero no estoy en el caso de comprometerme porque don Fulano ó don Zutano sean ó no diputados, porque estoy seguro, que tan mal le irá al país con el uno como con el otro, ¿entiende usted? Yo he doblado la hoja porque no era asunto propio mio; pero figúrese usted que le faltáran al decoro á la señora Práxedes á quien estimo mucho porque despues de la que me dió el sér, es mi madre, ó me tocasen al pelo de la ropa ó que le ofendiesen á usted...

—¡Alto ahí! cuando á mí ofendan no tendré necesidad de recurrir á usted, que ya sabré yo lo que tengo que hacer si llega ese caso. Y quédese esto aquí, y vamos á lo

que más me importa. Yo habia venido al pueblo, como le he dicho á usted antes, muy ageno de que el pueblo estuviese en combustion por las elecciones que Dios maldiga. Venia á depositar, como tambien dije á usted, en su honrada casa á una jóven á quien estimamos mucho, Teresa que es esta señora aquí presente, que es mi ama, y yo. Pero cátate ya que de repente me encuentro con que esto está casi en revolucion, con que usted anda arriba y abajo con la escopeta al hombro, asustando á Dios Padre, y lo cierto es que á usted le asustan...

—Poco á poco, señor don Cleofás, el que se pone en un puesto esperando á un javalí no se asusta de nada.

—Amigo don Silvestre, usted sabe demasiado como se corta un javalí, y sobre todo, sabe usted que por meterle dos balas de á onza por debajo de un brazuelo no le han de llevar á la cárcel. Pero en cuanto usted se ha visto delante de uno de esos malas fachas de los de las Cuatro Calles de Madrid, no ha conocido usted la pieza ni como hay que resguardarse de ella, y ha entrado usted en la festividad de santa Medrana. Dejémonos de bravatas, padre Silvestre, confiese usted que ha tenido miedo como cada hijo de vecino, como le tendria yo si viera partir contra mí á un toro, y no perdamos el tiempo en lo que nada importa, sigamos adelante.

—Sigamos,—dijo don Silvestre, tragando saliva.

—Pues, siguiendo,—dijo don Cleofás,—héme aquí que, cuando de vuelta de su casa de usted entré en la posada, me encontré con que mi ama doña Teresa se habia enamorado por la primera vez en su vida, es decir, que me la han hecho víctima de las elecciones. Es un pi-

llo ese hombre político, no mal mozo, esto es cierto, aunque un poco calvo. Me la ha jonjávado, amigo mio, de tal manera, que yo estoy que el corazon se me sale por la boca; no porque yo tenga un interés mundano por esta señora, de ninguna manera. Cuando yo era sargento primero de artillería, obraba como artillero; pero me converti de buena fé por aquella bribona que usted sabe: Dios llama á sus criaturas á buen camino por sendas extrañas, porque sus designios son incomprensibles. Entré en su seno, me purifiqué, y una vez purificado, no habia de impurificarme, mucho más, faltando á los altos deberes que al ser consagrado recibí en mi carácter de sacerdote.

—¿Pero á qué tantas protextas, señor don Cleofás?—dijo don Silvestre,—pues qué, ¿no sé yo bien con cuánta pureza puede estimarse á una mujer? Que lo diga sino doña Práxedes.

—Don Silvestre, con doña Práxedes al lado, puede estarse un hombre aborreciendo á las mujeres, como sexo, cien años; pero no al lado de esto: observe usted bien, don Silvestre.

—¡Es una hermosa criatura! Dios la bendiga.

—Señor, he oido yo decir,—dijo la señora Práxedes,—que las comparaciones son ódiosas, y comparar una muchacha de veinticuatro años con otra de cincuenta...

—Treinta y dos, señora, si usted gusta,—dijo un tanto impaciente doña Teresa;—y hágame usted el favor de callar, señor don Cleofás, porque tiene usted unas cosas inaguantables. ¿Qué le importa á nadie el que yo me haya ó no enamorado al cabo de los años mil, que, entre

paréntesis, yo no sé si esto es cierto, ni usted tampoco lo sabe, y si entre nosotros hay una fraternidad, como Dios manda y está en razon? Vaya usted á su negocio, y déjese estar al prógimo.

—Teresita, ¡que te me insolentas! ¡Bien se vé que te has arrimado á otro árbol! La santa madre Naturaleza habló, y tú has dicho: «¡mú!»

—Bueno, bien,—dijo Teresa,—con usted, señor don Cleofás, no hay emboque. En no diciéndole á usted amén á todo, se irrita y echa usted por los trigos de Dios. ¡Ah! esa es una mala costumbre que le ha quedado á usted desde cuando mandaba soldados que tenian que decir que sí á todo, porque si no los pegaban cuatro tiros. Digo, esto lo digo yo porque se lo he oido decir á usted. Y mire usted, señor don Cleofás, yo le estimo á usted mucho, y no se lo que me pasa; pero esto no será nada, será un constipado de esos que dan dolor de cabeza: se duerme, se suda, y por la mañana, tan listos.

—¡Quisiera Dios, mujer! porque me parece que ese pillo de candidato, lo que ménos piensa es en casarse contigo, ¿entiendes? Que no me vayas á poner por tonta y por exagerada en la buena fé, en el resbaladero de que yo le deshaga el cráneo de un puñetazo á un padre de la patria, ¿entiendes, mujer? Porque te quiero yo como si fueras una hija mia...

—Pero, don Cleofás, ¿estamos hablando de elecciones, ó de los asuntos domésticos de usted?—dijo don Silvestre.

—Todo anda al retortero, hermano,—dijo don Cleofás;—mis asuntos domésticos y las elecciones son hoy

para mí una misma cosa. En fin, resulta que ésta, á quien yo quiero como á las niñas de mis ojos, pero limpiamente...

—Bien, don Cleofás, bien; si nadie duda de ello,—díjo don Silvestre.

—Ni yo permitiria que nadie dudase; poco á poco... Pues, como iba diciendo, como ésta se ha interesado...

—Bien, don Cleofás; esa se ha interesado, y usted tiene interés por el candidato por quien esa se ha interesado, ¿no es esto?

—Si señor.

—¿Y no tiene usted más interés que ese?

—No señor.

—Pues mire usted, don Cleofás, así no se hacen las elecciones; porque lo que es yo no procuraría el acta á un diputado, solo porque la señora Práxedes se enamorase de un candidato, y un candidato se enamorase de ella y pusiese por condicion para su casamiento, su eleccion.

—Me parece,—dijo don Cleofás,—que no es muy fácil llegue ese caso.

—¿Y por qué no?—exclamó doña Práxedes,—pues qué, ¿usted se cree que los hombres se casan hoy sino con el bolsillo? y en Dios y en mi alma que la señora Práxedes...

—¡Silencio!—dijo don Silvestre,—esta es una involucracion. De todo se habla aquí ménos de lo que importa, esto es, de las canongías; á las canongías me atengo. ¿Qué hay en esto, don Cleofás?

—Pues á eso iba yo; pero yo hablo por experiencia,

porque verdaderamente, la persona de quien se ha valido don Antonio, ó piensa valerse, es ésta.

Y señaló á Teresa.

VI.

Teresa estaba muy distraida.

Dolores, profundamente meditabunda.

Teresa estaba asustada, irritada contra sí misma.

No sabia por qué, despues de haber resistido durante tanto tiempo á los hombres, y á muchos buenos mozos y ricos, habia al fin tropezado con uno, y caido de bruces en el momento de tropezar, y dado al traste con toda su brava entereza de doncella *treintañona*.

La verdad era, que se habia aficionado de una manera terrible á don Antonio, que estaba sofocada, que sudaba, que la latía el corazon y sentia una inquietud vaga, una de esas inquietudes que nos molestan, que nos entristecen, que nos abruman, que nos hacen mirar al porvenir con miedo.

En una palabra, habia caido en un caso de amor fulminante.

Todo consistia en la experta audacia del candidato moderado.

Dolores, por su parte, estaba desesperada.

Habia querido huir del mundo, y en un lugar perdido, en la sierra, habia encontrado una parte parlante, tres ecos de escándalo, cuando creia haber puesto entre ella y el mundo un abismo.

Habia creido de buena fé que Cercedilla no era ca–

mino para ninguna parte, como lo habia creido don Cleofás.

Su firmeza empezaba á desmoronarse, porque realmente no se habia convertido.

Entre la conversion y la desesperacion.

Entre el convencimiento de la verdad de las cosas y el hastío, hay una enorme distancia.

Meditaba, pues, y estaba sombría.

No oia lo que se hablaba junto á ella.

Su atencion estaba en el fondo de su alma, en el que se revolvia un infierno de pasiones.

Cuando se ha abusado de la vida;

Cuando los nervios, las vísceras, la organizacion entera de la criatura se han irritado;

Cuando nada de lo que está dentro de sus posibilidades puede sustituirla;

Cuando conoce el mal lado de todas las cosas, y todas las cosas por el lado malo;

Cuando ha llegado á la certidumbre de su impotencia, esa criatura irritada, degradada, puesta en lucha con todo, conservando para castigo suyo la conciencia de lo noble, de lo digno, de lo conveniente, halagando tambien, para su castigo, un ideal que ha buscado en vano, y que ha comprendido al fin que es imposible.

Esa criatura está en el caso horrible de un reptil hambriento encerrado en un círculo de fuego, en el cual se quema cuando pretende salir en busca del alimento que necesita.

Dolores estaba en el centro de un infierno cuya salida era imposible.

VII.

Como Teresa estaba pensando en su don Antonio que venia á ser para ella un círculo en medio del cual se agitaba y que en el momento de tocarle la quemaba, no podia hacerse cargo ni se lo hacia de lo que hablaban los dos curas.

—No se lo decia yo á usted, amigo don Silvestre, las mujeres sirven para todo mientras no se enamoran, en cuanto se enamoran no sirven más que para hacer disparates, y soñar locuras; ahí la tiene usted que ni siquiera hace caso de lo que estamos hablando. ¿Eh, muchacha, demonio, no oyes?

—¡Ah! ¿qué?—dijo doña Teresa.

—Dinos lo que te ha dicho ese candidato ó ese diablo, ese señor que te ha prometido casarse contigo así sin más ni más, estúpida.

—Báh, y qué sé yo, me ha dicho tantas cosas que se me ha hecho un embrollo en la cabeza; vamos más valía que usted no hubiera conocido á don Silvestre, ó que don Silvestre no hubiera sido cura de Cercedilla.

—No seas hipócrita, Teresa, tú estás alegre aunque no te ries, hay melancolías que dan envidia, estás loca de contento, como un chiquillo de pobre con zapatos nuevos ¡Santa y envidiable ignorancia! tú te fias de todo, tú lo crees todo, tú sueñas pero no tengas cuidado tonta, que estoy yo aquí. Conozco que has enfermado del corazon, que para curarte es necesario que te cases y tu amigo te

casará, vaya si te casará tu amigo. Nada, don Silvestre nada, no tenga usted duda, se ha vuelto loca.

—Pero tan pronto, hombre, tan pronto,—dijo con su áspera voz don Silvestre.

—No sea usted simple, compañero; mire usted, todas las criaturas tienen en su alma un elemento inflamable como la pólvora, que mientras no le toca el fuego permanece oculto, pero alcanza á él una chispa y en el momento sobreviene la explosion, una explosion terrible que hace volar el envase que contenia al elemento inflamable; pues ésta, dentro de su indiferencia al amor, tenia el amor, entiende usted; aparecia dura y hosca para todas las pretensiones, pero los ojos, las palabras, los atrevimientos de ese maldito duro de cocer, han sido la chispa que ha causado en Teresa una explosion, y esta explosion ha hecho pedazos su indiferencia. Vea usted, vea usted la razon de ese cambio que no se comprende, esto no tiene ya mas que un remedio hábil y honesto, ponerse la estola, leerles la epístola de San Pablo, unirles las manos y echarles las bendiciones. Y esto se hará, vaya si se hará, ó dejo yo de ser quien soy.

—Pero señor don Cleofás,—dijo don Silvestre,—observo que á usted le interesa mucho más la cuestion de su ama que la cuestion de las elecciones y las elecciones son para mí el asunto capital.

—Pero venga usted acá, don Silvestre, no conoce usted que por el asunto de ésta, se va al asunto de las elecciones. Vamos, sinó dime tu, muchacha, ¿qué condiciones te ha puesto ese señor, para casarse contigo?

—Que se le nombre diputado por el distrito de Cercedilla,—dijo Teresa.

—Bueno, bien, mujer; pero, ¿qué más?—saltó don Silvestre á quien le importaba muy poco que el ama de su compañero se casase ó no.

—Vaya,—dijo Teresa,—me ha dicho que si hablaba con interés á don Cleofás para que hablase con usted, y ustedes le sacaban diputado, les procuraria á cada uno una canongía.

—Sí, bien, si señor,—dijo don Silvestre,—pero yo no puedo hacer nada contra ese señor Cuero ó señor baqueta, que me ha revuelto á los electores; si no se me dá dinero, yo no quiero para mí nada, pero la gente está tan sobre sí que no hay medio; y luego el alcalde, es un intrigante que no se puede con él y está de parte del de la union, y luego el candidato monárquico puro ha ofrecido tanto y tanto á los católicos del pueblo, y el tiempo que urge; mañana se constituye la mesa y esto es demasiado importante, pasado mañana se dá la batalla decisiva: es necesario que sepamos á qué atenernos y sobre todo que contemos con las tres cosas indispensables.

—¿Y cuales son esas tres cosas?

—La primera dinero, dinero la segunda, y la tercera dinero.

—Pues mire usted, señor don Silvestre,—contestó doña Teresa,—ese caballero me dijo que estaria esperando paseándose por la plaza y que cuando llegase el caso se le llamase.

—¡Acólito!—dijo con su estentórea voz don Silvestre.

El acólito dormia en la inmediata cocina, pero tal

era el vocejon de don Silvestre que se levantó despavorido y entró en la sala.

—¿Qué me manda su merced, señor cura?—dijo.

—Despavílate bien, topo, que siempre estás durmiendo,—dijo don Silvestre,—y sal á la plaza y dile que entre á un caballero que se estará paseando por delante de la puerta.

El acólito se volvió á la cocina, tomó un candil que estaba colgado de la campana del hogar y abrió la puerta de la casa que era al mismo tiempo la puerta de la cocina.

Se volvia en aquel momento, aburrido ya de pasearse, y creyendo que don Cleofás le habia hecho una mala pasada el candidato conservador, y le dió de lleno la luz del candil en el rostro.

Sin duda le conocia el otro bulto que estaba acurrucado en un ángulo del átrio de la iglesia porque hizo un movimiento brusco, se estiró y luego se puso lentamente de pié.

—¿Es usted un caballero que está esperando á la puerta del señor cura?—dijo todavía medio durmiendo el acólito.

—Pues ya lo ves, hijo mio,—contestó don Antonio que era muy amable.

—Entonces, el señor cura que entre usted,—dijo el acólito.

Don Antonio entró y se cerró la puerta.

Entonces el bulto que se habia enderezado en un rincon del átrio de la iglesia, adelantó y se sentó en el dintel de la puerta de la casa del cura.

CAPITULO XIX.

Un correo bendito.

I.

Volvamos á entrar en la casa del cura de Cercedilla.

Hemos cambiado de lugar, de escena.

Estamos en un pequeño aposento esterado de blanco en que hay una gran mesa de roble.

Tras ella un sillon.

A la derecha un estante con alambrera lleno de grandes y gruesos volúmenes.

Detrás del sillon, sobre él, colgado de la pared, un gran Crucifijo.

Y á los dos lados en sus perchas ocho ó diez escopetas.

En desórden, acá y allá, colgados de clavos, arreos de caza.

Y en un rincon una chistera y un aparejo de pescar.

Alrededor del pequeño aposento sillas de anea.

Sobre la mesa un gran tintero de estaño, un pupitre y los libros corrientes de asientos parroquiales.

Sentado en el sillon presidencial, por decirlo así, estaba don Antonio, dejando ver su reluciente calva.

Y á los dos lados en sillas más humildes, los dos curas.

—Porque señores,—decia don Antonio, en el momento que descorremos el telon,—no hay que hacerse ilusiones, nadie más que yo ama las prácticas de la monarquía pura, aquel sistema era más cómodo, más sencillo, más barato y sobre todo más espedito, todo se reducia á una lista que todo el mundo sabia de memoria, al que diga viva la Constitucion se le ahorca, al que concurra á reuniones sospechosas se le destierra, al que falte al respeto á un alguacil siquiera, se le echa á presidio, al que diga esta boca es mia contra lo establecido, se le reduce al silencio de un tapabocas, al que no cumpla con la iglesia se le tiene en cuenta y á lo más mínimo se le quita de en medio echándole á otra parte porque el que no es buen cristiano, es un mal hombre, etc., etc., etc. Los privilegios, ¿quién duda que los privilegios son una gran cosa, y una cuestion de justicia? las clases, ¿quién no se indigna al ver que hoy todos se llaman don Fulano? El órden rígido, ¡qué cosa más necesaria y más provechosa á la república! Los conventos, ¡de cuánta utilidad sobre todo, para encaminar bien á los pueblos por la senda de luz, de la religion y de las buenas costumbres! la supremacía del monarca, ¡qué cosa más importante! Todo

esto es cierto amigos mios yo soy absolutista de corazon, católico por conviccion y por sentimiento, hombre de órden á todo trance. Pero amigos mios la posibilidad de todo esto ha pasado por desgracia, ¿por qué ha pasado? porque los malos han sido más fecundos que los buenos, aunque aumentando la poblacion de una manera tremenda ha cundido la perversion y la soberbia, y cuando los malos son más que los buenos, ya sabeis, los buenos tienen que sufrir la paliza de los malos. Esto es lamentable pero cierto. Lo pasado no puede volver, la revolucion ha creado intereses materiales, malditos sin duda, pero que tienen una gran fuerza. La monarquía pura ha sucumbido, suicidándose por imprudencias; ahora bien, siendo imposible la monarquía pura, ¿cuál es el partido necesario, útil, conveniente, llamado á regir por su importancia y por su utilidad los destinos del país? El partido conservador, esto es, el partido que pidiendo á la revolucion prudentes concesiones, condena lo que puede é impide el desbordamiento de los que teniendo por su ídolo y por su medio de medro una libertad soñada, un sistema de cosas irritantes, quisieran lanzarnos en una horrorosa anarquía. Los liberales avanzados, descreidos, sin religion, ni corazon, llenos de una soberbia que les hace insoportable todo dominio, eternos corroedores del principio de autoridad...

—Permítame usted, señor mio,—dijo don Cleofás, que no pudo aguantar más el pesado discurso que don Antonio pronunciaba enfáticamente creyendo decir grandes cosas,—todo eso está muy bien y no tiene usted que cansarse para probarnos que el sistema constitucional es

un absurdo y un delito de las muchedumbres soberbias y estúpidas; con saber que somos eclesiásticos está dicho que no somos ni podemos ser constitucionales, ó lo que es lo mismo protestantes, porque, ¿qué es el constitucionalismo con su eterna tendencia á la absorcion de todo por el Estado, y por consecuencia de la Iglesia, más que una inarmonía con el principio absoluto é irrecusable de la autoridad legítima emanada por Dios?

—Pero mire usted don Cleofás,—dijo don Silvestre,—que está usted pronunciando otro discurso y que para eso más valia haber dejado á don Antonio que siguiese con su tema. Hé aquí, hé aquí el mal que nos devora, el parlamentarismo, el vicio de discursear, no hay ya aprendiz de barbero que no ensaye un discurso, sobre cualquier cosa, hoy todo el mundo se cree una suprema inteligencia, porque, ¿para qué sirve la libertad si cada cual no puede expresar libremente sus ideas de palabra ó por escrito aunque cada idea sea un rebuzno y no deje hueso sano ni á lo temporal ni á lo eterno? el espíritu de rebeldía, hé aquí señores la enfermedad de nuestra época.

—Alto allá, señor cura,—dijo sonriendo don Antonio,—ya que el señor don Cleofás ha cercenado mi discurso y usted ha cercenado el de don Cleofás, justo es que yo cercene el suyo abundando en la idea que usted ha emitido de que el *discurseo* es uno de los males incurables de nuestra época calamitosa...

—No permito,—dijo don Silvestre,—eso va ya tomando la forma de un nuevo discurso.

—La verdad es, señores,—dijo bruscamente el audaz

conservador,—que divagamos de caso hecho, y que nadie se atreve á abordar la cuestion, y la cuestion es, á lo que á mí me parece, que ustedes quieren ser canónigos, que yo quiero ser diputado y que no puede ser ni lo uno ni lo otro. Entremos, pues, francamente en la cuestion sin ambajes ni rodeos, y vengamos á las proposiciones.

—Vengamos,—dijo don Cleofás,—que nadie es más llano que yo, pero permítaseme hacer una protexta; si yo no me hubiese encontrado á mi ama mareada como un ballenato, sacada de quicio y á punto de ser infeliz para toda su vida, de seguro que yo no me hubiese metido en estos lios, pero ya que por amor á mi ama, por amor casto, se entiende, como únicamente puede sentirlo sin faltar á sus sagradas obligaciones un eclesiástico, me he metido en estos enredos, y yá que tírese por arriba, tírese por abajo ha de ser malo el diputado, y ya que esto no puede evitarse porque el mal está en el sistema, y puesto que se me ha hablado de una conongía que es muy natural desée yo y que puedo desear lícitamente, yo me presto á hacer todo lo que esté de mi parte, esto es, predicar y convencer á mi amigo don Silvestre para que ejerza toda su influencia en favor de usted; pero con una condicion invariable, que ya que usted ha envenenado el corazon de mi pobre ama, no se cómo, ni por qué, y que la ha ofrecido usted casarse con ella, se case.

—¡Oh! indudablemente, amigo mio, indudablemente; esa señora me ha parecido en lo moral y en lo físico un gran bocado, un bocado exquisito.

—Que se ha de tragar usted por mucho que cierre

los dientes,—dijo don Cleofás, amostazado por la ligereza con que habia pronunciado sus últimas palabras don Antonio,—porque... y no voto, porque un voto estaria muy mal en mis lábios, quien tiene estos puños puede obligar á cualquiera á que cumpla con aquello á que se ha obligado.

Y el capellan de las monjas de Santa María Magdalena asestó un puñetazo tal sobre el pupitre de la mesa del cura, que á pesar de ser de nogal, le hizo astillas en la parte en que asentó el golpe.

—¡Válgame Dios por génio y por vida! ¿y qué culpa tenia mi pupitre de que usted desconfíe, con razon ó sin ella, del señor don Antonio?

—Perdone usted, don Silvestre, que yo le compraré otro; pero mire usted, voy á decirle á usted una cosa extraña; yo soy un hombre pacífico, muy pacífico, pero siempre anda alrededor de mí un demonio encendido, y cuando yo veo ú oigo algo que huele á picardía, sin que yo lo pueda remediar, se me envaina ese mal espíritu en el cuerpo, y me convierto en un furioso.

—Pero, ¿á qué viene eso, amigo mio, á qué viene eso?—dijo don Antonio, puesto algo en respeto por aquella tremenda prueba de energía física y moral del capellan de monjas, ex-sargento de artillería de la Guardia Real.

—Esto viene,—dijo don Cleofás,—á que usted, dispense usted si me engaño, me parece una quinta esencia de pícaro, no sé por qué, pero yo no soy tonto, señor mio.

—¡Báh! usted es un excelente sugeto, señor don Cleofás, y su franqueza de usted me encanta.

—Gracias,—dijo secamente don Cleofás;—no extrañe usted esto, porque estoy que trino; ha despertado usted á mi pobre ama, que dormia, y me la ha puesto usted en revolucion. Esta revolucion es necesario que se termine con un golpe de estado, digo con el estado del matrimonio.

—Sí, hombre, sí, bien; si yo no deseo otra cosa,—dijo don Antonio.

—Corriente: tengo su palabra de usted, y espero que la cumpla.

—Pero estamos perdiendo el tiempo, señores,—dijo don Silvestre;—al asunto, al asunto.

—Ya lo he dicho mil veces,—exclamó don Cleofás;—mi asunto es el asunto de mi ama, y el asunto de mi ama viene á ser el de la eleccion de este señor.

—En resúmen,—dijo don Antonio;—¿qué ofrecia el candidato monárquico puro?

—¡Ay, señor mio!—contestó el cura,—en primer lugar, un manto para la Santísima Vírgen del Cármen que se venera en una capilla de la iglesia de este pueblo, de terciopelo con estrellas de oro y rosario de lo mismo; un collar de corales para dicha señora; una corona de plata para la misma, otra y un vestido de raso blanco, bordado de lentejuelas, para el santísimo niño Jesús que la Vírgen tiene en los brazos; componer un varal de las andas de la expresada Señora; tapar una grieta que tiene la iglesia en el frontispicio, que le coge de arriba abajo, y entran por ella la luz y el aire; repasar y blanquear la iglesia; hacer túnicas de terciopelo para los disciplinantes de Semana Santa; proteger las diferentes cofradías religio-

sas de este pueblo, y otras varias obras piadosas, y sobre todo esto, para repartir á los hermanos de las cofradías, que son electores, mil quinientos pesos, por lo ménos mil: todo esto lo ha ofrecido el candidato católico.

—Pues bien, yo añadiré quinientos duros á la cuota del dinero, y haré fundir una campana mayor para la iglesia.

—Me parece muy bien; pero empecemos por el dinero, y yo digo á usted que para mí no es ni un ochavo, ¡dónde vamos á parar! que yo repruebo todas estas cosas, pero, en fin, existen.

—Conque puedo contar con todos los electores católicos, ¿no es verdad?

—Si señor, sí; pero advierto á usted, que lo que estos señores exigen, monta todo lo ménos á cinco mil duros.

—Bien, perfectamente: yo traigo diez mil; cinco mil para los católicos, para la demás turbamulta, esto es, para los del señor Cuero, cuatro mil, y mil para una comida general. En cuanto á ustedes, hágame usted el favor de un pedazo de papel para escribir una carta, señor don Silvestre; una carta para un amigo mio á quien nada puede negar el ministro de Gracia y Justicia. Ustedes mismos pueden enviar al momento un propio á Madrid, y mañana á la noche volverá el propio con la concesion de las dos canongías.

Don Silvestre puso como por encanto delante de don Antonio un pliego de papel moreno y ordinario, y le entregó, mojada ya, una gruesa pluma de ave.

II.

El conservador escribió lo siguiente:

«Excelentísimo señor Conde de Rabigo:

»Mi querido amigo: He encontrado en este pueblo dos sugetos apreciabilísimos, á quienes de toda justicia debemos adelantar en su carrera; el uno es el cura propio de este pueblo, el otro el capellan de las monjas de Santa María Magdalena de Madrid; desea el uno una canongía en la Santa Iglesia Catedral de Sevilla, y el otro estimará otra canongía en Cuenca, Segovia ó Avila.

»Importa esto mucho, muchísimo: espero que use usted de su influencia, y que el propio que lleva esta carta vuelva esta noche con los nombramientos.

»Anticipo á usted las gracias, y me repito su afectísimo,

»Antonio Cantillana.»

III.

Acabada de escribir esta carta, la dió á leer á don Cleofás, y éste la pasó á don Silvestre.

—Todo esto está muy bien,—dijo don Cleofás,—pero, ¿y el asunto de mi ama?

—Juro como cristiano, y empeño mi palabra como caballero, de hacerla mi esposa.

—Eso está muy bien,—dijo don Silvestre,—pero, ¿y el dinero para los electores?

—Confío tanto en usted, señor cura,—dijo don Antonio,—que voy á entregarle á usted ahora mismo, diez mil duros en billetes de banco; creo que no será un obstáculo, que esta cantidad esté representada en billetes.

—De ningun modo,—dijo el cura,—el dinero es siempre dinero.

El conservador sacó de un bolsillo interior de su paletot un rollo, que entregó á don Silvestre.

Éste le desenrolló, y contó cincuenta billetes de cuatro mil reales del banco de España.

—Corriente,—dijo don Silvestre,—cuéntese usted ya por representante del distrito de Cercedilla; esta noche entre la sombra, y mientras los otros contrincantes duermen en la posada, se hará la eleccion. No sabe usted lo que vale mi buena ama: ella velará por usted esta noche, ella tocará á las puertas de todos los electores, que se abrirán en silencio. Advierto á ustedes que no se asusten si la batalla electoral se presenta de manera que el triunfo vacile entre el candidato católico monárquico y el de la union liberal, esta gente está muy aleccionada, y es posible que quieran agarrar algo de los otros, pero el triunfo es seguro.

—Entonces, señores,—dijo don Antonio levantándose,—adios: pondré aquí la carta con su direccion, que debe salir esta misma noche. ¿Y mi señora doña Teresa, señor don Cleofás?

—Durmiendo ó velando,—contestó el capellan,—las hemos enviado á que se acuesten.

—¡Ah! pues bien, ya tendré tiempo de gozar de su

vista y de su palabra cuando hayan terminado las elecciones, porque yo no puedo volver por aquí; eso seria enseñar la pinta y dar lugar á protextas; no extrañen ustedes el que yo no les hable en el colegio electoral.

—Nada de eso; seria lo único para hacer sospechar á los enemigos.

—Conque adios, y muchas gracias, y buenas noches.

Despidieron al presunto diputado, y poco despues el cura párroco llamaba á su ama y á sus dos sobrinas.

—A ver si sale en el momento la procesion de disciplinantes del Santísimo y de nuestra Señora del Silencio, id llamando casa por casa, y cuando todas esteis juntas, las llevais á las eras, que allá iré yo.

—¿Y para qué, don Silvestre?—dijo el ama.

—Para las elecciones, mujer, para las elecciones: tengo en el bolsillo diez mil duros, y el señor que me los ha dado, y que quiere salir diputado, ha prometido todo lo que ha prometido don Modesto, dá, como vés, más dinero que él, ofrece hacer una campana gorda para la iglesia.

—¿Y la canongía?—dijo el ama.

—La canongía tambien.

—¿Y cómo se llama ese buen señor?

—Don Antonio Cantillana.

—Vaya un apellido,—dijo una de las sobrinas,—hasta ahora solo habia yo oido decir: «cuidado, que está el diablo en Cantillana.»

—Pues eso te digo yo, Cármen,—dijo el cura;—cuidado, mucho cuidado, hija mia, que en estos dias de elecciones el diablo anda suelto: conque cobijaos, y mar-

chaos con el acólito. Y á ver si dentro de una hora estais todos en las eras, y con mucho silencio y con mucha compostura.

El ama y las dos sobrinas se pusieron la mantilla, y acompañadas del acólito, que desaparecia casi bajo una enorme montera y una manta rayada, salieron.

IV.

—Conque canónigos,—dijo don Silvestre, frotándose las manos,—¡canoniguitos, eh!

—Así parece,—dijo maquinalmente don Cleofás, que estaba profundamente pensativo.

—Pero para eso,—dijo don Silvestre,—y sobre todo para saber á qué atenernos, que le aseguro á usted que si mañana no vienen los nombramientos, como se nos ha prometido, no es don Antonio Cantillana el que se lleva las actas de Cercedilla.

—Pero hombre, ¿y los diez mil duros que ya le ha dado á usted ese caballero?

—Ya se hará de modo que parezca que se ha luchado mucho y que hemos sido vencidos, y vaya usted á sacarles á los electores el dinero despues de haberlo dado. En ese caso, es decir, si las canongías no vienen, partimos los diez mil, don Cleofás, y á canongía salimos, y nos sobra dinero, porque por tres mil duros hacen á cualquiera canónigo.

Escandalizóse el honrado don Cleofás.

—¿Y la buena fé, don Silvestre?—dijo.

—¡La buena fé! tenga usted buena fé con los pillos, y

verá usted lo que medra, don Cleofás; ¿buena fé con los liberalotes? déjese usted de simplezas; yo, si pudiera, restableceria la inquisicion para quemarlos á todos.

—Don Silvestre, usted está en pecado mortal.

—Mire usted, don Cleofás, quítese usted la sotana; voy á darle á usted un capote de monte y una montera como los que yo voy á ponerme; no hay necesidad de que se enteren de que andamos por la calle; llevaremos tambien cada uno una cachiporra, por lo que pueda suceder, y por si sucede algo gordo un encarito, que tengo yo ahí dos de Vizcaya, que son dos prendas de rey.

Y señaló dos retacos que habia colgados de una espetera.

—Pero hombre está usted loco, don Silvestre, dos eclesiásticos armados como dos contrabandistas.

—Cómo se conoce, señor don Cleofás, que es usted clérigo de agua dulce.

—¿Qué quiere decir eso de clérigo de agua dulce?—dijo con extrañeza don Cleofás.

—Esto quiere decir que los clérigos de las grandes poblaciones, principalmente los de la córte, no saben de la misa la mitad, con el génio que usted tiene le haria yo á usted cura propio de un pueblo, y de pueblo de sierra y á los cuatro dias ya veríamos si no salia usted con un violento acuestas, como usted dice, entonces si que seria usted artillero, y no que hágase usted de mieles con estos bárbaros y verá usted lo bueno: aquí la única razon que convence á estos animales es un tiro: por lo mismo á cada cual hay que hablarle en su lenguaje, y al Santísimo Padre que me reprochase, le diria: pues póngase

Su Santidad en mi lugar; y una de dos ó se habian comido á Su Santidad, ó Su Santidad se habia comido á más de uno. Aquí no hay más persuasion que la de los puños ni hay medio de salir de noche á la calle si no es prevenido, porque puede ser que unos mozos que estén rondando, ó un perdido que de la sierra se baja al pueblo hagan con uno un desavío; la defensa propia es lícita y justa no solo ante las leyes divinas, sino que tambien ante las leyes humanas.

—Pues, ¿hay más que no salir de noche, don Silvestre?

—Si para la cuestion de peligro, es aquí siempre de noche, don Cleofás, conque vamos, que estamos perdiendo el tiempo.

Don Silvestre dió á don Cleofás su capote de monte y una montera, una cachiporra y un retaco y se dirigió á la puerta.

—Pero vamos á dejar á esas dos solas,—dijo don Cleofás.

—Bien guardadas se quedan con estar en mi casa, que en mi casa no hay quien se atreva á entrar ni de dia ni de noche, por mujer ni por gallina. Con que vamos á ver si encontramos en su ventorro á Mirabelillo.

Y el cura y don Cleofás salieron, y el primero cerró con llave la puerta y se guardó la llave en el bolsillo.

V.

Apenas se habian alejado, el bulto que estaba encogido en la puerta de la iglesia se enderezó, avanzó, y llegó á la puerta del cura y la tanteó.

La puerta era muy fuerte.

La cerradura perfectamente ajustada.

No habia medio de abrir aquella puerta sino con una llave maestra ó violentándola.

El bulto dió la vuelta á la casa y llegó á las tapias del corral que lindaban con el cementerio.

Por allí la entrada era más fácil á pesar de la altura de las tapias.

Aquel hombre tomó distancia, saltó, puso un pié en la pared y como si esta le hubiera servido de estrivo, se agarró al caballete, subió á él y de allí saltó al interior.

Pero apenas habia saltado, cuando sintió un agudo dolor en una pierna, precedido de un ronco gruñido.

El mastin que guardaba la casa del cura, estaba enseñado á no ladrar sino á echarse encima en silencio.

A poco se oyó un ahullido lastimero, despues nada, una terrible puñalada habia concluido con el perro.

El bulto adelantó hácia la puerta del corral.

Pero dejémosle y sigamos á los dos clérigos.

VI.

Los dos presbíteros atravesaron la plaza.

Se metieron por una oscura callejuela, y por la parte baja del pueblo salieron á un caminejo, adelantaron por él, y á poca distancia dieron con un ventorrillo.

Don Silvestre llamó.

Respondieron ágriamente desde dentro.

—Abre, animal,—dijo don Silvestre,—soy yo que te necesito, y abre pronto que hace mucho frio.

—¡Ah! ¿es usted señor cura? allá voy.

A poco se oyó quitar dos ó tres trancas de la puerta, y luego el descorrerse de la llave.

Al fin la puerta se abrió.

El ventorrillo estaba á oscuras.

—Mucho miedo tienes, Mirabelillo,—dijo don Silvestre.

—No es mucho,—contestó Mirabelillo,—porque si supiera usted que casta de pájaro anda por estos alrededores...

—¿Y qué pájaro es ese?

—¡El diablo que sepa cómo se llama! Él no roba, él no se mete con nadie; pero el caso es que por donde quiera que anda, causa espanto. No he visto en todos los dias de mi vida un hombre que parezca mas atroz. Y, sin embargo, entra, pide un vaso de vino y un pedazo de pan, lo paga y se marcha.

—¿Pero quién es ese hombre?

—¿Quién ha de ser? El desconocido que algunas veces anda por ahí, que se deja ver de cuando en cuando y que no habla con nadie mas que lo necesario para pedir pan, agua ó tabaco, que en ninguna parte duerme como no sea en el campo, porque no se tiene noticia en los contornos de que haya entrado en ningun ventorrillo ó posada. Hay quien dice que es un alma del otro mundo.

—Cosas tuyas, Mirabelillo; pero, hombre, enciende luz, que nos vamos á estrellar.

—Allá voy, allá voy, señor cura, estoy buscando la pajuela, vamos, ya está aquí. Y ¿á qué viene su merced?

—Hombre, necesito que montes á caballo, llegues

pronto á Madrid, y mañana por la mañana entregues una carta que voy á darte, á un sugeto á quien vá dirigida.

—¿Y hé de montar á caballo esta noche?—dijo Mirabelillo encendiendo un candil con la llama de la pajuela.

—Sí, hombre, sí, esta noche.

—Y ¿quién va á quedar en el ventorrillo?

—Tu mujer.

—Mi mujer está en Los Molinos en la boda de una prima suya, y se han ofendido de que yo no haya ido tambien, pero, ¿quién dejaba solo el ventorrillo?

—Sí, para lo que tienes aunque te roben...—dijo don Silvestre.

—Vaya, señor cura, más le quitan al pobre si le quitan lo poco que tiene, porque se lo quitan todo, que robando mucho al rico, porque al rico siempre le queda algo más que no le roban. ¿Con qué dice usted que tengo que montar á caballo?

—Sí, hombre, sí.

—¿Esta misma noche?

—Sí, en este momento.

—¿Y si me encuentro por ahí al alma en pena?

—¡Qué alma en pena ni qué diablo!—dijo don Silvestre.

—¡Ya! como usted no ha visto á ese á quien le llaman el alma en pena... Y parece un desgraciado, eso sí. Ha debido ser muy hermoso, porque lo que es los ojos son negros como la mora y grandes como yo no los he visto nunca; y tiene los cabellos negros y rizados; en fin, padre cura, si no fuese porque le relucen los ojos, que dá

miedo, y lo amarillo de su cara, mire usted, se le podia llamar un buen mozo.

—Pero, ¿qué hombre es ese, de quien he oido mucho hablar, y que á nadie más que á tí he oido decir que le ha visto?

—Ese hombre, padre cura, no entra en poblado; digo... á mí se me figura, porque si entrara en poblado, en los pueblos le habrian visto como le he visto yo.

—¿Y qué traje lleva?

—Mire usted, lleva un sombrero muy viejo, de esos gachos, una capa muy vieja, unos pantalones muy viejos, y unos zapatos hechos pedazos; y no sé más, porque vá siempre envuelto en la capa.

—¿Y cuándo le has visto tú, Mirabelillo?

—Esta tarde; y por cierto que me dijo:

—Despáchame pronto, muchacho, que tengo que ir á Cercedilla.

—¿Si vendrá ese espectro á las elecciones? ¿Si será alguno de la policía de Madrid?—preguntó don Silvestre á don Cleofás.

—¿A mí qué me cuenta usted, don Silvestre?—dijo don Cleofás.—Mira, Mirabelillo, por sí ó por no ensilla el jaco, ponte las espuelas vaqueras, y andando, que te se pagará bien.

—Mire usted, señor cura,—respondió Mirabelillo, rascándose el cogote;—la verdad es que yo no me atrevo, porque si el hombre amarillo se me presenta á mí en medio del camino, y tan oscura como está la noche, cate usted que á mí me dá un mal y al caballo tambien. Perdone usted, señor cura, pero lo que es yo, hasta que

amanezca no me muevo del ventorrillo. ¡Como que habia yo puesto las tres trancas solo por el alma en pena!

—Pero, ¡estúpido! si las almas en pena se meten por las paredes...

—Mire usted, no me lo diga, porque si es así me voy con usted hasta el pueblo, metido bajo el capote, porque las almas en pena les tienen á los curas mucho respeto. Así, si se acerca, la echa usted cuatro responsos, y se marchará.

—Vamos, Mirabelillo, yo te pondré santo, y con eso no tendrás que temer á los muertos; los vivos, es otra cosa.

—Mire usted, á los vivos no los temo yo, porque ningun hombre cabe por la boca de otro; pero en tratándose de muertos... ¿Y qué vá usted á hacer conmigo para que los muertos?...

—Te echaré una bendicion por delante, otra por detrás, otra por el costado derecho y otra por el izquierdo, y podias irte tranquilo á meterte en el infierno, porque los demonios no te harian daño.

—¿De veras, señor cura?

—Pues hombre, ¿crees tú que no tiene virtud una bendicion?

—En ese caso empiece usted á bendecirme, y bendígame por todas partes, por arriba y por abajo.

Don Silvestre empezó á echar bendiciones, rezando en voz baja, y Mirabelillo á cada una que echaba daba una vuelta, y presentaba el lado que no habia sido bendecido.

—Vamos, ya estás listo, Mirabelillo; conque á caballo, hijo.

—Y diga usted, señor cura, que no salgamos con que me quiera usted pagar con dos pesetas. Si yo he de llegar á Madrid, á buen paso, al amanecer, y tengo que esperar luego á que sea hora de llevar siquiera una carta, esperar contestacion y venirme luego despues en el tiempo que tarde al pueblo, no quiera usted dejarme contento con dos pesetas. Y si lo digo, es porque otra vez me ha pagado usted muy mal. Conque, ¿cuánto me vá usted á dar?

—Hombre, por el viaje no te voy á dar nada.

—Pues, muchas gracias.

—Pero por la vuelta te daré, mira: si estás en Cercedilla mañana al anochecer con lo que te darán en Madrid para mí, te doy tres duros; si llegas á las cinco de la tarde, te doy seis; y si llegas á las cuatro, doce.

—Y, dígame usted, señor cura, si me entretienen á mí en Madrid, y no me dejan tiempo mas que para llegar al oscurecer á la puerta de Bilbao, entonces, ¿qué me vá usted á dar?

—Nada; que te den firmada nota de la hora á que sales de Madrid, y si te plantas en el pueblo en cuatro horas, te doy doce duros.

—Trato hecho,—dijo Mirabelillo;—pero deme usted algo para ir tomando un trago por el camino, porque mi mujer se ha llevado la llave del dinero, y desde que mi mujer se fué hasta ahora, no he hecho más que ocho cuartos de venta, y los ocho cuartos los he tirado al albañal; porque ha de saber usted que me los dió el alma

en pena por media libreta, una copa de aguardiente y un cigarro. Conque, eche usted aquí un par de duros, porque á mí no me gusta ir á Madrid y no tomar una tajada y una copa en cierta taberna de la calle de Majaderitos.

—Vamos, toma tres duros; pero te quiero yo ver chapescando en seguida.

—Pues mire usted, el jaco acaba de comerse un pienso, que sino, tendria usted que esperarse á que se le comiera, porque lo que es yo no le hago trabajar á mi bicho con las tripas llenas de aire... Me voy. Dentro de dos credos estoy en la puerta á caballo.

Y Mirabelillo se metió en el corral, donde estaba la cuadra.

—¿Sabe usted,—dijo don Cleofás,—que no me fío yo mucho de ese don Antonio?

—Pues lo mismo me sucede á mí,—contestó don Silvestre. Y por si lo de la credencial es mentira, quiero que Mirabelillo vaya por la posta y vuelva con la razon; porque, como no vengan los dos nombramientos, le aseguro á usted, compañero, que se queda sin acta, como yo me he quedado sin abuelo.

VII.

—A ver si más pronto se ensilla un jaco, y se pone en ménos tiempo un hombre el capote, las espuelas y la canana, y se engancha el retaco.

—Hombre, sí; no hay que decirte una palabra; has andado muy listo.

—Pues ahora, señor cura, dígame usted lo que tengo que hacer.

—¿Tú sabes leer, Mirabelillo?

—Lo que es letra de molde, de corrido; la letra de mano masculło algo, pero la entiendo.

—A ver lo que dice ahí.

—Mire usted, señor cura, yo no entiendo; aquí hay una e, una x, una m, y una o, y no suenan á nada.

—Hombre, si ahí dice excelentísimo señor.

—Vamos, será porque usted lo dice, pero yo no lo entiendo.

—Sigue.

—Excelentísimo señor conde de Rabigo, calle del Duque de Alba, número veintiuno, de parte de don Antonio de Cantillana. Bueno, bien, corriente,—añadió Mirabelillo, guardando cuidadosamente la carta en un bolsillo interior de su chaqueta.—Vaya usted saliendo, para que salgamos el jaco y yo. Y antes voy á apagar la luz no se pegue fuego... Y me tengo que llevar la llave, porque lo que es la otra no vuelve en tres dias.

Los eclesiásticos salieron.

Mirabelillo apagó la luz y sacó el caballo.

En seguida cerró la puerta.

—Oiga usted, señor cura, ¿voy bien bendito?

—Hombre, sí; y no tengas cuidado, que no te se arrimará el alma en pena ni á tiro de escopeta.

—Pues entonces bueno,—dijo Mirabelillo, montando á caballo;—conque, á la paz de Dios, señor cura, á la paz de Dios, caballeros. Lo que es como á mí no me en-

tretengan, mañana al oscurecer, estoy yo llamando á la puerta de su casa de usted, señor cura.

—Anda, anda con Dios, Mirabelillo; que lleves buen viaje.

Mirabelillo partió al paso, y los dos eclesiásticos tomaron de nuevo el camino del pueblo.

VIII.

—¿Qué es eso de alma en pena, y de un hombre á quien todo el mundo teme, aunque no hace daño á nadie?—dijo don Cleofás.

—¡Y qué sé yo qué le diga á usted, compañero!—contestó don Silvestre;—son de esas cosas que se susurran por los pueblos, que adquieren consistencia, y de las que acaba por hablar todo el mundo, sin que nadie sepa lo que habla. Dicen que de cuando en cuando los cazadores, los leñadores, los labradores, los que andan por el campo, suelen encontrarse, y especialmente de noche, y cuando hace luna, un hombre que ya les pide tabaco, ó un pedazo de pan, ó un poco de vino, algo, en fin, de lo que llevan; lo toma, lo guarda, lo paga y se vá. Y es tal el aspecto tétrico y sombrío de ese desgraciado, que no puede ser otra cosa, segun me han dicho, que han llegado á cobrarle espanto, y en cuanto le ven, dejan sobre el suelo parte de lo que llevan, sea lo que fuere, y se alejan.

—¿Y usted no se lo ha encontrado nunca, don Silvestre?

—No señor; porque ha debido tomar informes y sa-

ber que yo no temo ni á muertos ni á vivos, y que si se me presentara, lo encañonaría y no lo dejaría moverse hasta que se viniera á mi mano como un cordero, y me contase su historia ó las causas que le tienen así errante. Y oiga usted, don Cleofás; por curiosidad he salido á buscarle, y, nada, amigo mio, nada. Ese tuno me teme; me conoce sin duda; me ventea desde lejos, y no se deja ver.

—¿Sabe usted que me interesa á mí ya ese hombre, y que más que un pícaro me parece un desgraciado?

—¿Quién sabe lo que le sucederá, amigo don Cleofás? La verdad es, que si así es, siempre que se ha presentado ese hombre ha sucedido una desgracia; ya que se ha despeñado una vaca al tio Fulano, ya que la mujer del tio Mengano ha malparido, ya que se ha perdido toda la sementera sin saber á qué atribuirlo, ya, en fin, otras mil cosas extrañas.

—Casualidades.

—Y, dígame usted, ¿será una casualidad el que ese alma en pena se haya venido á Cercedilla en un dia de elecciones? ¿No será posible lo que he dicho antes, que ese tal sea un polizonte?

—Todo puede ser,—dijo don Cleofás,—pero eso, ¿qué le hace?

—¡Ah, mi buen amigo, que no sabe usted en cuán poco estriba el que se pierda ó se gane una eleccion! Todo se cifra en que no puede confiarse en los electores, que tienen la misma palabra que el moro Muza, y que tanto se les dá comprometerse y faltar á sus compromisos, como no comprometerse y estarse mano sobre mano. Le ase-

guro á usted que no me llega la camisa al cuerpo... Conque vamos de prisa, que ya mi ama y mis dos sobrinas deben haber juntado á todas las beatas, á todas las devotas, á todas las madres de familia del pueblo, y á las que no lo sean, para la procesion del Silencio. Usted verá como nos encontramos en las eras, á la mitad por lo ménos de la parte femenina del pueblo.

IX.

De repente se detuvo don Cleofás, y dió un salto.

—¿Qué le sucede á usted, compañero?—dijo don Silvestre.

—Calle usted, amigo mio; ¿no vé usted allí, al frente nuestro, una sombra blanca?

—Compadre,—dijo el cura,—si es un quejigo desmochado y escarchado, que está ahí sabe Dios cuánto tiempo, sin menearse el pobre. ¡Válgame Dios por los valientes artilleros del mundo, que lleva usted el cuerpo lleno de almas en pena! Vamos, vamos, adelante, don Cleofás, y descuide usted, que no se lo contaré á nadie.

—Pero, hombre, ¿quién habia de figurarse así, de repente, ese fantasma? ¿Qué? á veces le coge á uno el cuerpo de una manera, que cualquier cosa le asusta á uno, y otras veces se esperan á pié firme cien escuadrones de caballería, con las lanzas más largas que de aquí á Filipinas; pero, en fin, vamos andando, y á despachar, porque estoy muy incómodo, no por las almas del otro mundo, sino por lo que le pasa á mi ama.

—Pero compañero, ¿á usted qué le importa que su

ama de usted se case ó no se case? Si le sale bien, buen provecho le haga; y si le sale mal, ella se habrá buscado lo que le sobrevenga. Créame usted, don Cleofás, á las mujeres hay que dejarlas, porque si no se las deja, es peor el remedio que la enfermedad, se irritan, se obstinan, y saltan por encima de todo.

—¿Qué es aquello, don Silvestre?—dijo don Cleofás.

—Hombre, ¿qué ha de ser? Que hemos venido rodeando á dar á las eras, y esos bultos que se ven unos detrás de otros al salir por esa lomita, son la procesion del Silencio, que no pararán hasta la ermita de las eras; son mis buenas feligresas; no hay que tener cuidado que son almas de carne y hueso.

Don Cleofás no se conocia; tenia miedo.

Los accidentes del terreno, lo oscuro de la noche, el viento que zumbaba lúgubremente, el canto de los cuclillos, ese no se qué pavoroso que acompaña á la noche ó mejor dicho á las tinieblas, le dominaban, le impresionaban. Estaba además en muy mala situacion.

Queria á Teresa como si fuera su hija, y Teresa le habia puesto en una situacion gravísima.

El candidato conservador no le inspiraba la menor confianza.

Comprendia, como don Silvestre, que oponerse á la voluntad de las mujeres cuando esta voluntad reconoce por principio el amor, es provocar una catástrofe.

Sufria, pues, de una manera imponderable nuestro buen don Cleofás, y repetia para consigo mismo esta frase, y volvia á repetirla:

—¡Quién lo habia de pensar! fíese usted de la dureza

de las mujeres y de aquello que decia continuamente Teresa: —A mí me apestan los hombres; yo no sé como hay mujeres que quieran casarse para ser esclavas. ¿Y qué sacan con casarse? Vamos que no me hablen á mí de esto, porque no lo puedo sufrir. —Nada, nada, tiene su polvorin como cada hija de Eva, ha entrado en él una chispa y ha venido el trueno gordo. ¡Paciencia! ¿Y qué me hago yo si se casa Teresa? ¡Báh!... A bien que voy á ser canónigo; me dejaré de amas y tendré pajes. ¡Bien, muy bien, Dios proveerá! No hay que afligirse.

Pero la verdad es, que el buen capellan de las Recogidas, se ahogaba.

X.

Llegaron al fin á las eras, siguieron adelante, y alrededor de una pequeña ermita se encontró don Cleofás un gran número de mujeres todas arrebujadas, que estaban rezando á media voz y á más y mejor.

—Práxedes,—dijo don Silvestre.

—Aquí estoy, señor cura, aquí estoy,—contestó la voz chillona y cavernosa á la par de la señora Práxedes porque en esta indivídua todo era raro y contradictorio.

—¿Y las niñas, están ahí tambien?—dijo el cura.

—Sí, señor,—contestó la señora Práxedes.

—¿Y han venido todas las hermanas de la cofradia del Silencio?

—Sí, señor,—dijeron en coro y como si hubieran contestado á una advocacion de la letanía todas aquellas mujeres.

—A ver, á ver, acercaos, hijas mias; el que me acompaña es un santo varon, el capellan de las monjas de Santa María Magdalena, de las Recogidas de Madrid, un excelente sugeto que os ama mucho, como vuestro párroco.

—¡Dios bendiga á ese buen señor!—dijeron muchas voces, la mayor parte de ellas desdentadas.

—Pues bien, hijas mias, este señor ha venido á traerme consejos luminosos, quiero decir, consejos que nos servirán de mucho para servir á Dios y á nuestra patria en estas elecciones.

—Amén,—dijeron dos ó tres voces.

—Hay en el convento de las madres de Santa María Magdalena de Madrid,—dijo don Silvestre relatando un cuento que habia inventado mientras subia la pendiente de las eras,—una bendita mujer que tiene marcadas en sus manos, piés, y costado, las llagas de nuestro divino Redentor.

—¡Alabado sea Dios!—respondieron gran número de voces.

—Esta bendita mujer, por la gracia del Señor, sabe lo presente y profetiza lo porvenir. Esta bendita mujer ha dicho al capellan de su convento: don Cleofás...

Don Cleofás tiró del capote á don Silvestre como llamándole al órden, pero don Silvestre continuó impasible:

—Ha dicho al padre capellan de su convento, que si quiere evitar que el enojo de Dios caiga sobre el pueblo de Cercedilla á causa de haber elegido por diputado á un hipócrita que fué liberal y de los más encarniza-

dos enemigos de nuestra santa religion y del trono.

—¡Jesús, María y José!—exclamaron muchas voces.

Don Silvestre continuó:

—Si se quiere evitar un terrible castigo en el pueblo de Cercedilla, en vez de elegir diputado á don Modesto Longoria, que elijan á un ilustre varon, á un hombre temeroso de Dios que se llama don Antonio Cantillana.

—¡Bien!

—¡Muy bien!

—Se lo diré á mi hijo.

—Se lo diré á mi marido.

—Se lo diré á mi hermano.

Y todas fueron haciendo sus protextas.

—Item,—dijo el cura;—tendremos todo lo que ofrecia el don Modesto, y á mas una campana gorda para la torre de la iglesia, que se oirá en todos los pueblos de alrededor.

—¡Bien, bien, muy bien!

—Además de eso el don Antonio pagará la contribucion de todos los electores.

—Bien, bien, muy bien.

—Además de esto se dará un banquete con cosas muy buenas... y sobre todo habremos servido á Dios.

—Pues no hay mas que hablar,—dijo una que parecia poseida de la confianza de su gran autoridad entre las mujeres del pueblo,—pero repítanos su merced, señor cura, el nombre de ese señor para que no se nos olvide.

—Ese señor se llama don Antonio Cantillana, acordaos. San Antonio es un santo inolvidable, y luego

hay un refran que sabe todo el mundo, aquello de «el diablo está en Cantillana.»

—No se nos olvidará, no se nos olvidará,—dijeron todas.

—Por supuesto, amadas hijas mias, secreto, mucho secreto,—dijo don Silvestre,—que nada se sepa por nuestros enemigos. Ya sabeis, estas cosas, que habeis hecho ya tantas veces, requieren mucha prudencia. Que la eleccion marche como si tal cosa mañana; pero pasado mañana, á la hora de votar, que estén todos prevenidos, que no haya mas que una sola candidatura, la de Don Antonio Cantillana. San Antonio y el diablo, no lo olvideis; así es imposible no se os quede presente que Don Antonio Cantillana es el que debe ser elegido.

—Muy bien, señor cura, muy bien.

—Gracias, hijas mias, gracias, no esperaba yo ménos de vuestro celo cristiano. Para eso solo os han sacado de vuestras casas mi ama y mis sobrinas; pero ya que estais aquí, hijas mias, hagamos algunos ejercicios delante de la ermita del Santísimo Cristo del Silencio. Está oscuro, muy oscuro, todas sois mujeres: nosotros sacerdotes. Un poco de disciplina, hijas mias, para que Dios nos ayude y podamos servir su santa causa.

XI.

En seguida empezaron los ejercicios y á poco se oyó el golpe de las disciplinas.

Aquello era terrible.

Hacia demasiado frio.

Despues de un cuarto de hora de jaculatoria y disciplinazos, el cura dió por terminados los ejercicios y envió á las disciplinantes de la Cofradia del Silencio, á sus casas.

XII.

—El demonio es usted, señor don Silvestre,—dijo don Cleofás,—en Dios y en mi alma que á mí no se me ocurriría hacer otro tanto.

—Y todo es poco, amigo don Cleofás; pero volvámonos hácia casa; y la verdad es que hace un frio que corta y yo estoy deseando meterme entre sábanas. Es además tarde y es necesario levantarse temprano tanto para decir la misa de costumbre, como para ponerse á trabajar en las elecciones.

Y echaron á andar deprisa por unas callejas tendidas sobre un vericueto, sin tropezar por practica don Silvestre, y tropezando á cada paso don Cleofás que no conocia el terreno.

Entraron en la plaza, la atravesaron y llegaron á la casa del cura.

Éste sacó la llave del bolsillo y procuró meterla en la cerradura, pero no pudo.

Creyó que se habia equivocado y palpó con los dedos.

La cerradura estaba cegada.

—¿Qué es esto?—exclamó don Silvestre,—¿qué es lo que sucede aquí? Alguien ha andado en mi puerta.

—¿Pues no decia usted, don Silvestre, que no habia

nadie que se atreviese á acercarse á su casa de usted?

—Y, ¡quién sabe, quién sabe! Dicen que siempre que se ha aparecido ese hombre pálido, ha sucedido una desgracia,—exclamó asustado don Silvestre.

—¡Hola, compañero! ¿con que usted tambien teme á las almas en pena?

—No es que las tema, pero lo que sucede es muy extraño. Esta puerta, más bien, la cerradura ha sido atrancada por dentro. Nada, nada; no hay medio de meter la llave, y la puerta es fuerte; como que á mí me gusta dormir seguro. Vá á ser necesario llamar al cerrajero; y la verdad, no quisiera yo que nos vieran vestidos de esta manera, y á estas horas.

—Ya se lo decia yo á usted, don Silvestre,—saltó don Cleofás, que estaba de muy mal humor,—este es un traje indigno de nosotros.

—Yo no entiendo á usted, don Cleofás,—dijo don Silvestre,—tiene usted un geniazo como una pólvora; vé usted indicios de que mi casa ha sido invadida, está en ella su ama, á quien tanto quiere, y se entretiene usted en hacer observaciones.

—Es que no sé lo que me sucede,—dijo don Cleofás.

—Es que no sé qué partido tomar,—dijo don Silvestre.—Urge entrar, y no quiero llamar gente, por temor de que nos vean de esta manera: pero se me ocurre un medio; entremos por donde ha entrado el ladron, porque estoy seguro de que el ladron no ha entrado por la puerta.

—¿Y por dónde vamos á entrar, santo varon?—dijo don Cleofás.

—¿Por dónde? por las tapias de mi huerto, y si no podemos, porque prudentemente las labré yo muy altas, las tapias del cementerio son bajas, y el cementerio linda con mi corral.

—Advierto á usted, don Silvestre, que yo no entro á estas horas en el cementerio.

—¡Hombre!—dijo don Silvestre, en su desentono de asombro,—es usted el primer clérigo que conozco, que le tema á los muertos.

—¿Y se está usted con esa calma, don Silvestre, metiéndose en disputas, cuando no sabemos lo que ha pasado dentro de su casa?

—Pues véngase usted conmigo, don Cleofás de mi alma, y lo sabremos.

—Vamos allá, y suceda lo que Dios quiera.

El cura y el capellan tomaron por una callejuela, rodearon y salieron por un callejon al lugar donde daban las tapias del cura, las del cementerio y la ábside de la iglesia.

XIII.

—¿Y por aquí vamos á penetrar, don Silvestre?—dijo don Cleofás, midiendo la altura de la tapia,—ni que fuéramos saltamontes.

—Vea usted de qué manera, don Cleofás, las precauciones que uno toma pueden volverse contra uno mismo: pero espere usted; las tapias del cementerio son de tierra y pueden saltarse con facilidad.

—Y dale,—dijo don Cleofás,—¿tendré que repetir que

no me gusta andar de noche por los cementerios?

—¿Y á quién le interesará más el saber lo que ha pasado en mi casa, vamos claros?—dijo don Silvestre,—mi ama y mis dos sobrinas están en la calle, y bien acompañadas; todo lo que pueden robarme son cuatro cubiertos, y alguna ropa blanca, porque el dinero lo tengo bien empleado; dentro se han quedado su ama de usted y esa jóven, á quien usted parece apreciar tanto.

—Es verdad,—dijo don Cleofás,—mi miedo es criminal.

—Tambien es verdad que todo lo que haya podido suceder habrá sucedido ya, y que por mucha prisa que nos demos, solo conseguiremos el llevar el susto más pronto ó el aumentarle, porque dígole á usted, don Cleofás, que yo estoy vivamente inquieto.

—¡Ah!—dijo don Cleofás,—pues ya caigo en lo que á usted le sucede: ¡y que haya yo de ser siempre el tonto de buena fé, señor! Usted está entreteniendo el tiempo porque no se atreve á entrar en su casa, ni se atreve usted tampoco á llamar gente, por temor de lo que murmurarán si nos ven en este traje: ¡ah! ¡yo no sé cómo he podido vacilar! sabe Dios lo que habrá sucedido; ¡mi buena Teresa, la pobre Dolores! Vamos, don Silvestre, vamos; diga usted por dónde se puede asaltar la tapia del cementerio.

—¿Con que se decide usted á entrar?

—Si señor, me decido.

—Pues bien, entremos; pero que no vayamos á tener una desgracia, don Cleofás; que no se le vaya á figurar á usted que un matojo es un muerto que se ha levantado

de su sepultura, y caiga usted redondo, con un susto mortal.

—Don Silvestre, yo tengo miedo hasta que se me pone en la cabeza no tenerle, y le envío á paseo, que entonces ya pueden venir sobre mí todos los muertos del juicio final, que los esperaré impávido. Vamos, don Silvestre, vamos.

A don Silvestre le dió vergüenza ya el prolongar más el asalto, y llevó á don Cleofás á un lugar en que la baja tapia del cementerio estaba un tanto aportillada, y por consecuencia mucho más baja.

Importa poco que sean bajas las tapias de los cementerios, porque á nadie se le ocurre robar muertos.

XIV.

Don Cleofás, que en efecto se habia curado de su miedo, dió el asalto, y con suma facilidad se puso al otro lado de la tapia.

Don Silvestre saltó despues.

Adelantaron por ese desigualísimo terreno de los cementerios de los pueblos, donde á cada paso se tropieza con un cráneo, ó se pisa un hueso, rompiéndole, ó hay que salvar el montecillo de una tumba.

—Pues hemos adelantado mucho,—dijo don Cleofás,—por aquí está mucho más alta la tapia de su corral de usted, que por la parte del callejon.

—Le parecerá á usted que no hemos adelantado,—dijo don Silvestre,—pues hemos adelantado mucho, porque ha de saber usted, que la parte del cementerio que dá

con la casa del sacristan, es una pequeña huerta, que en ella hay dos grandes higueras, que para coger los higos tiene el sacristan una escalera, á ella me atengo. Vamos á buscarla, don Cleofás.

A poco que anduvieron por la huerta, tropezaron con una de esas rústicas y pesadas escaleras de hortelano.

Cargaron con ella, y la llevaron y la apoyaron en la tapia del corral del cura.

—Bien,—dijo don Cleofás,—para subir nos sirve; pero, ¿cómo saltamos desde esa altura al otro lado?

—De una manera muy sencilla, don Cleofás; cuando estemos montados en el caballete, entrambos á dos subimos en peso la escalera y la cambiamos al otro lado.

—¡Hum!—hizo don Cleofás, y añadió:—me parece muy dificultosa esa maniobra; esta escalera es un armatoste, y pesa más que un pecado mortal.

—Hay que tener en cuenta que los dos somos hombres de fuerza, don Cleofás.

—Tambien es verdad.

—Pues, arriba.

Don Cleofás subió, y poco despues estaba montado en el caballete de la tapia, subió tambien don Silvestre, y ambos clérigos quedaron montados en la tapia, el uno enfrente del otro.

—¿Sabe usted, don Cleofás, que el viento me lleva las orejas de puro frio? abajo no tenia tanto: vamos pronto, eche usted mano á la escalera, que yo la echo tambien.

No alcanzaban al primer peldaño, pero alcanzaban

á los dos extremos, y por ellos asieron la escalera.

La levantaron, la apoyaron en el caballete, y pretendieron volverla.

Pero la pesadísima escalera hizo romana, balanceó un momento, se escapó de las manos de los dos clérigos, y fué á caer al cementerio.

—¡Jesús me valga!—dijo don Silvestre, que se creyó arrastrado por la escalera, asiéndose á las tejas del caballete, como un mal ginete se agarra descompuesto al cuello de su caballo.

Por fin, pudo guardar el equilibrio y conservarse á plomo en el caballete, pero helado de espanto.

XV.

—Y, dígame usted, don Silvestre,—dijo desesperado don Cleofás,—¿y qué hacemos ahora? ¡por vida de cualquier cosa! que si yo ahora, en vez de ser capellan fuera sargento de artillería, le pegaba á usted un tiro, por vengarme del compromiso en que usted me ha puesto.

—Déjeme usted por Dios, don Cleofás, que estoy más muerto que vivo,—dijo don Silvestre.

—¿Y le parece á usted que podemos estar así mucho tiempo, con el frio que hace, y que si llamáramos, estaría decente que nos hallaran con este traje y á caballo en una tapia, el uno enfrente del otro, como si fuéramos á esperar á los reyes Magos? yo no sé por qué he hecho caso de usted. Malditas sean las elecciones, y el diputado conservador, y el católico; ¡y sin saber lo que ha pasado por allá abajo! pero hombre, ¿no se le ocurre á usted nada, don Silvestre?

—¿Qué se me ha de ocurrir, pecador de mí?—dijo don Silvestre,—sino que si no llamamos perecemos, y que si llamamos vamos á ser la irrision del pueblo, y nos vamos á ver obligados á escapar y á no volver por aquí en todos los dias de nuestra vida.

—Pues no,—dijo don Cleofás,—lo que es yo no me estoy aquí; al otro lado me echo, y suceda lo que Dios quiera.

—Pero, está usted empecatado, don Cleofás; mire usted que por lo ménos se vá usted á romper una pierna; y le advierto á usted que yo tengo un perro muy malo, qué no ladra, pero que muerde, y que en cuanto usted caiga se le echa encima.

—Pues, suceda lo que quiera, yo no me estoy.

Don Cleofás, apoyando como pudo el pié izquierdo, como pudiera haberlo hecho en un estribo, desmontó, se prolongó, asiéndose al caballete, se le vinieron las tejas encima, y cayó con estruendo al otro lado.

El golpe de las tejas y la conmocion de la caida le aturdieron por un momento, y como no respondiese al llamamiento de don Silvestre, éste exclamó:

—¡Menguada noche! ¡Noche maldita! Hé aquí una espantosa desgracia. ¡Eh, don Cleofás, don Cleofás!

—Nada, no ha sido nada,—contestó don Cleofás desde abajo,—un poco de aturdimiento, dos desollones en las manos.

—Más vale así; pero yo no me echo, yo peso mucho más que usted: don Cleofás, hágame usted la caridad de salir, que la puerta se podrá abrir por dentro, llamar en casa del sacristan, y decirle que venga á poner la escalera.

Pero don Cleofás ya no oia á don Silvestre.

Su inquietud, que crecia de momento en momento, le habia llevado por entre las tinieblas á la puerta del corral, que habia encontrado abierta, y habia desaparecido por ella.

—¿No oye usted, don Cleofás?—repitió infinitamente más angustiado don Silvestre.

Pero nadie le contestó.

Ocurriósele una idea terrible.

—Vamos,—dijo,—se ha rebentado del golpe, porque sonó al caer como un pellejo de aceite; ha podido no conocerlo y hablar algunas palabras. ¡Ah, infeliz! ¡Don Cleofás, don Cleofás, don Cleofás!—repitió á voces.

Pero nadie le contestó.

Acometió entonces un pánico de muerte á don Silvestre.

Vaciló, y hubo de abrazarse al caballete para no caer, y olvidando todo, dominado solo por el instinto de conservacion, empezó á gritar de una manera desaforada:

—¡Bonifacio! ¡Bonifacio!

Bonifacio era el sacristan.

XVI.

A las voces que el cura daba, el buen Bonifacio, que reposaba en siete sueños al lado de su mujer, despertó y escuchó.

—¿No oyes, Petruela?—dijo el sacristan, moviendo bruscamente á su mujer.

—¿Qué quieres, hombre?—dijo ésta, medio dormida.

—¿No oyes?—repitió el sacristan.

Púsose atenta la sacristana, y contestó:

—Sí que oigo; te llaman á voces.

—¿Y no te parece que esas voces las dá el señor cura?

—¡Quítate allá, hombre! si las voces vienen de alto y de sitio donde no puede estar el señor cura.

Éste seguia gritando cada vez con más fuerza, cada vez con más desesperacion, porque le iba acometiendo un vértigo.

—Pues señor,—dijo el sacristan,—yo voy á ver qué es esto.

Y saltó de la cama, se envolvió en una manta, y abrió un ventanillo que daba sobre el cementerio.

Don Silvestre seguia gritando.

—¿Es usted, señor cura?—dijo Bonifacio.

—Sí, hombre sí.

—Pero, ¿dónde está usted, señor cura?

—Montado en la tapia; y me vá dando un mareo, y me voy á estrellar; acude pronto, Bonifacio, por el amor de Dios.

Bonifacio se retiró de la ventana exclamando:

—Pero señor, ¿á qué se habrá montado en la tapia el señor cura? puede ser qne se lo haya mandado el médico á ver si se cura el reuma de que su merced padece.

—Vaya,—dijo la sacristana que lo habia oido todo,—cuando digo yo que el señor cura tiene venas de loco.

—Calla mujer, que no sabemos qué es esto,—dijo el sacristan acabándose de poner los zapatos.

Dos minutos despues, estaba en el sitio donde solia estar su escalera, pero no la encontró.

—Bonifacio,—dijo con voz sepulcral ya el cura,—mira que no puedo más.

—Es que estoy buscando la escalera, señor cura, y no la encuentro.

—Está aquí, en el cementerio, al pié del lugar en que yo estoy,—dijo el cura.

Bonifacio acudió allá, tropezó en la escalera, soltó un redondo taco, porque se habia deshecho una espinilla, subió y llegó á tiempo, porque el cura ya se bamboleaba.

Ayudado por el sacristan ganó la escalera.

Bajó, ó mejor dicho, el sacristan le bajó, y al llegar al suelo se desmayó de alegría y de miedo.

Llamó el sacristan á su mujer.

Petruela bajó.

Entre los dos metieron al cura en la casa.

Le subieron á la alcoba conyugal y le acostaron.

El cura no daba indicios de volver en sí.

—¿Pero qué es esto?—dijo Petruela,—¿por qué tiene el señor cura montera y capote de monte? ¡ay Dios mio, y un retaco!

Este retaco estaba enganchado en la canana, que á no ser así le hubiera perdido el señor cura.

—Pues ya se yo,—dijo el sacristan,—como el señor cura es tan cazador, y con esto de las elecciones no le han dejado salir al monte, se ha subido á la tapia á cazar lechuzas y se ha puesto la montera y el capote por el frio.

—Calla, animal, ¿y esta cachiporra que tiene atravesada?

—Tienes razon, pues lo mismo se yo que tú, y no se cómo el señor cura, vestido de esta manera, estaba montado en la tapia.

Y el sacristan se vestia muy deprisa.

—¿Y para qué te vistes, Bonifacio?

—¿Te parece á tí que se puede dejar en esta disposicion al señor cura? voy á llamar á don Melchor.

Don Melchor era el médico.

—¡Ah! eso es otra cosa, es verdad,—dijo Petruela.

—Pero se me ocurre una cosa; no está en el órden ni es conveniente que don Melchor, que es muy chismoso, vea vestido de esta manera al señor cura; mientras voy á buscar á don Melchor desnudas tú á su merced.

—¿Quién yo? cualquier dia desnudo yo al padre cura, para que vuelva en sí mientras le desnudo y piense mal de mí.

—Tienes razon, mujer, salte fuera.

Petruela se salió, y en un momento Bonifacio dejó al cura en paños menores murmurando:

—Válgame Dios, que mujer tan honesta que tengo, y luego hay malas lenguas que dicen... envidias: vaya, ya está su merced como debe estar, le arropo y le echo encima su capote para que sude, el retaco y la cachiporra entre los colchones, la canana debajo de la cama, la montera me viene á mí bien con el frio que hace. Ea, vamos andando; ya puedes entrar, Petruela, ponle un paño mojado en vinagre al señor cura y á ver si vuelve en sí, y adios que yo no tardo ni cinco minutos.

Y cogió la llave de la puerta que estaba colgada de un clavo á la cabecera de la cama, y salió proveyéndose en

el piso bajo de una linternilla para no romperse las narices contra una esquina, porque la noche era lóbrega.

Aún no habia dado diez pasos cuando vió adelantar hacia él tres bultos negros y se detuvo.

—Vaya, hermano,—dijo una voz ágria y cascada,—no hay por que asustarse, que no somos almas del otro mundo.

—Calle usted, señora Práxedes,—dijo el sacristan reconociendo en la que habia hablado al ama del cura,—¿y de dónde viene usted, señora mia?

—De dónde he de venir, pecador, más que de la procesion del Silencio á la que he ido con las dos niñas.

—Pues mire usted, señora Práxedes, viene usted como llovida del cielo, porque el señor cura no está en su casa.

—Mire usted que noticia,—dijo doña Práxedes,—como que ha estado con nosotras en la disciplina, en las eras delante de la ermita del santísimo Cristo del Silencio, habrá echado por otro lado y no habrá venido todavía.

—Pues si señora que ha venido y está en mi casa, y tan malo, que yo voy á buscar á don Melchor para que socorra á su merced.

—¡Ay Dios mio!—exclamó doña Práxedes.

Y las dos sobrinas echaron á correr dando gritos hácia la cercana casa del sacristan.

Doña Práxedes las siguió no tan deprisa á causa de sus años.

El sacristan las siguió tambien, abrió la puerta, y las entregó la llave.

Despues tomó el camino hácia casa de don Melchor que habitaba en una calleja cercana.

XVII.

Volveremos al momento en que el bulto, que se habia acurrucado en el átrio de la iglesia, se encaminó á la casa del cura, y viendo que no podia forzar su puerta, dió la vuelta y saltó las tapias que, aun con escalera no habian podido superar los dos presbíteros.

Como sabemos, en cuanto nuestro bulto cayó á la parte adentro del corral de don Silvestre, le acometió un enorme mastin.

Pero el intruso, aquella especie de salteador misterioso, se deshizo como sabemos tambien del animal por medio de una terrible puñalada.

Despues se acercó á la puerta del corral en comunicacion con la casa, mejor dicho buscó, al frente del lugar por donde habia salido, la puerta, y la encontró.

Aquella puerta estaba cerrada por dentro, pero como están cerradas las puertas de los corrales de los pueblos, con una aldavilla de madera que se puede levantar por cualquiera de los insterstícios de la misma puerta.

XVIII.

Nuestro hombre siguió á tientas por un callejon ancho y empedrado, como que servia para que pasasen las caballerías á la cuadra que estaba en el corral, y al fin de este pasadizo que era muy corto, se encontró en la cocina, esto es, en la primera pieza de la casa, levemen-



El mastin que guardaba la casa del cura, estaba enseñado á no ladrar sino á echarse encima en silencio.

te iluminada por el reflejo del fuego que ardia en el hogar.

Entonces pudo verse que este bulto podia ser muy bien el hombre pálido de quien habia hablado Mirabelillo, aquel hombre á quien los de Cercedilla llamaban el alma en pena, que á nadie provocaba, que con nadie se metia, que no hacia daño alguno, que ni siquiera pedia limosna.

Hagámonos cargo de este hombre.

Tenia un sombrero redondo de felpa de seda muy usado, muy aplastado, roto en muchas partes, pero llevado con cierta elegancia; un abrigo que no era capa, ni capote, ni esclavina, pero que participaba de las formas de todas estas prendas, hecho girones, raido, casi inútil, y por último unos pantalones desfilachados, de color indefinible, y unos zapatos, que tales se habian puesto, que el pobre, para que no se le cayesen, los llevaba atados con tomizas.

XIX.

En cuanto al semblante de este hombre era sumamente simpático, más que simpático podia llamársele hermoso, pero alterado por una excesiva demacracion y empalidecido por una amarillez enfermiza.

Tenia los ojos grandes, inquietos, calenturientos; en una palabra, aquellos eran los ojos de un loco.

Sus cabellos eran negros, rizados y larguísimos.

Parecia persona distinguida, venida á ménos, ó mejor dicho, llegada á lo último.

XX.

Revolvió en torno suyo su mirada de loco como buscando un objeto.

Vió sobre una mesa un velon de cobre, le tomó, fué á la chimenea, se puso en cuclillas, tomó uno de los tizones, le sopló arrimándole á una torcida del velon, y á fuerza de echar los hígados, logró al fin encender luz.

Despues de esto, volvió á poner el velon sobre la mesa.

Se fué á la puerta exterior, porque en los pueblos el portal de la casa es la cocina, y la puerta de la cocina es la de la casa.

Examinó la cerradura; no habia cerrojo; nuestro hombre sacó una larga navaja de Albacete, de las de tres muelles, teñida en sangre hasta las cachas, á costa de Bravonel, el magnífico mastin de don Silvestre, metió la hoja de la navaja entre la cerradura, y la rompió.

Este era un medio como otro cualquiera, de inutilizar la puerta por algun tiempo.

Despues tomó el velon, y registró el piso bajo.

Nada encontró, mas que las habitaciones vacías.

Subió por una fementida escalera, entró en un cuarto, y halló tres camas revueltas, como si las hubieran abandonado recientemente.

Salió de allí, y entró en otro aposento.

Se encontró con una cama no muy grande, pero sí muy alta, intacta, que demostraba que aún no se habia acostado la persona á quien pertenecia.

Siguió más allá, y en un cuartito encontró dos camas, pero ocupadas por dos mujeres, esto es, por Teresa y por Dolores.

XXI.

Tan rendidas estaban del incómodo, aunque corto viaje, las dos, que dormian profundamente, y no las despertó la luz que llevaba el hombre misterioso.

Éste pasó muy pronto á la contemplacion de doña Teresa á la de Dolores, y á la vista de ésta, sus ojos se arrasaron de lágrimas.

Se aproximó lentamente, dobló las rodillas, dejó el velon sobre el suelo, inclinó la cabeza en el borde del lecho, y rompió á llorar.

Luego se alzó, volvió á tomar el velon, iluminó de nuevo el hermosísimo semblante de Dolores, la contempló durante algunos segundos, la besó levemente en una mejilla, se volvió, salió sin ruido, bajó, llegó á la cocina, puso el velon sobre la mesa, echó en el hogar parte de alguna leña que habia en un rincon de la cocina, avivó el fuego, se sentó, sacó de su bolsillo un pedazo de pan y otro de queso, y se puso á comérselos tranquilamente, con las piernas extendidas hácia el fuego y cruzadas la una sobre la otra.

XXII.

Aquel hombre comia con lentitud, con finura y con cierto aseo.

Echaba fuera las migajas que caian sobre su derro-

tado traje, como si aquel traje hubiera podido mancharse.

Saboreaba lo que comia, á pesar de que tenia poco que saborear, é invirtió lo ménos un cuarto de hora en comerse las dos porciones de pan y queso, que no eran muy grandes.

Luego se levantó, tomó un jarro, le llenó de agua de la tinaja, bebió, se lavó la boca y las manos, volvió á poner el jarro en su lugar, se sentó de nuevo junto al fuego, cruzó las manos, abandonadas sobre sus piernas extendidas, inclinó la cabeza, y permaneció inmóvil, no sabemos si durmiendo ó meditando.

XXIII.

Así pasó el tiempo, y tuvieron lugar don Silvestre y don Cleofás de llegar á la casa, de encontrar obstruida la cerradura, de dar la vuelta, de entrar en el cementerio para dejar la escalera, de montarse en la tapia y quedarse frente á frente, de procurar subir la escalera, de practicarlo, y de saltar impaciente al otro lado, á pesar de la altura don Cleofás, y de llenarse de pavor don Silvestre, hasta el punto de llamar á voces al sacristan, prescindiendo de lo ridículo de su situacion, asustado por el peligro.

XXIV.

Ahora bien; la altura era lo ménos de cinco metros, don Cleofás alto, robusto, pesado, y no se dejó caer sin grande exposicion, porque al caer se dislocó un pié; pe-

ro lo que más importaba á don Cleofás era saber lo que habia acontecido en aquella casa, donde no habia podido entrar su dueño.

Y dominando el dolor que la dislocacion le habia causado, se metió adentro, adelantó, penetró en la cocina, y se quedó estupefacto al ver á nuestro hombre que, con la cabeza inclinada, cubierta por aquella aprension de sombrero, con las larguísimas melenas, liado en su abrigo, que no abrigaba, extendidas y cruzadas las manos, extendidos y cruzados los piés, estaba inmóvil y con los ojos cerrados.

Se veia su pálido semblante de espectro.

Don Cleofás sintió una especie de escalofrío, y se le vino á la memoria lo del alma en pena, lo de las desgracias que acontecian en los lugares donde aquel hombre se presentaba.

Su valor habia sido demasiado puesto á prueba, demasiado estrujado, y empezaba á desplomarse.

Don Cleofás, á pesar de su limpísima hoja de servicios de artillería, tenia miedo, y temblaba de los piés á la cabeza.

Sin embargo, sobre su miedo estaba su cuidado por doña Teresa y por Dolores.

No se atrevia á dar un paso hácia aquel espectro.

Le parecia ménos fuerte, en vista de su gran confianza, de su tranquilidad en una casa extraña, en la cual era un intruso, y por aquella intrusion podian sobrevenirle fatalísimas consecuencias.

Don Cleofás adelantó silenciosamente hácia un costado, haciendo esfuerzos para andar, y llegó á la mesa,

donde ardia el velon, le tomó, y redoblando sus esfuerzos para adelantar, se encaminó á las habitaciones interiores.

No sabemos cuánto tiempo, cuántos esfuerzos, cuánto dolor, costó á don Cleofás el llegar al aposento donde dormian doña Teresa y Dolores.

Las encontró reposando tranquilamente; pero en aquel momento le faltaron las fuerzas.

El dolor de la dislocacion le habia producido un vértigo, y apenas tuvo tiempo para llegar á doña Teresa, y moverla bruscamente.

Doña Teresa despertó despavorida, y al ver á do Cleofás lanzó un grito de terror.

No le habia conocido por el momento, disfrazado por su montera y su capote de monte.

Al grito de doña Teresa habia despertado Dolores.

El buen capellan, no pudiendo ya más, habia puesto el velon en el suelo, y se habia dejado caer cadavérico, cediendo al vértigo, en un sillon colocado á guisa de mesa de noche entre las dos camas.

—¡Calle, pues si es don Cleofás!—dijo reponiéndose doña Teresa,—pero, ¿quién le ha vestido á usted así? ¿á qué viene usted aquí, don Cleofás?

—Algo debe suceder,—dijo Dolores,—porque don Cleofás está desmayado.

—¡Desmayado, Dios mio!—exclamó doña Teresa.

Y como un desmayado no puede ver, no puede lastimar el pudor de una doncella, y doña Teresa estimaba mucho á su buen amigo, á su padre, como ella le llama-

ba; se lanzó del lecho en ropas menores, y acudió á buscar agua.

Dolores se levantó tambien; pero más cauta que la buena doña Teresa, se envolvió, á falta de otra cosa, en la colcha de la cama, porque don Cleofás se habia sentado sobre los vestidos de ambas mujeres.

Doña Teresa habia salido en busca de agua con que refrigerar á don Cleofás, al piso bajo, y se habia encontrado de repente con el inmóvil desconocido.

Dió un grito, al ver que habia allí un hombre que podia reparar en su desnudez, y para taparse el seno con sus brazos, dejó caer el velon, y escapó como un raton atrevido, que al entrar en un terreno desconocido se encuentra de repente con un gato, dormido al amor de la lumbre.

En alas del pánico, y de un pánico honrosísimo, del pánico del pudor, doña Teresa se encontró á oscuras en el piso alto, en el mismo aposento, donde de una manera tan brusca habia sido despertada.

Se sintió mala, y pudiendo más su egoismo que su cariño á don Cleofás, y más que todo esto, su miedo, se metió en la cama, y se arrebujó hasta la cabeza con la ropa.

Dolores habia tropezado con doña Teresa, á oscuras en las escaleras, y habia seguido adelante, impulsada por uno de esos móviles oscuros, misteriosos, de que no podemos darnos cuenta.

Parecia que un poder irresistible la arrastraba á la cocina.

Entró en ella, y al resplandor del fuego vió al des-

conocido, que estaba de pié, inmóvil, mirando á la puerta por donde Dolores acababa de aparecer.

Habia sacado al desconocido de su sueño, ó de su abatimiento, el ruido que habia causado el velon, al caer de las manos de doña Teresa.

XXV.

Al ver el desconocido á Dolores, desaliñada, aunque bellísimamente, la cabellera, envuelta como en un manto, de los piés á la cabeza, en la colcha de la cama, que apenas dejaba ver las puntas de sus piés, esbelta y elegante, porque siempre lo era Dolores, serena y tranquila, porque la suprema desgracia hace muy valientes á las criaturas, avanzó hácia ella, y al llegar á cierta distancia vacilaron de nuevo sus piernas, y se arrodilló delante de Dolores.

—Pero, ¿qué es esto?—preguntó la jóven,—¿quién es usted? ¿es usted de la casa? ¿qué es lo que aquí sucede?

—Yo no soy de ninguna parte,—contestó con una voz melancólica, triste, suspirante, que sonaba á lágrimas, el desconocido;—yo soy un sér que no existe, yo soy un loco.

Dolores se acercó, le quitó el sombrero y le miró.

—Pues no, no le conozco,—dijo despues de haberle examinado con suma atencion.

—Yo sí te conozco,—dijo aquel extraño personaje, juntando las manos, con acento triste y plañidero, posando en Dolores una mirada escandencida, por la ad-

miracion, por la adoracion, por la locura;—tú eres mi ángel.

—¡Que yo soy su ángel de usted!—contestó Dolores, volviendo á poner el sombrerete sobre la cabeza del incógnito,—vamos, álcese usted, explíqueme usted cómo está aquí.

—Tú eres mi destino y me has atraido,—dijo aquel hombre singular, mirando cada vez con más intensidad á Dolores.

—Pero, ¡si yo no conozco á usted, amigo mio,—contestó ésta,—si yo no le he visto nunca!

—Yo sí; te conozco.

Desde antes que nacieses, tú coexistes conmigo.

Tú ardes en mi corazon.

Tú le inflamas.

Tú eres mi desesperacion y mi locura.

Arcángel de luz y de tinieblas, tú eres mi sueño.

Tú eres mi ambicion.

Por tí peno.

Por tí agonizo.

Por tí me he venido á las soledades á buscarte, porque yo estaba seguro que no habia de encontrarte en el mundo infame del que has huido, porque tú eres un fantasma, y los fantasmas se les encuentra en medio de la noche, en la oscuridad de las selvas, entre las asperezas de las montañas, á la luz del relámpago.

Dolores, á pesar de su situacion y de lo miserable del aspecto del desconocido, se echó á reir.

—Sí, sí, ríete, ríete impíamente. Tú no sabes hasta qué punto es horrible tu risa; tú no sabes hasta qué pun-

to tengo el corazon ensangrentado, desgarrado por tí; tú no sabes, ¡oh! tú no puedes saberlo... ¡yo te adoro!

—Amigo mio, es usted la persona más extraña que he conocido desde que tengo uso de razon,—dijo Dolores, —¿quién es usted?

—Un insensato.

—Sí, sí, ya se conoce; pero, ¿cómo se llama usted?

—He olvidado mi nombre.

—¿Pero cómo se encuentra usted aquí?

—¿Cómo? Siguiéndote.

Despues su acento tomó una entonacion más declamatoria, y dijo como podia haber dicho el año mil ochocientos treinta y cinco, representando un melodrama sangriento un actor cabelludo:

—Era el oscurecer de este dia fausto y terrible á la par para mí.

Estaba yo sentado al pié de una madroñera al lado del camino.

Mi vista estaba fija en los rojos reflejos que el sol habia dejado en el Occidente, y que iban palideciendo como han palidecido mis mejillas.

Soñaba en tí.

Me parecia verte en las nubes caprichosas, en las nubes fantásticas que el viento impulsaba lentamente, y que iban perdiéndose tras el horizonte.

Yo gozaba, yo te amaba, yo te sentia.

De improviso, este dulcísimo sueño fué turbado por un sonido desagradable, por el ruido de campanillas y por la voz ágria, borracha, de un mayoral que arreaba las mulas.

Miré y ví asomar á la portezuela de un viejísimo carruaje á mi ángel adorado.

Eras tú, que, atraida sin duda por la belleza del paisaje envuelto en la melancólica luz del crepúsculo, habias sacado por la portezuela tu hermosa cabeza para contemplarle.

Me absorbiste, me atrajiste, me llevaste tras tí.

Me levanté.

Corrí, corrí, corrí.

¡Oh! el maldito carruaje...

Aquellas mulas tísicas corrian mas que yo, porque dos mulas tísicas tienen siempre más fuerza que un hombre tísico.

Yo estoy tísico de amor.

Yo estoy tísico por tí.

Yo fenezco.

Yo muero.

Yo me aniquilo.

Yo te adoro.

Yo no me separo ya jamás de tí.

Tu eres mi destino.

Tus ojos, tus hermosos ojos dormidos, lánguidos con sus miradas de fuego penetran en mi alma.

Esos ojos han estado siempre fijos en mis ojos.

Yo los he visto por todas partes.

Corrí, corrí, corrí.

Las cuestas del pueblo hicieron que ese maldito carruaje detuviese su marcha.

Pude alcanzarle á punto de que en el pueblo entraba.

No me viste, ángel mio.

Estuve á punto de que una rueda me aniquilase por acercarme á tí.

Sí, deseaba verte.

Yo metí mi cabeza por la portezuela y te miré.

—¡Ah! sí;—dijo Dolores,—pero yo creí que se trataba de un mendigo.

—Un mendigo de amor.

Un mendigo de felicidad.

¡Oh, Dios mio, Dios mio! Qué dia tan terrible, tan fausto.

Yo muero.

Yo no puedo resistir...

Esta felicidad me mata.

Seguí el coche.

Me habia lanzado contra la pared, aunque sin inutilizarme con una ligera rozadura.

Seguí.

El carruaje se detuvo delante de la posada.

Habia oscurecido ya.

Esperé, esperé, esperé.

Esperé muriendo.

Al fin saliste.

Te acompañaba un clérigo.

¿A qué vienes tú con un clérigo á este pueblo?

¿Por qué mi ángel iba escoltado por un sombrero de canal?

¿Quién era aquella otra mujer, no fea, no antipática, que te acompañaba?

Seguí, seguí, seguí.

Te metieron te encerraron en una casa cercana á la iglesia.

Yo me oculté en el átrio.

Poco despues sobrevino un hombre, que se puso á pasear por delante de la casa, donde te habian encerrado, porque tú no has debido entrar en ella por tu voluntad.

No, á tí te traen violentada; estoy seguro de ello.

Mi corazon me dice que si no te hubieran traido violentamente, al encontrarme te hubieras lanzado hácia mí, como yo me he lanzado hácia tí.

No, no lo has hecho; no podias.

Yo me habia propuesto salvarte y salvarme.

¿Quién era aquel hombre?

Yo sentí unos celos terribles, los del moro de Venecia, los del terrible Otelo, que de una manera tan magistral, tan terrible, brotó de la espantosa imaginacion de Sackespeare.

Yo soy poeta, luz de mis ojos.

Yo he escrito muchas comedias, muchas novelas, muchos dramas, muchas trajedias y un número incalculable de versos, siempre pensando en tí, siempre inspirado por tí, porque tú eres mi musa.

Yo conozco los clásicos.

Yo adoro á Sackespeare, y le prefiero á todos los autores, á todos los poetas, á todos los génios pasados, presentes y futuros.

¡Oh, qué gran hombre Sackespeare!

¡Oh, si resucitara, si me conociera, haría de mí una de sus más terribles trajedias: la trajedia del corazon!

Yo bramaba de celos.

Aquel hombre...

¿Qué hacia aquel hombre allí, paseando delante de la casa donde te habian encerrado?

Me horroriza la sangre.

Yo me aparto de un hormiguero por no pisar á las laboriosas hormigas, y por causa tuya he contraido un remordimiento eterno.

He muerto á un noble animal, á un bello animal que defendia heróicamente la casa de su amo.

Hay momentos en que una sacudida de los nervios se sobrepone á nuestra conciencia.

Yo me sentí atarazado cruelmente en una pierna.

Tenia conmigo una navaja, una inofensiva navaja, que solo habia servido para cortar pan y queso, é hice uso de ella.

El noble animal dejó de existir.

—Pero Dios mio,—dijo Dolores, que iba interesándose por el loco, porque á pesar de lo originalísimo, de lo extraño, de lo casi ridículo de sus palabras, notaba un amor inmenso, una pasion, un frenesí infinito por ella, lo que no deja de halagar á ninguna mujer,—¿está usted herido?

—¿Qué importa la herida de mi pierna? La que me importa es la de mi corazon.

—Pero, ¡Dios mio!—dijo Dolores,—tengamos juicio, hablemos razonablemente; usted tiene la cabeza débil; amigo mio, usted ha debido sufrir mucho.

—Mucho, mucho, mucho, y todo por tí, que eres mi musa, mi idea, mi sueño, mi encanto.

—Vamos,—dijo Dolores;—yo tengo la desgracia de

parecerme á alguna mujer que le ha vuelto á usted loco.

—¡Una mujer! no me hables de esa mujer, era una infame; yo fuí un tonto, un ejemplo estúpido de hasta donde puede llegar la buena fé en una criatura; pero tú no te pareces á ella, no. Ella era una mujer miserable, una mujer que no amaba mas que el oro, una de esas mujeres que Dios arroja sobre la tierra, para que no produzcan mas que desgracias, un sér maldito.

Dolores se extremeció.

—No, tú no te pareces á ella. Era hermosa, sí, muy hermosa, pero materia pura, hermosura de cieno; no, no, tú eres una hermosura celestial.

—Permítame usted, amigo mio, permítame usted que estoy inquieta. Lo que hay aquí de exacto, es que está usted herido, y que se encuentra usted en una situacion muy difícil, en una casa extraña, en la que, á lo que creo, estamos solos, usted, mi amiga y yo, porque nada se siente.

—Déjame continuar, no me contradigas, no me lastimes, no me desesperes.

Rugia como un leon mal herido.

Un pensamiento lúgubre iba apoderándose de mí.

Aquel hombre pesaba sobre mi alma.

¿Por qué durante una noche tan fria, aquel hombre paseaba con tanta insistencia delante de tu prision?

¿Qué habia de comun entre aquel hombre funésto y tú?

Por tres veces me levanté, por tres veces eché mano á mi navaja, y por tres veces, el horror de verter sangre me contuvo.

Aquel hombre entró al fin.

Esperé sin embargo, resuelto á salvarte si aún era tiempo.

Yo te habia visto triste, melancólica, como una víctima, á quien llevan donde no quiere ir.

Para mí todo estaba explicado.

Te se sacrificaba.

Al fin salió aquel hombre.

Me pareció que salia satisfecho, triunfante, porque iba frotándose alegremente las manos.

Avancé, y sentí que de nuevo se abria la puerta.

Esperé y salieron dos hombres.

Entonces ya no pude contenerme.

Me lancé á la entrada de esta caverna, y por desgracia mia, hallé que la puerta era más fuerte que yo.

Pero las casas de los pueblos tienen todas corral.

Dí la vuelta á las tapias; eran altas, no importaba.

En el tiempo que ha trascurrido desde que ando por cerros y valles, por cuestas y vericuetos; la necesidad de la conservacion me ha hecho sumamente ágil.

Tomé carrera, salté, hice un salto formidable, que si lo hubiera hecho en otro tiempo, en una función de guerra por España, seria tan famoso como el salto de Alvarado en las lagunas de Méjico.

Me encontré dentro del recinto.

Luego fuí acometido por su celoso guardian.

¡Oh, infeliz animal!

¡Un momento de olvido!

¡Aquello fué instantáneo!

¡Muerto, muerto! no lo olvidaré nunca.

Yo amo al perro.

El perro es el amigo más leal del hombre.

Nunca le hará traicion; le consolará con sus caricias del mal que le hayan hecho los racionales.

Entré, busqué, te hallé dormida.

Yo sé lo que vale el sueño, porque duermo muy poco y cuando duermo gozo de un bien inefable.

Me arrodillé, te admiré, deposité un casto beso en tu mejilla, bajé y me senté tranquilo en este hogar.

Nada tienes tú de comun con aquella infame.

En tu semblante dormido aparecian la pureza y la inocencia.

¡Ah, cuanto te amo!

XXVI.

La locura tiene muchos puntos de contacto con la buena fé.

Era necesario estar loco para ver la pureza y la inocencia en la expresion de la pena, del remordimiento, del dolor que se reflejaba á través de su sueño en el semblante de Dolores, cuando la contempló el loco.

Dolores volvió á extremecerse:

—Cálmese usted, amigo mio,—le dijo,—cálmese usted, yo soy, en efecto, su ángel de usted, su Dios, su musa; pero es necesario que salga usted de aquí, es prudente; los demás no comprenderian la situacion en que nos encontramos colocados el uno respecto del otro: lo interpretarian: perjudicaria usted mi reputacion.

—Tú amas,—exclamó el loco mirando de una manera

indecible á Dolores,—tú amas á ese hombre que estaba paseando por delante de la casa, entró y salió tan satisfecho: tú le amas y pretendes engañarme para que yo me vaya, para que yo me aparte de aquí, temes mi venganza.

—Pero, ¡por Dios, amigo mio! no es eso, cálmese usted, yo no sé de qué hombre se trata; yo no he visto en la casa á más hombres que á los dos eclesiásticos, esto es, al cura de este pueblo y al capellan de las monjas de Santa María Magdalena de Madrid, con quien he venido al pueblo: yo juro á usted por mi alma, por mi felicidad, por mi amor, por cuanto es grato y terrible para una mujer, que no amo á nadie.

—¡Oh! ¡si eso fuese cierto!—exclamó aquel extraño sér levantando las manos.

—Sí, amigo mio, sí, es cierto, ciertísimo, usted tendrá lugar de convencerse.

—Sí; no nos separaremos más,—exclamó el loco.

Dolores se aterró.

Temió que la cólera de aquel hombre se exacerbase.

Estaba sola y no tenia de quien ampararse.

Los ojos de aquel hombre brillaban á cada momento de una manera mas sombría, más insensata.

Sin embargo, Dolores se interesaba por él; tenia aquel hombre para ella mucho de simpático.

—Ruego á usted,—le dijo,—sea dócil, no es que yo pretenda alejarle á usted de mí sino que es prudente que se aleje usted por esta noche; ya nos hemos visto y nos veremos mañana.

—¿Y por qué hemos de separarnos?—exclamó el loco.

—Porque sobrevendrán gentes, porque se averiguará que usted ha penetrado violentamente en esta casa, se encontrará el perro muerto, sobrevendrá una prision, una causa criminal.

—Desgraciadamente no se encausa á nadie por matar á un perro,—dijo el loco.

—No, no señor, amigo mio, por desgracia no se encausa á nadie por matar á un perro; pero sí se puede encausar á los que penetran violentamente en el hogar ageno.

—Tú me has traido aquí.

—Eso no será para usted una disculpa; no sea usted tenaz: yo le juro á usted que nos veremos mañana.

El loco la miró profundamente.

—Te creo,—dijo,—tú eres un ángel y los ángeles no pueden mentir.

Dolores alentó.

La locura de aquel desgraciado tomaba un nuevo jiro.

—No, no miento,—dijo Dolores,—pero salga usted, ¡por piedad!

—¡Ah! sí, saldré,—dijo el loco;—soy tu esclavo, no puedo ménos de obedecer tus órdenes, de doblegarme á tu voluntad, pero atiende: si un mal espíritu enemigo mio influye en tí y te niegas á volverme á ver, entonces...

—Entonces, ¿qué?—dijo sonriendo Dolores.

—Entonces tú serás la causante de mi muerte, porque yo vendré á la puerta de la casa donde te sepultes y allí me inmolaré á mi despecho y á tu crueldad.

—Esté usted seguro, amigo mio, de que por mi causa no tendrá usted que ponerse en la situacion tristísima del desesperado que encuentra la felicidad en la muerte. Mañana á la media noche, bajaré á hablar con usted por esa reja.

Y Dolores señaló una reja que habia en la cocina junto á la puerta de la calle.

—A la media noche,—contestó el loco,—estaré aquí.

—No haga usted ruido, se lo suplico: yo estaré atenta me interesa usted mucho; quiero conocer su historia: usted conocerá tambien la mia, si le creo digno de mi confianza. Pero, ¡por Dios! no nos detengamos más: salga usted.

El loco se fué á la puerta de la calle, sacó de la cerradura la media navaja que en ella habia dejado, luego sacó del bolsillo la llave, abrió y salió.

Dolores se apresuró á cerrar la puerta.

Apenas hubo salido el loco, se volvió pesaroso, como arrepentido de haber cedido á la influencia de Dolores.

—¡Ah, me engaña, me engaña! Para volver á verla tendré que asaltar de nuevo la casa, y un segundo asalto será muy difícil, porque estará prevenida.

Y tanteó de nuevo la puerta.

Pero ésta resistió.

—Y bien,—dijo,—puede ser que no me engañe, yo desconfio de todo: las desgracias me han hecho suspicaz, ella es un ángel de luz: es la criatura más cándida que he conocido: la criatura más adorable; y bien, me ha dicho que mañana: esperemos; mañana volveré. Mañana á la media noche,—añadió alejándose;—mañana á la me-

dia noche y aún no son las diez. No, no son las diez, ventiseis horas de espera, ¡qué horror! ¡voy á desesperarme!

Y murmurando estas palabras se alejó á lo largo de la plaza.

XXVII.

Dolores dejó puesta la llave en la cerradura.

Subió y encontró á Teresa tapada todavía enteramente, y temblando.

No se le habia pasado el susto.

Don Cleofás empezaba á volver en sí.

Al fin dió un gran suspiro, un suspiro estentóreo, por decirlo así.

Luego abrió los ojos y extendió las manos.

—¡Ah, Dios mio, Dios mio!—exclamó.—¡El alma en pena!

—Pero, ¿qué está usted diciendo, don Cleofás?

Don Cleofás se fijó, vió á la jóven envuelta en la colcha de la cama y se extremeció de nuevo, pero de una manera extrema.

Le parecía que tenia delante otra alma en pena.

—Pero, ¡por Dios, don Cleofás!—dijo Dolores,—si soy yo. ¿Qué es lo que pasa por usted? ¡Usted tan valiente apurado por esta aparicion! ¿De qué alma en pena habla usted?

—¡Ay, doña Dolores, doña Dolores de mi alma!—dijo reponiéndose un poco.—¡Qué cosas nos han sucedido esta noche, y todo por estas malditas elecciones de Cercedi-

lla! ¡Ah! ¡El sistema representativo! ¡Ah! ¡Si yo hubiera sabido que al venir á este pueblo iba á presenciar el escándalo, la abominacion de las elecciones!... ¡Qué noche, Dios mio, qué noche! Yo estoy enfermo: yo me estoy muriendo: no puedo más.

—Pero levántese usted, don Cleofás, yo le ayudaré á usted. Echese usted en mi cama: necesito vestirme: está usted sentado sobre mi ropa y la de Teresita.

Don Cleofás se levantó aturdido y vaciló: tenia fiebre.

Dolores le ayudó y le puso en la cama.

—Pero, don Cleofás,—le dijo,—¿qué es esto que lleva usted debajo de este capote?

—Qué ha de ser, hija mia, cosas de este don Silvestre, yo creo que aquí todo el mundo está loco, me ha hecho ponerme esta montera y este capote de monte, y esta canana, este retaco y esta cachiporra... Nada, nada, aquí todo el mundo se ha vuelto loco... las elecciones... y luego el alma en pena... Yo estoy muy malo: á mí me vá á suceder algo.

—Tranquilícese usted, ¡por Dios! don Cleofás, acuérdese usted de que ha sido artillero de la Guardia Real.

—Eso fué en otro tiempo: ya no soy nada: no soy más que un clérigo meticuloso: yo creia que valia algo, pero esta noche no he podido resistir á la prueba; ya se vé, aquella soledad, aquella sombra blanca... luego ese hombre sentado en la chimenea en la actitud de un agarrotado á quien acaban de ajusticiar.

Dolores se extremeció.

—¡Qué comparacion tan extraña!—exclamó.

—Sí, hija mia; á nada se parecia más que á un ajusticiado: tenia las manos extendidas por delante, el sombrero abollado... vamos, no me quiero acordar. ¡Gracias, hija mia, gracias!

Estas gracias de don Cleofás se referian á que Dolores le habia quitado la montera, el capote de monte, la canana, el retaco y la cachiporra, y le habia dejado con su chaqueta y sus pantalones negros.

Don Cleofás, con botas y todo, se metió debajo de la ropa de la cama, y se tapó.

Dolores tomó sus ropas y salió á la habitacion inmediata, y se vistió.

XXVIII.

Teresa, que habia oido hablar junto á sí, y habia reconocido en las voces que hablaban, á don Cleofás y á Dolores, fué sacando poco á poco la cabeza, como los galápagos que la han escondido asustados.

Al fin se puso á mirar de hito en hito á don Cleofás, que no dejaba ver más que la mitad de su semblante, bajo el rebujo de la cubierta del lecho.

Don Cleofás la miraba á ella.

—Tú tienes la culpa,—dijo don Cleofás, desembozándose la boca para poder hablar.

—¿Me decia usted á mí?—preguntó Teresa.

—Sí: ¿pues á quién he de decir? Tú tienes la culpa.

—¿Y de qué tengo yo la culpa, don Cleofás?—dijo Teresa con la voz dolorida;—no faltaba más sino que con

el miedo que tengo yo dentro del cuerpo, con lo que he visto, venga usted ahora á regañarme.

—Pero, ¿qué es lo que has visto tú?

—Lo que usted ha visto, don Cleofás, que le ha dado tanto miedo; ese alma en pena, que parecia un ajusticiado.

—Muchacha, ¿tú tambien lo has visto?

—Sí, señor.

—¿Y no sabes tú que dicen en el pueblo, que cuando se vé á ese hombre sucede una desgracia?

—Yo no sé eso; yo lo que sé es que cuando usted subió y nos despertó, se desmayó; y yo por el amor que tengo á usted, salté de la cama como estaba, y no me entretuve á vestirme, porque creia que en la casa no habia nadie: bajé, y me encontré con ese hombre; ¡y he pasado un miedo tan grande!...

—No le he pasado yo menor, mujer. Pero, en resumidas cuentas, el haberte tú enamorado de ese don Antonio del diablo, es lo que ha traido todas estas cosas.

—¿Y qué tiene que ver don Antonio?—exclamó Teresa.

—¿Que qué tiene que ver? Que si tú no te hubieras enamorado de ese don Antonio, ¿por dónde habíamos de haber pensado en hacerle diputado mi compañero don Silvestre y yo? Y si no hubiéramos pensado en hacerle diputado, no habríamos visto á esa maldita alma en pena: nada, Teresa, vá á suceder una desgracia, yo te lo aseguro, y tú tienes la culpa con tus amoríos.

XXIX.

Apareció entonces en el aposento ya completamente vestida, Dolores.

—¿A qué esas recriminaciones?—dijo,—lo que ha sucedido ha sido inevitable, lo ha producido las elecciones, don Cleofás, y no soy yo á quien ménos contraría esto: pero, en fin, no hablemos más de ello, sino de lo del momento; usted está malo, muy malo, don Cleofás, y Teresa no está buena; en la casa no hay nadie, ni aun el acólito.

—¿Cómo que no hay nadie?—dijo extremeciéndose aún de miedo don Cleofás,—¿pues y el hombre negro, el alma en pena?

—¡Ay, Dios mio! no hable usted de eso, don Cleofás,—dijo Teresa, volviéndose á tapar la cabeza,—que me muero de miedo.

—Ustedes han soñado,—dijo Dolores,—yo he corrido toda la casa, y no he visto á nadie.

—¿Cómo que no ha visto usted á nadie?—dijo don Cleofás,—¿con que no ha visto usted un hombre horrible, pálido como un difunto, con los ojos cerrados, con los piés y los brazos extendidos, las manos cruzadas y la cabeza inclinada como un ajusticiado?

—¡Calle usted por Dios, don Cleofás! que me vá usted á matar de miedo,—dijo Teresa,—yo me estoy muriendo; la carne se me despega de los huesos.

—Pero, señor,—dijo Dolores,—¿dónde estaba ese hombre? yo he corrido la casa y no le he visto.

—Estaba junto á la chimenea, y el reflejo del fuego le daba en la cara y le ponia horrible,—contestó don Cleofás.

—¡Báh! Ustedes han soñado, amigos mios,—dijo Dolores.

—¡Cómo que hemos soñado!—dijo Teresa,—le he visto yo, sí, señora, le he visto yo; por cierto que se me cayó el velon de la mano y escapé muerta de miedo.

—Eso sí, lo he encontrado,—dijo Dolores,—el velon caido y una gran mancha en el suelo; pero no tengan ustedes duda; cuando está muy excitada la imaginacion se ven cosas que no existen, las sombras toman cuerpo, la proyeccion de un mueble sobre la pared á la luz del fuego, cualquier objeto, toma una forma fantástica, hija de nuestra imaginacion perturbada.

—Usted tiene mucho talento, doña Dolores,—dijo don Cleofás,—pero no me puede usted persuadir de que han sido trampantojos mios lo que he visto, no, no señora: ese hombre es funesto; lo que nos ha acontecido á don Silvestre y á mí; yo me he dislocado un pié, medio me he rebentado, estoy todo descuadernado, dolorido, frio, y el pobre don Silvestre, allá se quedó montado en la tapia; ¡qué habrá sido de él!

—¡Cómo! ¿en qué tapia?—dijo Dolores.

—Mire usted, señora,—contestó don Cleofás,—en esta casa hay un corral, y en el corral una tapia que vá á dar al cementerio.

—¡Jesus!—dijo Teresa,—¿qué es lo que usted dice,

don Cleofás? ¿con que tenemos tan cerca á los muertos?

—Sí, hija mia, sí,—contestó don Cleofás,—pared de por medio; y yo creo que el alma en pena no es otra cosa que uno de los vecinos que ha tenido frio y ha venido á calentarse al fuego de don Silvestre, aprovechando la ocasion de no estar aquí ni él ni yo, para exorcizarle.

—Por Dios, don Cleofás,—dijo Dolores,—pues, ¿porqué no le exorcizó usted cuando le vió?

—Calle usted, señora, calle usted, que estaba yo muy mal dispuesto cuando le ví, y ya habia sufrido el porrazo, y no estaba en mi estado normal: pero don Silvestre, el pobre don Silvestre, es necesario que si usted se atreve vaya usted á ver lo que ha sido de él.

—¡Pues no he de atreverme! allá voy, tanto más, cuanto que don Silvestre me parece un buen sugeto.

—Pero no se lleve usted la luz, doña Dolores, que nos vamos á morir de miedo,—dijo Teresa.

Dolores dejó la luz, bajó, y encendió un candil en el fuego.

Registró la parte baja de la casa, entró en el corral, y vió...

En el suelo, cerca de la tapia, sobre un charco de sangre, jadeante, lo que significaba que no habia muerto, un hermosísimo mastin leonado.

Al ver á Dolores, el pobre animal se arrastró hácia ella, gruñendo dolorosamente.

Dolores se impresionó: la causó una gran lástima aquel pobre bicho.

Le reconoció, y vió que por una ancha herida que tenia en el vientre le salian las tripas.

—¡Ah, el terrible loco!—exclamó extremeciéndose Dolores,—no sé por qué pienso en ese hombre, por qué me intereso por él; y, ¿qué hacer con este pobre animal?

Dolores tuvo un pensamiento: en el corral debe haber gallinero, y en él ponederos para las gallinas.

Estos ponederos podian ser espuertas.

Dolores buscó el gallinero, y se entró en un establo donde habia un caballejo y un asno.

Al fondo, en unos palos atravesados, dormian las gallinas.

Los ponederos eran cestos viejos.

Pero á falta de espuerta, Dolores encontró un pequeño seron, colgado de una escarpia: le descolgó, y le sacó arrastrando al corral.

Luego buscó paja, é hizo en el seron una especie de cama.

Además puso sobre la paja su pañuelo de abrigo.

Despues, con mucho cuidado, puso el perro sobre aquel lecho, y luego tiró de él lentamente y con fatiga, porque el perro pesaba.

Le introdujo en la cocina, y le puso junto al fuego.

Luego se puso á acariciarle.

El noble animal lamia con muestras de agradecimiento la mano de Dolores, y gruñia lastimeramente como pidiendo socorro.

—¡Nadie, y no hay nadie!—dijo Dolores,—y yo quisiera socorrer á este pobre bicho; si no ha sido herida ninguna tripa, tal vez pueda vivir.

En aquel momento llamaron á la puerta.

Dolores fué á ella y preguntó.



Despues, con mucho cuidado, puso al perro sobre aquel lecho.

—Soy yo,—respondió una voz juvenil,—soy yo, Andresillo el acólito; hágame usted el favor de abrirme, que hace mucho frio.

Dolores desechó la llave y los dos cerrojos de la puerta, y rebujado en un medio manteo, cubierto con una montera, soplándose los dedos, entró el acólito.

—Apuesto,—dijo al ver que quien le habia abierto era Dolores,—que no han venido todavía la señora Práxedes y las niñas.

Y cerró la puerta.

Luego se fué al fuego y se puso á calentarse, sin reparar en el seron que estaba junto al hogar.

—Pues señor,—dijo,—ha de saber usted, señora, que yo he venido antes porque las hermanas del Silencio se habrán ido por ahí de ceca en meca, para hacer sus ejercicios sin que yo las sintiera; porque, mire usted, señora, cuando estuvieron allí junto á la ermita del Santísimo Cristo del Silencio, como yo no soy hermana de la cofradía, me fuí bonitícamente á la puerta de la ermita, donde no daba viento, y me acurruqué, y yo no sé cómo fué, señora, pero la verdad es que yo me dormí, y desperté despues de yo no sé cuánto tiempo, tiritando de frio; y como ví que no habia nadie, dije: pues señor, ya se ha acabado la procesion, se han ido y no se han acordado de llamarme; de mí nadie se acuerda más que para que sirva al altar, y para repicar las campanas, y para velar los muertos, y para tenerme hecho un zascandil todo el dia la señora Práxedes; pero muchas veces se le olvida llamarme para almorzar ó para cenar, porque para comer, como todos comemos á una misma hora, ya

acudo yo: y por cierto que ya que me he calentado, voy á ver si aquí en un rincon de la alhacena me encuentro una tajada de pescado que escondí, y un pedazo de pan duro.

—Antes es menester que vayas á buscar el albéitar.

—¿Y para qué señora?—dijo el monaguillo, mirándola con extrañeza.

—Porque han herido muy malamente al perro,—dijo Dolores,—y es necesario ver si se le salva la vida al pobre animal.

—¿Que han herido malamente á Bravonel?—dijo con un vivo interés el monaguillo, poniéndose de pié,—y, ¿dónde está?

—Ahí, en ese seron, contestó Dolores.

—¡Ah, sí, es verdad! con el afan de calentarme no le habia visto,—dijo Andresillo, acercándose al seron,—¡pobrecito Bravonel! ¡ay Dios mio, y qué gatera le han abierto en la barriga! y le han echado las tripas de fuera, le han matado; y, ¿quién ha hecho esta barbaridad, señora?

—No lo sé,—contestó Dolores,—le he encontrado así en el corral, he entrado al establo por ese seron, y le he traido aquí.

—Dios se lo pague á usted, señora,—dijo Andresillo,—y bueno que se vá á poner el padre cura en cuanto lo sepa; porque, mire usted, señora, aunque el perro es mastin, el padre cura le habia hecho de caza, y se lo llevaba, y le servia de mucho, vamos; yo no sé lo que vá á pasar en esta casa, cuando el señor cura venga y sepa esto.

—Pues, por lo mismo,—dijo Dolores,—es necesario ir por el albéitar para que le cure.

—Sí, que si,—dijo el muchacho,—y mire usted, señora, puede ser que no se muera, porque al tio Rastrillo le echaron el año pasado el bandullo fuera de un navajazo, y acudió el barbero, que le metió las tripas dentro, y le echó una costura en la barriga, y el tio Rastrillo no se murió, sino que anda por ahí tan bueno y tan robusto, y puede ser que el albéitar cure tambien al pobre Bravonel; pues mire usted, señora, allá voy yo, y hágame usted el favor, si viene la señora Práxedes y las niñas, y el señor cura, de decirles adónde he ido yo, para que cuando vuelva no me riñan.

Y Andresillo se apretó su montera, se lió en su manta, abrió la puerta, y salió.

Dolores cerró y subió al aposento, donde rebujados cada cual en su lecho y temblando de miedo, estaban don Cleofás y Teresa.

—Nada,—dijo Dolores,—no he encontrado nada más que un perro muy mal herido: las almas del otro mundo no parecen por la casa.

CAPITULO XX.

De cómo el loco tomó parte en las elecciones de Cercedilla.

I.

Entretanto, el loco, cuyo nombre ignoramos, habia salido del pueblo y se habia lanzado en el montañoso terreno, flanqueando la carretera del pueblo de Navacerrada por la que se iba á Cercedilla.

Como á un cuarto de legua de este pueblo, el loco; que llevaba el pensamiento lleno de dolores y deliraba improvisaciones capaces de asustar al espíritu de la poesía, en las que declamaba su tremendo amor, y cantaba su esperanza, tomó por la falda de un cerro, y se metió por un profundo barranco.

El cerro á cuyo pié corria y corre este barranco, se llama de la Maliciosa.

Al llegar á un recodo del barranco, el loco se detu-

vo de improviso y miró con asombro á la parte media de una pequeña cortadura, en la cual se veia un rojizo reflejo que salia por la boca de una cueva.

—¡Ah!—exclamó;—un intruso temerario se ha apoderado de mi agreste vivienda: ¿quién será? puede ser algun desgraciado como yo: veámoslo; si así fuese tendríamos un compañero.

Y el loco adelantó y subió por una rampa natural que conducia á la entrada de la cueva.

Antes de que llegase á ella, relinchó un caballo.

—¡Calla!—dijo el loco;—pues el intruso no es tan desgraciado como yo, puesto que todavía posee un noble animal que le conduzca sobre sus espaldas, y le haga ligero el camino: ¿si será un bandido? Pero esta no es tierra de bandidos montados.

Y penetró en la cueva.

Al relincho del caballo habia despertado un hombre que estaba tendido en el suelo, al lado de una hoguera.

Aquel hombre era Mirabelillo, el ventero á quien don Silvestre habia dado la carta de don Antonio Cantillana, con sobre al excelentísimo señor conde de Rabigo, calle del Duque de Alba, número 21.

II.

Por más que Mirabelillo habia querido armarse de valor, como á un cuarto de legua de su ventorro, estando ya en la falda del cerro de la Maliciosa, le entró de repente tal frio y tal miedo, que no le fué posible ni seguir adelante, ni volver atrás.

Le parecia que de detrás de los árboles, de las matas, de las peñas, de los accidentes del ágrio terreno, salia el alma en pena para agarrarle y cargar con él.

Conocedor del terreno, y apurando los últimos restos de valor que le quedaban, se propuso aprovechar, para pasar la noche, la cueva del barranco.

—Encenderé lumbre,—se dijo,—y tal vez, tal vez la lumbre ahuyente al alma en pena como ahuyenta á los lobos.

Y llegando al pié de la cueva, desmontó, cortó cantidad de leña menuda de los brezos y de la maleza, la llevó á la cueva, y la puso fuego.

Luego metió su caballo en la cueva.

En un ángulo de ella vió merced á la hoguera que habia encendido, un gran monton de yerbas secas, deprimidas y con todas las señales de haber servido de lecho á un hombre.

—Por aquí ha pasado algun huido,—dijo,—y se ha amparado de esta cueva. Dios se lo pague por la cama, porque así estaré mas blando que en el suelo.

Pareció cobrar algun valor Mirabelillo cuando se vió en la cueva y con una buena hoguera.

El ángulo donde estaban las hojas secas estaba situado de tal modo, que no llegaba á él el viento.

Mirabelillo se quitó su capote para echárselo encima, su chaqueta para que le sirviese de almohada, quitó el freno á su caballo, y le trabó con las riendas para que no se le fuera.

Luego se acostó, echó la cabeza sobre su chaqueta,

se cubrió el cuerpo y la cabeza con el capote, y dijo ya medio adormilado:

—Mañana por la mañana en cuanto amanezca, ya estoy andando, tiempo queda para llegar, dar la carta y volver con la contestacion á Cercedilla al oscurecer.

Poco despues, y ya completamente tranquilo, confiando en que el resplandor de la hoguera, ahuyentaría al alma en pena se durmió.

III.

Pasó como hora y media.

Mirabelillo roncaba en todos los tonos.

La hoguera se iba extinguiendo.

De improviso relinchó el jaco, y Mirabelillo despertó y se incorporó.

Su vista, no bien clara aún, se fijó en el loco.

—¡El alma en pena!—exclamó.

Y arrojando lejos de sí el capote, dió un terrible salto, y dándole alas el pavor, se escapó como un pájaro, recorrió el barranco, siguió corriendo á todo correr, y un cuarto de hora despues llegó á su ventorrillo.

Pero se encontró conque se habia dejado la llave de la puerta en la chaqueta.

No importaba: dió la vuelta, saltó las bardas del corral, y encontrando la puerta interior cerrada y fuertemente atrancada, trepó por el tiro de la garrucha del pajar que estaba pendiente; se metió dentro y se enterró temblando entre la paja.

IV.

El loco entretanto habia reconocido los despojos que habian quedado en la cueva.

Se encontró con una buena chaqueta de paño pardo, con un buen sombrero calañés, y con un excelente capote de monte.

A mas de esto, en los bolsillos de la chaqueta habia un pañuelo de yerbas, una llave, una petaca y avios de encender; porque la gente de los pueblos y de los ventorrillos, no ha entrado todavía por los fósforos, le sale mucho más barata la yesca.

En el otro bolsillo habia una navaja, tres duros y una carta.

El loco leyó el sobre de aquella carta, que como sabemos decia:

—Al excelentísimo señor conde de Rabigo, calle del Duque de Alba, número 21. ¡De don Antonio Cantillana!—murmuró el loco,—¿qué hace aquí ese pillo? ¡Ah! es verdad, él se ha consagrado á la política de industria: sí, sí, eso es, en Cercedilla se ocupa de las elecciones; pero, ¿estará ese bribon en Cercedilla? Veamos, veamos la carta.

El loco la abrió y la leyó.

—¡Ah!—dijo,—se piden dos canongías para dos clérigos; para el cura propio de la villa de Cercedilla, y para el capellan de las monjas de las Recogidas de Santa María Magdalena de Madrid: éste capellan debe ser el eclesiástico que acompañaba á mi ángel, y á aquella otra

mujer no fea; ¡oh, qué sueño, qué sueño, Dios mio! me ha parecido que la he visto esta noche; que estaba envuelta en una túnica roja, (en efecto, encarnada era la colcha de la cama en que se habia envuelto Dolores), parecia una divinidad terrible: ¡Oh, Dios mio, Dios mio mi cabeza! á mí me ha sucedido algo esta noche, pero me acuerdo de ello confusamente como de un sueño; y en medio de ese sueño recuerdo una mujer ideal. ¡Oh, Dios mio! yo padezco con frecuencia de esos sueños que no son sueños: porque toco, veo, hablo, siento; yo debo estar loco por intervalos; despues de esos terribles intervalos me queda una fatiga insoportable: parece que he hecho sin descansar y á la carrera una larga y violenta jornada, los recuerdos de lo que durante esos penosos intervalos me ha sucedido se revuelven informes, vagos, en mi cabeza, y necesito detallar, determinar lo que me ha sucedido esta noche: he visto una mujer encantadora, un arcángel, mi anhelado ideal: ¡ah! no, no, yo no lo he soñado la he visto, sí, ¿pero dónde? ¿dónde? Señor... Señor... ten piedad de mí, fortalece mi cabeza, esta es una vida horrible, una vida insoportable, mas que vida es una agonia infinita.

Y el desgraciado se llevó las manos á la cabeza como si hubiera pretendido que aquella lucidez de razon en que se encontraba no se le escapase.

V.

Sus ojos no exhalaban ya como antes el fuego opaco de la fiebre.

Los músculos de su semblante habian dulcificado su rígida tirantez.

Su mirada no representaba otra cosa que abatimiento y tristeza, ni otra expresion que la de una gran languidez de un gran cansancio, aparecia en su semblante.

Se sentó en el suelo junto á la hoguera teniendo la carta en la mano.

El sobre habia sido roto, pero cerrándolo de nuevo con lacre podia hacerse que no se conociese la rotura.

—Sí, sí, indudablemente,—dijo como si se hubieran esclarecido sus recuerdos y repasando la carta;—donde yo he visto á esa mujer admirable, á esa diosa, ha sido casa del cura de Cercedilla; sí, eso es, más claro, más claro, memoria mia. Veamos: sí, yo la ví en el camino, me asombró, me hizo caer en uno de mis delirios; la seguí, paró en la posada del pueblo; despues salió con el eclesiástico y la mujer que la acompañaban: atravesaron la plaza... sí, sí, eso es, entraron en la casa del cura, yo me acogí al átrio de la iglesia, á poco un hombre vino á pasearse por delante de la casa del cura; sí, sí, eso es; yo sentí unos terribles impulsos de celos: creí que aquel hombre iba por ella: tuve que luchar con mi celosa rabia para contenerla, ¡ah! ese hombre no iba allí por ella ese hombre era Cantillana: ese hombre iba por su acta de diputado, esta carta lo demuestra harto claramente: aquel hombre salió luego, y luego los dos curas disfrazados: y luego yo penetré en la casa. ¡Ah! ¡el pobre perro! ¡mi locura! ¿qué daño me habia hecho aquel pobre animal? atarazarme una pierna defendiendo su casa... y la cuestion es que la pierna me duele más de lo que yo quisiera;

pero, ¿qué importa? ¿no me he herido mas de una vez en los espinos, en los abrojos, en los pedernales de la sierra? Ello ha pasado sin necesidad de cirujano ni de bálsamo: el agua fria los ha sustituido; la nieve ha restañado la sangre: la costra de las heridas ha sido su apósito: nadie cura sus heridas á los lobos y á las alimañas silvestres mas que la naturaleza; cuando la herida es grave, mortal, no hay médico ni cirujano que la cure: como se han curado otras heridas mias se curará esta. ¡Ah, qué mujer, Dios mio, qué mujer! ¿por qué ha causado en mí una impresion tan profunda, que me parece que la conozco desde que tengo uso de razon, y que desde que la conozco la amo? y no la he visto, no, no la he visto hasta ahora: me ha prometido si no me es infiel mi recuerdo, hablar conmigo mañana á la media noche por la reja. ¡Ah! me hablará antes, la veré antes, yo haré que me reciban con alegría en la casa donde se encuentra: sí, porque yo llevaré á ella lo que en esta carta se pide: no importa que yo trabaje tambien en la eleccion de Cantillana: tambien tengo yo mi interés en ello; aquí me han dejado un caballo, una escopeta cargada, un capote, un sombrero, una chaqueta, tres duros, otros tres ó cuatro que tengo yo; vamos, sí; iré á ver á don Nemesio, que estará muy distante de creer que vá á verme; él es hombre de negocios, y desempeñará mejor que quien llevaba esta carta el encargo.

Y el loco se quitó su capilla y su sombrero abollado, los metió en las alforjas, y al meterlos en ella, encontró un pedazo de pernil, medio pan blanco y una pequeña bota llena de vino.

—¡Ah! bien, perfectamente,—dijo poniéndose sobre una levita destrozada la burda chaqueta de Mirabelillo, —este alimento sano y bien condimentado me es muy provechoso, siento una gran debilidad; comamos y bebamos, y en seguida en camino.

Se sentó de nuevo en el suelo, y se puso á comer con la misma lentitud y la misma finura con que le vimos comer algun tiempo antes casa de don Silvestre, su pobre racion de pan y queso.

Bebió con sobriedad, y despues de que hubo concluido, puso los restos de las provisiones en las alforjas, se encajó el capote de monte, se puso el sombrero cuyo barbuquejo sujetó bajo su barba, destrabó el caballo le embridó, le sacó de la cueva haciéndole descender al barranco; y salvando este, llegó á la carretera y montó con la soltura de un ginete consumado.

En seguida, puso el caballo al galope hácia Madrid.

CAPITULO XXI.

La calumnia.

I.

Bonifacio, esto es, el sacristan de Cercedilla, iba perdiendo los talones por aquellas plazas, en busca de don Braulio el médico, para que fuese á socorrer á don Silvestre, que estaba tan malo; como que de miedo y de frío habia cogido un grande espasmo nervioso.

Al entrar por una estrecha callejuela, por la que habia que atravesar para llegar á la casa del médico, Bonifacio, á causa de su turbacion y de la oscuridad de la noche, arrolló á un indivíduo humano de ménos volúmen que él, que dió tres ó cuatro traspieses, exclamando:

—¡So bruto! ¡si vendrá usted ciego!

—¡Ah, que eres tú, Andresillo!—dijo el sacristan,—perdona, hijo, que no te habia visto.

—¡Ah, que es usted, señor Bonifacio!—dijo el mona-

go;—perdone usted que yo le haya dicho bruto, porque yo no sabia que hablaba con usted.

—Eso no le hace,—contestó el sacristan,—pero, ¿á dónde vas tú por aquí, hijo?

—A buscar al tio Làñas.

El tio Lañas era el albéitar.

—¿Y para qué quieres tú al tio Lañas, Andresillo? ¿se le ha puesto mala la jaca al señor cura?

—¡Quiá! no señor; es que le han dado una puñalada á Bravonel, y le han echado afuera las tripas.

—¡Pobrecito! ¿y quién le ha dado esa puñalada, muchacho? ¿has sido tú, malo?

—¡Qué he de haber sido yo, señor Bonifacio! si quiero yo á Bravonel como á las niñas de mis ojos, y dormíamos juntos: no señor, yo no he sido: y si yo supiera quién ha sido, aunque soy un muchacho, le buscaba las vueltas y le soltaba un peñazo, que no le habia de saber á almendras: no señor, no se sabe; pero cuando yo volvia de la procesion del Silencio, que fuí con la señora Práxedes y me quedé dormido en la puerta de la ermita de las eras, me encontré en la cocina á una señora muy hermosa, que ha venido de Madrid con otra señora, tambien muy buena moza, y con un capellan que es muy amigo del señor cura; y esta señora, que es tan hermosa, le habia hecho una cama al pobrecito Bravonel, con el seron del Nevado y paja, y un pañuelo negro, de la señora, muy bueno: y la señora me dijo que fuera corriendo á buscar al albéitar: y como yo quiero tanto á Bravonel, vea usted ahí: ¿y usted á dónde vá, señor Bonifacio, aunque sea querer saber mucho?

—Hombre, se ha puesto mala mi mujer, y voy por el médico,—dijo Bonifacio, no queriendo decir á nadie, ni aun al acólito, que el padre cura estaba enfermo en su casa, y en su misma cama.

—¿Y qué le ha dado á la señora Petra?

—Hombre, un hácia adentro que está la pobre dando gritos.

—Pues mire usted, que Dios quiera que no sea nada, y quede usted con Dios, que por ahí se vá casa del médico y por aquí casa del albéitar.

—Anda con Dios, Andresillo, anda con Dios, hijo, y que Dios quiera que Bravonel escape.

—Dios se lo pague á usted, señor Bonifacio,—contestó el muchacho.

Y sacristan y acólito se separaron, partiendo en opuestas direcciones.

II.

Don Braulio, aunque de muy mala gana, se levantó, se vistió, se caló hasta el cogote por detrás, y hasta las cejas por delante, un gorro de estambre negro, se puso un inconmensurable sombrero de castor, que habia comprado en Madrid el año treinta, una gran capa azul con una tremenda esclavina más antigua que el sombrero, y sin olvidar su grueso baston de caña de Indias, con puño de plata, siguió á Bonifacio maldiciendo y murmurando de su suerte, que le habia hecho médico de un pueblo en que se ponian malas las gentes de noche.

Llegaron á la plaza, y cuando el médico se detuvo á la puerta de la casa del cura, el sacristan le dijo:

—No, señor don Braulio; el señor cura no está ahí.

—Pues, y, ¿en dónde está el señor cura?—contestó acremente don Braulio.

—¿En dónde ha de estar sino en mi casa?—dijo tímidamente Bonifacio, porque entonces consideró por la primera vez que no estaba decente que nadie viese en su propia casa y en su propia cama á un varon, por más que este varon fuese eclesiástico y de buena reputacion, como don Silvestre; tanto mas, que la señora Petra la sacristana era muy buena moza, y el médico, que habia andado tras de ella, murmurador y maldiciente, que no habia más que pedir.

El pobre Bonifacio se extremeció, preveyendo lo que podria sobrevenir.

Pero ya no era tiempo de retroceder, ni despues de haber puesto al cura en su lecho conyugal habia medio ni escape.

La torpeza provenia del principio.

La caridad y la obligacion se habian sobrepuesto á la reflexion.

—Yo debí haber llevado al señor cura á su casa,—dijo con despecho Bonifacio;—pero ya no tiene remedio, paciencia: me parece que me voy á ver obligado, y no dentro de mucho, á arrimarle una paliza al médico: y que el tunante ha estado solicitando á mi mujer más de tres años, hasta que yo le puse en tierra de miedo: ¡todo sea por Dios!

Y á esto, el sacristan que habia penetrado en la ca-

lleja que flanqueaba la iglesia, abria con llave la puerta de su casa.

III.

Apenas se habia abierto ésta, cuando se oyeron precipitados pasos por la escalera, y aparecieron doña Práxedes con un velon en la mano, y detrás las dos sobrinas del cura.

—Si yo no tuviera la buena fé que tengo,—murmuraba á la sazon el sacristan,—no me veria en estos compromisos. ¡Bonita murmuracion se vá á armar en el pueblo! ¡Y que no haya caido yo en esto hasta ahora! ¡Válgame Dios!

—Suba usted, suba usted al instante, don Braulio,—dijo doña Práxedes,—que estamos en una tribulacion, ¡que ya!

—Sí, sí, señor don Braulio, suba usted,—dijo gimoteando Inés, la mayor de las sobrinas de don Silvestre,—que está mi tio si se vá si viene.

—Sí, señor don Braulio,—dijo Paula, que era dos años menor que Inés, y gimoteando tambien,—no parece sino que á su merced le han dado una paliza; porque donde quiera que se le toca con el dedo, pone el grito en el cielo.

—¡Hum!—dijo don Braulio, subiendo pesadamente las escaleras, á pesar de las excitaciones de las tres mujeres para que anduviera listo:—¡paliza! y bien puede ser.

—Aquí no se ha dado al señor cura ninguna paliza,—dijo vivamente y con desentono Bonifacio, porque veia

el blanco adonde tiraba el médico,—y yo, con decirlo todo, cumplo.

—¿Y qué es lo que tiene usted que decir?—saltó chillando la señora Práxedes.

—Lo que tengo que decir es, que si el señor cura no se montara en la tapia, no le pasaria lo que le ha pasado.

—¡Hum! ¡la tapia!—dijo intencionadamente don Braulio,—bien puede ser.

—Pues mire usted,—dijo perdida ya la paciencia Bonifacio,—yo no sé para qué se habia montado el señor cura en la tapia que de su corral dá al cementerio.

—¡Toma! pues claro está; le gustará tratarse de noche con los muertos.

—Mire usted, don Braulio,—dijo Bonifacio,—á mí no me ande usted con retóricas ni con medias palabras, porque no, ¿entiende usted? que yo estaba durmiendo con mi mujer, cuando á los dos nos despertaron los gritos que daba el señor cura; y cuando me levanté y abrí la ventana, me encontré al señor cura montado en la tapia, y yo no sé para qué se montó en la tapia el señor cura.

—Ni yo tampoco,—dijo don Braulio.

—Pues que no tenga nadie que pensar mal de que el señor cura se ha montado en la tapia,—dijo Petra con muy mal tono y con muy mal gesto.

—No parece sino que hablan con usted, mujer.

—Ni por esto ni por lo otro tienen que hablar conmigo,—dijo Petra,—y mire usted, don Braulio, que es usted muy mal pensador; y como usted piense mal de mí

por vengarse, porque yo no le hice á usted caso, quien le quita á usted los morros y los pocos dientes que le quedan, soy yo.

—Queden ustedes con Dios,—dijo don Braulio,—que lo que es yo no acostumbro á estar donde me faltan al respeto.

—A ver si te callas tú, Petruela,—dijo el sacristan,—que si don Braulio te buscó ó no te buscó, ya llevó su merecido: y esas son cosas pasadas y que no vienen á cuento; y si don Braulio habla lo que no está bien ni debe hablar, no serás tú quien tengas que ver con él, sino es yo; que al marido es á quien le tocan estas cosas, y emparejar al que le falta al respeto, y á tí con él, si das motivo para ello: y vamos templando la cosa, Petruela, que ya tengo yo revuelto el estómago con las cosas que tan sin necesidad se han dicho.

—¡Vaya un lío!—dijo la señora Práxedes, que de momento en momento acrecia en mal humor,—la verdad es que yo no sé para qué ha tenido que montarse el señor cura en la tapia.

—Lo que yo sé,—dijo Bonifacio,—es que en la tapia le encontré montado, y que si no acudo pronto con la escalera, se estrella el señor cura: y no sé más; y el señor cura sabrá por qué se montó en la tapia; que se lo pregunten á él, que yo en esto no tengo nada que ver.

—¡Hum!—dijo el médico.

—Mire usted, don Braulio,—exclamó Bonifacio,—ya me vá usted cargando con su tos; y lo que tiene usted que hacer es ver lo que le hace falta al señor cura, y largarse en seguida, y no volver más por aquí mientras usted viva, que lo que es al señor cura se lo llevarán su

ama y sus sobrinas á su casa, que allí estará mejor que en la mia.

—Sí, eso es,—dijo Paula, que habia entrado donde estaba su tio, volviendo á salir;—mientras ustedes están ahí en conversacion, mi tio dice que se muere, y que no puede resistir lo que le duelen los huesos.

—¡Los huesos, eh!—dijo don Braulio.

—Pues, preciso; con el frio y con el viento que hace esta noche, que se monte cualquiera en la tapia del corral del señor cura al cementerio, que está frente en frente del puerto, y verá lo que le pasa: ¿por qué no vá usted y se monta en ella, don Braulio? venga usted, que yo le pondré la escalera.

—Pero, ¿y mi tio?—dijo Paula,—¿y mi pobre tio?

—Allá voy, allá voy,—dijo don Braulio, entrando en el dormitorio de los sacristanes.

Éstos entraron detrás.

De tan mal aguaje estaba ya Bonifacio, que dijo:

—Oiga usted, señor cura, para que no le venga á usted en cargo de su conciencia; diga usted, ¿no estaba usted montado en su tapia, con esta montera y este capote de monte que tengo yo puesto?

—Sí, hombre, sí,—contestó el cura con voz desfallecida,—¿pero á qué viene eso? déjame en paz, que me estoy muriendo.

—Y, oiga usted, señor cura,—dijo Bonifacio, sacando de debajo de la cama un objeto,—¿no tenia usted puesta esta canana?

—Sí, hombre, sí; pero déjame en paz, por Dios; ¿no oyes que estoy muy malo?

—Una palabrita más: ¿y no tenia usted atravesada en la canana esta cachiporra?

—Sí, hombre, sí.

—Y, diga usted, señor cura: ¿no tenia usted enganchado en la canana un encaro, que está ahí entre los colchones de la cama?

—Sí, hombre, sí.

—Pues bien, señor cura; usted sabrá por qué se montó en la tapia con todas esas cosas; porque lo que es yo no sé nada.

—¿Y á qué viene todo eso?—dijo el cura,—pero ya, ya se vé, ya me hago cargo; esto es por la lengua de hacha que Dios le ha dado á usted, don Braulio, y no por otra cosa; por suposiciones indignas, y no sigo, porque me acaloro y me esfuerzo, y á cada vez que me esfuerzo me aprietan estos pícaros dolores, que me cogen todo el cuerpo.

—Bueno, bien; quiero hacer caso omiso de todas las injurias que se me han inferido, hasta con un enfermo que se pone muy malo; para que le cure sin meditar que puedo vengarme dulcemente y sin responsabilidad alguna, haciéndole tragar á usted, señor cura, un contra-indicante.

—¿Qué es un contra-indicante?—dijo el cura, sumamente alarmado.

—Nada, nada,—dijo don Braulio,—está visto que con esta gente ni con usted, que como cura debia ser un hombre ilustrado, se puede aventurar una chanza.

—Mire usted, don Braulio,—dijo Bonifacio,—cuando las chanzas llegan á lo vivo, no son chanzas, sino sinapismos, que donde se pegan levantan ampolla.

—Nada, no he dichó nada,—contestó don Braulio, haciéndose más temible para los que le conocian, cuanto más manso y asequible se mostraba,—usted se ha montado en la tapia por lo que le haya dado la gana, don Silvestre, pero la verdad es que ha cogido usted un pasmo de los buenos, y que sabe Dios si le saldrá á usted del cuerpo ni en tres semanas.

—Pues estamos bien,—dijo doña Práxedes,—y con las elecciones encima.

—¡Las elecciones!—murmuró el médico,—¿se interesa usted por algun candidato, don Silvestre?

—Yo no me intereso por nadie,—contestó vivamente el cura, maldiciendo en su interior á la mujer que habia echado á volar lo de las elecciones, delante de un hombre tan mal intencionado como el médico.

—¿Pero eso qué tiene de particular? Un eclesiástico puede muy bien mezclarse en las elecciones, y mucho más si vé en ellas los altos intereses de la Iglesia.

—La Iglesia no es parlamentaria; protexta contra todas esas cosas: la Iglesia no se puede valer de supercherías y malas artes, que son de todo punto necesarias para influir en las elecciones; no señor, no me hable usted de eso, don Braulio. ¿Y qué entiendes tú de eso, Práxedes? lo que usted ha de hacer, señor médico, es sacarme del cuerpo, si quiere, lo que se me ha metido, que no sé lo que es.

—¿Apostamos á que las elecciones son las que han montado en la tapia al señor cura?—dijo para sí don Braulio.

—¿Qué está usted murmurando entre dientes don Braulio?—dijo don Silvestre.

—Hombre, estoy murmurando que está usted en muy mal estado. ¿Le duele á usted aquí?

Don Silvestre lanzó un grito.

El médico le habia puesto un dedo en la extremidad de una falsa costilla, y habia apretado sin compasion.

—Pues señor, siento decírselo á usted señor don Silvestre, pero asoma el dolor de costado y lo que es de la pulmonia no nos libraremos.

No habia tal cosa, todo lo que tenia el cura era el susto que habia pasado, y la aprension de que le dolia el cuerpo nacia del solo pensamiento, de lo que le hubiera acontecido si de la tapia hubiera venido al suelo.

De seguro con dormir se le hubiera quitado aquello, pero don Braulio era un mal bicho y se complacia en mortificar el espíritu del cura, como el gato se complace en devorar un raton.

—¡Silencio!—decia para sí don Silvestre,—si te convirtieras en javalí y yo te pillara en el monte, yo te diria si tengo pulmonia ó dolor de costado.

—¿Qué murmura usted, señor cura?

—Hombre, lo que murmuro es que Dios ha echado á ustedes los médicos para que maten á medio género humano, atemorizando á los enfermos ó bien asesinando con una mala medicina. Yo no sé como hay sociedad que los consienta á ustedes y cómo no hay un código en la ley que diga: «se ahorcará al que solo intente ser médico.»

—Pues muchas gracias señor mio. Pero dejémonos de bromas, usted está muy malito.

—Oiga usted, señor don Braulio,—dijo con cierto retintin la sacristana,—¿y no se puede llevar al señor cura á su casa? porque en el pueblo necesitan muy poco para desollar á un cristiano, y si es una cristiana no digo nada.

—Oye tú, Petruela,—dijo el cura,—¿crees tú que en el pueblo haya nadie que se atreva á pensar mal de nosotros?

El sacristan andaba inquieto sin explicarse por qué razon el cura se habia montado en la tapia; lo de las elecciones no le satisfacia, porque ¿para qué diablos por razon de las elecciones habia de haberse montado en una tapia el cura? Él veia otro asunto, desconfiado y camastron, que le tocaba más de cerca.

Por último, la señora Práxedes intervino y dijo:

—Yo creo que arropando bien al señor cura y llevándole en un colchon procurando que no le dé el aire, se le podria trasladar á casa.

—No veo inconveniente,—dijo don Braulio;—no hay necesidad de que nadie se entere, de que el señor cura ha caido enfermo en la casa del sacristan.

—Don Braulio,—dijo Bonifacio, ya de todo punto sulfurado;—vá usted á dar lugar á que yo le rompa á usted algo. ¡Por vida del hombre de Dios, y como se cae que parece que se cae y se agarra! Ya estoy yo harto y me parece que voy á vender los majuelos que tengo en el pueblo y á marcharme á vivir á otra parte, porque en este pueblo no se puede hacer nada que no lo interpreten de mala manera.

Las sobrinas cuchicheaban entre sí y miraban de reojo á la sacristana.

En fin, aquello estaba á punto de ser un campo de Agramante.

Insistió don Silvestre en que queria que le llevasen á su casa.

Le arroparon perfectamente, le taparon á riesgo de sofocarle, pero se tropezó con la dificultad, de quién cargaba con don Silvestre que era un hombre grueso de mucho peso; es decir, lo ménos de siete arrobas de peso.

Pensar en que don Braulio habia de echar una mano al colchon, era pensar en lo imposible.

Una leve indicacion que se le hizo, produjo una salida burlona del Galeno.

—Yo no rebajaré nunca la medicina hasta la situacion de mozo de cordel; sino hay quien traslade á don Silvestre que se quede ahí que á mí nada me importa.

—¿Y á quién se llama,—dijo la señora Práxedes,—para dar una campanada? Lo que sobra en el pueblo son animales que tiren, no digo yo del señor cura sino de la torre de la iglesia; pero bonitas cosas se dirian en el pueblo.

—¡Pero señor que todo el mundo se ha de ocupar en si se dirá ó no se dirá en el pueblo! y todo porque yo he tenido la debilidad de meter al señor cura en mi casa y en mi cama,—dijo en el colmo de la desesperacion Bonifacio.—Pues si yo sé esto me hago el dormido señor cura, porque los favores que se hacen con perjuicio propio, no son favores sino puñaladas que uno se pega á sí mismo. Conque vamos á ver que hacemos.

—¿Qué hacemos?—dijo doña Práxedes,—agarrémosle entre todos, somos cuatro mujeres y un hombre, ¿no hemos de poder cada una con una arroba y media? ¿os atreveis niñas?

—Veremos, señora Práxedes,—dijeron las muchachas agarrándole cada una como pudieron con gran susto del cura que al verse bajar por las escaleras temió rodar por ellas.

Llegaron por fin á la calle.

—¡Ay!—dijo el cura cuando sintió que andaban por lo llano.

—¿Qué sucede?—dijo el sacristan levantando uno de los trapos que habian puesto sobre la cabeza del cura.

—Que la puerta de mi casa está cerrada, tienen ustedes que subirme arriba, y sino me han estrellado al bajar temo que me estrellen al subir.

—¿Pero por qué no se puede entrar en su casa de usted?

—Este es todo el misterio de lo que me ha sucedido.

—¿Qué dice usted de no poderse abrir la puerta, señor cura?—dijo la señora Práxedes,—si ahora mismo acaba de abrirla Andresillo.

En efecto, el monago que estaba cuidando del perro habia oido todo aquel tumulto de voces que sonaban junto á la puerta y habia abierto para ver lo que era.

—Pues adentro ya que ha habido quien abra, no sé cómo, la puerta,—dijo el cura.

Entraron con gran trabajo pero sea porque habia ménos escalones ó porque ayudaron el acólito y el albéitar,

le subieron con facilidad y acostaron en su cama al cura.

—Mi buen amigo don Cleofás,—exclamó don Silvestre.

—Aquí estoy,—dijo desde la cama,—y bien malo por cierto. El albéitar se ha encerrado conmigo y me ha puesto no sé que cosa, porque se ha enviado á casa del señor médico y no estaba allí, se habia ido á socorrer á usted. Y además del dolor por mi caida tengo otro dolor grande porque no sabia lo que le habia á usted sucedido.

Como vemos, don Cleofás habia sido cambiado de cuarto, ó mejor dicho, de la cama de Dolores á la que antes habia ocupado, de la que habia salido en mal hora para ir á la procesion del Silencio.

—¿Y á qué ha venido el albéitar?—dijo don Silvestre.—Vaya una ocurrencia que tiene este maldito de Andresillo, estúpido, ir á llamar al tio Laña para curar una criatura de Dios.

—¿Y qué habia de hacer señor cura?—dijo Andresillo;—yo no llamé al tio Laña para este señor, sino para Bravonel.

—¿Pues qué le ha sucedido?

—Que le han dado una puñalada al pobrecito animal que le han echado las tripas al aire.

—¡Válgame Dios qué noche, señor, qué noche! ¿Y diga usted señor Laña, se muere el pobrecito animal ó no se muere?

—Eso ya lo veremos señor cura,—dijo el tio Laña;—si la puñalada no le ha picado en ninguna tripa, antes de

quince dias estará bueno y sano como usted y como yo, pero si le ha pasado el instrumento alguno de los intestinos, vendrá la inflamacion y morirá.

—¿Y cuándo lo sabremos?

—Señor cura, eso lo sabremos dentro de algunas horas; descuide usted que yo me esmeraré por el perro, porque es un hermoso bicho y aunque no sea más que por la rareza de que siendo mastin caza como un perdiguero, es cosa de interesarse por él.

—Bueno, hombre bien, esta noche todas son desgracias,—dijo don Silvestre,—vea usted como está mi compañero, don Braulio.

—Yo no tengo nada,—dijo don Cleofás,—sino un pié dislocado y el susto que es natural, porque mire usted que caerse de una tapia...

—Hombre, no se cayó usted don Cleofás, fué que usted se echó.

—Lo mismo dá, no sabia yo lo alta que era la maldita; me he dislocado el pié, pero segun me ha dicho este buen hombre, á quien yo no desprecio, porque es albéitar, que al fin lo mismo dá curar un hueso á un cristiano que á un animal porque todo es hueso, no hay fractura sino una simple dislocacion que me tendrá en cama diez ó doce dias.

—Veamos,—dijo don Braulio.

Éste reconoció el pié de don Cleofás.

—¿Y qué le ha puesto usted aquí tio Laña?—dijo don Braulio.

—He ido á la botica por polvos de bizma y le he puesto una. Lo que yo no he hecho y es menester hacer

es darle una sangria, porque del susto tiene la sangre alterada.

—Me parece lo mismo,—dijo don Braulio;—es lástima que usted no haya estudiado medicina, tio Laña.

—Muchas gracias, pero nunca hubiera sido un médico tan excelente y tan sábio como usted.

—Muchas gracias; sino es usted un gran médico, es usted un gran albéitar. La verdad es que no hay que poner mano en lo que usted ha hecho por este señor. Conque sino se ocurre otra cosa yo me retiro que es tarde y estoy algo enfermo. Que llamen á Bautistilla el barbero, que sangra bien, y que le saque once onzas de sangre al señor capellan de las monjas de Santa María Magdalena, é igual número al señor cura de esta villa; que les arropen luego muy bien y que suden, y veremos mañana lo que hay que hacer. ¿Se ofrece algo más?

—No, señor don Braulio,—dijo don Silvestre,—vaya usted con Dios.

Y don Braulio salió.

Poco despues Bautistilla, llamado por Andresillo, hacia las dos sangrias.

Una hora adelante todos dormian en la casa ménos doña Práxedes que estaba al cuidado de lo que se podia ocurrir á los enfermos.

Al dia siguiente no se decia más que una cosa por el pueblo, esto es, que el sacristan habia pegado una furiosa paliza al cura y á un amigo suyo eclesiástico tambien, que habia llegado de Madrid.

Esto por supuesto se decia por lo bajo, pero por lo bajo se decia á todo el mundo.

Se atribuia la causa de esto á celos del sacristan.

A la pobre de Petruela la miraba todo el mundo, todos se reian cuando veian al sacristan; éste estaba desesperado.

La calumnia devoraba tres víctimas; aquella calumnia habia salido del malvado pensamiento de don Braulio.

Y no era esta calumnia á humo de pajas, como suele decirse, tenia para ello grandes motivos don Braulio.

III.

Era éste un solteron recalcitrante que allá en los primeros años de su juventud, ó mejor dicho de su virilidad, habia corrido la caravana de mala manera, hecho en Madrid médico de los barrios bajos sin tratarse mas que con tunantes, por cuyas peligrosas relaciones habia estado más de una vez en la cárcel, y poco ménos que á las puertas de presidio.

En cambio era un buen médico.

Acosáronle deudas y compromisos.

Se vió en el caso de no poder andar por Madrid nada más que por los tejados, á no ser de noche y se vió obligado á buscar una posicion sólida y tranquila.

Para esto era necesario convertirse ó mejor dicho adoptar un método, hacer el mal hasta el lucro y satisfacer las pasiones de una manera conveniente, es decir, encubriendo sus malos hechos con una forma hipócrita.

Su pensamiento se fijó en una plaza de médico de

pueblo, pero de pueblo de ciertas condiciones que pudiese hacerse en él el negocio.

En un pueblo en que encubriendo las pilladas y utilizando la ignorancia, se pudiese engordar á costa de las gentes de buena fé.

Don Braulio se habia propuesto esto veinte años antes del dia en que corre la accion de nuestra historia.

Porque esto es una historia, mis queridos lectores, una historia tan verdadera como la del *Preste Juan de las Indias*, cuyos personajes han vivido gozando, sufriendo, alegrándose y llorando, como la gran *Dulcinea del Toboso*; y que *Dulcinea* existió, no tiene duda alguna, y sino que se lo pregunten á una autoridad no liviana ni de pequeño conocimiento, á nuestro sábio é ilustrado don Juan Eugénio Hartzembusch, que jura y perjura que vivió *Dulcinea* y que la conoció *Sancho Panza* y que la reconoció *don Quijote* y que la tal era una tal *Aldonza Lorenzo* confirmada por su ingeniosísimo amante con el sabroso nombre de *Dulcinea*.

Y cuando un señor tan leido, y tan concienzudo, y tan sábio, y tan profundo como el señor que hemos citado lo afirma, no hay más sino creer que Dulcinea vivió y que se murió y que la amó don Quijote y que la tuvo el buen Sancho Panza por amante legítima de su amo, aunque algo hombruna y ahechadora de trigo, y no tan hermosa como la veia en sus paroxismos de enamorado, el enamoradísimo don Quijote, flor y nata de enamorados y de andantes caballeros.

Y quédese esto aquí y conste, que referimos una historia tan verdadera como la que relató para contenta-

miento del género humano el perínclito Cide Hamete Benengeli autor arábigo y manchego, traducido por otro no ménos perínclito autor, á quien conocemos, respetándole, admirándole y aún venerándole, bajo el nombre sin *don*, de Miguel de Cervantes Saavedra.

IV.

Frisaba en los treinta años nuestro médico y era buen mozo y robusto hasta el punto de sufrir sin menoscabo de su salud ocho ó diez dias de jarana contínua, y seductor de beldades apasionadas de lo material y fuerte; cuando conociendo que aquella vida que traia era aparejada cuanto más para dar de bruces en el presidio, se decidió por cambiar de bisiexto, encoger las uñas y ocultar los dientes y agarrar cuanto pudiese, pero con cautela, y comérselo sabrosamente, pero en un rincon sin dar á nadie el espectáculo de su gula, que podia muy bien llamar la atencion de los intérpretes, aplicadores y ejecutores de la ley.

V.

Pero encontrábase don Braulio sin ropa bastante, como dicen los *galopos*, para llegar al objeto que se habia propuesto, ¿por dónde iba á sacarle él al excelentísimo señor ministro de la Gobernacion, una plaza de médico titular de una villa rica?

Puso en aprieto su imaginacion el necesitado, y encontró que para obtener lo que deseaba, uno de los medios segurísimos, seria una de esas buenas mozas á quie-

nes conocen todos los porteros mayores de las secretarías de Estado.

VI.

Y habia en Madrid una doña Mercedes Cancamusa mujer de un intendente de ejército, que andaba contínuamente por el extranjero comisionado por el gobierno para estudiar las diferentes administraciones militares de los estados de Europa; sobrina de un canónigo é hija de un oidor que fué de la Real Chancillería de Valladolid, que vivió jubilado treinta años, y que á los quince de jubilacion enjendró aquel prodigio de los prodigios que se llamaba doña Mercedes Cancamusa, y que llevaba su inmarchita y al parecer inmarchitable hermosura á todos las partes donde podia ser vista con provecho, porque doña Mercedes no hacia nada en balde ni de balde, ya en una magnífica carretela, ya en un ostentoso landó, ya en un aristocrático coche ó ya en una coqueta berlina.

Dió con ella don Braulio despues de haberse informado de quién era la buena hembra, que en más partes entraba y más sacaba de allí adonde iba, y una vez informado púsose en conquista de la productiva y productora belleza de moda.

Pero esta materia requiere capítulo aparte.

CAPITULO XXII.

La señora doña Mercedes Cancamusa.

I.

Es singular por cierto que los apellidos ridículos vayan pegados á personas notables.

Apellidos hay de cuatro letras, que suenan agudos y aparecen débiles y á los cuales, añadiéndoles una letra, se obtiene un nombre risible y ridículo que van colgados á personajes célebremente funestos ó terriblemente grandes.

Hay apellidos que representan una antítesis comparando lo que significan con la persona á quien señala como *suave*, *dulce*, *pedernal*, *peñasco*, y os encontrais con que el hombre que se llama suave, es ágrio como un membrillo, el que se llama dulce, amargo, el que tiene por divisa, digámoslo así, el durísimo nombre de pedernal, un infeliz blando como la cera, dispuesto á servir á todo el mundo hasta á su casero, y por último, el

llamado peñasco ó fierro se blandece, se anonadan se liquida y se derrite por cualquier tonteria.

¿Que puede deducirse sin conocerla de una mujer que se llama Cancamusa?

Cualquier cosa cicatera, ruin, ridícula, pues amigo lector, doña Mercedes Cancamusa era una hada, una hurí, un serafin, un arcángel, una mujer épica, de seis piés de altura, esbelta como una palmera del desierto, grata como el beso del viento del Sur, de ese viento traidor que nos trae el cólera, afable, espiritual, suspirante, purísima, elegantísima, sencilla, discreta, con una manera de andar sobrenatural, como que vista de lejos y en marcha se llevaba tras sí á las piedras y parecia como que la tierra se extremecia de placer al ser pisada por ella. Blanca hasta una nitidez particular, excepcional, única, con el pelo negro y ondeado que se rizaba solo y siempre de una manera bellísima, con los ojos negros, lucientes, adormidos, melancólicos, dulces, sabrosos, inflamables, con la boca roja y pura, y la garganta y las formas y el talle... pero cesemos, confesemos humildemente que no tenemos medios para describir dignamente á doña Mercedes Cancamusa.

II.

Este sér excepcional, esta especie de esfuerzo de la naturaleza en el cual estaban en armonía la grande hermosura y la grande inteligencia, era una potestad incontrastable, que lograba todo aquello que queria lograr, y de quien muy pocas personas sabian que lograse nada,

porque estas personas se reducian al número de las que concedian á doña Mercedes, lo que doña Mercedes deseaba.

Y otrosí, tenia una tal reputacion de digna, de virtuosa y aun de santa la tal doña Mercedes Cancamusa, que el que se hubiera atrevido á suponer de ella lo más leve contra su honestidad, su virtud ó su caridad, de seguro se hubiera encontrado con un ágrio defensor de la ausente, en cualquier círculo de la buena sociedad en que se hubiera atrevido á empañar con la más ligera niebla la luciente figura de aquel ángel tan respetable, tan reverenciado y aun tan adorado por todos.

Pero como nosotros tenemos la obligacion de decir la verdad y no le tememos á nadie, á riesgo de que alguno de los que conocieron á doña Mercedes venga á pedirnos estrecha cuenta de lo que vamos á decir, diremos que la tal señora era una bribona de aquellas que se pierden de vista y que son una especie de cólera-morbo, que atacan y sacrifican contínuamente á los tontos de buena fé, sin que nadie sepa las causas de la enfermedad, cabalmente como sucede con los que ataca la epidemia asiática.

Tuvo conocimiento de este prodigio don Braulio, por otro prodigio de los barrios bajos, moza cruda y prendera de oficio que se llamaba la Carmencita, y de la cual no tenemos para qué ocuparnos.

Bástanos decir que don Braulio habia curado de una manera radical á la tal Carmencita de una enfermedad difícil, y que esta, grandemente agradecida á don Braulio, le dijo un dia:

—Médico, tú estás que no te lames, hijo mio, los *ingleses* te comen, no tienes sobre qué caerte muerto, le has tomado asco al *estaribé*, (cárcel), y eres hombre perdido sin mas refugio que San Bernardino; pero me dás lástima y aunque yo te quiero bien y no quiero dar á otra lo que á mí me gusta, como los tiempos están tan malos y no se vende ni un guiñapo, y cada cual está como él se sabe y á nadie le importa, yo no puedo tenerte á costillas como hubiera hecho en otros tiempos y voy á decirte donde hay un filon, que si sabes, que sí sabrás, puedes verte como no te has visto nunca; y has de saber tú, que hace tres ó cuatro dias, cuando tú entraste estaba aquí en la sala conmigo una persona que no queria que la viese nadie, y se escondió en la alcoba, y desde allí te estuvo viendo y oyendo, y cuando tú te fuiste, salió y me habló de tí y me preguntó, y yo conocí, que si tú te supieras manejar habias encontrado padre y madre, y tio y abuela: en fin, te voy á dar un consejo, hijo mio, hoy es domingo, ya ha dado la una; á la misa de dos vá esa persona á Santo Tomás; plántate tú en la puerta á ver salir la gente, y cuando veas una moza que te dén sudores y te eches á temblar todo de haberla visto, esa es; hijo mio: y yo no te digo más, y anda con Dios, que ya es hora y mejor será que esperes á la entrada que no á la salida para que ella te vea cuando entre y tenga tiempo de pensar lo que ha de hacer cuando salga.

Don Braulio quiso saber algo más, pero la Carmencita se cerró á banda, y como diera la una y media en el relój de San Cayetano, don Braulio salió de la prendería, tomó en peso y á escape la calle de Embajadores,

salió á la de Toledo, llegó á la plaza, se metió por la calle de Atocha, y se detuvo jadeante en la puerta de la iglesia de Santo Tomás, á tiempo que sonaba el primer toque de misa de dos.

Esta es la misa de los perezosos, y van á ella gran número de damas entre las cuales se ven con suma frecuencia portentos de elegancia y de hermosura.

Abundan los carruajes.

Don Braulio estaba bastante bien puesto á costa del sastre, del zapatero y del sombrerero; y entonces que solo tenia veinte años, y no habia engordado ni curtídose con la enérgica atmósfera de los campos, era lo que podia llamarse un buen mozo con mucha gracia y con los ojos, aunque no grandes ni bellos, tunantes, y habladores, y vivos, y retrecheros, que no habia más que pedir.

III.

Habian llegado muchos carruajes, y entre las damas que habian entrado en la iglesia, habíalas visto don Braulio de primer órden; pero ninguna que le hiciese sudar ni le enturbiase los ojos.

De improviso paró una magnífica carretela, y salió de ella una mujer que en el momento de poner el pié en el estribo, vió á don Braulio, partió un relámpago de sus negros ojos y aquel relámpago como un fuego voraz prendió en el alma de don Braulio, la inflamó, sudó por todos sus poros y se le enturbiaron los ojos como si hubiera estado á punto de entregar su alma á Dios.

Era mucha mujer la que habia visto, mucha divini-

dad; y sobre todo habia sido la suya mucha mirada para un hombre solo.

IV.

La dama dijo al lacayo:

—A casa.

—¿A dónde vamos por la señora?—preguntó el lacayo.

—A ninguna parte,—contestó la dama.

Y se entró en la iglesia.

Pero apenas habia partido el carruaje, la dama volvió á salir.

Tomó por la plazuela de Provincia, luego por la calle Imperial á la de Toledo, llevándose tras sí á don Braulio, que iba con el alma en un hilo, asustado, temeroso, lleno de dudas mortales, y luchando con cavilaciones que se le embrollaban en el turbado pensamiento.

Le golpeaba el corazon con la fuerza de un martillo, aquel andar sereno, majestuoso, admirable, terriblemente seductor de la dama que iba delante de él, le volvia loco.

La bellísima incógnita siguió la calle de Toledo adelante, llegó á la plazuela de la Cebada y se acercó á una espantable carretela de colleras con delantera de galera; á uno de esos armatostes que van siendo ya preciosos por lo antiguos y por lo raros.

La desconocida abrió la portezuela, puso un pié en el estribo, un pié encantador, y se detuvo y miró á don Braulio.

Este llegó palpitante, pálido, desencajado, mirando con asombro aquel portento de hermosura y de elegancia.

Entonces la incógnita entró en la carretela se sentó y dijo á don Braulio:

—Adelante, mi buen amigo.

Don Braulio entró, se sentó y se quedó hecho un camueso mirando embobado á la hermosa.

—¿Y á dónde vamos?—dijo con cierta socarroneria el zagal cerrando la portezuela.

—A la fonda de los Carabancheles,—contestó la dama.

—¿Por muchas horas?—dijo el zagal.

—Hasta el dia del juicio por la tarde si se nos pone en la cabeza,—dijo Mercedes Cancamusa; que ella era, con el mismo acento y el mismo desparpajo conque hubiera pronunciado aquellas palabras la reina de las tripicalleras del Mundo Nuevo.

—¡Ea! ¡que sí! ¡bien! ¡viva la gracia! ¡andandito!—dijo el zagal.

Y saltó á la delantera, y arrimó la vara á las mulas, que salieron de medio lado, moviendo un escándalo con los campanillos.

V.

Pasó don Braulio un buen dia, ó mejor dicho, una buena tarde: las seis mejores horas que habia pasado en toda su vida.

A las ocho y media la carretela paró en la plazuela

de San Millan, y doña Mercedes, dejando su portamonedas á don Braulio le dijo:

—Toma, y diviértete cuanto puedas hasta las dos de la mañana, pero no te me emborraches, chiquillo; porque no hay cosa que más asco me dé que el olor del vino: á las dos te vas á la puerta cochera; ya sabes, y puntito en boca, cariño; porque si tomas mi nombre en la boca, aunque sea para llamarme, te encuentras sin saber cómo con algo bueno: conque, adios, vida mia, y hasta las dos.

Y Mercedes bajó de la carretela y se alejó.

Braulio abrió el portamonedas, y no encontrando en él mas que monedas de oro, dió una de cien reales al zagal.

—Muchas gracias, caballero, y salud,—dijo éste;—y cuando se ocurra otra vez, ya sabe usted donde estamos.

Don Braulio se alejó á gran paso, se fué á la calle de Relatores, se metió en la casa donde vivia, subió hasta el último peldaño de las escaleras, abrió con un llavin la puerta de una boardilla, entró, cerró, encendió un fósforo, y con él una vela de sebo que estaba sobre una mesa vieja, mueble que con una mala cama y una silla coja y una maleta inglesa, formaban todo el ajuar de un negro espacio de diez piés en cuadro, sin más respiradero que la puerta; se sentó delante de la mesa, sacó el portamonedas, y lo examinó.

Era de plata oxidada, y de un valor artístico incalculable.

En una de sus caras, en un precioso medallon, tenia un delicado busto en platino.

Aquel busto, de una ejecucion admirable, era el hechicero de Mercedes.

Por el otro lado tenia en oro esmaltado un escudo de armas, preciosa miniatura de un incalculable valor artístico.

Dentro habia, en dos separaciones de moaré blanco, cincuenta doblones de á cien reales en la una; en la otra, muy doblados, cinco billetes de banco de á cuatro mil reales.

—Pues para hacer boca,—dijo don Braulio muy contento,—me parece que no es ésta mala tajada: ¿quién piensa ya en ser médico de pueblo ni en tener cuatro terrones? Mercedes debe ser una cosa muy grande: ¿será soltera? ¿será viuda? ¡mire usted que es un trabajo oir uno decir á una moza como ella, que desde que le vió á uno se le derritieron las mantecas, y prohibirle á uno que le haga ninguna pregunta, y amenazarle á uno con que si se mete en la más mínima averiguacion se puede uno encontrar abierto en canal, como un cochino, cuando ménos lo piense! Vamos, esto es para quemarle la sangre á un bronce: ¿y qué me voy yo á hacer desde ahora hasta las dos de la mañana? aburrirme, fastidiarme, estar echando el alma por la boca hasta que llegue la hora; me voy al teatro Real; puede ser que allí la vea; precisamente, pues, ¿ha de ir ella al teatro Real? pero, ¿y cómo voy yo así?

Eran aquellos los tiempos en que no se iba al teatro Real á las butacas sino de etiqueta.

—Bien,—dijo don Braulio,—le pagaré lo que le debo á ese maldito, y malo será que no tenga allí concluido

para alguien un traje de etiqueta, y que no me arme de los piés á la cabeza.

Y se fué casa de su sastre, que era uno de los primeros de Madrid, le pagó diez mil reales que le debia, y le contentó de tal manera con este rasgo, que le habilitó desde los calcetines hasta la corbata, traje completo de etiqueta, con su correspondiente sobretodo de la estacion, no teniendo necesidad don Braulio de comprarse fuera de la casa de su sastre, mas que botas, guantes y sombrero, todo lo cual encontró en la inmediata puerta del Sol.

El nuevo traje le habia costado cinco mil reales más; pero iba interior y exteriormente de última moda.

A las nueve, don Braulio ocupaba una de las butacas del centro del teatro, que le habia costado media onza, porque debutaba una celebridad.

En una de las plateas de la derecha, estaba completamente sola, con un sencillo pero bellísimo aderezo de rubíes, y con un traje de seda oscuro, con blondas negras, todo lo cual hacia resaltar su excepcional belleza, Mercedes Cancamusa.

En todo el tiempo que duró la representacion, nadie entró en el palco de Mercedes, y ésta, ni por casualidad miró á don Braulio, á pesar de estar cerca de ella, y de que él no tenia duda de que le habia visto.

Concluido el espectáculo á la una, don Braulio se metió en un café á esperar á que fuesen cerca de las dos.

Al llegar esta hora, don Braulio estaba en la calle, y en la puerta cochera que le habia indicado Mercedes.

Al dar las dos, se entreabrió la puerta, y dijo una voz jóven:

—Caballero, tome usted.

Don Braulio extendió la mano, y tropezó con un pliego muy grueso.

Lo tomó, y apenas lo hubo tomado, volvió á cerrarse la puerta.

Esto heló la sangre á don Braulio, le desconcertó, le hizo sentir un despecho incalculable.

Determinó volverse á su casa; pero se encontró con que se habia dejado la llave casa del sastre, en la levita que allí habia dejado.

Se fué á casa de un conocimiento, en la que le abrieron despues de estar llamando tres horas, es decir, cuando ya empezaba á amanecer.

Don Braulio manifestó á una criaduela que bajó á abrirle, que habiendo amanecido, no necesitaba ya casa donde pasar la noche, y se despidió; yéndose paso á paso hácia el Retiro, en cuya casa de vacas, y á solas en un cuartucho, y seguro de que nadie le veia, abrió el pliego que le habian dado.

Dentro habia veinte billetes de á cuatro mil reales, y una carta, cuya letra parecia desfigurada de intento, y en que se leia lo siguiente:

«Hijo mio: He sido una víctima de mi buena fé: juzgué de tí por las apariencias, sabiendo como sé que, generalmente, las apariencias engañan: tú no me has comprendido ni puedes comprenderme: pillos de tu calaña no se han hecho para mí; y además de esto, en vez de corazon tienes una esponja podrida: he sostenido mi pa-

pel y te he aguantado seis horas, porque me repugna decir frente á frente lo que era necesario haberte dicho. Sin embargo, y porque has podido alentar, con razon, la esperanza de que yo te amase, quiero que guardes una memoria mia, y adjuntos son cuatro mil duros. Me dijiste que tu deseo era ser médico titular de una villa, en que pudieras hacer negocio: como no sé dónde vives, me valgo de la lista del correo: en ella encontrarás dentro de tres dias la inscripcion B. T., por la que te darán una carta con esa misma inscripcion en el sobre: dentro encontrarás un nombramiento de médico de un pueblo: te aconsejo continúes guardando el secreto que te he encargado, si no quieres que te suceda algo demasiado fastidioso. Otra vez sé cauto si te se vuelve á presentar la gallina de los huevos de oro, y no la mates en cuanto la tengas en las manos. Adios, querido; te desea todo género de felicidades, y que no la obligues á castigarte, tu amante de un momento.»

—¡Bribona! ¡perdida! ¡infame!—exclamó don Braulio,—pero, ¿quién será, señor, quién será? lo ménos, lo ménos una duquesa: la Cármen podria decirme quién es: pero no me atrevo; me parece que es muy capaz de cumplir lo que amenaza: ya se vé, ¿quién no habia de equivocarse? si me hablaba de una manera y me trataba de un modo... ¡ah, bribona! me ponia en el resbaladero para que yo me confiara y me dejara ver, y sin duda la he parecido demasiado tunante: ¡y yo que creia que no me podia engañar ya nadie! ¡primo!... ¡tonto!... y la B. y la T. puestas en el sobre de la carta que he de recoger dentro de tres dias... bien claro está, babieca, tonto: pero,

¿quién habia de figurarse, señor, si á pesar de su delicada figura y de su perfecta elegancia en la manera de hablar, y de beber, y de comer, y todo parecia que habia vivido toda su vida en la calle de la Paloma? y luego fumaba, señor, y de tres cigarros hacia uno, porque le parecian delgados, y hacia los cigarros como una pitillera de la fábrica: ¡vaya usted á averiguar! si lo que no se encuentra en Madrid no se encuentra en ninguna parte. ¡Tonto! ¡retonto! ¡animal! ¡fíese usted! ¡por tunante que uno sea, siempre hay otro tunante que le engaña y que le hace á uno ser un pícaro de buena fé! Paciencia: y puede ser que esto sea una prueba para ver si me callo y si se puede fiar de mí: señor, señor, si se volvia loca conmigo: veremos, Braulio, veremos; puede ser que en esa carta, que estará en el correo dentro de tres dias, en vez del nombramiento de médico titular de un poblacho, me encuentre con un fortunon deshecho: huele á millonaria: y tan jóven: si tiene veinte años es todo lo del mundo: vamos, si yo voy á volverme loco: si esto se acaba... maldita sea la hora en que me vió casa de la Cármen.

VI.

Don Braulio esperó, verdaderamente malo, tres dias.

Al cabo de ellos fué á la lista del correo, y encontró allí la inscripcion B. T.

Pidió por ella la carta, se la dieron, y dentro halló, sin una sola línea para él de parte de la desconocida, un

nombramiento á su favor de médico titular de Cercedilla.

—Vamos, no me envia muy lejos,—dijo viendo en todo, como buen desesperado, don Braulio, una esperanza;—esto es que sigue experimentándome: ella resollará cuando ménos se piense: vámonos á Cercedilla.

Y aquel mismo dia, y sin pagar sus deudas, don Braulio tomó el camino del pueblo.

Llegó á él tarde, por la noche; se metió en una posada, y al dia siguiente se presentó al alcalde, y tomó posesion de su destino.

VII.

Esperando siempre, pasaron una semana, dos, un mes, y otro, y otro, y en todo este tiempo don Braulio, que no podia olvidarse de las seis horas que habia pasado en la fonda de los Carabancheles, al lado de Mercedes Cancamusa, (advertiremos de paso, que don Braulio ni aun sabia el nombre de pila de su encantadora desconocida), y recordando cada vez con una fruicion más dolorosa aquellas seis horas, acabó por enloquecer de enamorado, y por ponerse en el caso, á pesar de que no tenia corazon, de ansiar con toda su alma, y como la cosa para él más capital, el encontrar á Mercedes.

Por lo cual hubiera dado su empleo de médico de Cercedilla, las tierras en que habia empleado los cuatro mil duros debidos á la generosidad ó á la altivez de la señora de Cancamusa, y todas sus esperanzas de acrecentamiento.

Milagros del amor, que así impera en las cabañas de los pobres como en los palacios de los reyes.

Y no pudiendo ya resistirse más don Braulio Zancudo, que éste era el extraño apellido de nuestro médico, fué á personarse con el alcalde de la villa, y le dijo con su antigua audacia y su serenidad de tunante:

—Señor alcalde, si usted no tapa mi ausencia de quince dias, del pueblo, suceda lo que quiera, yo me marcho á Madrid, porque allá me llaman negocios de gran trascendencia.

—Y, dígame usted, cristiano,—contestó el alcalde,—y si se pone malo algun vecino, ¿quién le vá á visitar? ¿cree usted que se le dan á usted quinientos reales todos los meses del año, de los arbitrios del ayuntamiento, para que nos deje usted así indefensos, y expuestos á que de una enfermedad de cualquier cosa, por no atajarla á tiempo, se nos haga un causon y nos lleve pateta?

—Ahí se queda el tio Quitapolvos el barbero, que aunque es médico de aficion no es mal médico.

—Y, dígame usted; si yo me pongo malo, se pone mala mi mujer ó mis hijas, ó mi sobrina, ¿nos vá á quitar la enfermedad el tio Quitapolvos?

—Calle usted, señor alcalde,—dijo don Braulio,—que yo sé las enfermedades á que están ustedes propensos, usted y su familia, y le dejaré yo puesto por escrito al tio Quitapolvos lo que tiene que hacer con usted si se pone malo.

—Hombre, ¿y bastará esto?

—Vaya si bastará, como si yo estuviera aquí; y á más de eso, que pienso traerle á usted un aparejo de pescar

y una chistera, una gorra de hule para salir al campo los dias que haga malos, como si se llevara un paraguas, que ya verá usted: y si no voy á Madrid no puedo traerlo.

—Pues que no se hable más,—dijo el alcalde,—conque vaya usted con Dios, don Braulio, pero cuidado que no me esté usted por allá más de quince dias, porque si se está usted una hora más, para no cargarme con el compromiso, oficio al señor gobernador de la provincia, dándole parte de que usted me ha dejado desamparado con todas las enfermedades.

—Descuide usted, señor alcalde, que antes de quince dias estaré aquí.

—Pues vaya usted con Dios y buen viaje, y que no se le olvide á usted ni el aparejo, ni la chistera, y sobre todo la gorra de hule.

VIII.

Don Braulio montó á mula, y acompañándole en otra un mozo de labranza, se plantó en Madrid, llegó al oscurecer y se metió en la malograda y nunca bien, como se debe sentida posada de Zaragoza, cuyas excelencias no viene á cuento referir, su buen trato, ni las comodidades que en ella se proporcionaban á los huéspedes.

Acomodose lo mejor que pudo don Braulio, y sin perder momento se fué á la calle adonde correspondia la puerta cochera, en la cual habia esperado cierta noche como sabemos lleno de deleitables esperanzas, sin haber obtenido otra cosa que el pliego en que se conte-

nian los cuatro mil duros y la expresiva carta de doña Mercedes Cancamusa.

Aquella cochera pertenecia á una gran casa nueva, cuyo portal era ostentoso y en cuya portería anidaba una especie de ave de rapiña del sexo femenino, vieja y retrechera y dispuesta á dar informes hasta de los ratones que habitaban en la casa, con tal de que sus informaciones la produjesen alguna plata.

IX.

Entróse de rondon don Braulio en la portería, dando un susto á la señora Pitres, que se levantó armada como un gallo inglés dispuesta á repeler con todas sus fuerzas la agresion que la amenazase.

Don Braulio se detuvo, y echó mano al bolsillo, lo que tranquilizó á la honorable señora Pitres que habia echado una mirada agresiva al palo de una escoba que estaba en un rincon.

Don Braulio sacó la mano del bolsillo y en ella dos duros que puso en el manojo de sarmientos que servia de mano á la señora Pitres.

—¿En qué hay que servir á usted, caballero?—dijo ésta haciendo con su larga boca sesgada una mueca que queria ser una sonrisa.

—Señora, vengo á preguntarle á usted,—dijo don Braulio,—si vive aquí la mujer más hermosa que he visto en todos los dias de mi vida.

—¡Ay, caballero, y que mal viene usted!—dijo la señora Pitres,—ya ve usted, que en este mundo los pobres

estamos para ganarnos una peseta honradamente, pues mire usted, ya he perdido la cuenta de las personas que han venido á hablarme acerca de esa señora, y á todos les he dicho lo que le digo á usted, límpiese usted que está usted de huevo, porque el primer señor que vino á hablarme para que le diera una carta suya á esa señora, me dió una onza, ya vé usted una onza, si le serviria yo bien, pues cuando le dí yo la carta á su excelencia, no quiero acordarme señor, me miró. ¡Jesus me valga! que parecia que me queria comer segun que se puso de enojada y ofendida, y me echó un responso que no fué largo pero sí compendioso, que no se me olvidará en todos los dias de mi vida, y que cada vez que me acuerdo de él se me abren las carnes.

—Y diga usted, señora, dejando eso á un lado, ¿por qué ha dicho usted su excelencia cuando ha hablado usted de esa señora?

—Toma, toma, porque es la excelentísima señora marquesa de la Murilla, grande de España.

—Vamos, usted se equivoca señora, es blanca.

—Le diré á usted,—contestó la portera,—casi, casi es blanca, porque tiene un moreno tan claro y tan hermoso.

—Señora mia, no es esa la persona por quien yo le he preguntado á usted, y me ha hecho usted perder media hora con su retaila, la señora que yo digo deslumbra de blanca y tiene los ojos, y las cejas, y los cabellos negros, negros como el terciopelo más negro, entiende usted, y los lábios encarnados como una granada, y la garganta larga y redonda, y que se la ven las venas.

—Ya, si señor, tiene usted razon, es verdad que me habia usted preguntado por la mujer más hermosa de Madrid, esa es doña Mercedes Cancamusa.

—¡Cancamusa!

—Sí, señor, Cancamusa, porque para que tuviera algo feo le ha caido encima ese apellido.

—¿Tiene como veintidos años?

—No señor, que tiene veinte, y hace cuatro años se casó con don Hilarion Sardinilla, intendente de ejército, que anda por esos mundos de Dios comisionado por el gobierno, y no parece aquí sino de higos á brevas, y se está dos dias y se vuelve á ir.

—¿Y con quién se consuela de las ausencias de su marido la señora de Sardinilla?

—¿Qué es lo que está usted diciendo caballero? ¿qué es lo que está usted diciendo?—exclamó escandalizada la señora Pitres,—doña Mercedes no recibe en su casa nada más que señoras, doña Mercedes es muy virtuosa, muy honrada, muy santa y aunque su marido tiene setenta años, y es jorobado y con la cabeza torcida, le adora.

—Dígame usted; ¿entra usted en la casa de la señora Cancamusa de Sardinilla?—preguntó don Braulio.

—Vaya si entro, casi todos los dias, si es una señora muy completa y muy llana, y muy amable, y se pasa hablando conmigo las horas muertas.

—Vamos, en confianza, no la ha oido usted nunca echar un taco.

—Como, como, ¿qué es eso de taco?

—Sea usted amable, señora, sea usted amable y no

tenga usted cuidado, ¿no la ha visto usted nunca fumar un pitillo?

—¡Un pitillo! Fumar la señora doña Mercedes,—exclamó escandalizada la señora Pitres,—aquella boca de rosas y de claveles no se ha hecho para el humo del cigarro, señor mio, usted no sabe lo que se dice, á usted le han engañado, de usted se han burlado, se conoce que es usted un hombre de muy buena fé, que se traga ruedas de molino como si se tragase cientos en boca.

—Vamos, no se incomode usted, hija mia, no se incomode usted, y vamos á lo principal. ¿Podrá usted entregar una carta que yo la traiga á esa señora? por supuesto agradeciéndoselo á usted bien.

—Pues no señor, no puedo, por dos razones, la primera y esta basta, porque la señora Cancamusa de Sardinilla no vive ya en esta casa.

—Pero vivirá en otra, y como usted la estima tanto podrá usted ir á verla.

—Eso quisiera yo, poder ir á verla porque aquellas manos que Dios le bendiga, que parecian hechas de manteca eran un chorrillo para mí.

—¿Se ha indispuesto usted con esa señora?

—Dios me libre á mí de indisponerme con personas tan bondadosas y que tanto dán de sí; ¡ay, no señor! es que doña Mercedes se ha ido de la noche á la mañana y no se sabe donde pára, no señor, ni lo sabe ninguna de sus amigas, que ya he revuelto yo la tierra por la cuenta que me tenia; en fin, que no se sabe, no señor. Gota de agua que cayó en la mar. ¡Qué lástima!

Y la señora Pitres suspiró ruidosamente con una es-

pecie de suspiro particular que tenia algo de silbido y algo de ronquido.

—¿Pero no tenia trenes esa señora?

—Sí, señor, dos coches, dos berlinas, una carretela, una americana y seis troncos.

—¿Habrá vendido todo eso?

—No señor, lo dejó ahí porque se fué de la noche á la mañana, y viendo los criados que ninguna órden recibian, dieron parte y vino la justicia y depositó los trenes, y como no habia quien sufragara el gasto de los caballos, los vendió en subasta y depositó el dinero. ¿Pero por qué ha hablado usted de los trenes?

—Supuse que habria levantado la casa y que viendo usted señales de marcha habria usted preguntado.

—Pues no señor, no ha levantado casa, ella fué la que se levantó una mañana y salió modestamente vestida, como para la iglesia, y no volvió; ¡ay Dios mio! tal vez la señora Mercedes por ser tan hermosa ha sido víctima de algun crímen, porque no se ha ido con su marido, no señor, porque el cartero viene de tiempo en tiempo con cartas del señor, que está en Inglaterra, y como no está aquí la señora, se las vuelve á llevar.

—Bien, bien, muy bien,—dijo todo desconcertado don Braulio,—perfectamente, y echese usted á buscar por esos mundos de Dios á una buena moza que se ha perdido. Esto, si usted no me engaña, señora.

—Oiga usted, no me falte usted á mí, caballero, que yo no miento ni engaño á nadie, y sino quiere usted creer que doña Mercedes se ha perdido, echela usted á buscar y si la encuentra véngase usted por aquí que se le paga-

rá el hallazgo. Vaya un Dios con el señor, y con todos los años que una tiene encima la llaman embustera.

—Quede usted con Dios, señora,—exclamó don Braulio.

Y salió escapado, impulsado por el despecho que le hacia sentir la pérdida definitiva de su imposible.

X.

Sabiendo ya el nombre de su adorada, don Braulio preguntó por ella á todo bicho viviente que podia haberla conocido, y todos le dijeron que la desaparicion de doña Mercedes, mujer que estaba muy de moda en Madrid, era un misterio que habia causado una gran sensacion y se temia la hubiese sucedido una desgracia.

Tomó informes acerca de ella don Braulio, y todos se hicieron lenguas, ponderando su virtud y su afabilidad y sus buenas prendas muy superiores á su incuestionable hermosura.

—Pero señor,—decia replicando don Braulio;—si hablaba como un carretero, y no tenia vergüenza, y fumaba.

—Usted se ha equivocado, amigo mio,—le decian,—esa no es doña Mercedes Cancamusa.

Pero don Braulio daba detalle por detalle las señas, se referia á la dama de la platea número diez del teatro real, y á su aderezo de rubíes, y todos convenian en que aquellas señas retrataban minuciosamente á doña Mercedes.

Y replicaba don Braulio aturdido:

—Pues señor, esa virtud que ustedes ponderan, se portó conmigo como una perdida, que se vuelve loca por un hombre, en la fonda de los Carabancheles.

—Nada, nada, usted se equivoca don Braulio,—le decian,—no insista usted más, la Cancamusa es una virtud ejemplar.

XI.

Don Braulio hubo de resignarse á volver al pueblo mucho más descorazonado que habia salido, pero sin olvidarse de comprar el aparejo, la chistera y una enorme gorra de cochero para el alcalde, de la cual se satisfizo tanto éste, que se la ponia en las grandes solemnidades, conservándola para ellas como una gala.

Esto se comprende, relucia.

Los magnates del pueblo envidiaban la gorra de librea.

XII.

Don Braulio no se casó.

Vivió veinte años esperando volver á encontrar á doña Mercedes Cancamusa, y siendo al mismo tiempo para consolarse, usurero, chismoso y enredador, y trayendo revuelto al pueblo, pero con tal arte, que nadie sabia de donde provenian las tormentas que en el pueblo se armaban.

Don Braulio tiraba la piedra y escondia la mano, y nunca preparaba una turbulencia sino para vengarse ó para aprovecharla.

Así es, que más inteligente que los del pueblo, y aprovechando situaciones creadas por él, habia ido engordando, y en el pueblo se le atribuian cincuenta mil pesos tendidos al sol, es decir, empleados en tierras, lo que le hacia influyente hasta lo infinito, especialmente en las elecciones.

Todos sus arrendatarios con sus paniaguados votaban con él.

Ahora bien, don Braulio habia levantado indirectamente aquella polvareda de que habia nacido la calumnia que sacrificaba á la pobre Petruela y á don Silvestre.

Primero, por vengarse de la Petruela que no le habia hecho caso de sus solicitudes, y despues por tener en ridículo al cura, atribularle, impresionarle y ponerle en malas condiciones de luchar por el diputado neo-católico, á quien creia consagrado el cura, en daño del de la union liberal á quien don Braulio apadrinaba por la cuenta que le tenia, como que le habia ofrecido adjudicarle en muy poco dinero por medio de un chapuz, un magnífico monte perteneciente á bienes nacionales.

XIII.

Hechos estos apuntamientos acerca de la historia de doña Mercedes Cancamusa y de don Braulio Zancudo, abandonémosle para ir á buscar á nuestro loco, á quien dejamos sobre el camino de Madrid cabalgando sobre el caballo de Mirabelillo.

CAPITULO XXIII.

En el que se tropieza casualmente con doña Mercedes Cancamusa y se vé que no tiene más que veinticinco años.

I.

Tanto dió de talon al jaco el loco, y decimos de talon porque no tenia espuelas, á causa de no habérselas dejado Mirabelillo, que se las llevó en los ligeros piés con que huia del alma en pena, tanto el loco apretó al jaco decimos, que á las siete de la mañana entraba con los piés hechos dos granizos por la puerta de Bilbao.

Y siguiendo á traves de Madrid llegó media hora despues al número 21, de la calle del Duque de Alba, al cual y en nombre del conde de Rabigo iba el sobre de la carta que nuestro loco se habia encontrado en la chaqueta de Mirabelillo.

II.

Era el número 21, de la calle del Duque de Alba, una de esas antiguas casas de solar del siglo XVII, de las cuales aún quedan muchas en Madrid.

Gran portada churrigueresca, voluminosas rejas en el piso bajo, voluminosos balcones en el principal, sobre éste un gran cornison ó alero tambien churrigueresco, y sobre el balcon del centro muy ornamentado, un gran escudo de armas, con corona de conde y orlado de banderas.

El loco metió su jaco por el portalon.

—¡Eh! ¿á dónde se vá?—dijo un portero con casaca, corbata blanca, y una gorra semejante á la que causaba las delicias del alcalde de Cercedilla.

—Eh, buenos dias Pancracio,—dijo el loco,—tenme este caballo.

—¡Jesucristo!—exclamó el portero haciéndose atrás y santiguándose,—¿es vuecencia señorito don Fernando?

—Me parece que sí,—dijo el loco ó don Fernando, como mejor queramos.

Y echando pié á tierra dió las riendas á Pancracio.

—Pero Dios mio,—dijo éste,—¡qué traje, qué calzado, señor! si lo ve á vuecencia su señor tio...

—Pues cabalmente vengo á ver á mi tio, que probablemente siguiendo su costumbre, se habrá levantado al amanecer y estará arañando la tierra en el jardin.

—Sí, señor, sí, allí está su excelencia,—contestó Pan-

cracio,—pero advierto á vuecencia que el señor conde está muy cascado, muy delicado, y como quiere tanto á vuecencia puede darle algo.

—Mi tio es un bribon,—dijo secamente don Fernando,—que si se asusta por algo al verme, no será ciertamente por el cariño que me tiene.

—Vaya, señor, que dice vuecencia unas cosas...

—¡Eh, Pancracio! me parece que me replicas, ya, como hace tanto tiempo que no te he dado un puntapié...

—Perdone vuecencia, señorito.

—Llévate ese caballo á la cuadra.

III.

Y sin decir más don Fernando, dejando á la izquierda las anchas escaleras, salió por el fondo á un gran patio, le atravesó, y por una crujia llegó á un jardin que más que jardin podia llamarse huerta.

Estaba muy lejos de ser un parterre á la inglesa, aunque habia extension para ello.

Las hortalizas se mezclaban con las flores, y corpulentos árboles, se levantaban aquí y allí; parras tupidas venian á hacer una galería alrededor de las tapias; los senderos eran estrechos, enarenados, tortuosos, perdidos entre los cuadros irregulares; una fuente antigua de piedra del gusto del renacimiento se veia en medio, y alrededor de esta fuente bancos de hierro y de madera.

En un ángulo de la alta tapia que estaba cubierta de yedra, habia tres gigantescos olmos, y bajo las ramas desnudas, porque como sabemos era invierno, se veia

una casita rústica de madera, puesta sobre cuatro piés á cuya pequeña puerta se subia por una escalera descubierta. El techo de aquella casita era de pizarra y por su chimenea de hierro salia un humo espeso.

IV.

Don Fernando miró en torno suyo y descubrió el jardin, porque en el invierno no hay en los jardines nada que estorbe la vista á no ser esos arbustos de verdor perenne como el ebonibus, la magnolia, la adelfa, el ciprés; y los arbustos de este género que habia en el jardin, estaban muy diseminados.

No vió al conde, y su vista se fijó en la casita rústica.

—Mucho humo sale, para que no esté allí mi buen tio,—dijo don Fernando,—tiene el frio en los huesos. Vamos allá, yo no sé como le sentará el verme; le debe ser muy cómodo administrar mi patrimonio, pero creo que esto se acaba, siento la cabeza firme, he cambiado de ideas, me parece que me he curado, á no ser que vuelva á hacerme contraer aquella terrible enfermedad, la nueva mujer que se ha aparecido delante de mí. ¡Oh, qué mujer! y yo que creia que no era posible encontrar en el mundo una belleza tan encantadora como la de Mercedes.

Al decir esto, don Fernando siguiendo un sendero daba la vuelta á un ramillete de tuyas muy crecidas.

De improviso apareció, dando la vuelta aquella especie de ramillete, una mujer esbeltísima, indolente en

su movimiento pausado, y al parecer muy pensativa; llevaba un traje negro, un abrigo de un color semejante al que ahora se llama *habana*, y una capota de terciopelo oscuro con velo.

Don Fernando iba muy distraido, y la dama muy distraida tambien, así es, que como el sendero era estrecho y revolvia á un mismo tiempo en sentido contrario al ramillete, se tropezaron.

—¡Ah!—exclamaron los dos á un tiempo.

Y se quedaron mirándose frente á frente.

—¡Dios mio! —continuó la dama,—¿tú aquí? ¿no has muerto, Fernando?

—No, afortunadamente no,—dijo con acento seco, pero conmovido don Fernando,—ni tú á lo que parece, Mercedes.

Y se quedaron mirándose, mudos, preocupados el uno y el otro.

Tenemos al fin en escena á doña Mercedes Cancamusa.

Recordarán nuestros lectores, que refiriéndonos á los sucesos de la historia de don Braulio de veinte años antes, dijimos que Mercedes solo contaba veinte años; desde entonces habian pasado otros veinte años; de modo que Mercedes debia contar cuarenta. Pues nadie al verla lo hubiera creido, era una beldad poderosa, fresca, jóven, incitante, magnífica, y lo más que se le podia atribuir, eran veinticinco años.

V.

¿No habeis visto mujeres de ese género? aquellas en las cuales la juventud se estaciona de una manera fuerte, y por las cuales pasan los años, sin atacar su tez suavísima, su tez diáfana, sin que sus cabellos pierdan el brillo ni la abundancia, sin que brote en ellos ni una cana, sin que la indiscreta arruga vaya á alterar el bello y puro contorno de los ojos, sin que estos pierdan su brillo, ni la garganta, una de las partes que más pronto se estropean en la mujer, altere su tersura, su morbidez, su voluptuosidad, su trasparencia, mujeres de las cuales dicen los que las conocen hace mucho tiempo: ¿cuándo se vá á poner vieja fulana?

VI.

Esto era doña Mercedes Cancamusa, y la esperiencia, el conocimiento de todas las sublimaciones, la exageracion de las pasiones dán á éstas fuertes beldades, á sus encantos, un poder irresistible; son veteranas del amor y de la intriga, por decirlo así, no vacilan, no dudan, saben como deben acometerse las empresas para que dén más prontos y más seguros resultados; por último, son peligros incontrastables, ángeles rebeldes que llevan el mal adonde quieren, y lo dominan todo dejando á su paso víctimas.

VII.

Fernando se extremeció, como se extremece un hombre por una mujer que le ha vuelto loco, y de cuya influencia se ha curado mal.

—Necesito hablarte,—le dijo Mercedes.

—¿Y de qué, sobre qué, para qué?—contestó secamente don Fernando.

—Vivo en el *Hotel de Lóndres,* calle del Arenal, en el segundo piso,—dijo Mercedes,—pero aquí está mi tarjeta.

Fernando tomó maquinalmente la tarjeta.

Mercedes se cruzó con él, rozándole y haciéndole sentir el perfume de su sér, y se alejó murmurando:

—Irá, sí, irá; aún es mio.

Y desapareció á lo largo del jardin.

Don Fernando quedó inmóvil en el mismo punto en que la habia encontrado.

—¿A qué habrá venido aquí?—se preguntó;—ella no conocia á mi señor tio el conde de Rabigo; sin embargo, mi tio la ha recibido particularmente y con muestras de la mayor confianza en el jardin, ó tal vez en la casita rústica; ¿será ahora la víctima de Mercedes mi excelente tio? vamos...

Don Fernando, serenándose y procurando arrojar de sí la impresion que le habia causado Mercedes, siguió por el sendero que serpenteaba hasta el pié de la es-



Fernando tomó maquinalmente la tarjeta.

calera, por donde se subia á la puerta de la casita rústica.

Cuando hubo llegado al pié de la escalera, apareció en la puerta de la casa un caballero como de sesenta años, pero muy bien conservado, alto, grueso, sonrosado, con la cabellera completamente cana, y dos grandes patillas de color de plata; sus ojos negros daban un vigoroso efecto á la fisonomía de este hombre, en el cual aparecian unas maneras y una distincion exquisitas, pero habia un no sé qué de frio y de antipático en aquella fisonomía.

Vió á don Fernando que subia por las escaleras, y exclamó:

—¿Qué es esto? ¿de dónde sales, hijo pródigo?

—Salgo de un largo y profundo sueño,—dijo don Fernando.

—¡De un largo y profundo sueño! Sí, es verdad,—dijo el conde,—de una locura penosa; debes agradecerme, sin embargo, el que yo no te haya encerrado en Leganés ó en Zaragoza, donde indudablemente, mezclado con otros locos, hubieras enloquecido de todo punto. Entra, Fernando, entra.

Y el conde abrazó á su sobrino, sin darle siquiera la mano, sin sonreirle.

Se metió en el interior de la casita.

VIII.

Era aquel un interior de gran lujo; tapicería de seda, molduras doradas, muebles de maqué, gruesas alfombras; al fondo una chimenea de mármol, llena de leña, que producia una viva y alegre llama; los cuadros toscos de las ventanas formaban un contraste de gran efecto con la delicadeza y el lujo del interior.

Aquellos vidrios contribuian al aspecto exterior de la casita.

El conde se sentó junto á la chimenea en un ancho sillon, y con un ademan imperativo mandó á don Fernando que se sentase en el otro que habia enfrente, y que aún conservaba la señal de un cuerpo pesado en su almohadon.

Don Fernando se quitó el sombrero y el capote de monte, y se quedó en la figura más rara del mundo; con la gran chaqueta burda de Mirabelillo, puesta sobre su raida y destrozada levita.

No habia que buscar en don Fernando camisa; alrededor de su cuello tenia puesta una gran corbata negra, lustrosa ya por vieja; el chaleco abrochado hasta arriba, cuyos botones estaban mondados, cubria sus carnes.

Tio y sobrino se quedaron mirándose frente á frente de una manera hostil.

Entre los dos sillones habia un velador de precioso jaspe, sobre un pié de bronce, y sobre el velador una bandeja con algunos ricos cigarros habanos.

En un borde del velador, por el lado del sillon que

ocupaba don Fernando, habia quedado un cigarro á medio fumar.

—Se conoce que aquí ha estado sentada,—dijo don Fernando.

—Sí,—dijo el conde,—aquí ha estado sentada esa singular mujer.

El tio y el sobrino, despues de estas palabras, continuaron mirándose frente á frente, y no con las mayores muestras de amistad.

CAPITULO XXIV.

El tio y el sobrino.

I.

Parecia como que al conde le remordia algo la conciencia, y se encontraba en una situacion embarazosa delante del sobrino; parecia como que no sabia por donde empezar la conversacion.

Pero don Fernando, que no estaba en la misma situacion, dijo:

—No he venido aquí á nada de lo que usted puede suponer: me trae un deber de conciencia, el deseo de que no se perjudiquen dos eclesiásticos.

—Me parece, Fernando, que estás muy mal curado; te has hecho agente de eclesiásticos, y, sobre todo, ¿qué tengo yo que ver con personas de ese género?

—Lo ignoro,—dijo don Fernando,—pero aquí tengo una carta para usted; está abierta; si no lo estuviera, yo

no hubiera venido, porque me hubiera interesado muy poco una carta dirigida á usted.

—Muchas gracias, Fernando.

—No sé por qué al caer esta carta en mis manos la abrí en vez de arrojarla al fuego.

—Repito mis gracias por no haber destruido una carta dirigida á mí; veamos.

Don Fernando dió la carta á su tio.

—Es cosa de elecciones, de seguro; de Cercedilla, don Antonio Cantillana; muchas gracias, Fernando; me hubiera sido muy fastidioso el que esta carta se hubiera perdido, y hubiera creido ese señor Cantillana que yo no queria servirle; es necesario estar bien con todo el mundo, y estos hombres políticos pueden más de lo que se cree; sirven para mucho: ¿cómo has encontrado esta carta, Fernando?

—En mi casa.

—¡Cómo! ¿en tu casa?

—Si señor; en una cueva, al pié del monte de la Maliciosa, donde yo habia sentado mis reales.

—¡Qué cosas tienes, sobrino! ¿qué necesidad tenias de haber andado por montes y valles? y gracias que tengo siempre dos criados que mando tras de tí, y que de tiempo en tiempo te dan dinero.

—De lo cual no tomo más que lo necesario, agradeciéndole á usted el que siquiera cuide este poco de su sobrino.

—Y qué, ¿no crees que ha sido cuidar de tí el dejarte hacer tu voluntad?

—Mi buen tio, Guadarrama está plagado de lobos, y

pudiera usted tener muy bien las esperanzas de que una noche me comiesen estos buenos amigos.

—¡Injusticias siempre respecto á mí!

—¡Qué quiere usted, mi buen tio, manías! ¿qué se puede esperar de un hombre que ha perdido la razon?

—Bien, bien; pero cuéntame cómo has tropezado con esta carta.

—Ha de saber usted, mi buen tio,—continuó don Fernando,—que yo no me meto con nadie, ni á nadie hago daño, y ando errante por cerros y valles, apareciendo de improviso en las majadas de los pastores, que me socorren mucho más que usted me ha socorrido, presentándome en los ventorrillos, y no entrando nunca en poblado; por mi aspecto, por mis facciones, me creen sin duda que estoy loco, las buenas gentes de las montañas me tienen por un alma en pena.

—Y no van muy fuera de camino, Fernando; porque has tenido y tienes de alma en pena más que de otra cosa alguna.

—En fin, mi buen tio,—dijo don Fernando,—anoche, despues de una aventura dichosa que me ha vuelto la razon, porque creo que mi razon ha vuelto, me volví al único abrigo que tenia, y encontré un hombre tendido sobre mi lecho de heno, junto á una hoguera encendida, y junto á la hoguera un caballo trabado por las manos; el hombre, al verme á tales horas y en tales sitios, sintió el pobre tal pavor, que sin coger el sombrero ni la chaqueta que le servia de almohada, ni el capote de monte que le cubria, escapó como una liebre seguida por los perros. Yo, por curiosidad, registré la chaqueta, encon-

tré esa carta, me puse sobre mis andrajos esa chaqueta, me encajé el capote de monte, me puse el sombrero; destrabé el caballo, le enfrené, monté, tomé el camino; vine, y aquí estoy.

—Gracias, muchas gracias por el servicio que me has hecho, que es muy importante.

—Ese servicio no se lo he hecho yo á usted, sino á mí mismo; conque, mi querido tio, es necesario que esas credenciales estén dispuestas en el momento, para que yo vuelva á montar á caballo y me marche en seguida al pueblo de Cercedilla.

—Sí, hombre, sí; pero aún es temprano; ahora no se puede ver á nadie.

—Usted, tio, puede ver á todo el mundo á todas horas; los hombres importantes son siempre bien recibidos. En cuanto á mí, me voy á mi antiguo aposento; creo que en él habrá todavía algo de mi equipaje.

—Allí está todo, hijo mio, todo; como que yo esperaba volver á verte.

—¡Oh, mi buen tio!—exclamó con cierto sarcasmo don Fernando;—no podia esperar yo ménos de usted. En fin, como supongo que usted no vivirá en este pabellon, le invito á que salgamos. Usted tiene que vestirse y ponerse, como si dijéramos en operaciones, allá por el ministerio de Gracia y Justicia. Yo tengo que lavarme, almorzar, vestirme tambien, si es que, como usted dice, mi equipaje se conserva.

—Sí, hijo mio, sí; todo lo encontrarás como lo dejaste.

—¿Y mis buenas primas están tambien como las dejé?

—Gracias á Dios, Fernando, que te has acordado de ellas. Yo creí que las contabas por muertas, y esto me lastimaba á la verdad.

—Yo no puedo olvidarme de ellas; son dos excelentes chicas: pero, en fin, tio, concluyamos; es necesario que usted haga lo que en esa carta se le pide; y es necesario que yo me prepare á volver á Cercedilla.

Y diciendo esto don Fernando, se levantó y se dirigió á la puerta.

El conde le siguió.

II.

Atravesaron el jardin, y por un postigo de comunicacion del jardin con la casa, subieron sin ser vistos de nadie á un largo corredor, y se detuvieron ante una puerta.

Aquella puerta estaba cerrada.

—¡Ah! sí, voy á traerte la llave,—dijo el conde.

Y desapareció por el fondo del corredor, volviendo á poco con una llave, que mostraba que en mucho tiempo no se habia usado.

Don Fernando abrió, y entró.

Su tio se separó de él.

Atravesó don Fernando una antesala, entró en una bonita sala amueblada con gran lujo, entapizadas las paredes y el techo pintado.

Al otro extremo de esta sala habia un gabinete amueblado aún con más gusto y más riqueza; en el gabinete

un dormitorio; junto al dormitorio, un cuarto de vestir.

Habia allí cuanto puede desear un soltero.

III.

Don Fernando llamó, tirando del cordon de una campanilla.

A poco se presentó un criado, que se quedó mirando con asombro á don Fernando.

—¿Que es esto, señorito? ¿vuecencia aquí?

—Sí; me fuí sin decirle á nadie que me iba, y aparezco ahora por arte de mágia. Tráeme agua, jabon, cuanto se necesite para asearme.

—Al momento, señorito.

—Y despues tráeme de almorzar.

—Muy bien, señorito.

Y el criado salió.

—¡Ah!—dijo deteniéndole don Fernando,—estos muebles están cerrados; dile al señor conde que te dé las llaves de las cómodas y de los armarios.

—Muy bien, señorito.

Y el criado salió definitivamente.

Don Fernando arrojó el chaqueton y el sombrero; en cuanto al capote de monte, le habia dejado en la casita rústica.

Se acordó de que Mercedes le habia dejado una tarjeta, y que la habia puesto en un bolsillo; la sacó, y la puso sobre la repisa de la chimenea: en la tarjeta se leia: «Mercedes Cancamusa de Sardinilla, hotel de Lóndres, Arenal, 57.»

—Es extraño,—dijo don Fernando,—yo me creia curado de la influencia de esa infame, y sin embargo mi corazon late recordándola; parece como que borra de alguna manera la impresion que me ha causado mi ángel de Cercedilla, y esto no puede ser; seria un insensato: esa mujer es una desgracia, una calamidad, un peligro; yo debo despreciarla; sin embargo, ¡con qué confianza me ha dejado su tarjeta! Vamos, estas malditas conocen cuando se han apoderado de un hombre y cuando este hombre no puede emanciparse de ellas; pero, lo veremos, doña Mercedes, lo veremos; no puedo olvidarme de que por usted he estado sin razon yo no sé cuánto tiempo: ¡qué sueño tan fatigoso, qué desgracia, qué insensatez la mia!

IV.

Entró en esto el ayuda de cámara, trayendo agua en el jarro, y en el brazo una tohalla, y en la otra mano una porcion de llaves pequeñas, sujetas en un aro de acero.

—Abre los armarios y la cómoda, Ambrosio, y mira á ver si me encuentras un traje completo de monte, de los piés á la cabeza, empezando por los calcetines; ¿entiendes?

—Sí, señor, sí; y creo que de todo tendrá vuecencia, porque en el tiempo que hace que vuecencia falta de casa, no se ha entrado aquí mas que para limpiar.

—Bueno, bien; puedes ir preparándolo todo.

Don Fernando se entró en su cuarto de vestir y se

desnudó completamente; se lavó de los piés á la cabeza y llamó:

Ambrosio se presentó.

—Tráeme ropa blanca.

El ayuda de cámara le sirvió al momento.

Don Fernando se vistió una riquísima ropa blanca.

—Vamos á ver,—dijo,—si te acuerdas de afeitar y cortar el pelo.

—¿Pues no me he de acordar señor? pero póngase vuecencia algun abrigo, porque está expuesto vuecencia á un pasmo, hace mucho frio y la chimenea no está encendida porque no se le esperaba á vuecencia...

—Yo estoy curado del frio, del calor, de la lluvia y de la nieve; ¡báh, báh! y dices que hace frio y estoy yo sudando.

—Ya se vé, se ha dado vuecencia una friega de los piés á la cabeza.

—Tienes razon, necesito echarme en remojo quince dias, pero en fin, ya nos hemos dado un limpion, anda, anda, cortame el pelo.

V.

El ayuda de cámara salió, y volvió al momento con todos los útiles necesarios para hacer la operacion que su señorito le habia mandado.

—Oye tú, Ambrosio,—dijo don Fernando,—¿qué sucede por la casa?

—Por la casa señorito no ha sucedido nada, absolu-

tamente nada; las señoritas siguen como siempre, se levantan á las doce, almuerzan á la una, están vestidas á las tres, se marchan á tiendas ó á visitas; por la tarde á la Fuente Castellana ó á cualquiera de las dos quintas del señor conde; despues de oscurecer comen, luego ván á este ó al otro teatro, y despues á esta ó á la otra sociedad; toman un té, se acuestan y hé aquí todo. La señora mayor siempre en su oratorio, los dias que están buenos sale un ratito á paseo, cuando más calienta el sol, al jubileo cuando no hace mucho frio, y aquí paz y despues gloria; toma á las ocho de la mañana, porque continúa levantándose temprano, un poco de té con manteca, y á las once unas sopas con un huevo, á media tarde chocolate, luego con las señoritas toma un poco de sopa y algo de lo que más se le apetece, muy poco señor, se acuesta á las diez y se le dá en la cama otra taza de té.

—¡Pobre abuela!—exclamó don Fernando.—¿Y no se casa ninguna de las señoritas?

—No, señor, no se dice nada de eso.

—¿Qué tal están?

—Hermosísimas, señorito, hermosísimas; doña Adela ha cumplido anteayer quince años, y el mes pasado cumplió diez y siete doña Matilde.

—¡Pobres chiquillas!—dijo don Fernando;—será preciso que yo me deje de locuras, me meta en la casa y arrime el hombro.

—Eso es lo que debe hacer vuecencia; aunque sea meterme en lo que no debo, ¿por qué no se casa vuecencia con la señorita Adela?

—Quita allá, demonio, primos hermanos, y lo que habria que gastar en la dispensa.

—Me parece bien,—exclamó echándose á reir Ambrosio;—lo que habria que gastar, ¡válgame Dios! que ya entiendo la broma de vuecencia, ¿es una pregunta indirecta?

—Hombre, yo no te he preguntado nada, pero si te se ha ocurrido que te he hecho alguna pregunta, contéstame á la pregunta que te has supuesto.

—Pues señor, yo he supuesto que vuecencia ha querido ver en qué estado están los negocios de la casa.

—Hombre, no, pero habla.

—Millonario señor don Fernando, millonario aunque se ande con miserias, aquí se gasta muy poco, se ha reducido la mitad de los criados, de seis trenes que habia se han dejado tres, al cocinero se le dan trescientos reales ménos, el mueblaje no se ha renovado, todo está bien, todo está decente, pero aquel lujo, aquel gastar sempiterno, aquello se ha acabado, el señor conde ha arreglado sus negocios, y en vez de hacer déficit ha hecho grandes ahorros, los impone, y además maneja las pingües rentas de vuecencia.

—Bien, bien, Ambrosio, pero no me pellizques, me has tropezado con las tijeras en una oreja.

—Perdone vuecencia, estaba distraido, pensando en los tesoros que hay en la casa.

—¿Y hay economías respecto á las señoritas?

—No, no señor, las señoritas visten como deben, se gasta un dineral en trajes, en prendidos, en objetos que vienen de París, de Lóndres, tienen abono en todos los

teatros, en los toros, dán muchas limosnas, en fin, están como deben estar.

—Perfectamente; ¿y mi tio en qué se entretiene?

—En la política, ahora está muy atareado con las elecciones, queria salir diputado por cinco distritos, y resulta que para salir por uno solo, segun dice el señor conde, le cuesta un ojo de la cara.

—Diablo, diablo,—dijo don Fernando,—caros van saliendo esos papeles que se llaman actas; antes por cualquier cosa se conseguia ser diputado. ¿Sabes Ambrosio que debe ser muy productivo el oficio de diputado?

—Yo no sé una palabra de eso, señor.

—Dígolo, porque cuando se dán seis ú ocho mil duros por un acta, no será eso solo por amor á la patria ó por la simple vanidad de que en la provincia lean: «El señor diputado se levantó para preguntar si se habia pagado al clero en la diócesis de su distrito, ó para suplicar al presidente que hiciese constar su voto del dia anterior con la mayoría en el *Diario de las Sesiones*.»

—¿Y á vuecencia no le dá por ahí, señorito?

—No, á mí no me gusta perder el tiempo tan lamentablemente. Vamos, me parece que me has cortado ya el pelo y creo tambien que me has dado alguno que otro trasquiloncillo.

—No, no señor, si no hay en ninguna peluquería de Madrid quien pele mejor que yo.

—Que corte el pelo, animal, pelar se dice en los pueblos, y estamos en Madrid.

—Dispense vuecencia, señor, es una mala costumbre que yo tengo.

—Vamos, aféitame, ya sabes que tengo la piel muy delicada, y con estas barbazas que traigo...

—En efecto, señor, trae vuecencia una magnífica barba, yo no me la afeitaria, me la arreglaria y me la rizaria.

—Calla, calla, no pretendo parecer un flanqueador de regimiento. Aféitame, no me dejes más que la patilla y el bigote á la inglesa, ¿entiendes?

—Sí, señor, entiendo, al momento.

Ambrosio jabonó á don Fernando, y le aféitó.

VI.

La conversacion habia dado fondo.

Habia intentado reanudarla dos ó tres veces Ambrosio, y don Fernando se habia callado, y estaba pensando en Mercedes y del pensamiento de Mercedes pasaba al de Dolores.

Estaba á punto de perder el juicio, se levantó y se miró á un gran espejo.

Se habia trasformado completamente, representaba cuando más veintiocho años, y afeitado cortado el pelo, peinado, parecia lo que era en efecto, hermoso.

—Conque, Ambrosio,—dijo don Fernando,—un traje de montar.

—Sí, señor, sí, allá voy.

El ayuda de cámara trajo un pantalon de riquísimo punto, despues unas botas altas de charol, corbata ne-

gra, chaleco cerrado hasta el cuello, y una levita á la inglesa con una sola hilera de botones.

Don Fernando llegó á estar encantador.

Si le hubieran visto en aquel momento las primas, de seguro se enamoran de él.

—Que me traigan el almuerzo,—dijo don Fernando.

—Al momento, señorito; ¿vá á almorzar vuecencia aquí?

—Sí; no quiero presentarme todavía; cuando haya almorzado montaré á caballo, y saldré por el postigo del jardin, ¿entiendes? ¿vive todavía el *Lucero?*

—Vaya si vive, señor; solo que ha cerrado; estará un poquillo duro, porque como ès tan fogoso y tiene tanto brio, todo el mundo le teme, y apenas le montan mas que el picador que sale de cuando en cuando.

—No le hace, Ambrosio, no le hace; así es mejor.

—¿Mando que le ensillen?

—Sí.

—¿Y he de esperar junto al postigo del jardin?

—Sí; pero ante todo el almuerzo.

Ambrosio poco despues sirvió un almuerzo excelente á don Fernando.

—Mira si encuentras por ahí cigarros,—le dijó éste cuando hubo acabado de almorzar.

—Aquí debe tener todavía el señorito.

—¡Báh, cigarros de dos años! estarán pasados, dados al demonio; anda, vete al cuarto del señor conde, y tráete de lo mejor que tenga.

—Muy bien, señorito.

—Y, mira, dile tambien que te dé un puñado de oro menudo, y otro puñado de plata suelta, metido todo en un portamonedas elegante, ¿eh?

—Sí, señor..

Y Ambrosio salió, y volvió á poco con un cajon de cigarros sin abrir, pero que por el tamaño del cajon debian ser enormes; le abrió, dió un cigarro á don Fernando, y encendió un fósforo.

Éste encendió el cigarro.

Despues, Ambrosio sacó del bolsillo un portamonedas, que entregó á don Fernando.

Éste le guardó, sin mirar lo que contenia.

—Búscame una petaca, y pon en ella unos cigarros.

—Muy bien, señorito.

—Además haz una maleta, para ponerla despues cuando vuelva yo sobre el *Lucero,* en una silla francesa; en la maleta pondrás ropa blanca, un par de trajes, cigarros, etc., etc., lo que hace falta; ya sabes como se hace una maleta.

—¿Vá vuecencia de viaje?

—Sí.

—¿Y vá á ir vuecencia solo?

—Sí, á no ser que quieras tú venir.

—Mucho tiempo hace que no monto, pero no importa, por ir con el señorito, iré, pero tengo que pedir licencia al señor conde.

—El señor conde te la concederá.

—Pues entonces voy.

—Prepárate si has de venir, para marchar de un momento á otro.

—Muy bien, señorito.

—Tráeme un abrigo.

—¿Y qué abrigo quiere vuecencia?

—Un capote entretelado.

—Muy bien, señorito.

—Y un sombrero redondo de castor á la inglesa; creo que debo tener dos ó tres.

—Sí, señor, sí.

—Mira á ver si hay guantes.

—Por docenas, señorito; acabo de tropezar con ellos en la cómoda.

—Trae unos; ¿está ya el caballo?

—Sí, señor, abajo le tiene Diego; y á propósito, se ha alegrado muchísimo cuando ha sabido que vuecencia estaba aquí.

—Dale para que beba.

—Muy bien, señorito.

Don Fernando salió al jardin, le atravesó, llegó al postigo, estaba abierto, y junto á él encontró un magnífico caballo árabe, alazan.

Al ver el caballo á don Fernando, relinchó de alegría; le habia conocido; era el caballo favorito que montaba don Fernando.

El noble animal no se movió; se dejó montar hasta con amor.

En cuanto tuvo encima á su amo, piafó y tascó el freno impaciente.

—Espérame aquí para cuando vuelva, Diego, que será muy pronto, y no me obligues á que tenga que llamar mucho.

—Descuide vuecencia, señor,—dijo Diego,—que no me moveré de aquí.

Don Fernando partió al trote por la calle de la Encomienda, salió á la del Meson de Paredes, despues á la plazuela del Progreso, y por la calle de Barrio Nuevo, la Concepcion Gerónima, calle de Carretas y Puerta del Sol, se lanzó á la calle del Arenal.

Eran entonces las diez de la mañana.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ADVERTENCIA.

La plantilla para la colocacion de las láminas se dará al final de la obra.

